

**E. P. THOMPSON**

**COSTUMBRES EN  
COMÚN**

**CRÍTICA  
BARCELONA**

## 1. INTRODUCCIÓN: COSTUMBRE Y CULTURA

Todos los estudios que aparecen en el presente libro se comunican por caminos diferentes con el tema de la costumbre tal como se expresaba en la cultura de los trabajadores del siglo XVIII y bien entrado el XIX. Mi tesis es que la conciencia de la costumbre y los usos consuetudinarios eran especialmente fuertes en el siglo XVIII: de hecho, algunas “costumbres” eran inventos recientes y, en realidad, constituían la reivindicación de nuevos “derechos”. Los historiadores que se ocupan de los siglos XVI y XVII han tendido a ver el siglo XVIII como una época en que estos usos consuetudinarios estaban en decadencia, junto con la magia, la brujería y supersticiones afines. Desde arriba se ejercía presión sobre el pueblo para que “reformara” la cultura popular, el conocimiento de las letras iba desplazando la transmisión oral y la ilustración (se supone) se filtraba de las clases superiores a las subordinadas.

Pero las presiones “reformistas” encontraban una resistencia empecinada y el siglo XVIII fue testigo de cómo se creaba una distancia profunda, una profunda alienación entre la cultura de los patricios y la de los plebeyos. Peter Burke, en su instructivo estudio *Cultura Popular en la Europa moderna* (1978), sugiere que esta distancia fue un fenómeno a escala europea y que una de sus consecuencias fue la aparición del folclore, cuando observadores sensibles (e insensibles) de las capas altas de la sociedad mandaron grupos de exploración con el encargo de inspeccionar la “pequeña tradición” de los plebeyos y tomar nota de sus extrañas prácticas y rituales. Ya en el momento de nacer el estudio del folclore se consideraba que estos usos eran “antigüedades” o reliquias y John Brand, el gran pionero del estudio del folclore, juzgó necesario prologar su obra *Obser-*

*observations on popular antiquities* pidiendo disculpas por prestarles atención:

...nada puede ser extraño a nuestra investigación, y mucho menos indigno de nuestra atención, que concierna a lo más pequeño de lo Vulgar; de aquellos Pequeños que ocupan el lugar más bajo, aunque en modo alguno de menor importancia en la ordenación política de los seres humanos.<sup>1</sup>

Así pues, desde su mismo origen el folclore llevó consigo esta sensación de distanciamiento condescendiente, de subordinación (Brand señaló que el orgullo y las necesidades de la comunidad civil habían “dividido el Género humano en... una serie de Especies diferentes y subordinadas”), y de las costumbres como reliquias. Durante 150 años la metodología preferida por los recopiladores fue agrupar tales reliquias como “costumbres de calendario”, las cuales encontraron su último refugio en lo más hondo de la campiña. Tal como escribió un folclorista en las postrimerías del siglo XIX, su objetivo era describir:

Las costumbres antiguas que todavía existen en los oscuros escondrijos y rincones de nuestra tierra natal, o que han sobrevivido a la marcha del progreso en nuestra ajetreada vida ciudadana.<sup>2</sup>

A estos recopiladores debemos descripciones meticulosas de *well-dressings* y *rush-bearings* o *harvest homes* o, de hecho, ejemplos tardíos de *skimmington ridings*.<sup>\*</sup> Pero lo que se perdió, al considerar las costumbres (plurales) como reliquias distintas, fue todo sentido claro de la costumbre en singular (aunque con muchas formas

---

<sup>1</sup> John Brand y Henry Ellis, *Observations on popular antiquities*, vol. I, 1813, p. xxi. (El prefacio de Brand está fechado en 1795.)

<sup>2</sup> P. H. Ditchfield, *Old English customs extant at the present time*, Prefacio, 1896.

\* *Well-dressing*: ceremonia tradicional consistente en adornar los pozos con flores para agradecer la bendición de una abundante provisión de agua pura. *Rushbearing*: ceremonia anual en los distritos del norte consistente en llevar juncos y guirnaldas a la iglesia y esparcirlos por el suelo o decorar las paredes con ellos. *Harvest home*: fiesta con que se celebraba el buen término de la recolección del trigo. *Skimmington ridin*: procesión grotesca que se celebraba en los pueblos y los distritos rurales para burlarse de una mujer o su marido en los casos de infidelidad o malos tratos. (*N. del t.*)

de expresión), la costumbre, no como post–algo, sino como *sui generis*, como ambiente, *mentalité*, y como vocabulario completo de discurso, de legitimación y de expectación.

En siglos anteriores, el término “costumbre” se usaba para expresar tan parte de lo que ahora lleva consigo la palabra “cultura”. La costumbre era la “segunda naturaleza” del hombre. Francis Bacon escribió que la costumbre era comportamiento inerte provocado y habitual: “Los hombres Profesan, Protestan, se Comprometen, Dan Grandes Palabras, y luego Hacen exactamente lo que han Hecho antes. Como si fueran Imágenes Muertas, y Máquinas que se mueven solamente por obra de las Ruedas de la Costumbre”. Para Bacon, pues, el problema consistía en inducir hábitos mejores y en una fase de la vida tan cerca del principio como fuese posible:

Dado que la Costumbre es el Magistrado principal de la Vida del Hombre, que los Hombres, a toda Costa, se esfuercen por obtener buenas Costumbres... La costumbre alcanza la mayor perfección cuando empieza en los años Jóvenes; a Esto lo llamamos Educación, la cual no es, en Realidad, nada salvo Costumbre de los primeros años de la vida.

Bacon no pensaba en los trabajadores, pero cien años después Bernard Mandeville, que estaba tan convencido como Bacon de la “Tiranía que la Costumbre nos usurpa”,<sup>3</sup> se mostró mucho menos favorable a toda provisión universal de educación. Era necesario que “grandes multitudes de Gente acostumbraran sus Cuerpos al Trabajo” tanto para ellas mismas como para mantener a los más afortunados en el Ocio, la Comodidad y el Placer:

Para que la Sociedad sea Feliz y la Gente se sienta Cómoda bajo las peores Circunstancias, es preciso que gran número de personas sean Ignorantes además de Pobres. El conocimiento aumenta y a la vez multiplica nuestros Deseos... El Bienestar y la Felicidad de todos los Estados y Reinos, por consiguiente, requieren que el Conocimiento de los Pobres Que Trabajan se encuentre encerrado dentro del límite de sus Ocupaciones y no se amplíe jamás (en lo que se refiere a las cosas visibles) más allá de lo que está relacionado con su

---

<sup>3</sup> Bernard Mandeville, *The fable of the bees*, Harmondsworth, ed. de 1970, p. 191; también p. 334.

Vocación. Cuanto más sepa del mundo un Pastor, un Labrador o cualquier otro Campesino, así como de las cosas que son Extrañas a su Trabajo o Empleo, menos apto será para pasar por las Fatigas y Penalidades del mismo con Alegría y Contento.

De ahí que, a juicio de Mandeville, leer, escribir y la aritmética “son muy perniciosos para los Pobres”.<sup>4</sup>

Si a muchos de los “pobres” se les negaba la educación, ¿a qué otra cosa podían recurrir salvo a la transmisión oral con su pesada carga de “costumbre”? Si el folclore del siglo XIX, al separar las reliquias de su contexto, perdía la conciencia de la costumbre como ambiente y *mentalité*, también perdía de vista las funciones racionales de muchas costumbres dentro de las actividades del trabajo diario y semanal. Muchas costumbres eran respaldadas y a veces impuestas por la presión y la protesta populares. “Costumbre” era sin duda una palabra “buena” en el siglo XVIII. Inglaterra se enorgullecía desde hacía tiempo de ser Buena y Antigua.<sup>5</sup> También era una palabra operativa. Si, siguiendo un camino, el vocablo “costumbre” llevaba consigo muchos de los significados que ahora atribuimos a la palabra “cultura”, por otro camino “costumbre” tenía muchas afinidades con la *common law*. Este derecho se derivaba de las costumbres, o los usos habituales, del país: usos que podían reducirse a reglas y precedentes, que en algunas circunstancias eran codificados y podían hacerse cumplir de derecho.

Así ocurría, sobre todo, en el caso de la *lex loci*, las costumbres locales del *manor*. Estas costumbres, de las que a veces sólo quedaba constancia en los recuerdos de los ancianos, tenían efectos jurídicos, a menos que fueran invalidadas de forma directa por el derecho estatuido.<sup>6</sup> Este particular se comenta con mayor amplitud en el capítulo 3. Había algunos grupos industriales para los cuales se reivindicaba la costumbre con igual fuerza jurídica: los estañeros de

---

<sup>4</sup> Ibid., p. 294.

<sup>5</sup> Para un excelente estudio de la costumbre, 1700–1880, véase Bob Bushaway, *By rite*, 1982. También R. W. Malcolmson, *Life and labour in England, 1700–1780*, 1981, capítulo 4, “Beliefs, customs and identities”.

<sup>6</sup> “Una costumbre o prescripción contra un estatuto es nula”: pero se hacía una excepción para las medidas locales del trigo, donde “se dice... la costumbre del lugar debe observarse, si es una costumbre inmemorial, y utilizada sin ninguna interrupción visible”: Richard Burn, *The justice of the peace and parish officer*, vol. I, 1780<sup>14</sup>, p. 408.

Cornualles con su *Stannary Court*,\* los mineros libres del bosque de Dean con su “Libro de Dennis”.<sup>7</sup> Es posible que los derechos que reclamaban los mineros de Dean procedieran del siglo XIII, pero las “Leyes y Costumbres de los Mineros” fueron codificadas en una Inquisición de 1610, año en que 48 mineros libres dejaron constancia de sus usos (que se imprimieron por primera vez en 1687). Frecuentemente, la invocación de la “costumbre” de un oficio o una ocupación indicaba un uso ejercido durante tanto tiempo que había adquirido visos de privilegio o derecho.<sup>8</sup> Así, en 1718, cuando los pañeros del suroeste intentaron alargar la pieza de paño en media yarda (457cm), los tejedores se quejaron diciendo que ello era “contrario al derecho, el uso y la costumbre desde tiempo inmemorial”. Y en 1805 los impresores de Londres se quejaron de que los patronos estaban aprovechándose de la ignorancia de sus oficiales “discutiendo o negando la costumbre y rehusando reconocer los precedentes, que hasta ahora han sido la única referencia”.<sup>9</sup> Muchos de los ejemplos clásicos de luchas que tuvieron lugar al entrar en la Revolución industrial giraban tanto en torno a las costumbres como a los salarios o las condiciones de trabajo.

La mayoría de estas costumbres pueden calificarse de “visibles”: estaban codificadas de alguna forma o pueden explicarse con exactitud. Pero cuando la cultura plebeya se hizo más opaca a la inspección de las clases altas, también otras costumbres se hicieron menos visibles. Las ceremonias y las procesiones de los oficios, que en otro tiempo se habían incorporado al calendario del año empresarial —bajo el patrocinio del obispo Blaize para los peñadores de lana, de san Clemente para los herreros, de san Crispín para los zapateros—, todavía podían celebrarse en ocasiones especiales, tales como

---

\* Nombre del tribunal encargado de administrar justicia en las *Stannaries* o distritos que comprendían las minas y fundiciones de estaño de Cornualles y Devon. (*N. del t.*)

<sup>7</sup> Para la ruptura de la costumbre en el bosque de Dean, véase C. Fisher, *Custom, work and market capitalism*, 1981. ¿Es posible que “Dennis” sea una corrupción del Statute of De Donis (1285)?

<sup>8</sup> Varios de los estudios que aparecen en E. J. Hobsbawm, *Labouring men*, 1964, se ocupan principalmente de la costumbre (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979). Véase también John Rule, *The experience of labour in eighteenth-century industry*, 1981, en especial el capítulo 8, “Custom, culture and consciousness”.

<sup>9</sup> John Rule, *op. cit.*, pp. 194, 196.

coronaciones o aniversarios en el siglo XVIII. Pero en el siglo XIX estas procesiones perdieron el respaldo consensual de los “oficios”, infundían temor a los patronos y a las corporaciones porque creían que daban pie a la jarana y el desorden (y a veces así era),<sup>10</sup> y san Clemente no era venerado en las calles, sino en el club de artesanos o sociedad de amigos que se reunían en la taberna.<sup>11</sup>

Esto es sintomático de la disociación entre las culturas patricia y plebeya en el siglo XVIII y comienzos del XIX.<sup>12</sup> Es difícil no ver esta división en términos clasistas. Un folclorista perceptivo, G. L. Gomme, veía el folclore como las costumbres, los ritos y las creencias pertenecientes al pueblo:

Y a menudo en clara oposición a las costumbres, ritos y creencias aceptados del Estado o la nación al cual pertenecen el pueblo y los grupos del pueblo. Estas costumbres, ritos y creencias siguen vivos principalmente por obra de la tradición... Deben su conservación en parte al hecho de que grandes masas de personas no pertenecen a la civilización que se alza sobre ellas y que ellas nunca han creado.<sup>13</sup>

En el siglo XVIII la costumbre era la retórica de legitimación para casi cualquier uso, práctica o derecho exigido. De ahí que el uso no codificado –e incluso codificado– estuviera en constante flujo. Lejos de tener la permanencia fija que sugiere la palabra “tradición”,

---

<sup>10</sup> En 1837 un tendero de Woolwich se quejó de que en el día de san Clemente [23 de noviembre] “una procesión organizada por los aprendices de herrero pasó por las principales calles de la Ciudad, con asistencia de una nutrida Muchedumbre, algunos portando antorchas, otros encendiendo gran abundancia de fuegos artificiales de la manera más temeraria, a causa de los cuales los caballos uncidos a uno de los Omnibuses del señor Wheatley... se asustaron tanto, que ... la Vara del Ómnibus se metió en el escaparate de vuestro Memorialista”. Memorial de Robert Wollett de Woolwich, 27 de noviembre de 1837, en PRO HO, 73.2.

<sup>11</sup> William Hone, *Every-day book*, vol. I, col. 1499, 1826; F. E. Sawyer, “Old Clem celebrations and blacksmith lore”, *Folk Lore Journal*, II, 1884, p. 321; G. P. G. Hills, “Notes on some blacksmiths' legends and the observance of St. Clement's Day”, *Proceedings of the Hampshire Field Club*, vol. III, 1917–1919, pp. 65–82.

<sup>12</sup> Para la polarización de las culturas en el siglo XVII, véase la introducción de los editores en Anthony Fletcher y John Stevenson, eds., *Order and disorder in Early Modern England*, Cambridge, 1985; y para la “trascendental división” entre las culturas patricia y plebeya, véase Patrick Curry, *Prophecy and power: astrology in Early Modern England*, Oxford, 1989, esp. cap. 7.

<sup>13</sup> G. L. Gomme, *Encyclopaedia of religion and ethics*, Edimburgo, 1913, artículo sobre el folclore, pp. 57–59, citado en Bushaway, *op. cit.*, pp. 10–11.

la costumbre era un campo de cambio y de contienda, una palestra en la que intereses opuestos hacían reclamaciones contrarias. Esta es una de las razones por las cuales hay que tener cuidado sobre las generalizaciones al hablar de “cultura popular”. En una inflexión antropológica que ha influido en los historiadores sociales, esto puede sugerir una visión demasiado consensual de esta cultura como “sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en –de las cuales cobran cuerpo”.<sup>14</sup> Pero una cultura también es un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli: es una palestra de elementos conflictivos, que requiere un poco de presión –como, por ejemplo, el nacionalismo o la ortodoxia religiosa predominante o la conciencia de clase– para cobrar forma de “sistema”. Y, a decir verdad, el mismo término “cultura”, con su agradable invocación de consenso, puede servir para distraer la atención de las contradicciones sociales y culturales, de las fracturas y las oposiciones dentro del conjunto.

Llegados a este punto, las generalizaciones sobre los universales de la “cultura popular” pierden su contenido a menos que se coloquen firmemente dentro de contextos históricos específicos. La cultura plebeya que se vestía con la retórica de la “costumbre” y que es el tema central del presente libro no se definía a sí misma ni era independiente de las influencias externas. Había cobrado forma defensivamente, en oposición a los constreñimientos y los controles de los gobernantes patricios. Los enfrentamientos y las negociaciones entre patricios y plebeyos se estudian en el capítulo 2 y seguidamente se dan ejemplos del conflicto entre las *mentalités* de costumbre y las innovadoras (“de mercado”). En estos ejemplos espero que la cultura plebeya se convierta en un concepto más concreto y utilizable, que ya no esté situado en el ámbito insubstancial de los “significados, las actitudes y los valores”, sino que se encuentre dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales, un entorno laboral de explotación y resistencia a la explotación, de relaciones de poder que se oculten detrás de los rituales del paternalismo y la

---

<sup>14</sup> P. Burke, *Popular culture in Early Modern Europe*, 1978, prefacio, citando a A. L. Kroeber y C. Kluckhohn, *Culture: a critical review of concepts and definitions*, Nueva York, 1952 (hay trad. cast.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1991).



deferencia. De esta manera (espero) la “cultura popular” se sitúa dentro de la morada material que le corresponde.

Resumamos los rasgos característicos de la cultura plebeya del siglo XVIII. Como cosa corriente y normal, muestra ciertos rasgos que comúnmente se atribuyen a las culturas “tradicionales”. En la sociedad rural, pero también en las regiones manufactureras y mineras muy pobladas (las regiones pañeras del oeste de Inglaterra, los estañeros de Cornualles, el Black Country), hay una gran herencia de definiciones y expectativas consuetudinarias. El aprendizaje como iniciación en las habilidades adultas no se halla limitado a su expresión industrial formal. Es también el mecanismo de transmisión intergeneracional. La niña hace su aprendizaje de las obligaciones domésticas, primero con su madre (o su abuela), luego (a menudo) en calidad de sirvienta doméstica o en una granja. Como madre joven que se inicia en los misterios de la crianza de los hijos, es la aprendiz de las matronas de la comunidad. Lo mismo ocurre en los oficios en los que no hay aprendizaje reglamentado. Y con la iniciación en estas habilidades en particular llega una iniciación en la experiencia social o la sabiduría común de la comunidad. Aunque la vida social está cambiando, y aunque hay mucha movilidad, el cambio todavía no ha alcanzado ese punto en el cual se da por sentado que los horizontes de cada generación sucesiva serán diferentes; tampoco ese motor de aceleración social (y enajenación) que es la educación reglamentaria se ha interpolado todavía de modo significativo en esta transmisión generacional.<sup>15</sup>

Tanto las prácticas como las normas se reproducen a lo largo de las generaciones dentro del entorno lentamente diferenciador de la costumbre. Las tradiciones se perpetúan en gran parte por medio de la transmisión oral, con su repertorio de anécdotas y de ejemplos narrativos; donde la tradición oral se ve complementada por el creciente conocimiento de las letras, los productos impresos de mayor circulación, tales como libritos de coplas, almanaques, hojas sueltas, “discursos de moribundo” y crónicas anecdóticas de hechos de-

---

<sup>15</sup> Dos estudios interesantes de la restricción que la costumbre puede imponer a las expectativas materiales son: G. M. Foster, “Peasant society and the image of limited good”, *American Anthropologist*, abril de 1965; Daniel Vickers, “Compe-tency and competition: economic culture in early America”, *William and Mary Quar-terly*, 3.<sup>a</sup> serie, vol. XLVII, n.º 1 (enero de 1990).

lictivos, tienden a someterse a las expectativas de la cultura oral en lugar de desafiarla ofreciendo otras opciones.

Esta cultura transmite vigorosamente —y quizá también genera— representaciones ritualizadas o estilizadas, ya sea bajo la forma de diversiones o de protestas. Hasta es posible que la movilidad geográfica, junto con el creciente conocimiento de las letras, de hecho aumente su alcance y distribuya tales formas de manera más amplia: “fijar el precio”, como acción central de un motín de subsistencias, se extiende por la mayor parte del país (capítulo 4); el divorcio ritual llamado “venta de una esposa” parece haber repartido su incidencia por todo el país desde algún punto de origen que no conocemos (capítulo 7). Los testimonios de encerradas (capítulo 8) inducen a pensar que en las comunidades más tradicionales —y en modo alguno eran éstas siempre comunidades de índole rural— actuaban poderosas fuerzas automotivadas de regulación social y moral. Estos testimonios pueden mostrar que si bien el comportamiento anormal era tolerado hasta cierto punto, más allá de éste la comunidad procuraba imponer a los transgresores sus propias expectativas heredadas en lo referente a los papeles conyugales y la conducta sexual que gozaban de aprobación. Incluso aquí, sin embargo, tenemos que proceder con cautela: esta no es *simplemente* “una cultura tradicional”. Las normas que se defienden así no son idénticas a las que proclaman la Iglesia o la autoridad; se definen dentro de la cultura plebeya misma, y los mismos rituales que se utilizan para avergonzar a un notorio transgresor sexual pueden usarse contra el esquirol, o contra el hacendado y sus guardabosques, el recaudador de impuestos, el juez de paz.)

Esta es, pues, una cultura conservadora en sus formas, que apela a los usos tradicionales y procura reforzarlos. Las formas son también irracionales; no apelan a la “razón” por medio del panfleto, el sermón o el estrado; imponen las sanciones de la fuerza, el ridículo, la vergüenza, la intimidación. Pero el contenido o los significados de esta cultura no pueden calificarse de conservadores con tanta facilidad. Porque en la realidad social el trabajo va “liberándose”, decenio tras decenio, de los tradicionales controles señoriales, parroquiales, corporativos y paternales, al tiempo que va distanciándose de la dependencia directa de cliente respecto de la *gentry*. De aquí que tengamos una cultura consuetudinaria que en sus operaciones cotidianas no se halla sujeta a la dominación ideológica de los

gobernantes. La hegemonía subordinante de la *gentry* puede definir los límites dentro de los cuales la cultura plebeya es libre de actuar y crecer, pero, dado que dicha hegemonía es secular en vez de religiosa o mágica, poco puede hacer por determinar el carácter de esta cultura plebeya. Los instrumentos de control y las imágenes de hegemonía son los de la ley y no los de la iglesia o del carisma

monárquico. Pero la ley no exhibe cofradías piadosas en las ciudades ni extrae las confesiones de los pecadores; sus súbditos no rezan el rosario ni van en peregrinación a los santuarios; en vez de ello, leen hojas sueltas y se divierten en las tabernas y por lo menos algunas de las víctimas de la ley no son contempladas con horror, sino con una admiración ambigua. La ley puede puntuar los límites que los gobernantes toleran; pero en la Inglaterra del siglo XVIII no entra en las casas de los campesinos, no se menciona en las plegarias de la viuda, no adorna las paredes con iconos ni informa una visión de la vida.

De aquí una de las paradojas características del siglo: tenemos una cultura tradicional *rebelde*. No pocas veces, la cultura conservadora de la plebe se resiste, en nombre de la costumbre, a las racionalizaciones e innovaciones económicas (tales como el cercamien-to de tierras, la disciplina de trabajo, los mercados de grano “libres” y no regulados) que pretenden imponer los gobernantes, los comerciantes o los patronos. La innovación es más evidente en la cúspide de la sociedad que en sus capas inferiores, pero, dado que esta innovación no es ningún proceso tecnológico-sociológico sin normas y neutral (“modernización”, “racionalización”), sino que es la innovación del proceso capitalista, la mayoría de las veces la plebe la experimenta bajo la forma de la explotación, o de la expropiación de derechos de usufructo acostumbrados, o la alteración violenta de pautas de trabajo y ocio que para ella eran valiosas (capítulo 6). Por consiguiente, la cultura plebeya es rebelde, pero su rebeldía es n defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden son las propias del pueblo, y, de hecho, algunas de ellas se basan en reivindicaciones bastante recientes en la práctica. Pero, cuando el pueblo busca legitimaciones para la protesta, a menudo, recurre de nuevo a las reglas paternalistas de una sociedad más autoritaria y entre ellas escoge las partes más adecuadas para defender sus intereses presentes: los protagonistas de motines de subsistencias apelan al *Book of Orders* y a las leyes contra los acaparadores, etcéte-

ra, los artesanos apelan a ciertas partes (por ejemplo la regulación del aprendizaje) del código Tudor del trabajo.

Y tampoco la identidad social de muchas personas trabajadoras está libre de ambigüedades. Con frecuencia cabe detectar en el mismo individuo identidades que se alternan, una deferente, la otra rebelde.<sup>16</sup> Este es un problema del que se ocupó Gramsci, utilizando términos diferentes. Señaló el contraste entre la “moralidad popular” de la tradición folclórica y la “moralidad oficial”. Su “hombre en la masa” podía tener “dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria)”: una de praxis, la otra “heredada del pasado y absorbida sin espíritu crítico”. Al hablar de ideología en sus cuadernos de cárcel, Gramsci dice que se apoya en “la filosofía espontánea que es propia de todos”. Esta filosofía (concluye) se deriva de tres fuentes: en primer lugar, “el lenguaje mismo, que es una totalidad de ideas y conceptos determinados, y no sólo de palabras, gramaticalmente vacías de contenido”; en segundo lugar, “el sentido común”; y, en tercer lugar, la religión y el folclore populares.<sup>17</sup> Entre estas tres fuentes, la mayoría de los intelectuales occidentales de hoy concederían sin vacilar la primacía teórica a la primera (el lenguaje) por considerar que no es sólo el portador sino la influencia constitutiva en la conciencia. De hecho, si bien se ha examinado poco el lenguaje real<sup>18</sup> —por ejemplo como dialecto—, está de moda dar por sentado que la plebe era en cierto sentido “hablada” por su herencia lingüística, que a su vez se ve como un *bricolage* de ideas dispares que se derivan de muchas fuentes pero que las categorías patricias se encargan de mantener en su lugar. Incluso se ve a la plebe como cautiva en una prisión lingüística, obligada, hasta en los momentos de rebelión, a moverse dentro de los parámetros del constitucionalismo, de la “Vieja Inglaterra”, de la deferencia a los líderes patricios y del patriarcado.

Podemos seguir este argumento hasta cierto punto. Pero lo que

---

<sup>16</sup> Véanse Hans Medick, “Plebeian culture in the transition to capitalism”, en R. Samuel y G. Stedman Jones, eds., *Culture, ideology and politics*, 982.

<sup>17</sup> Véase Antonio Gramsci, *Selections from the prison notebooks*, 1971, pp. 419–425; Bushaway, *op. cit.*, pp. 11–12; T. J. Jackson Lears, “The concept of cultural hegemony: problems and possibilities”, *American Hist. Rev.*, 90, 1985.

<sup>18</sup> Los historiadores sociales han usado demasiado poco los estudios de dialectos, entre ellos Joseph Wright, en *English dialect dictionary*, 6 vols., 1898–1905, que está lleno de pistas sobre lenguajes de trabajo.

pasa por alto son las fuentes alternativas de “filosofía espontánea” que propone Gramsci, y, en particular, de “sentido común” o praxis. Porque Gramsci también insistió en que esta filosofía no era sencillamente la apropiación de un individuo, sino que se derivaba de experiencias compartidas en el trabajo y en las relaciones sociales, y está “implícita en su actividad y que en realidad le une con todos los demás trabajadores en la transformación práctica del mundo real...”. Así, las “dos conciencias teóricas” pueden verse como derivadas de dos aspectos de la misma realidad: por un lado, la necesaria conformidad con el *statu quo* si uno quiere sobrevivir, la necesidad de arreglárselas en el mundo tal como, de hecho, está mandado, y de jugar de acuerdo con las reglas que imponen los patronos, los *overseers*\* de los pobres, etcétera;<sup>19</sup> por otro lado, el “sentido común” que se deriva de la experiencia compartida con los compañeros de trabajo y con los vecinos de explotación, estrechez y represión, que expone continuamente el texto del teatro paternalista a la crítica irónica y (con menos frecuencia) a la revuelta.

Otro rasgo de esta cultura que reviste un interés especial para mí es la prioridad que en ciertos campos, se da a las sanciones, intercambios y motivaciones “no económicas” frente a las directas y monetarias. Este rasgo se comenta extensamente en la actualidad bajo el epígrafe de “la economía moral” y es el tema de los capítulos 4 y 5. Una y otra vez, al examinar el comportamiento de los trabajadores en el siglo XVIII, uno se encuentra con la necesidad de “descifrar” este comportamiento y sus modos simbólicos de expresión y descubrir reglas invisibles que son diferentes de las que espera encontrar un historiador de los movimientos obreros posteriores. Al atender al simbolismo de la protesta, o al descifrar las cerraduras o la venta de esposas, se comparten algunas de las preocupaciones de los historiadores de los siglos XVI y XVII cuya orientación era antropológica. En otro sentido los problemas son diferentes, y quizá más agudos, pues el proceso capitalista y el comportamiento consuetudinario no económico están en pugna activa y consciente, como en la resistencia a las nuevas pautas de consumo (“necesidades”)

---

\* Funcionarios que se nombraban anualmente y desempeñaban varias funciones administrativas relacionadas principalmente con el socorro de los pobres. (*N. del t.*)

<sup>19</sup> Véase mi artículo “Folklore, anthropology, and social history”, *Indian Hist. Rev.*, vol. III, n.º 2 (enero de 1977), p. 265.

o en la resistencia a las innovaciones técnicas o las racionalizaciones del trabajo que amenazan con perturbar la usanza acostumbrada y, a veces, la organización familiar de los papeles productivos.<sup>20</sup> Así pues, gran parte de la historia social del siglo XVII podemos leerla como una sucesión de enfrentamientos entre una innovadora economía de mercado y la acostumbrada economía moral de la plebe. En estos enfrentamientos es posible ver prefiguradas posteriores formaciones y conciencia de clase; y los desechos fragmentarios de pautas más antiguas se resucitan y se reintegran dentro de esta naciente conciencia de clase. En cierto sentido, la cultura plebeya es la propia del pueblo: es una defensa contra las intrusiones de la *gentry* o del clero; consolida las costumbres que sirven a los intereses del propio pueblo; las tabernas son suyas, las ferias son suyas, la cencerrada se encuentra entre sus propios medios de autorregulación. No se trata de *ninguna* cultura “tradicional”, sino de una cultura peculiar. No es, por ejemplo, fatalista, ofreciendo consuelos y defensas en el transcurso de una vida que se halla absolutamente determinada y constreñida. Es más bien picaresca, no sólo en el sentido obvio de que más personas son móviles, se hacen marineros, se las lleva a la guerra, experimentan los peligros y las aventuras del camino.<sup>21</sup> En entornos más consolidados —en las crecientes zonas de manufactura y de trabajo “libre”—, la vida misma avanza por un camino cuyos peligros y accidentes no pueden prescribirse ni evitarse por medio de la previsión: las fluctuaciones de la incidencia de la mortalidad, de los precios, del desempleo, se experimentan como accidentes externos que no se pueden controlar; en general, la población trabajadora tiene poco sentido profético del tiempo: no planea seguir tal o cual “carrera” ni fundar una familia, ni ve que le espere tal o cual forma de vida, tampoco ahorra los ingresos semanales cuando son altos, ni proyecta comprar una casita de campo, ni jamás en la vida tomarse unas “vacaciones”. (Puede que un joven, sabiendo que será una sola vez en la vida, se echó a los caminos para “ver mundo”.) Por consiguiente, la oportunidad se apro—

---

<sup>20</sup> Véase, por ejemplo, Adrián J. Randall, “Work, culture and resistance to machinery in the west of England woollen industry”, en Pat Hudson, ed., *Regions and industries: a perspective on the industrial revolution in Britain*, Cambridge, 1989.

<sup>21</sup> Ejemplos extremos de vidas picarescas se encuentran en Marcus Rediker, *Between the devil and the deep blue sea*, Cambridge, 1987, y Peter Linebaugh, *The London hanged*, Harmondsworth, 1991.

vecha cuando se presenta, pensando poco en las consecuencias, del mismo modo que la multitud impone su poder en los momentos de acción directa insurgente, a sabiendas de que su momento de triunfo durará solamente una semana o un día.

Antes he criticado el término “cultura” debido a su tendencia a empujarnos hacia ideas demasiado consensuales y holísticas. Y, a pesar de ello, me he visto obligado a hacer una crónica de la “cultura plebeya” que puede ser objeto de las mismas críticas. Cabe que esto no importe mucho si usamos la palabra “cultura” como término vagamente descriptivo. Después de todo, hay otros términos descriptivos de uso común, tales como “sociedad”, “política” y “economía”: sin duda merecen un interrogatorio minucioso de vez en cuando, pero si cada vez que las empleamos tuviéramos que hacer una definición rigurosa, el discurso del conocimiento sería en verdad engorroso.

Aun así, no deberíamos olvidar que “cultura” es un término agrupador, un término que, al juntar tantas actividades y tantos atributos en un solo conjunto, de hecho puede confundir u ocultar distinciones que se deberían hacer entre tales actividades y atributos. Necesitamos deshacer ese conjunto y examinar sus componentes con más cuidado: los ritos, las formas simbólicas, los atributos culturales de la hegemonía, la transmisión intergeneracional de la costumbre y la evolución de la costumbre dentro de formas históricamente específicas de relaciones de trabajo y sociales. Tal como ha mostrado el antropólogo Gerald Sider en un conjunto de sagaces estudios de los pueblos de pescadores de Terranova:

Las costumbres hacen cosas: no son formulaciones abstractas de significados, ni búsquedas de los mismos, aunque pueden transmitir significados. Las costumbres están claramente conectadas y enraizadas en las realidades materiales y sociales de la vida y el trabajo, aunque no son sencillamente derivados de dichas realidades ni reexpresiones de las mismas. Las costumbres pueden proporcionar un contexto en el cual las personas pueden hacer cosas que serían más difíciles de hacer directamente... pueden conservar la necesidad de acción colectiva, ajuste colectivo de intereses, y expresión colectiva de sentimientos y emociones dentro del terreno y el dominio de los coparticipantes en una costumbre, haciendo las veces de frontera que excluya a los intrusos.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> 22. Gerald M. Sider, *Culture and class in anthropology and history*, Cambridge, 1986, p. 940.

Si entre los componentes del conjunto que constituye la “cultura popular” tuviese que nombrar a los que requieren mayor atención hoy día, las “necesidades” y las expectativas” serían dos de ellos. La Revolución industrial y la consiguiente revolución demográfica fueron el trasfondo de la mayor transformación de la historia, al revolucionar las “necesidades” y al destruir la autoridad de las expectativas consuetudinarias. Esto es lo que más demarca el mundo “preindustrial” o “tradicional” del mundo moderno. Las generaciones sucesivas ya no se encuentran en una relación de aprendices unas de otras. Si necesitamos una excusa utilitaria para nuestra investigación histórica de la costumbre –pero pienso que no la necesitamos–, podríamos encontrarla en el hecho de que esta transformación, esta remodelación de la “necesidad” y esta elevación del umbral de expectativas materiales (junto con la devaluación de las satisfacciones culturales tradicionales), continúa con presión irreversible hoy, acelerada en todas partes por medios de comunicación que están al alcance de todo el mundo. Estas presiones se sienten ahora entre mil millones de chinos, así como incontables millones en los poblados asiáticos y africanos.

No es sencillo hablar de estos problemas desde nuestra cómoda perspectiva al “norte” de la divisoria del globo. Cualquier historiador del trabajo conoce de sobra la disculpa egoísta y clasista que siempre encuentra razones por las cuales los pobres deben seguir siendo pobres. Citando una vez más a Bernard Mandeville:

Es imposible que una Sociedad pueda subsistir mucho tiempo y permitir que muchos de sus Miembros vivan en el Ocio, y disfruten de toda la Comodidad y todo el Placer que puedan inventar, sin tener al mismo tiempo grandes multitudes de Personas que, para hacer bueno este efecto, condesciendan en ser todo lo Contrario, y mediante el uso y la paciencia habitúen sus cuerpos al Trabajo para otros y ellos mismos además.<sup>23</sup>

Este texto no ha perdido su fuerza hoy: es el texto oculto del discurso entre el Norte y el Sur. Sin embargo, sabemos también que las expectativas mundiales están subiendo como las aguas durante el Diluvio universal y que la disposición de la especie humana a definir sus necesidades y sus satisfacciones en términos materiales

---

<sup>23</sup> Mandeville, *op. cit.*, pp. 292–293.



del mercado –y a lanzar todos los recursos del globo al mercado– puede amenazar a la especie misma (tanto al Sur como al Norte) con una catástrofe ecológica. El artífice de esta catástrofe será el hombre económico, ya sea bajo la forma del capitalista clásico avaricioso o bajo la del hombre económico rebelde de la tradición marxista ortodoxa.

Del mismo modo que el capitalismo (o “el mercado”) rehizo la naturaleza y la necesidad humanas, también la economía política y su antagonista revolucionario llegaron a suponer que este hombre económico era para siempre. Nos encontramos a finales de siglo, en un momento en que esto debe ponerse en duda. Jamás volveremos a la naturaleza humana precapitalista, pero un recordatorio de sus otras necesidades, expectativas y códigos puede renovar nuestro sentido de la serie de posibilidades de nuestra naturaleza. ¿Podría prepararnos incluso para una época en que las necesidades y las expectativas del Estado, tanto capitalista como comunista, tal vez se descompongan y la naturaleza humana se rehaga de una forma nueva? Quizá todo esto sean simplemente quimeras. Es invocar el redescubrimiento, bajo formas nuevas, de una nueva clase de “conciencia consuetudinaria”, en la cual, una vez más, sucesivas generaciones se encuentren en relación de aprendizaje unas con otras, en la cual las satisfacciones materiales permanezcan estables (aunque distribuidas con más igualdad) y sólo las satisfacciones culturales aumenten, y en la cual las expectativas se nivelen y formen un estado de costumbre estable. Me parece que no es probable que esto suceda. Pero espero que los estudios que forman el presente libro iluminen de qué modo se forma la costumbre y qué complejo es su funcionamiento.

## 2. PATRICIOS Y PLEBEYOS

La desdichada Circunstancia de este País es ahora tal, que, en pocas palabras, si continúa, los Pobres serán los Gobernantes de los Ricos, y los Sirvientes serán los Gobernadores de sus Amos, los *Plebeij* casi han atropellado a los *Patricij*... en una Palabra, el Orden se ha invertido, la Subordinación cesa, y el Mundo parece encontrarse con lo de Abajo arriba.

DANIEL DEFOE, *The great law of subordination considered or, The insolence and insufferable behaviour of SERVANTS in England duly inquired into* (1724)

### I

La relación que deseo examinar en el presente capítulo es la que existe entre “la *gentry*” y los “pobres que trabajan”. Ambas expresiones son vagas. Pero tenemos cierta idea de lo que ambas representan. En los primeros seis decenios del siglo XVIII uno tiende a asociar a la *gentry* con la tierra. La tierra seguía siendo el índice de la influencia, el plinto sobre el cual se erigía el poder. Si a la riqueza directa en tierras y a la condición social se le añaden la parte de la industria que o bien servía directamente a los intereses agrícolas (transporte, talabartería, carpintería de carros, etcétera) o que preparaba los productos de la agricultura (elaboración de cerveza, curtidos, molienda, la gran industria lanera, etcétera), puede verse hacia dónde se inclinaban las balanzas de la riqueza. De manera que, a pesar del inmenso crecimiento de Londres y de Liverpool, Manchester, Bristol, Birmingham, Norwich, Leeds, etcétera, Inglaterra conservó hasta el decenio de 1760 una característica agraria y muchas personas que adquirieron su rique-

za en ocupaciones comerciales, urbanas, todavía procuraban transformar su riqueza en la condición de miembros de la *gentry*, para lo cual la transformaban en tierra. William Hutton, el comerciante en papel de Birmingham, describe en sus memorias su primera adquisición de tierras (1766): “desde que tenía 8 años había mostrado afición a la tierra... y deseaba tener un poco que pudiera decir que era mía. Este ardiente deseo de tierra nunca me abandonó”.<sup>1</sup>

Sin embargo, tanto “*gentlemen*” como “los pobres” son “expresiones acuñadas por la *gentry*”<sup>2</sup> y ambas llevan una carga normativa que los historiadores pueden adoptar sin espíritu crítico. Nos dicen (por ejemplo) que “el honor, la dignidad, la integridad, la consideración, la cortesía y la caballerosidad eran virtudes esenciales para el carácter de un *gentleman*, y todas ellas se derivaban en parte de la naturaleza de la vida rural”.<sup>3</sup> Esto sugiere un punto de vista algo distanciado de la “vida rural”, del cual se han sustraído los braceros, del mismo modo que se suprimieron en gran parte de la pintura paisajística del siglo XVIII.<sup>4</sup> En cuanto a “los pobres”, esta expresión totalmente indiscriminada lleva consigo la sugerencia de que el grueso de la población trabajadora merecía la condescendencia de la *gentry* y quizá su caridad (y que de un modo u otro era mantenida *por* la *gentry* en vez de ocurrir lo contrario); y la expresión incluye a los pobres y a los *yeomen*, que defendían ferozmente su independencia, a los pequeños campesinos, a los sirvientes agrícolas, a los artesanos rurales, y así sucesivamente, en la misma categoría inventada por la *gentry*.

A pesar de la vaguedad de las dos expresiones, el presente capítulo girará en torno a estos dos polos y su relación mutua. Pasaré por alto gran parte de lo que hay entre los dos extremos: el comercio, la manufactura, los comercios de artículos de lujo de Londres, el imperio ultramarino. Y no pondré énfasis en los que gozan de popularidad entre la mayoría de los historiadores acreditados. Quizá haya una razón para ello. Nadie es más susceptible a los encantos de la vida de la *gentry* que el historiador del siglo XVIII. Sus fuentes principales se

---

<sup>1</sup> *The life of William Hutton*, 1817, p. 177.

<sup>2</sup> Jeanette Neeson me dio la expresión «acuñadas por la *gentry*» para «los pobres».

<sup>3</sup> F. M. L. Thompson, *English landed society in the nineteenth century*, 1963, p. 16.

<sup>4</sup> Véase John Barrell, *The dark side of the landscape*, Cambridge, 1980.

hallan en los archivos de la *gentry* o de la aristocracia. Hasta es posible que algunas de sus fuentes las encuentre todavía en la sala de títulos de una antigua residencia rústica. Al historiador le resulta fácil identificarse con sus fuentes: se ve a sí mismo cazando a caballo con una jauría, o asistiendo a las *Quarter Sessions*\* o (si es menos ambicioso) se ve a sí mismo por lo menos sentado a la repleta mesa del párroco Woodforde.\*\* Los “pobres que trabajaban” no salían de las *workhouses*\*\*\* cargados de documentos para que los historiadores los usaran en su trabajo, ni invitan a identificarse con su abrumador trabajo. Sin embargo, para la mayoría de la población la visión de la vida no era la que tenía la *gentry*. Podría decirlo con términos más fuertes, pero deberíamos atender a las tranquilas palabras de M. K. Ashby: “Me parece a mí que la casa grande se ha guardado las mejores cosas para sí misma, sin dar, salvo en raras excepciones, ni gracia ni liderazgo a los pueblos, sino, de hecho, rebajando su virilidad y su cultura”.<sup>5</sup>

Cuando yo y algunos colegas ofrecimos, hace unos años, una visión un tanto escéptica de las virtudes de la gran *gentry whig* y de sus abogados una parte de los profesionales de la historia se escandalizó.<sup>6</sup> Nuestra amenaza fue rechazada y se ha reconstituido una visión de la Inglaterra del siglo XVIII que pasa por alto, con unas cuantas palabras, las profundas contradicciones de la sociedad. Se nos dice que era una próspera “sociedad de consumo” (signifique esto lo que signifique) poblada por “una gente cortés y comercial”.<sup>7</sup> No se nos recuerda claramente que fue el siglo en que el pueblo llano perdió finalmente su tierra, en que se multiplicó el número de delitos que se castigaban con la pena capital, en que miles de felones fueron deportados, y en que

---

\* En Inglaterra e Irlanda, tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción limitada en lo criminal y lo civil, así como de apelación, que se reunían trimestralmente. (*N. del t.*)

\*\* El reverendo James Woodforde (1740-1803) fue el autor del *Diary of a country parson*, donde hizo una viva crónica de su tiempo, con especial referencia a lo que se comía y bebía. (*N. del t.*)

\*\*\* Hospicios donde los pobres eran obligados a trabajar. (*N. del l.*)

<sup>5</sup> M. K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe*, Cambridge, 1961, y Londres, 1974.

<sup>6</sup> Véanse mis libros *Whigs and hunlers*, Londres y Nueva York, 1975, y D. Hay, P. Linebaugh y E. P. Thompson, eds., *Albion's fatal tree*, Londres y Nueva York, 1975.

<sup>7</sup> P. Langford, *A polite and commercial people: England 1727-1783*, Oxford, 1989.

se perdieron miles de vidas en las guerras imperiales; un siglo que terminó con un serio empobrecimiento rural, a pesar de la “revolución” agrícola y los cada vez más abultados libros de registro de las rentas. Mientras tanto, los historiadores siguen teniendo una visión blanda de las cosas: las conferencias de historiadores del siglo XVIII tienden a ser lugares donde los blandos dirigen a los blandos. Trataremos de efectuar una reconstrucción menos tranquilizadora.

Han sido frecuentes las quejas en el sentido de que los términos “feudal”, “capitalista” o “burgués” son demasiado imprecisos y abarcan fenómenos demasiado vastos y dispares para utilizarlos en un análisis serio. Ahora, sin embargo, nos encontramos con que se usan constantemente una serie de términos nuevos tales como “preindustrial”, “tradicional”, “paternalismo” y “modernización”, que parecen estar expuestos a las mismas objeciones y cuya paternidad teórica es menos segura.

Puede ser interesante observar que mientras los términos del primer grupo dirigen la atención hacia el conflicto, o la tensión dentro del proceso social, los del segundo parecen empujarte a ver la sociedad en términos de un orden sociológico que se regula a sí mismo. Se ofrecen a sí mismos, con científicismo especioso, como si estuvieran libres de valores. También tienen una intemporalidad misteriosa. Mi aversión particular va dirigida contra “preindustrial”, tienda bajo cuyo techo se sientan, unos al lado de otros, los pañeros del oeste de Inglaterra, los plateros persas, los pastores guatemaltecos y los bandidos corsos.<sup>8</sup>

No obstante, dejémosles felizmente en su bazar, intercambiando sus sorprendentes productos culturales, y examinemos más atentamente el término “paternalismo”. En ciertos escritores, “patriarcal” y “paternal” parecen ser términos intercambiables, el uno dotado de una implicación más seria, el otro algo más suavizada. Los dos pueden realmente converger tanto en hecho como en teoría. En la descripción de Weber de las sociedades “tradicionales”, el foco del análisis se centra en las relaciones familiares de la unidad tribal o la unidad doméstica, y desde este punto se extrapolan las relaciones de dominio y dependencia que vienen a caracterizar la sociedad “patriarcal” como

---

<sup>8</sup> El término “protoindustrial” introduce nuevas dificultades, pero es un concepto más preciso que “preindustrial” y preferible a efectos descriptivos.

totalidad; formas que él relaciona específicamente con formas antiguas y feudales de orden social. Laslett, que nos ha recordado apremiante—mente la importancia central de la “unidad doméstica” económica en el siglo XVII, sugiere que ésta contribuyó a la reproducción de actitudes y relaciones patriarcales y paternas que impregnaron a la totalidad de la sociedad, y que quizá siguieron haciéndolo hasta el momento de la “industrialización”.<sup>9</sup> Marx, es verdad, tendía a considerar las actitudes patriarcales como características del sistema gremial de la Edad Media en que:

Los oficiales y aprendices de cada oficio se hallaban organizados como mejor cuadraba al interés de los maestros; la relación filial que les unía a los maestros de los gremios dotaba a éstos de un doble poder, por una parte, mediante su influencia sobre la vida toda de los oficiales y, por otra parte, porque para los oficiales que trabajaban con el mismo maestro éste constituía un nexo real de unión que los mantenía en cohesión frente a los oficiales de los demás maestros y los separaba de éstos...

Marx afirmaba que en la “manufactura” estas relaciones eran sustituidas por “la relación monetaria entre el trabajador y el capitalista”, pero, “en el campo y en las pequeñas ciudades, esta relación seguía teniendo un matiz patriarcal”.<sup>10</sup> Es este un amplio margen, sobre todo cuando recordamos que en cualquier época previa a 1840 la mayor parte de la población vivía en estas condiciones.

De modo que podemos sustituir “un matiz patriarcal” por el término “paternalismo”, que es más suave. Podría parecer que este *quantum* social mágico, refrescado cada día en las innumerables fuentes del pequeño taller, la unidad doméstica económica, la propiedad territorial, fue lo bastante fuerte para impedir (excepto en casos aislados, durante breves episodios) el enfrentamiento de las clases, hasta que la industrialización lo trajo a remolque consigo. Antes de que esto

---

<sup>9</sup> Esta impresión se daba en Peter Laslett, *The world we have lost*, 1965. Para una visión más estricta de las teorías del patriarcado, véase G. Schochet, *Patriarchalism in political thought*, Nueva York, 1975.

<sup>10</sup> Esto procede de un pasaje muy general de *La ideología alemana*, 1845. Véase Marx y Engels, *Collected works*, 1976, V, pp. 65-67. Para las dificultades que nacen de la apropiación, para significados un tanto diferentes, del término “patriarcado” en la teoría feminista, véanse en este mismo libro las pp. 554-559.

ocurriera, no existía una clase obrera con conciencia de clase; ni conflicto de clase alguno de este tipo, sino simplemente fragmentos del protoconflicto; la clase obrera no existía como agente histórico y, puesto que así es, la tarea tremendamente difícil de intentar descubrir cuál era la verdadera conciencia social de los pobres que trabajaban y eran incapaces de expresarse claramente, sería tediosa e innecesaria. Nos invitan a pensar sobre la conciencia del oficio más que de la clase, sobre divisiones verticales más que horizontales. Podemos incluso hablar de una sociedad de “una clase”.

Examinemos las siguientes descripciones del *gentleman* terrateniente del siglo XVIII. El primero:

La vida de una aldea, un pueblo, una parroquia, una ciudad con mercado y su *binterland*, todo un condado, podía desarrollarse en torno a la casa grande y su parque. Sus salones de recepción, jardines, establos y perreras eran el centro de la vida social local; su despacho, el centro donde se negociaban las tenencias agrarias, los arrendamientos de minas y edificios, y un banco de pequeños ahorros e inversiones; su propia explotación agrícola, una exposición permanente de los mejores métodos agrícolas disponibles...; su sala de justicia... el primer baluarte de la ley y el orden; su galería de retratos, salón de música y biblioteca, el cuartel general de la cultura local; su comedor, el fulcro de la política local.

Y he aquí el segundo:

En el curso de administrar su propiedad para sus propios intereses, seguridad y conveniencia, ejerció muchas de las funciones del Estado. Él era juez: resolvía disputas entre sus allegados. Era la policía: mantenía el orden entre un gran número de gente... Era la Iglesia: nombraba al capellán, generalmente algún pariente cercano con o sin formación religiosa, para velar por su gente. Era una agencia de bienestar público: cuidaba de los enfermos, los ancianos, los huérfanos. Era el ejército en caso de revuelta... armaba a sus parientes y criados como si fuera una milicia particular. Es más, mediante lo que se convirtió en un intrincado sistema de matrimonios, parentesco y patrocinio... podía solicitar la ayuda, en caso de necesidad, de un gran número de parientes en el campo o en las ciudades que poseían propiedades y poder similares a los suyos.

Ambas son descripciones aceptables del *gentleman* terrateniente del siglo XVIII. No obstante, ocurre que una describe a la aristocracia

o la gran *gentry* inglesa, la otra a los dueños de esclavos del Brasil colonial.<sup>11</sup> Ambas servirían, igualmente, y con mínimas correcciones, para describir a un patricio de la *campagna* en la antigua Roma, uno de los terratenientes de *Almas muertas* de Gogol, un dueño de esclavos de Virginia,<sup>12</sup> o los terratenientes de cualquier sociedad en la que la autoridad económica y social, poderes, judiciales sumarios, etc., estuvieran unidos en un solo punto.

Quedan, sin embargo, algunas dificultades. Podemos denominar a una concentración de autoridad económica y cultural “paternalismo” si así lo deseamos. Pero, si admitimos el término, debemos también admitir que es demasiado amplio para un análisis discriminatorio. Nos dice muy poco sobre la naturaleza del poder y el Estado, sobre las formas de propiedad, sobre la ideología y la cultura, y es incluso demasiado romo para distinguir entre modos de explotación, entre la mano de obra servil y libre.

Además, es una descripción de relaciones sociales vista desde arriba. Esto no la invalida, pero debemos ser conscientes de que esta descripción puede ser demasiado persuasiva. Si sólo nos ofrecen la primera descripción, entonces es muy fácil pasar de ésta a la idea de “una sociedad de una sola clase”; la casa grande se encuentra en la cumbre, y todas las líneas de comunicación llevan a su comedor, despacho o perreras. Es esta, en verdad, una impresión que fácilmente obtiene el estudioso que trabaja entre los documentos de propiedades particulares, los archivos de las *Quarter Sessions*, o la correspondencia del duque de Newcastle.

Pero pueden encontrarse otras formas de describir la sociedad además de la que nos ofrece Harold Perkin en el primero de los extractos. La vida de una parroquia puede igualmente girar en torno al mercado semanal, los festivales y ferias de verano e invierno, la fiesta anual de la aldea, tanto como alrededor de lo que ocurría en la casa grande. Las habladurías sobre la caza furtiva, el robo, el escándalo sexual y el comportamiento de los *overseers* de los pobres podían ocupar las cabezas de las gentes bastante más que las distantes idas y venidas arriba en el parque. La mayor parte de la comunidad campe—

---

<sup>11</sup> Harold Perkin, *The origins of modern English society 1780-1800*, 1969, p. 42; Alexander Marchant, “Colonial Brazil”, en X. Livermore, ed., *Portugal and Brazil: an introduction*, Oxford, 1953, p. 297.

<sup>12</sup> Véase Eugene D. Genovese, *The world of slaveholders made*, Nueva York, 1969, esp. p. 96.



sina no tendría demasiadas oportunidades para ahorrar o invertir o para mejorar sus campos; posiblemente se sentían más preocupados por el acceso al combustible, a las turberas y a los pastos comunales que por la rotación de las cosechas.<sup>13</sup> La justicia podía percibirse no como un “baluarte” sino como un tirano. Sobre todo, podía existir una radical disociación –en ocasiones antagonismo– entre la cultura e incluso la “política” de los pobres y aquellas de los grandes.

Pocos estarían dispuestos a negar esto. Pero las descripciones del orden social en el primer sentido, vistas desde arriba, son mucho más corrientes que los intentos de reconstruir una visión desde abajo. Y siempre que se introduzca la noción de “paternalismo” es el primer modelo el que nos sugiere. Y el término no puede deshacerse de implicaciones normativas: sugiere calor humano, en una relación mutuamente admitida; el padre es consciente de sus deberes y responsabilidades hacia el hijo, el hijo está conforme o se muestra activamente complaciente con su condición filial. Incluso el modelo de la pequeña unidad económica doméstica conlleva (a pesar de los que lo niegan) un cierto sentido de intimidad emocional: “hubo un tiempo –escribe Laslett– en que toda la vida se desarrollaba en la familia, en un círculo de rostros amados y familiares, de objetos conocidos y mimados, todos de proporciones humanas”.<sup>14</sup> Sería injusto contrastar esto con el recuerdo de que *Cumbres borrascosas* está enmarcado exactamente en una situación familiar como esta. Laslett nos recuerda un aspecto relevante de las relaciones económicas a pequeña escala, incluso si el calor se debía a la rebelión impotente contra una dependencia abyecta, con tanta frecuencia como al respeto mutuo. En los primeros años de la Revolución industrial, los trabajadores rememoraban a menudo los valores paternalistas perdidos; Cobbett y Oastler se explayaron ante el sentimiento de pérdida, Engels confirmó el agravio.

Pero esto plantea otro problema. El paternalismo como mito o ideología mira casi siempre hacia atrás. Se presenta en la historia inglesa menos como realidad que como un modelo de edad de oro antigua, recién finalizada, de la cual los actuales modos y maneras constituyen una degeneración. Y tenemos el *Country Justice* de Langhorne (1774):

---

<sup>13</sup> Quizá se habrían llevado una sorpresa al saber que pertenecían a una “sociedad de consumo”.

<sup>14</sup> Véase Laslett, *ibid.*, p. 21.

Cuando tu buen padre tenía este amplio dominio,  
 la voz del dolor nunca lloró en vano  
 calmados por su piedad, por su abundancia alimentados,  
 los enfermos encontraban medicina y los ancianos pan.  
 Nunca abandonó sus intereses a los cuidados de la  
 parroquia.  
 Ni hubo alguacil alguno que impusiera allí su pequeño  
 imperio;  
 no hubo tirano de aldea que los matara de hambre o los  
 oprimiera;  
 aprendió sus necesidades, y las satisfacía...  
 Los pobres veían a su lado a sus protectores naturales,  
 y los que impartían la ley sustituían a la ley misma.\*

Y continúa, para negar que estas relaciones tengan alguna realidad  
 en el momento:

... El viaje sin límites de las costumbres  
 se ha llevado al magistrado guardián.  
 Excepto en las calles de Augusta, en las costas de  
 Galia,  
 el patrón rural ya nunca se vislumbra...\*\*

Pero podemos elegir las fuentes literarias donde nos plazca.  
 Podríamos retroceder unos sesenta o setenta años hasta sir Roger  
 de Coverley, un tardío superviviente, un hombre singular y  
 anticuado, y por ello al mismo tiempo ridículo y entrañable.  
 Podríamos retroceder otros cien años hasta el *Rey Lear*, o hasta el  
 “buen anciano” de Shakespeare, Adam; nuevamente los valores  
 paternalistas se consideran “una antigualla” se deshacen ante el  
 individualismo competitivo del hombre natural del joven  
 capitalismo, en el que “el vínculo entre el padre y el hijo está  
 resquebrajado” y donde los dioses protegen a los bastardos. O  
 podemos seguir retrocediendo otros cien años hasta sir Thomas  
 More. La realidad de paternalismo aparece siempre retrocediendo  
 hacia un pasado aún más primitivo e idealizado.<sup>15</sup> Y el término nos  
 fuerza a confundir atributos reales e ideológicos.

---

\* [When thy good father held this wide domain, / The voice of sorrow never  
 mourn'd in vain. / Sooth'd by his pity, by his bounty fed, / The sick found  
 mede-cine, and the aged bread. / He left interest to no parish care, / No bailiff  
 urged his little empire there; / No village tyrant starved them, or oppress'd; /  
 He learn'd their wants, and he those wants redress'd... / The poor at hand  
 their natural patrons saw, / And lawgivers were supplements of law!]

\*\* [... Fashion's boundless sway / Has borne the guardian magistrate away.  
 / Save in Augusta's streets, on Gallia's shores, / The rural patron is beheld no  
 more...]

<sup>15</sup> Véase Raymond Williams, *The country and the city*, Oxford, 1973, *passim*.

Para resumir: paternalismo es un término descriptivo impreciso. Tiene considerablemente menos especificidad histórica que términos como feudalismo o capitalismo; tiende a ofrecer un modelo de orden social visto desde arriba; contiene implicaciones de calor y de relaciones personales que suponen nociones valorativas; confunde lo real con lo ideal. No significa esto que debamos desechar el término por completa inutilidad para todo servicio. Tiene tanto, o tan poco, valor como otros términos descriptivos generalizados –autoritario, democrático, igualitario– que por sí mismos, y sin substanciales añadiduras, no pueden calificar un sistema de relaciones sociales. Ningún historiador serio debe calificar toda una sociedad de paternalista o patriarcal. Pero el paternalismo puede, como en la Rusia zarista, en el Japón meiji o en ciertas sociedades esclavistas, ser un componente profundamente importante no sólo de la ideología, sino de la mediación institucional en las relaciones sociales. ¿Cuál es el estado de la cuestión con respecto a la Inglaterra del siglo XVIII?

## II

Dejemos a un lado de inmediato una línea de investigación tentadora pero totalmente improductiva: la de intentar adivinar el peso específico de ese misterioso fluido que es el “matiz patriarcal”, en este o aquel contexto y en distintos momentos del siglo. Comenzamos con impresiones; adornamos nuestros presentimientos con citas oportunas; terminamos con impresiones. Si observamos, por el contrario, la expresión institucional de las relaciones sociales, esta sociedad parece ofrecer pocos rasgos auténticamente paternalistas. Lo primero que notamos en ella es la importancia del dinero. La *gentry* terrateniente se clasifica no por nacimiento u otras distinciones de estatus, sino por sus rentas: tienen tantas libras al año. Entre la aristocracia y la *gentry* con ambiciones, los noviazgos los hacen los padres y sus abogados, que los llevan con cuidado hasta su consumación, el acuerdo matrimonial satisfactoriamente contraído. Destinos y puestos podían comprarse y venderse (siempre que la venta no fuera seriamente conflictiva con las líneas de interés político); los destinos en el ejército, los escaños parlamentarios. Derechos de usufructo, privilegios, libertades, servicios, todo podía traducirse en un equivalente monetario: el voto, los derechos de libre

tenencia, la exención de impuestos parroquiales o servicio de la milicia, la libertad de los burgos, las puertas en las tierras comunales. Este es el siglo en que el dinero “lleva toda la fuerza”, en el que las libertades se convierten en propiedades y se materializan los derechos de usufructo. Un palomar situado en el lugar de una antigua tenencia libre puede venderse, y con él se vende el derecho a votar; los escombros de un antiguo caserío se pueden comprar para reforzar las pretensiones a los derechos comunales y, por tanto, para cercar un lote más de tierras comunales.

Si los derechos de usufructo, servicios, etc., se convirtieron en propiedades que se clasificaban con el valor de tantas libras, no siempre se convirtieron, sin embargo, en mercancías accesibles para cualquier comprador en el mercado libre. La propiedad asumía su valor, en la mayor parte de los casos, sólo dentro de una determinada estructura de poder político, influencias, intereses y dependencia, que Namier nos dio a conocer. Los cargos titulares prestigiosos (tales como *rangers*, *keepers*, *constables*) y los beneficios que traían consigo podían comprarse y venderse; pero no todo el mundo podía comprarlos o venderlos (durante los gobiernos de Walpole, ningún par *tory* o jacobita tenía probabilidades de éxito en este mercado); y el titular de un cargo opulento que incurría en la desaprobación de los políticos o la Corte podía verse amenazado de expulsión mediante procedimientos legales.<sup>16</sup> La promoción a los puestos más altos y lucrativos de la Iglesia, la justicia o las armas, se encontraba en situación similar. Los cargos se obtenían mediante la influencia política, pero, una vez conseguidos, suponían normalmente posesión vitalicia, y el beneficiario debía exprimir todos los ingresos posibles del mismo mientras pudiera. La tenencia de sinecuras de Corte y de altos cargos políticos era mucho menos segura, aunque de ningún modo menos lucrativa: el conde de Ranelagh, el duque de Chandos, Walpole y Henry Fox, entre otros, amasaron fortunas durante su breve paso por el cargo de Pagador General. Y, por otra parte, la tenencia de posesiones territoriales, como propiedad absoluta, era enteramente segura y hereditaria. Era tanto el punto de acceso para el poder y los cargos oficiales, como el punto al cual retornaban el poder y los cargos. Las rentas

---

<sup>16</sup> Véanse los instructivos casos de la entrada de Walpole en el parque de Richmond y la expulsión del general Pepper de Enfield Chase en mi libro *Whigs and hunters*, cap. 8.

podían aumentarse mediante una administración competente y mejoras agrícolas, pero no ofrecían las ganancias fortuitas que proporcionaban las sinecuras, los cargos públicos, la especulación comercial o un matrimonio afortunado. La influencia política podía maximizar los beneficios más que la rotación cuatrienal, como, por ejemplo, facilitando la consecución de decretos privados, tales como el cercamiento, o el convertir un paquete de ingresos sinecuristas no ganados por vía normal en posesiones hipotecadas, allanando el camino para conseguir un matrimonio que uniera intereses armónicos o logrando acceso preferente a una nueva emisión de bolsa.

Fue esta una fase depredadora del capitalismo agrario y comercial, y el Estado mismo era uno de los primeros objetos de presa. El triunfo en la alta política era seguido por el botín de guerra, así como la victoria en la guerra era con frecuencia seguida por el botín político. Los jefes triunfantes de las guerras de Marlborough no sólo obtuvieron recompensas públicas, sino también enormes sumas sustraídas de la subcontratación militar de forrajes, transporte o pertrechos; Marlborough recibió el palacio de Blenheim, Cobham y Cadogan los pequeños palacios de Stowe y Caversham. La sucesión hannoveriana trajo consigo una serie de bandidos cortesanos. Pero los grandes intereses financieros y comerciales requerían también acceso al Estado, para obtener cédulas, privilegios, contratos, y las fuerzas diplomática, militar y naval necesarias para abrir el camino al comercio.<sup>17</sup> La diplomacia obtuvo para la South Sea Company (Compañía del Mar del Sur) el asiento, o licencia para el comercio de esclavos con la América española, y fue la expectativa de beneficios masivos de esta concesión lo que hinchó la *South Sea Bubble*. No se pueden hacer pompas (*bubbles*) sin escupir, y los escupitajos en este caso tomaron la forma de sobornos no sólo a los ministros y a las queridas del rey, sino también (parece seguro) al mismo rey.

Estamos acostumbrados a pensar que la explotación es algo que ocurre en el nivel del suelo, en el punto de producción. A principios del siglo XVIII se creaba la riqueza en este nivel bajo, pero se elevó rápidamente a regiones más altas, se acumuló en grandes porciones y

---

<sup>17</sup> No debemos olvidar que la gran investigación que hizo Namier del carácter del sistema parlamentario tuvo su origen en un estudio titulado "The imperial problem during the American revolution"; véase *The structure of politics at the accession of George III*, prefacio de la primera edición (1928).

los verdaderos agostos se hicieron en la distribución, acaparamiento y venta de artículos o materias primas (lana, grano, carne, azúcar, paños, té, tabaco, esclavos), en la manipulación del crédito y en la toma de cargos del Estado. Bandidos patricios competían por el botín del poder, y este solo hecho explica las grandes sumas de dinero que estaban dispuestos a emplear en la compra de escaños parlamentarios. Visto desde esta perspectiva, el Estado no era tanto el órgano efectivo de una clase determinada como un parásito a lomos de la misma clase (la *gentry*) que había triunfado en 1688. Y así lo veían, y lo consideraban intolerable muchos miembros de la pequeña *gentry tory* durante la primera mitad del siglo, cuyos impuestos territoriales veían transferidos por los medios más patentes a los bolsillos de los cortesanos y políticos *whig*, a la misma elite aristocrática cuyos grandes dominios se estaban consolidando frente a los pequeños, en estos años. Incluso hubo un intento por parte de la oligarquía, en la época del conde de Sunderland, de confirmarse institucionalmente y autoperpetuarse mediante la tentativa de lograr el Peerage Bill (Proyecto de Ley de Nobleza) y la Septennial Act (Ley Septenal). El que las defensas constitucionales contra esta oligarquía pudieran al menos sobrevivir a estas décadas se debió en gran medida a la obstinada resistencia de la *gentry* independiente rural, en gran parte *tory*, en ocasiones jacobita, apoyada una y otra vez por la multitud vociferante y turbulenta. Todo esto se hacía en nombre del rey. En nombre del rey los ministros de éxito podían purgar incluso al más subordinado funcionario del Estado que no estuviera totalmente sometido a sus intereses. “No hemos ahorrado medios para encontrar a todos los malvados, y hemos despedido a todos aquellos de los cuales temamos la más mínima prueba, tanto de su actual como de su pasado comportamiento”, escribían los tres serviles comisarios de Aduanas de Dublín al conde de Sunderland en agosto de 1715. Es “nuestro deber no permitir que ninguno de nuestros subordinados coma el pan de Su Majestad, si no tienen todo el celo y afecto imaginables hacia su servicio y el del Gobierno”.<sup>18</sup> Pero uno de los intereses primeros de los depredadores políticos era limitar la influencia del rey a la de *primus inter predatores*. Cuando al ascender Jorge II pareció dispuesto a prescindir de Walpole, resultó que era susceptible de ser comprado como cualquier político *whig*, aunque a más alto precio:

---

<sup>18</sup> Blenheim MSS (Sunderland), D II, 8.

Walpole conocía su deber. Nunca un soberano fue tratado con mayor generosidad. El Rey, 800.000 libras, más el excedente de todos los impuestos asignados a la lista civil, calculados por Harvey en otras 100.000 libras; la Reina, 100.000 libras al año. Corría el rumor de que Pulteney ofrecía más. Si así era, su incapacidad política era asombrosa. Nadie a excepción de Walpole podía haber esperado obtener tales concesiones a través de los Comunes... una cuestión que el Soberano no tardó en captar...

“Considerere, Sir Robert”, dijo el Rey, ronroneando de gratitud mientras su ministro se disponía a dirigirse a los Comunes, “que lo que me tranquiliza en esta cuestión es lo que hará también su tranquilidad; va a decidirse para mi vida y para su vida”.<sup>19</sup>

Así que el “deber” de Walpole resulta ser el respeto mutuo de dos ladrones de cajas fuertes asaltando las cámaras del mismo banco. Durante estas décadas, los conocidos “recelos” *whig* de la Corona no surgían del miedo a que los monarcas hannoverianos realizaran un golpe de Estado y pisotearan bajo sus pies las libertades de los súbditos al adquirir poder absoluto; la retórica se destinaba exclusivamente a las tribunas públicas. Surgía del miedo más real a que el monarca ilustrado encontrara medios para elevarse, como personificación de un poder “imparcial”, racionalizado y burocrático, por encima y más allá del juego depredador. El atractivo de un rey tan patriótico hubiera sido inmenso, no sólo entre la *gentry* menor, sino entre grandes sectores de la población: fue precisamente el atractivo de su imagen de patriota incorrupto lo que llevó a William Pitt, el Viejo, al poder en una marea de aclamación popular, a pesar de la hostilidad de los políticos y de la Corte.<sup>20</sup>

“Los sucesores de los antiguos *Cavaliers* se habían convertido en demagogos; los sucesores de los *Roundheads* en cortesanos”, dice Ma-

---

<sup>19</sup> J. H. Plumb, *Sir Robert Walpole*, II, 1960, pp. 168–169.

<sup>20</sup> Véase P. Langford, “William Pitt and public opinion, 1757”, *English Historical Review*, CCCXVI, 1973. Pero cuando estuvo en el poder, el “patriotismo” de Pitt se limitó exclusivamente a la mano derecha del gobierno. La mano izquierda, Newcastle, “se encargó de la tesorería, del patronazgo civil y eclesiástico y de la distribución de la parte del dinero del servicio secreto que a la sazón se empleaba para sobornar a diputados. Pitt fue secretario de Estado, con la dirección de la guerra y los asuntos exteriores. Así pues, la porquería de todas las malsanas y pestilentes alcantarillas del gobierno iba a parar a un único canal. Por el otro pasaba solamente lo que era luminoso e inmaculado” (T. B. Macaulay, *Critical and historical essays*, 1880, p. 747).

caulay, y continúa: “Durante muchos años, una generación de *Whigs* que Sidney habría desdeñado por esclavos, continuaron librando una guerra a muerte con una generación de *Tories* a los cuales Jeffrey habría colgado por republicanos”.<sup>21</sup> Esta descripción no sobrevive mucho tiempo después de mediado el siglo. El odio entre *whigs* y *tories* se había suavizado mucho diez años antes del ascenso de Jorge III, y la subsiguiente “matanza de los inocentes Pelhamitas”. Los supervivientes *tories* procedentes de la gran *gentry* volvieron a ser nombrados jueces de paz, recuperaron su presencia política en los condados y abrigaron esperanzas de compartir el botín del poder. Al ascender la manufactura en las escalas de riqueza contra la compraventa y la especulación, también ciertas formas de privilegio y corrupción se hicieron odiosas a los hombres adinerados, que llegaron a aceptar la palestra racionalizada e “imparcial” del mercado libre: ahora uno podía hacer su agosto sin la previa compra política en los órganos del Estado. La subida al trono de Jorge III cambió de modos diversos los términos del juego político; la oposición sacó su vieja retórica liberal y le dio lustre. Para algunos adquirió (como en la City de Londres) un contenido verdadero y renovado. Pero el rey, desafortunadamente, malogró todo intento de presentarse como rey ilustrado, como la cúspide imperial de una burocracia desinteresada. Las funciones parasitarias del Estado se vieron bajo constante escrutinio y ataque a destajo (ataques contra la Compañía de las Indias Orientales, contra puestos y sinecuras, contra la apropiación indebida de tierras públicas, la reforma de la Contribución indirecta, etc.); pero, a pesar de su eficiente servicio fiscal, y de una marina y un ejército útiles, el papel parasitario del Estado perduró.

“La Vieja Corrupción” es un término de análisis político más serio de lo que a menudo se cree; pues como mejor se entiende el poder político a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII es, no como un órgano directo de clase o intereses determinados, sino como una formación política secundaria, un lugar de compra donde se obtenían o se incrementaban otros tipos de poder económico y social; en relación a sus funciones primarias era caro, ampliamente ineficaz, y sobrevivió al siglo sólo porque no inhibió seriamente los actos de aquellos que poseían poder económico o político (local) de *facto*. Su mayor fuente de energía se encontraba precisamente en la debilidad misma del Es-

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 746.



tado; en el desuso de sus poderes paternos, burocráticos y proteccionistas, en la posibilidad que otorgaba al capitalismo agrario, mercantil y fabril, para realizar su propia autorreproducción; en los suelos fértiles que ofrecía al *laissez-faire*.<sup>22</sup> Pero raramente parece ser un suelo fértil para el paternalismo. Nos hemos acostumbrado a una visión algo distinta de la política del siglo XVIII, presentada por historiadores que se han acostumbrado a considerar la época en los términos de la disculpa de sus principales actores.<sup>23</sup> Si se advierte la corrupción, puede legitimarse mencionando un precedente; si los *whigs* eran depredadores, también lo eran los *tories*. No hay nada fuera de orden, todo está incluido en “los criterios aceptados de la época”. Pero la visión alternativa que yo he ofrecido no debe producir sorpresas. Es, después de todo, la crítica de la alta política que se encuentra en *Los viajes de Gulliver* y en *Jonaibán Wild*, en parte en las sátiras de Pope y en parte en *Humphrey Clinker*, en “Vanity of human wishes” y “London” de Johnson y en el “Traveller” de Goldsmith. Aparece, como teoría política, en la *Fábula de las abejas* de Mandeville, en la polémica del “partido del campo”, con un colorido *tory* en el pensamiento de Bolingbroke, y reaparece, de forma más fragmentaria, y con un colorido *whig*, en las *Po-*

---

<sup>22</sup> Debo hacer hincapié en que esto se refiere al Estado visto desde “dentro”. Desde “fuera”, en su presencia militar, naval, fiscal, diplomática e imperial, ya fuese directa o indirectamente (como en el paraestado de la Compañía de las Indias Orientales), debe verse en un aspecto mucho más agresivo. John Brewer ha llevado a cabo un útil análisis de su fuerza militar y también de la eficiencia de su organización fiscal y de la burocracia encargada de ella –los departamentos del tesoro y el extenso servicio de contribuciones indirectas estaban relativamente limpios de la corrupción y los favores que eran endémicos en otros cargos del gobierno– en *The sinews of power*, 1989. Esta mezcla de debilidad interna y fuerza externa y el equilibrio entre las dos (en la política de “paz” y en la de “guerra”) nos conduce a la mayoría de los verdaderos asuntos de principio que se suscitaron en la alta política de mediados del siglo XVIII. Era cuando la debilidad inherente al parasitismo interno se tomaba sus venganzas en la derrota externa (la pérdida de Menorca y el sacrificio ritual del almirante Byng; el desastre americano) que elementos de la clase dominante sufrían una sacudida que los sacaba del mero sectarismo y les hacía entrar en una política de clase de principio.

<sup>23</sup> Pero ha habido un cambio significativo en la historiografía reciente y ahora se toman más en serio las relaciones entre los políticos y la nación política “fuera de casa”. Véanse J. H. Plumb, “Political man”, en James L. Clifford, ed., *Man versus society in eighteenth-century Britain*, Cambridge, 1968; John Brewer, *Party ideology and popular politics at the accession of George III*, Cambridge, 1976; y Linda Colley, *In defence of oligarchy: the tory party, 1714–1760*, Cambridge, 1982.

*litical disquisitions* de Burgh.<sup>24</sup> En las primeras décadas del siglo, la comparación entre la alta política y los bajos fondos era un recurso corriente de la sátira:

Sé que para parecer aceptable a los hombres de alcurnia hay que esforzarse en imitarlos, y sé de qué modo consiguen Dinero y puestos. No me sorprende que el Talento necesario para ser un gran Hombre de Estado sea tan escaso en el mundo, dado que tan gran cantidad de los que lo poseen son segados en lo mejor de sus vidas en el *Old-Baily*.

Así se expresaba John Gay, en una carta privada, en 1723.<sup>25</sup> La idea constituye la semilla de la *Beggar's Opera*. Los historiadores han desatendido generalmente esta imagen como hiperbólica. No deberían hacerlo.

Por supuesto, hay que hacer algunas puntualizaciones. Sin embargo, una que *no* se puede hacer es la de que este parasitismo era reprimido o vigilado celosamente por una clase media creciente, unida y resuelta, integrada por profesionales y por manufactureros.<sup>26</sup> Desde luego, se estaban concentrando todos los elementos de tal clase y las investigaciones históricas recientes han puesto de relieve el crecimiento de la riqueza, el número y la presencia cultural de los sectores comerciales, profesionales, agrícolas y mercantiles de la sociedad;<sup>27</sup> afirmaciones esporádicas de independencia en la política urbana;<sup>28</sup> el crecimiento vigoroso de centros y servicios de ocio que atendían principalmente a las “capas medias”.<sup>29</sup> Si en las primeras décadas del siglo era posible mantener a tales grupos en su lugar

---

<sup>24</sup> “En nuestro tiempo la oposición se da entre una Corte corrupta a la que se une una multitud innumerable de todos los rangos y condiciones que se compran con dinero público y la parte independiente de la nación” (*Political disquisitions, or an enquiry into public errors, defects and abuses*, 1774). Se trata, por supuesto, de la crítica de la oposición del “país” viejo a Walpole también.

<sup>25</sup> C. F. Burgess, ed., *Letters of John Gay*, Oxford, 1966, p. 45.

<sup>26</sup> Pero obsérvese la discusión pertinente en John Cannon, *Parliamentary re-form, 1640–1832*, Cambridge, 1973, p. 49, nota 1.

<sup>27</sup> Este es un tema constante y persuasivo de Paul Langford, *A polite and commercial people, op. cit.*, esp. cap. 2.

<sup>28</sup> Véase Nicholas Rogers, *Whigs and cities*, Cambridge, 1989.

<sup>29</sup> Véanse especialmente P. Corfield, *The impact of English towns, 1700–1800*, Oxford, 1982; P. Borsay, *The English urban renaissance*, Oxford, 1989; P. Clark, ed., *The transformation of English provincial towns, 1600–1800*, 1984.

por medio de medidas palpables de clientela y dependencia,<sup>30</sup> a mediados de siglo ya “eran lo bastante numerosos –ciertamente en Londres y también en algunas ciudades grandes– como para dejar de depender de unos cuantos protectores y para haber adquirido la independencia del mercado, que era más anónimo. En cierto sentido, una clase media estaba creando su propia e indefinida sociedad civil o esfera pública.

No obstante, todo esto no llegaba a constituir una clase social con sus propias instituciones y objetivos, con la suficiente confianza en sí misma para desafiar a los administradores de la Vieja Corrupción. Esta clase no empezó a descubrirse a sí misma (excepto, quizás, en Londres) hasta las tres últimas décadas del siglo. Durante la mayor parte del mismo, sus miembros potenciales se contentaban con someterse a una condición de abyecta dependencia. Excepto en Londres, hicieron pocos esfuerzos (hasta el Association Movement de finales de los años 1770) para librarse de las cadenas del soborno electoral y la influencia; eran adultos que consentían en su propia corrupción. Después de dos décadas de adhesión servil a Walpole, surgieron los Disidentes con su recompensa: 500 libras asignadas a las viudas de clérigos meritorios. Pasaron cincuenta años sin que pudieran lograr la derogación del Test and Corporation Acts (Leyes Corporativas). Como hombres de la Iglesia, la mayoría adulaban para obtener ascensos, cenaban y bromeaban (por tolerancia) a la mesa de sus protectores y, como el párroco Woodforde, no se ofendían por recibir una propina del señor en una boda o un bautizo.<sup>31</sup> Como inspectores, abogados, tutores, administradores, mercaderes, etc., se encontraban dentro de los límites de la dependencia; sus cartas respetuosas solicitando puestos o favores se conservan en las colecciones de manuscritos de los grandes.<sup>32</sup> (Como tales, las fue-

---

<sup>30</sup> Nicholas Rogers, “Aristocratic clientage, trade and independency: popular politics in pre-radical Westminster”, *Past and Present*, 61, 1973.

<sup>31</sup> “11 de abril de 1779... Había Carruajes en la Iglesia. El señor Custance inmediatamente después de la Ceremonia se me acercó y quiso que yo aceptara un pequeño Presente; iba envuelto en un Pedazo de Papel blanco muy limpio y, al abrirlo, comprobé que contenía nada menos que la suma de 4 libras con 4 chelines. Dio al Escribiente también 10 chelines y 6 peniques” (*The diary of a country parson*, 1963, p. 152).

<sup>32</sup> “La correspondencia de cada diputado con las más leves pretensiones de influencia estaba repleta de ruegos y peticiones de los votantes para sí mismos, sus parientes o las personas que dependían de ellos. Puestos en las Aduanas y la Oficina Recaudadora de Contribuciones, en el Ejército y la Marina, en la Iglesia, en las compañías de las Indias Orientales, África y Levante, y en todos los departamentos del Estado desde porteros hasta escribientes: empleos en la Corte para la *gentry* de verdad o sinecuras en Irlanda, el cuerpo diplomático o en cualquier otra parte donde los deberes fuesen ligeros y los salarios fijos” (J. H. Plumb, “Political man”, p. 6).

tes tienen la tendencia historiográfica a destacar en demasía el elemento de deferencia en la sociedad del siglo XVIII; un hombre en la situación, forzosa, de solicitar favores no revelará su verdadera opinión.) En general, las clases medias se sometieron a una relación de clientelismo. Ocasionalmente un individuo podía librarse, pero incluso las artes siguieron viéndose afectadas por su dependencia de la liberalidad de sus mecenas.<sup>33</sup> El aspirante a profesional o comerciante buscaba el remedio a su sentimiento de agravio menos en la organización social que en la movilidad social (o geográfica, a Bengala, o al “Occidente” de Europa: al Nuevo Mundo). Intentaba comprar la inmunidad a la deferencia adquiriendo la riqueza que le proporcionaría “independencia”, o tierras y estatus de *gentry*.<sup>34</sup> El profundo resentimiento generado por esta condición de “cliente”, con sus concomitantes humillaciones y sus obstáculos para la carrera abierta al talento, alimentó gran parte del radicalismo intelectual de principios de los años 1790; sus ascuas abrasan los pies incluso en los tranquilos y racionalistas periodos de la prosa de Godwin.

De modo que, al menos durante las primeras siete décadas del siglo, no encontramos clase media alguna, industrial o profesional, que ejerza una limitación efectiva a las operaciones del poder oligárquico depredador. Pero, si no hubiera habido frenos de ninguna clase, ningún atenuante al dominio parasitario, la consecuencia habría sido necesariamente la anarquía, una facción haciendo presa sin restricción sobre otra. Los principales atenuantes a este dominio eran cuatro.

Primero, ya hemos hablado de la tradición en gran medida *tory* de la pequeña *gentry* independiente. Esta tradición es la única que sale de la primera mitad del siglo cubierta de honor; reaparece con

---

<sup>33</sup> De ahí la encolerizada anotación de Blake a sir Joshua Reynolds: “¡Liberalidad! Nosotros no queremos Liberalidad. Queremos un Precio Justo y Valor Proporcional y una Demanda General de Arte” (Geoffrey Keynes, ed., *The complete writings of William Blake*, 1957, p. 446).

<sup>34</sup> Para los salvajes comentarios de Place sobre deferencia e independencia, véase Mary Thale, ed., *The autobiography of Francis Place*, Cambridge, 1972, pp. 216–218, 250.

manto *whig*, en el Association Movement de los años 1770.<sup>35</sup> En segundo lugar, está la prensa: en sí misma una especie de presencia de clase media, adelantándose a otras expresiones perspicuas, una presencia que extiende su alcance al extenderse la alfabetización, y al aprender por sí misma a ampliar y conservar sus libertades.<sup>36</sup> En tercer lugar, existe “la Ley”, elevada durante este siglo a un papel más prominente que en cualquier otro periodo de nuestra historia, y que servía como autoridad “imparcial” de arbitrio en lugar de la débil y nada ilustrada monarquía, una burocracia corrupta, y una democracia que ofrecía a las activas intromisiones del poder poco más que una retórica sobre su linaje. El derecho civil proporcionaba a los intereses en competencia una serie de defensas de su propiedad, y las reglas del juego sin las que todo ello habría caído en la anarquía. Las altas instituciones de la ley no estaban libres de influencias y corrupciones, pero lo estaban más que cualquier otra profesión. Para conservar su credibilidad, los tribunales deben fallar a veces a favor del humilde y contra el poderoso, del súbdito y contra el rey. En términos de estilo, la actuación era soberbia: serena, no corrompida por las influencias, alejada del tumulto de la vida, lúcida, combinando la veneración de los precedentes de la Antigüedad con una asimilación flexible del presente. El dinero, por

---

<sup>35</sup> Aunque la oposición del campo a Walpole tenía exigencias centrales que en su forma eran democráticas (parlamentos anuales, restricciones a los empleados públicos y a la corrupción, ningún ejército permanente, etc.), la democracia que se pedía era, desde luego, limitada, en general, a la *gentry* terrateniente (en contraposición a la Corte y los intereses dinerarios), como demuestra claramente el continuo apoyo *tory* a la exigencia de poseer tierras para ser diputado. Véase el provechoso examen de Quentin Skinner (el cual, sin embargo, desatiende la dimensión de la nación política “fuera de casa” a la cual apelara Bolingbroke). “The principles and practice of opposition: the case of Bolingbroke versus Walpole”, en Neil McKendrick, ed., *Historical perspectives*, 1974; H. T. Dickinson, “The eighteenth-century debate on the “Glorious Revolution””, *History*, vol. LXI, 201 (febrero de 1976), pp. 36–40; y (para la continuidad entre el programa político del antiguo partido del País y los nuevos y radicales *whigs*), Brewer, *op. cit.*, pp. 19, 253–255. Los *whigs* hannoverianos también aprobaban el requisito de tener propiedades para ser diputado: Cannon, *op. cit.*, p. 36.

<sup>36</sup> Véase Brewer, *op. cit.*, capítulo 8; y, para un ejemplo de su extensión provincial, John Money, “Taverns, coffee houses and club local politics and popular articulacy in the Birmingham area in the age of the American revolution”, *Historical Journal*, vol. XIV, (1971), p. 1.

supuesto, podía comprar los mejores actores y con frecuencia el bolsillo más lleno podía agotar al que no lo estaba tanto; pero el dinero jamás podía efectuar una compra franca del fallo de un tribunal y a veces resultaba visiblemente derrotado. El derecho civil proporcionaba un marco justo dentro del cual los depredadores podían luchar por algunas clases de botín: diezmos, derechos de explotación de bosques y de tierras comunales, legados y bienes vinculados: a veces sus víctimas humildes podían defenderse en el mismo medio. Pero el derecho penal, que iba dirigido principalmente a las gentes disolutas y levantiscas, mostraba un aspecto totalmente distinto. Asimismo, el derecho del siglo XVIII se ocupaba menos de las relaciones entre personas que de las relaciones entre la propiedad, o las reivindicaciones de la propiedad, o lo que Blackstone denominó “los Derechos de las Cosas” (véase la página 159). En cuarto y último lugar, está la omnipresente resistencia de la multitud: una multitud que se extendía en ocasiones desde la pequeña *gentry*, pasando por los profesionales, hasta los pobres (y entre todos ellos, los primeros grupos intentaron en ocasiones combinar la oposición al sistema con el anonimato), pero que a ojos de los grandes aparecía, a través de la neblina del verdor que rodeaba sus parques, compuesta de “tipos disolutos y levantiscos”. La relación entre la *gentry* y la multitud es el tema particular de este trabajo.

### III

No cabe esperar que las responsabilidades paternas o la deferencia filial sean vigorosas en el régimen depredador que he señalado. Pero, desde luego, es posible que una sociedad tenga fisuras y esté dividida en facciones hostiles entre sí en la cúspide, pero que conserve su cohesión abajo. Las juntas militares dan golpes y contragolpes, los pretendientes a un trono intercambian sus lugares, los señores de la guerra protagonizan marchas y contramarchas, pero en la base de la sociedad el campesinado o los trabajadores de las plantaciones permanecen pasivos, a veces se someten al cambio de amos, contenidos por la fuerza de las instituciones paternas locales, se muestran sumisos a causa de la falta de otros horizontes sociales. Cabe preguntarse si, fuera cual fuese el parasitismo que infestaba el Estado en el siglo XVIII, quizá la *gentry*, instalada en la

seguridad de sus condados, arrojó una red paternalista sobre toda la sociedad.

No sería difícil encontrar ejemplos de finca grande o *manorial village*\* cerrado donde pareciera que había sido así. Y volveremos a ocuparnos de tales ejemplos. Resultaría igualmente fácil encontrar regiones de pastos y bosques y de industria doméstica en expansión donde esto fuera evidentemente falso. La presentación de ejemplos no nos llevará muy lejos. Lo que deberíamos preguntarnos es lo siguiente: ¿Qué instituciones del siglo XVIII permitían que los gobernantes obtuviesen, directa o indirectamente el control de *toda la vida* del trabajador, en contraposición a la compra, *seriatim*, de su poder laboral?

El hecho más importante se encuentra en el otro lado de la pregunta. Estamos hablando del siglo durante el cual se produce la erosión de las formas de trabajo medio libres, la decadencia del sistema en virtud del cual los trabajadores viven en casa del amo, la extinción definitiva de los servicios laborales y el avance de la mano de obra asalariada, libre y móvil. No fue una transición fácil ni rápida. Christopher Hill nos ha recordado la larga resistencia que el inglés libre por nacimiento opuso al potaje de la mano de obra asalariada libre. También hay que tomar nota de la larga resistencia que sus amos opusieron a algunas de sus consecuencias. Deseaban fervientemente tener lo mejor de ambos sistemas, el viejo y el nuevo, sin ninguna de sus desventajas. Se aferraban a la imagen del trabajador como hombre *no* libre, “sirviente”: un sirviente en la agricultura, en el taller, en la casa. (Se aferraban simultáneamente a la imagen del hombre libre o sin amo como vagabundo al que había que disciplinar, dar latigazos y obligar a trabajar.) Pero no se podían recoger las cosechas, no se podía manufacturar el paño, no se podían transportar las mercancías, no se podían construir casas ni era posible ampliar los parques sin una mano de obra fácil de obtener y móvil, una mano de obra para la que podía resultar inconveniente o imposible aceptar las reciprocidades de la relación amo-sirviente. Los amos repudiaron sus responsabilidades paternas; pero durante muchas décadas no pararon de quejarse de la ruptura de la “gran ley de la subordinación”, la disminución de la deferencia, que vino después del citado repudio:

\* Dícese del pueblo o aldea perteneciente a un *manor*. (*N. del t.*)

Los Pobres que Trabajan, a pesar de la Paga doble, son descarados, revoltosos y Mendigantes.<sup>37</sup>

La queja más característica durante la mayor parte del siglo tuvo que ver con la indisciplina de los trabajadores, su irregularidad en el empleo, su falta de dependencia económica y su insubordinación social. Defoe, que no era un teórico convencional de los “salarios bajos” y que a veces se mostraba partidario de los salarios altos porque incrementaban la capacidad de consumo de los “manufactureros” o de los “artífices”, expuso todos los argumentos en su *Great law of subordination consider'd; or, the insolence and unsufferable behaviour of servants in England duly enquir'd into* (1724). Arguyó que, a causa de la insubordinación de los sirvientes:

Se arruinan los agricultores, quedan incapacitados los granjeros, se hunden los manufactureros y los artífices, con la destrucción del comercio... y que ningún Hombre que, en el Transcurso de los Negocios, emplee a un Número de Pobres, puede depender de Contrato alguno con ellos, o hacer cosa alguna que emprendan, no teniendo Ley ni Poder... para obligar a los Pobres a hacer honradamente aquello para lo cual se les contrata.

Bajo *una interrupción del Comercio* y una falta general de Trabajo, entonces claman y se amotinan, huyen de sus Familias, descargan sus Esposas e Hijos en las Parroquias... y... maduran para toda clase de travesuras, ya sea la Insurrección pública, o el pillaje privado.

*Cuando abunda el Trabajo* se vuelven descarados, perezosos, ociosos y libertinos... no quieren Trabajar más que dos o tres Días a la Semana.

De hecho, el control paternal sobre toda la vida del trabajador iba disminuyendo; la fijación de salarios cayó en desuso; la movilidad de la mano, de obra es manifiesta; el vigor de las ferias de con-

---

<sup>37</sup> Defoe, *The great law of subordination consider'd*, 1724, p. 80. Véase Christopher Hill, “Pottage for freeborn Englishmen: attitudes to wage labour in sixteenth and seventeenth century England”, en C. Feinstein, ed., *Socialism, capitalism and economic growth*, Cambridge, 1964. [The Lab'ring Poor, in spight of double Pay, / Are saucy, mutinous, and Beggarly.]



tratación, los “estatutos” o “statties”, proclama el derecho del trabajador rural (además del urbano) a reclamar, si así lo desea, un cambio de amo.<sup>38</sup> Asimismo, hay indicios (en la negativa misma de los trabajadores a someterse a la disciplina de trabajo que se les exige) del crecimiento de una psicología del trabajador libre, una psicología recién conquistada. En una de las anécdotas moralizadoras de Daniel Defoe, el juez de paz ordena la comparecencia del trabajador pañero para que responda de la queja presentada por su patrono en el sentido de que está descuidando su trabajo:

*Juez:* Pasa, Edmund. He hablado con tu Amo.

*Edmund:* *Mi Amo*, no, y con permiso de su Señoría, espero ser *mi propio Amo*.

*Juez:* Bueno, tu Patrono, el señor E..., el Pañero: ¿te parece bien la palabra Patrono?

*Edmund:* Sí, sí, y con el permiso de su Señoría, cualquier cosa, menos *Amo*.<sup>39</sup>

Nos encontramos ante un cambio importante de los términos de relación: la subordinación se está transformando en negociación (si bien entre partes sumamente desiguales).

El siglo XVIII fue testigo de un cambio cualitativo en las relaciones laborales cuya naturaleza no queda clara si lo vemos solamente en términos de un incremento de la escala y el volumen de la manufactura y el comercio. Esto ocurrió, por supuesto. Pero ocurrió de tal modo que una proporción considerable de la población activa pasó, de hecho, a estar *más libre* de disciplina en su trabajo cotidiano, a tener más libertad de elegir entre patronos y entre el trabajo y el ocio, a estar menos situada en una posición de dependencia en toda su forma de vida, de lo que había sido antes o de lo que volvería a ser en las primeras décadas de disciplina de la fábrica y del reloj.

Fue una fase de transición. Un rasgo sobresaliente fue la pérdida de los usos o gajes no monetarios, o su transformación en pagos

---

<sup>38</sup> Véanse A. Kussmaul, *Servants in husbandry in early modern England*, Cambridge, 1981; R. W. Malcolmson, *Life and labour in England, 1700–1780*, 1981, pp. 71–74; Michael Roberts, “Waiting upon Chance”: English hiring fairs”, *Journal of Historical Sociology*, vol. I (1988).

<sup>39</sup> Defoe, *op. cit.*, p. 97.

en dinero. Tales usos seguían estando extraordinariamente extendidos a comienzos del siglo XVIII. Favorecían el control social paternal porque aparecían simultáneamente como relaciones económicas y sociales, como relaciones entre personas y no como pagos por servicios o cosas. En el aspecto más evidente, comer a la mesa del patrono, alojarse en su granero o encima de su taller, equivalía a someterse a su supervisión. En la casa grande los sirvientes que dependían de las “propinas” de las visitas, de las prendas de vestir de la señora, de los gajes clandestinos del excedente de la despensa, se pasaban la vida conquistando favores. Hasta los gajes multiformes dentro de la industria, que de modo creciente se estaban redefiniendo como “robos”, era probable que durasen más allí donde los trabajadores los aceptaran como favores y se sometieran a una dependencia filial.

A veces, se tiene un atisbo de la extinción de un gaje o un servicio que debió de causar al control paternal una sacudida que no guardaba ninguna proporción con la ganancia económica que obtenía el patrono. Así, cuando sir Jonathan Trelawney, obispo de Winchester, trataba de incrementar los ingresos de su sede, empleó como administrador a un tal Heron, hombre muy comprometido con una despiadada racionalización económica. Entre las acusaciones que en 1707 lanzaron contra Heron los arrendatarios y los funcionarios subordinados de los tribunales del obispo cabe citar las que decían que:

Rompe antiguas Costumbres... en cuestiones Pequeñas e Insignificantes, las cuales tienen Poco valor para su Señoría... ha negado Conceder cinco Chelines en Waltham al Jurado del Tribunal... para que beba a la salud de su Señoría, Costumbre que se ha seguido desde tiempo Inmemorial... ha negado al Mayordomo y los Oficiales de su Señoría un pequeño beneficio consistente en que sus caballos sean herrados en Waltham Según un Antiguo uso que nunca Sobrepasó los Seis o Siete Chelines... negó a los Arrendatarios de su Señoría Madera para la reparación de varios Puentes y corrales Comunes.

A esto replicó Heron, con cierta irritación:

Reconozco que a veces interrumpo estas Costumbres insignificantes como él las llama porque observo que los favores de vuestro Predecesor se prescriben contra su Señoría y se insiste en ellos como

Derechos, y luego no se le agradecen a su Señoría; Por otra parte, aunque sean Insignificantes, muchos Gastos Insignificantes... ascienden a una Suma al final.<sup>40</sup>

Así la racionalización económica roía (y venía royendo desde hacía tiempo) los lazos del paternalismo. El otro rasgo principal de este periodo de transición era, huelga decirlo, la ampliación del sector de la economía que era independiente de una relación de clientela con la *gentry*. La economía “subordinada” seguía siendo muy grande: no sólo los dependientes directos de la casa grande, las camareras y los criados de librea, cocheros y caballerizos y jardineros, los guardabosques y las lavanderas, sino también los otros círculos concéntricos de clientela económica: los oficios ecuestres y los comercios suntuarios, las modistas y los reposteros y los vinateros, los fabricantes de carrozas, los posaderos y los palafreneros. Pero el siglo vio cómo crecía una zona de independencia dentro de la cual los pequeños patronos y los trabajadores sentían muy poco o nada de su relación de clientela con la *gentry*. Eran las personas a las que ésta consideraba “ociosas y levantiscas”, apartadas de su control social; era probable que de entre estas personas –los trabajadores de la industria pañera, los artesanos urbanos, los mineros del carbón, los barqueros y los mozos de cuerda, los peones y los pequeños comerciantes del ramo de la alimentación– salieran los rebeldes sociales, los que se amotinaban a causa de la falta de víveres o contra los portazgos. Conservaban muchos de los atributos que comúnmente se consideraban propios de “la mano de obra preindustrial”.<sup>41</sup> Trabajando a menudo en sus propios domicilios, con herramientas de propiedad o de alquiler, trabajando normal–

---

<sup>40</sup> Hants CRO, Eccles. II, 415809, E/B12. Véase también *Whigs and hunters*, pp. 126–130.

<sup>41</sup> Gwyn Williams en *Artisans and sansculottes*, 1968, escribe sobre “el breve, obscuro, pintoresco, calidoscópico, picaresco mundo de la sociedad preindustrial, cuando entre un tercio y la mitad de la población vivía no sólo al borde de la línea de subsistencia, sino fuera y a veces contra la ley”. Esa es una forma de ver una parte de esta población: y esto lo confirman varios estudios en P. Linebaugh, *The London hanged*, 1991. Sin embargo, otra parte de esta población no debería estereotiparse como obscena, pintoresca y criminal: las revisiones hacia arriba del número de personas dedicadas a la industria (incluidas las industrias rurales) –véase especialmente P. H. Lindert, “English occupations, 1670–1811”, *J. Econ. Hist.*, 40 (1980)–, el redescubrimiento de la “economía doméstica” y de un campesinado inglés –véase David Levine, *Reproducing families*, Cambridge, 1987, y p. 203 del presente libro– y todo lo que se ha escrito y debatido en torno a la “protoindustrialización” ha servido para poner de relieve el importante y creciente sector de la economía del siglo XVIII que era independiente del control de la *gentry*.

mente para patronos modestos, trabajando con frecuencia con horarios irregulares y en más de un empleo, se habían escapado de los controles sociales del *manorial village* y todavía no estaban sometidos a la disciplina del trabajo en las fábricas.

Puede que muchos de sus tratos económicos los hicieran con hombres y mujeres que en la jerarquía económica ocupaban puestos que no eran muy superiores a los suyos. No hacían sus “compras” en emporios, sino en puestos del mercado. El mal estado de las carreteras hacía necesaria una multitud de mercados locales, en los cuales el intercambio de productos entre productores primarios podía ser aún desacostumbradamente directo. En el decenio de 1760:

Mineros muy trabajadores, hombres y mujeres de Somersetshire y Gloucestershire, viajaban a diversas ciudades vecinas con recuas de caballos... cargados de carbón... Era común ver a tales mineros cargar o llenar un saco de carbón de setenta y dos litros con provisiones... carne de buey, de carnero, grandes huesos medio descarnados de buey, barras de pan rancio y pedazos de queso.<sup>42</sup>

Tales mercados y, más aún, las ferias estacionales proporcionaban un nexo que no era sólo económico, sino también cultural, así como un centro importante de información y de intercambio de noticias y habladurías.

En muchas regiones, la gente no se había visto expulsada de alguna forma no absoluta de tenencia de la tierra. Dado que gran parte del crecimiento industrial no adquirió la forma de concentración en grandes unidades de producción, sino de dispersión de unidades pequeñas y de empleos secundarios (especialmente la hilatura), había recursos complementarios para la “independencia”. Para muchos esta independencia nunca se alejaba de la simple subsistencia: una cosecha abundante podía traer riqueza momentánea, una larga temporada de lluvias podía obligar a la gente a depender del socorro destinado a los pobres. Pero para muchos era posible reu-

---

<sup>42</sup> J. Mathews, *Remarks on the cause and progress of the scarcity and dear-ness of cattle*, 1797, p. 33.

nir lo necesario para subsistir, valiéndose de los bienes comunales, de la cosecha y de esporádicos trabajos manuales, de empleos secundarios a domicilio, de las hijas que se dedicaban al servicio, del socorro a los pobres o de la caridad. Y es indudable que algunos de los pobres seguían su propia economía depredadora, como “la abundancia de personas disolutas, ociosas y levantiscas” que en tiempos de Jorge II, según se decía, vivían en los alrededores de Enfield Chase y que “infestan dicho lugar, saliendo en las noches oscuras, con Hachas, Sierras, Picas, Carros y Caballos, y van y vienen robando las ovejas, los corderos y las aves de corral de las personas honradas...”<sup>43</sup> Tales personas aparecen una y otra vez en las crónicas delictivas, la correspondencia de las fincas, los folletos y la prensa; aparecen todavía, durante el decenio de 1790, en los estudios agrícolas de los condados; no es posible que fueran totalmente un invento de la clase dominante.

Así pues, por un lado, la independencia del trabajo (y del pequeño patrono) respecto de la clientela se vio fomentada por la transformación de los “favores” no monetarios en pagos; y, por otro lado, por la ampliación del comercio y la industria basándose en la multiplicación de numerosas unidades de producción pequeñas, con mucho empleo secundario (especialmente la hilatura) coincidiendo con numerosas formas continuadas de pequeña tenencia de tierras (o derecho comunal) y numerosas demandas fortuitas de trabajo manual. Este es un panorama en el que no se hacen distinciones, y lo es deliberadamente. Los historiadores de la economía han hecho muchas distinciones minuciosas entre grupos diferentes de trabajadores. Pero estas distinciones no tienen nada que ver con lo que estamos estudiando en este momento. Tampoco las hacían comúnmente los comentaristas salidos de las filas de la *gentry* cuando consideraban el problema general de la “insubordinación” del trabajo. En vez de ello, veían más allá de la puerta de los jardines, más allá de la verja de la mansión londinense, una mancha borrosa de indisciplina –los “ociosos y levantiscos”, “la chusma”, “los pobres”, el “populacho”– y deploraban

las burlas francas que dirigían contra toda disciplina,  
así religiosa como civil: su desprecio de todo orden, su  
frecuente amenaza a toda

---

<sup>43</sup> Memorial de John Hale, Escribiente del *manor court* de Enfield, a Jorge II, sin fecha, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Cholmondeley (Houghton) MSS, 45/40.

justicia y su extrema propensión a los levantamientos tumultuosos por el más leve motivo.<sup>44</sup>

Es, como siempre, una queja sin distinciones contra el populacho en su conjunto. El trabajo libre había traído consigo un debilitamiento de los antiguos medios de disciplina social. Así que lejos de uní sociedad patriarcal llena de confianza, el siglo XVIII ve el antiguo paternalismo en un momento de crisis.

#### IV

Y, pese a ello, uno tiene la impresión de que “crisis” es un término demasiado fuerte. Aunque durante todo el siglo continúa la queja de que los pobres eran indisciplinados, delincuentes, propensos al tumulto y al motín, jamás se tiene la impresión, antes de la Revolución francesa, de que los gobernantes de Inglaterra concibiesen que todo su orden social pudiera verse en peligro. La insubordinación de los pobres era un inconveniente, pero no una amenaza. Los estilos de la política y de la arquitectura, la retórica de la *gentry* y sus artes decorativas, todo ello parece proclamar estabilidad, confianza en sí misma, la costumbre de controlar todas las amenazas que se cernían sobre su hegemonía.

Es posible, por supuesto, que hayamos exagerado la crisis del paternalismo. Al dirigir la atención hacia el parasitismo del Estado en la cúspide y la erosión de las relaciones tradicionales por parte del trabajo libre y una economía monetaria abajo, hemos pasado por alto los niveles intermedios donde seguían siendo fuertes los antiguos controles económicos de la unidad doméstica, y quizá no hemos dado la importancia debida a la escala de las zonas “subordinadas” o “clientes” de la economía. Seguía siendo enorme el control que los hombres poderosos y adinerados ejercían sobre la vida entera y las expectativas de los de abajo, y si el paternalismo estaba en crisis, la Revolución industrial demostraría que su crisis debía trasladarse varias etapas más allá –hasta Peterloo y los motines del capitán Swing—\* antes de que perdiese toda su credibilidad.

---

<sup>44</sup> *Herald, or Patriot-Proclaimer*, 24 de septiembre de 1757. Incluso dentro de las puertas del parque la *gentry* se quejaba de indisciplina. Así, los sirvientes de la casa grande eran acusados de intimidar a los invitados haciendo cola en el salón cuando aquéllos se iban y exigiéndoles propinas o “vails”: véase *A letter from a gentleman to his friend, concerning the custom of giving and taking vails*, 1767.

\* Peterloo (adaptación burlesca de Waterloo) es el nombre que se da a una carga de la caballería y la milicia contra el mitin reformista que se estaba celebrando en el Saint Peter's Field de Manchester, el 16 de agosto de 1819. Se dice (las cifras exactas no se conocen) que a consecuencia de la misma murieron once personas y unas seiscientas resultaron heridas. En cuanto al capitán Swing, se trata de una persona imaginaria a quien se atribuyeron, aproximadamente en el periodo 1830–1833, una serie de atentados contra agricultores que habían adoptado el uso de maquinaria agrícola. (*N. del t.*)

No obstante, el análisis nos permite ver que el control de la clase dominante en el siglo XVIII se hallaba localizado principalmente en una hegemonía cultural y sólo de forma secundaria en una expresión de poder económico o físico (militar). Decir que era “cultural” no equivale a decir que era inmaterial, demasiado frágil para analizarlo, insustancial. Definir el control en términos de hegemonía cultural no significa abandonar los intentos de analizarlo, sino prepararse para el análisis en los puntos en los cuales debería hacerse: en las imágenes de poder y autoridad, las mentalidades populares de subordinación.

El trabajador de la industria pañera inventado por Defoe, al comparecer ante el magistrado para responder de su negligencia, ofrece una pista: “*mi Amo*, no, y con permiso de su Señoría; espero ser *mi propio Amo*”. La deferencia que le niega a su patrono se desborda en la obsequiosidad calculada que muestra ante “su Señoría”. Desea liberarse de las humillaciones inmediatas y cotidianas de la dependencia. Pero las líneas generales del poder, la posición en la vida, la autoridad política, parecen ser tan inevitables e irreversibles como la tierra y el cielo. La hegemonía cultural de este tipo crea exactamente este estado ánimo, en el cual las estructuras establecidas de autoridad y los modos de explotación parecen formar parte del orden natural de las cosas. Esto no excluye el resentimiento ni siquiera actos subrepticios de protesta o venganza; lo que sí excluye es la rebelión afirmativa.

En la Inglaterra del siglo XVIII, la *gentry* ejercía esta clase de hegemonía. Y la ejercía de forma tanto más eficaz cuanto que la relación de los dominadores con los dominados muy a menudo no era cara a cara, sino indirecta. Dejando aparte a los terratenientes absentistas y la omnipresente mediación de los mayordomos y los alguaciles, la aparición del sistema de tres estratos, consistentes en el terrateniente, el agricultor con la tenencia de la tierra y el bracero sin tierra, significó que los trabajadores rurales, en masa, no se en-

frentaron a la *gentry* como patronal y tampoco se creía a la *gentry* directamente responsable de las condiciones en que vivían dichos trabajadores; que un hijo o una hija entrara a servir en la casa grande no se consideraba una necesidad, sino un favor.

Y de otras maneras se apartaban de las polaridades del antagonismo económico y social. Cuando subían los precios de los alimentos, la rabia popular no caía sobre los terratenientes, sino sobre los intermediarios, los acaparadores, los molineros. La *gentry* podía beneficiarse de la venta de lana, pero no se pensaba que estuviera en una relación explotadora directa con los trabajadores de la industria pañera.<sup>45</sup>

En las regiones industriales en crecimiento, el *gentleman* que ejercía funciones de juez de paz frecuentemente vivía apartado de los principales centros industriales, en su residencia campestre, y se esforzaba por conservar cierta imagen de sí mismo como árbitro, mediador o incluso protector de los pobres. Era común la opinión de que “siempre que se nombra juez a un comerciante se crea un tirano”.<sup>46</sup> Las leyes de pobres, aunque severas, no eran administradas directamente por la *gentry*; donde hubiera culpa ésta podía caer sobre los agricultores y comerciantes que reducían el socorro a los pobres y de entre los cuales salían los *overseers*. Langhorne presenta el cuadro paternalista e idealizado, exhortando al juez rural a:

...bajar la mirada severa  
sobre el taimado, ladrón, cruel *overseer*;  
el mentiroso agricultor, a ninguna confianza fiel,  
inhumano como las piedras, insaciable como el polvo.  
Cuando el pobre mozo de labranza, vencido por el  
paso de los años,  
se apoya débilmente en su otrora dominante pala,  
olvidado el servicio de sus buenos tiempos,

---

<sup>45</sup> Incluso en el oeste de Inglaterra, donde los pañeros se estaban convirtiendo en *gentlemen*, seguía experimentándose un fuerte sentido de distinción en la primera mitad de siglo. Un “inglés” escribió a lord Harrington en 1738 para quejarse de “las estratagemas y el orgullo de los pañeros, que vivían lujosamente, descuidaban sus negocios, y confiaban a los sirvientes el cuidado de sus asuntos”, “haciendo bajar los salarios de los pobres” y pagándoles en especie. El remedio (sugirió) residía en una comisión investigadora constituida por “hombres de gran fortuna”, los cuales tendrían la independencia suficiente para atender a las declaraciones de los tejedores pobres: PRO, SP 36/47.

<sup>46</sup> *Ibid.*



su trabajo provechoso, su sincera alabanza,  
 este esclavo, ¡cuya mesa sus trabajos de antaño  
 ensancharon!<sup>47</sup>

Y, una vez más, por lo menos podía mantenerse una imagen fantasmal de las responsabilidades paternas con muy poco gasto real de esfuerzo. El mismo juez de paz que en su propia parroquia cerrada agravaba los problemas de la pobreza en otra parte, denegando indemnizaciones y ordenando derribar las casitas construidas en los terrenos comunales, en las *Quarter Sessions* podía colocarse por encima de las líneas de batalla admitiendo algún que otro recurso contra los *overseers* de otras parroquias abiertas, o llamando al orden al corrupto director de una *workhouse*.

Nos encontramos ante la paradoja de que la credibilidad de la *gentry* como paternalista surgió de la elevada visibilidad de ciertas funciones suyas y de la baja visibilidad de otras. En gran medida, la apropiación por parte de la *gentry* del valor laboral de “los pobres” se vio mediada por su condición de arrendadora, por el comercio o por los impuestos. En el plano físico se retiró de forma creciente de las relaciones directas con la gente del pueblo y de la ciudad. La moda de los parques reservados para los ciervos y la amenaza de los cazadores furtivos motivaron la supresión de los derechos de paso por sus parques y la instalación de altas palizadas o muros elevados alrededor de los mismos; la arquitectura de jardines, con sus fuentes ornamentales y sus estanques de peces, sus colecciones de animales y sus valiosas estatuas, acentuaba su apartamiento y la defensa de sus recintos, en los cuales solamente se podía entrar por la alta verja de hierro forjado, vigilada desde la casa del portero. Los alguaciles de la gran *gentry* la defendían de los ocupantes de sus tierras, a la vez que sus cocheros la defendían de los encuentros fortuitos. La *gentry* trataba con sus inferiores principalmente atendiendo a las condiciones que ella misma imponía y cuando estos inferiores eran clientes que acudían a pedirle favores; en las formalidades de los tribunales; o en ocasiones calculadas de patronazgo popular.

---

<sup>47</sup> 47. Langhorne, *The country justice*, 1774. [...bend the brow severe / On the sly, pilfering, cruel overseer; / The shuffling farmer, faithful to no trust, / Ruthless as rocks, insatiate as the dust. / When the poor hind, with length of years decay'd, / Leans feebly on his once subduing spade, / Forgot the service of his abler days, / His profitable toil, and honest praise, / This slave, whose board his former labours spread!]

Pero en el cumplimiento de tales funciones su visibilidad era formidable, del mismo modo que sus formidables mansiones imponían su presencia, apartadas del pueblo o de la ciudad, pero vigilándolos. En sus apariciones se observa en gran medida la estudiada afectación del teatro público. Dejaba la espada en casa, salvo para fines ceremoniales, pero la aparatosidad de la peluca empolvada, la indumentaria suntuosa y los bastones, e incluso los gestos patricios ensayados y la altivez en el porte y la expresión, todo ello tenía por fin exhibir su autoridad ante la plebe y exigirle deferencia. Y ello iba acompañado de ciertas apariciones rituales significativas: el ritual de la montaña; la pompa de las sesiones de los tribunales (y todo el estilo teatral de los tribunales de justicia); la segregación de los bancos en la iglesia, el llegar tarde y salir pronto de la misma. Y de vez en cuando había motivos para aumentar el ceremonial, cuyas funciones eran totalmente paternalistas: la celebración de una boda, una mayoría de edad, una fiesta nacional (que podía ser una coronación, un jubileo o una victoria naval), el reparto de limosnas entre los pobres en un funeral.<sup>48</sup>

Tenemos aquí un estilo hegemónico estudiado y complicado, un papel teatral para el cual los grandes eran preparados durante la infancia y que luego mantenían hasta la muerte. Y si decimos que era teatro, no es para disminuir su importancia. Gran parte de la política y de la ley es siempre teatro; una vez un sistema social queda “fijado”, no necesita que lo confirmen todos los días por medio de exhibiciones de poder (aunque de vez en cuando se harán manifestaciones de fuerza para definir los límites de la tolerancia del sistema); lo que es más importante es la continuación de un estilo teatral. Lo que llama la atención del siglo XVIII es la complicada naturaleza de dicho estilo y la afectación con que se desplegaba.

La *gentry* y (en las cuestiones de relación social) sus damas juzgaban con la mayor precisión los tipos de ostentación llamativa que eran apropiados para cada estrato y cada posición social: qué carroza, cuántos criados de librea, qué mesa, incluso cuál era la reputa-

---

<sup>48</sup> 48. Por citar un solo ejemplo, en la boda de sir William Blacket y lady Barbara Vilers, en 1725, gran parte de Northumberland participó en los festejos. En Newcastle se encendieron hogueras durante dos días, mientras sonaban campanas y cañones. La campana grande de Hexham se rompió de tanto repicar. En Wellington se iluminaron los despeñaderos y se excavó en la roca una gran ponchera que llenaron de licor, etc., *Newcastle Weekly Courant*, 2 de octubre de 1725.

ción de “liberalidad” apropiada. El espectáculo resultaba tan convincente, que incluso ha engañado a los historiadores; se observa un número creciente de referencias a las “responsabilidades paternas” de la aristocracia, sobre las cuales “se asentaba todo el sistema”. Pero hasta aquí hemos señalado gestos y actitudes más que responsabilidades reales. El teatro de los grandes no dependía de la atención constante, cotidiana, a las responsabilidades (excepto en los cargos supremos del Estado, casi todas las funciones de la aristocracia del siglo XVIII, y muchas de las de los estratos superiores de la *gentry* y del clero, eran cuasisinecuras, cuyas obligaciones se cedían por contrato a un subordinado), sino de ocasionales intervenciones espectaculares: el buey asado, los premios que se ofrecían para alguna carrera o deporte, la donación liberal a la beneficencia en tiempos de carestía, la solicitud de misericordia, la proclamación contra los acaparadores. Es como si la ilusión de paternalismo fuera demasiado frágil para arriesgarse a exponerla de modo más sostenido.

No cabe duda de que las ocasiones de patronazgo aristocrático y de la *gentry* merecen atención: con muchísima frecuencia, este lubricante social hecho de gestos hacía que los mecanismos del poder y la explotación girasen con mayor suavidad. A los pobres, habituados a su situación irrevocable, los han utilizado con frecuencia como cómplices de su propia opresión, valiéndose para ello de su propia bondad: un año de raciones escasas puede compensarse por medio de una dádiva liberal cuando llega la Navidad. Sus gobernantes eran muy conscientes de ello. Un colaborador del *London Magazine* comentó: “Bailar en el Prado Comunal en los *Wakes*\* y las Ocasiones felices no sólo debe hacerse, sino también fomentarse: y los pequeños Premios concedidos a las Doncellas que sobresalgan en una Jiga o una *Hornpipe*\*\* las harían volver a su Labor cotidiana con el Corazón ligero y Obediencia agradecida a sus Superiores”.<sup>49</sup>

---

\* La fiesta anual de una parroquia inglesa, que en un principio se celebraba el día del patrón de la iglesia, pero que actualmente se celebra un domingo y los dos o tres días siguientes. (*N. del t.*)

<sup>49</sup> 49. *London Magazine*, VIII, 1738, pp. 139–140. Doy las gracias a Robert Malcolmson.

\*\* Baile animado que generalmente ejecuta una sola persona con el acompañamiento de un instrumento que lleva el mismo nombre y que se asocia con las diversiones de los marineros. (*N. del t.*)

Pero los gestos de esta clase estaban calculados para recibir a cambio una deferencia totalmente desproporcionada y, desde luego, no merecen que los califiquemos de “responsabilidades”. Estos grandes burgueses agrarios daban pocas muestras de tener sentido de la responsabilidad pública o siquiera corporativa. El siglo no destaca por la escala de sus edificios públicos, sino por la de sus mansiones particulares; y es tan conocido por la malversación de los fondos de beneficencia de siglos anteriores como por la fundación de otros nuevos.

Una función pública asumía la *gentry* totalmente como propia: la administración de la justicia, el mantenimiento del orden público en los momentos de crisis. En tales circunstancias la *gentry* se hacía magistral y portentosamente visible. No cabe duda de que esto era una responsabilidad, aunque, en primer y en segundo lugar, era una responsabilidad para con la propiedad y la autoridad de la misma *gentry*. Regularmente, con espantosa solemnidad, los límites de tolerancia del sistema social eran señalados por los días de ejecución en la horca en Londres; por el cadáver que se pudría en el patíbulo junto a la carretera; por la procesión de juicios. Por indeseables que fueran los efectos secundarios (los aprendices y los sirvientes que abandonaban sus obligaciones, el festival de rateros, la aclamación de los condenados), el ritual de la ejecución pública era un elemento concomitante necesario de un sistema de disciplina social donde muchas cosas dependían del teatro.

En la administración de justicia había gestos también, gestos que participan del estudiado estilo paternalista general. Especialmente, en el ejercicio de la prerrogativa de misericordia la aristocracia y la gran *gentry* podían demostrar su grado de interés promoviendo o negándose a promover la intercesión por los condenados. Y, como ha indicado Douglas Hay, compartir, siquiera indirectamente, el poder de decidir entre la vida y la muerte aumentaba en gran medida su carisma hegemónico.<sup>50</sup> El ejercicio del mencionado poder se podía organizar hasta el último detalle. En 1728, el duque de Montagu escribía al duque de Newcastle acerca de “mi hombre John Potter”, que había sido condenado a muerte por robar las colgaduras del duque. Montagu deseaba que Potter fuese deportado a perpetui—

---

<sup>50</sup> Douglas Hay, “Property, authority and the criminal law”, en Hay *et al.*, *Albion's fatal tree*, 1975.

dad en vez de ejecutado: “He hablado con el *Recorder*\* sobre ello, quien cuando mañana se redacte el Informe de los Malhechores Condenados en el Consejo, propondrá que se le incluya en la sentencia de muerte, pero al mismo tiempo que haya un Indulto para él, del cual él no debe saber nada hasta la Mañana de la Ejecución”. Tres días después Montagu escribió ansiosamente para tener la seguridad de que la carta de indulto llegaría a tiempo, porque si Newcastle se olvidaba de ella, “será ahorcado y si es ahorcado, lo mismo daría que me ahorcasen a mí también, pues las Damas de mi familia me dan poco descanso para salvarle...”. Parece ser que el papel del rey en este ejercicio de la prerrogativa de misericordia era ficticio.<sup>51</sup> En cualquier caso, tengo mis dudas sobre hasta qué punto es útil calificar de “paternalista” la función de proteger la propiedad y el orden social. Desde luego, esta función obtenía pocas muestras de lealtad filial ya fuera de las víctimas o de las multitudes que se agolpaban alrededor del patíbulo.<sup>52</sup> Un siglo que sumó más de cien nuevos delitos contra el código de leyes que se castigaban con la pena capital tenía un concepto severo (o poco serio) de la paternidad.

---

\* Cierta magistrado o juez con jurisdicción de lo criminal y lo civil en una ciudad o burgo. (*N. del t.*)

<sup>51</sup> Montagu a Newcastle, 19 y 22 de marzo de 1727/8, PRO, SP 36.5, fols. 218–219, 230–231.

<sup>52</sup> Véase Peter Linebaugh, *The London hanged, op. cit.* La afirmación de Thomas Laqueur en el sentido de que las autoridades no tenían ningún control “de autor” sobre las ejecuciones la corroboran datos anecdóticos como los publicados en el *Newgate Calendar* (ejemplos de meteduras de pata en Tyburn, copiadas con diligencia en las crónicas populares), pero no han sido corroboradas investigando las fuentes (documentos del Estado, documentos jurídicos y militares, etc.) que sean pertinentes a tal juicio. Las ejecuciones no eran, como supone Laqueur, “más risibles que solemnes” y presentar a la multitud de Tyburn como una “multitud carnavalesca” equivale tanto a entender mal a la multitud como a difamar el “carnaval”. En los días de ejecuciones en Tyburn a menudo se representaba un conflicto entre guiones de autores diferentes: el de las autoridades y el de la multitud resentida o embrutecida de Tyburn. Esa clase de multitud iba a *ver las ejecuciones* (y no tenía ni un ápice de carnavalesca). Era uno de los fenómenos más embrutecidos de la historia y así deberían decirlo los historiadores: véase Laqueur, “Crowds, carnival and the state of English executions, 1604–1868”, en Beier *et al.*, *The first modern society*, Cambridge, 1989. A veces la multitud podía expresar otras clases de solidaridad con los condenados: véase Linebaugh, “The Tyburn riots against the surgeons”, en Hay *et al.*, *op. cit.*

## V

Si los grandes estaban tan apartados, dentro de sus parques y mansiones, de la vista del público, cabe deducir de ello que la plebe, en muchas de sus actividades, a su vez se hallaba apartada de los grandes. Para ser eficaz, el dominio paternal no requiere solamente autoridad temporal, sino también autoridad espiritual o psíquica. Es aquí donde parece que encontramos el eslabón más débil del sistema.

No sería difícil hallar, en alguna parroquia, clérigos del siglo XVIII que cumplieren con devoción funciones paternalistas. Pero sabemos muy bien que estos hombres no son característicos. El párroco Adams no fue creado como ejemplo de las prácticas del clero, sino para criticarlas; cabe verlo en seguida como el Don Quijote de la Iglesia anglicana del siglo XVIII. La Iglesia era profundamente cristiana; de haber interpretado un papel paternalista eficaz, convincente desde el punto de vista psicológico, el movimiento metodista no hubiera sido ni necesario ni posible.

Sin duda todo esto podría matizarse. Pero lo que nos interesa ahora es que el dominio “mágico” que la Iglesia y sus rituales ejercían sobre el populacho, si bien seguía estando presente, iba debilitándose mucho. En los siglos XVI y XVII, el puritanismo se había propuesto destruir las ataduras de la idolatría y la superstición —las capillas junto a los caminos, los templos de estilo recargado, los cultos milagrosos de índole local, las prácticas supersticiosas, el sacerdocio confesional—, las cuales, como todavía cabe ver hoy en Irlanda o en partes de la Europa meridional, pueden tener atemorizado al pueblo llano. La Restauración no pudo restaurar un tejido de idolatría papista para el cual, en cualquier caso, Inglaterra nunca había estado especialmente dispuesta. Pero lo que sí hizo la Restauración fue aflojar las nuevas ataduras de disciplinas que el puritanismo había colocado en su lugar. Poca duda cabe de que los primeros años del siglo XVIII presenciaron una gran recesión del puritanismo, así como la disminución del número de seguidores populares del mismo incluso en los centros de artesanos que habían nutrido a las sectas durante la guerra civil. Finalmente, los pobres tuvieron acceso a la libertad, aunque ésta fuera de tipo negativo; se liberaron de la disciplina psíquica y la supervisión moral de los sacerdotes o los presbíteros.

Un clero con una solicitud pastoral activa generalmente ha encontrado formas de coexistir con las supersticiones paganas o heréticas de su grey. Por deplorables que sean estas soluciones intermedias a ojos de los teólogos, el sacerdote se da cuenta de que muchas de las creencias y prácticas del “folclore” son inofensivas; si se agregan al calendario de la Iglesia, pueden cristianizarse y servir para reforzar la autoridad de la Iglesia. Brand—el pionero del folclore— comentó que los forjadores de los los grilletes de la Santa Iglesia “se las habían arreglado con bastante maña para que cayeran bien, adornándolos con Flores... Una profusión de Ritos infantiles, Espectáculos y Ceremonias distraía la atención del pueblo de la consideración de su estado real y le tenía de buen humor en todo momento...”.<sup>53</sup> Lo más importante es que la Iglesia, en sus rituales, domine los ritos de paso de la vida personal e incluya en los festivales populares en su propio calendario.

La Iglesia anglicana del siglo XVIII no era una criatura de esta especie. Sus servidores no eran sacerdotes, sino pastores. Salvo en casos poco frecuentes, había abandonado el confesionario. Pocos eran los hijos de pobres que entraban en su clero. Cuando tantos sacerdotes prestaban servicios en calidad de magistrados temporales y administraban la misma ley que la *gentry*, difícilmente podían presentarse de modo convincente como los agentes de otra autoridad espiritual. Cuando los obispos eran nombrados por los políticos y cuando los primos de la *gentry* recibían beneficios eclesiásticos en el campo, donde ampliaban sus vicarías y adoptaban el estilo de vida de la *gentry*, resultaba obvio de qué fuente se derivaba la autoridad de la Iglesia.

Sobre todo, la Iglesia perdió su dominio sobre el “ocio” de los pobres, sus fiestas y festivales y, con ello, su dominio sobre un amplio campo de la cultura plebeya. El término “ocio” es, por supuesto, un anacronismo. En la sociedad rural, donde persistían la pequeña explotación agrícola y la economía del *cottage*, y en amplias zonas de la industria manufacturera, donde la organización del trabajo era tan variada e irregular, es falso hacer una distinción clara entre “trabajo” y “ocio”. Por un lado, las ocasiones sociales se entremezclaban con el trabajo: con la venta en el mercado, el esquila de las ovejas y la recolección, la recogida y el transporte de los

---

<sup>53</sup> 53. John Brand y Henry Ellis, *op. cit.*, vol. I, p. XVII.

materiales de trabajo, etcétera, durante todo el año. Por otro lado, se invertía un enorme capital emocional, no de forma paulatina en una serie de noches de sábado y mañanas de domingo, sino en las fiestas y festividades especiales. Muchas semanas de trabajo arduo y dieta escasa se veían compensadas por la expectativa (o el recuerdo) de estas ocasiones, en las cuales abundaban la bebida y la comida, florecían los cortejos y toda suerte de relaciones sociales y se olvidaba la dureza de la vida. Para los jóvenes, el ciclo sexual del año giraba en torno a estas festividades. En un sentido importante, los hombres y las mujeres vivían para estas ocasiones; y si la Iglesia participaba poco en su organización, en esta medida había dejado de ocupar un lugar en el calendario emocional de los pobres.

Esto cabe verlo en sentido literal. Si bien los antiguos días de los santos estaban repartidos liberalmente, el calendario ritual de la Iglesia concentraba los acontecimientos en los meses donde el trabajo era ligero, del invierno a la primavera, de Navidad a Pascua. Si bien el pueblo todavía debía homenaje a las últimas dos fechas, que seguían siendo días de máxima comunión, en el siglo XVIII el calendario de festividades populares coincide mucho con el calendario agrario. Las fiestas de pueblos y ciudades para la consagración de templos —los *wakes*— no sólo se habían trasladado del día de los santos al domingo más próximo, sino que en la mayoría de los casos también se habían trasladado (donde fuera necesario) del solsticio de invierno al de verano. Hacia 1730 el anticuario Thomas Hearne tomó nota del día en que se celebraba la fiesta de 132 pueblos o ciudades de Oxfordshire o en sus fronteras. Todos caían entre mayo y diciembre; 84 (es decir, más de las tres quintas partes) caían en agosto y septiembre; no menos de 43 (esto es, casi un tercio) caían en la última semana de agosto y la primera semana de septiembre (en el calendario juliano). Aparte de un grupo significativo de alrededor de veinte, que caían entre finales de junio y finales de julio, y que en un año normal cabía esperar que cayeran entre el final de la recolección del heno y el comienzo de la de los cereales, el peso del calendario festivo emocional caía en las semanas inmediatamente posteriores a la recolección de la cosecha.<sup>54</sup>

El doctor Malcolmson ha reconstruido un calendario de fiestas correspondientes a Northamptonshire en las postrimerías del si—

---

<sup>54</sup> 54. Bodleian Library, MSS Hearne's diaries, p. 175.



glo XVIII que viene a mostrar una incidencia muy parecida<sup>55</sup> La secularización del calendario va acompañada de la del estilo y la función de las ocasiones. Aunque no paganas, sí se añadieron nuevas funciones seculares a los antiguos rituales; los taberneros, los buhoneros y los cómicos, músicos, etc., fomentaban, con sus numerosos tenderetes, las fiestas en que sus clientes tenían los bolsillos desacostumbradamente llenos gracias a las ganancias obtenidas de la cosecha; la institución de beneficencia del pueblo y las asociaciones de ayuda mutua se hicieron cargo de las antiguas fiestas de la Iglesia durante la Pascua de Pentecostés. En Bampton la fiesta de la asociación en el Lunes de Pentecostés incluía una procesión con tambor y flautista (o violinista), bailarines de *morris*,\* un payaso con una vejiga que llevaba el “tesoro” (una caja para el dinero de las aportaciones), un portador de espada con un pastel. Huelga decir que no había ningún crucifijo, ni sacerdotes ni monjas, ni imágenes de la Virgen o de los santos: su ausencia quizá pasa demasiado inadvertida. Ni una sola de las 17 canciones o melodías documentadas tenía la menor asociación religiosa:

Oh, mi Billy, mi Billy constante,  
¿Cuándo volveré a ver a mi Billy?  
Cuando los peces vuelen por encima de la montaña,  
entonces volverás a ver a tu Billy.<sup>56</sup>

Bampton, aquel museo vivo del folclore, no era un pueblo rural aislado, sino un vigoroso centro de la industria de la piel; del mismo modo que Middleton y Ashton eran centros de la industria doméstica durante la niñez de Bamford. Lo que resulta manifiesto, en muchos de estos distritos, y en numerosas regiones rurales también en el siglo XVIII, es que ni por un momento se puede opinar, como lo hace (por ejemplo) Paul Bois acerca del campesino francés del oeste en el siglo XVIII, que “c'était l'église, a l'ombre de laquelle se

---

<sup>55</sup> R. W. Malcolmson, “Popular recreations in English society, 1700–1850”, tesis de doctorado, Universidad de Warwick, 1970, pp. 11–17.

\* Danza grotesca que ejecutan personas vestidas con disfraces que representan generalmente los personajes de la leyenda de Robín de los Bosques. (*N. del t.*)

<sup>56</sup> P. H. Ditchfield, *Old English customs*, 1896, p. 125. [Oh, my Billy, my constant Billy, / When shall I see my Billy again? / When the fishes fly over the mountain, / Then you'll see your Billy again.]

nouaient toutes les relations”.<sup>57</sup> Por supuesto, lo religioso y lo secular (o pagano) llevaban siglos coexistiendo con dificultad o chocando: los puritanos querían tener a los bailarines de *morris* fuera de la iglesia y los tenderetes de los buhoneros, fuera del patio de la iglesia. Se quejaban de que las fiestas de la iglesia se veían deshonradas por los juegos crueles con animales, el baile y toda suerte de “obscenidades”. Pero en cierto sentido la Iglesia seguía siendo el centro alrededor del cual giraban estas manifestaciones de la tradición popular; y el *Book of Sports*\* de los Estuardo pretendía confirmar esta relación contra el ataque de los puritanos. En el siglo XVIII, el calendario estacional agrario era el centro y la Iglesia no proporcionaba ni un ápice de la fuerza motriz. Es un cambio difícil de definir, pero sin duda fue importante.

La experiencia dual de la Reforma y de la decadencia de la presencia puritana dejó una disociación notable entre la cultura refinada y la cultura plebeya en la Inglaterra posterior a la Restauración. Tampoco debemos subestimar el proceso creativo de formación de cultura desde abajo. Desde abajo no se hacían solamente las cosas obvias —canciones populares, asociaciones gremiales y ofrendas de trigo—, sino también interpretaciones de la vida, satisfacciones y ceremoniales. La venta de esposas, de un modo crudo y tal vez exótico cumplía una función de divorcio ritual que era a un tiempo más accesible y más civilizado que cualquier cosa que pudiera ofrecer la cultura refinada. Los rituales de la encerrada, por crueles que fuesen a veces, no eran más vengativos y en realidad tampoco más exóticos que los rituales de una encomienda especial de *Oyer and Terminer*.\*\*

La leyenda del renacer de la “alegre Inglaterra” después de la Restauración es una leyenda que quizá los historiadores se han mostrado demasiado impacientes por examinar. Aunque se descarten algunas de las pretensiones más sensacionales (Defoe, como buen contable, nos asegura que se erigieron 6.325 árboles de mayo en los

---

<sup>57</sup> Paul Bois, *Paysans de l'ouest*, París, 1960, p. 307.

\* Libro publicado bajo Jacobo I para ser usado en Lancashire con el objeto de resolver un conflicto sobre el asunto de las diversiones dominicales. (*N. del t.*)

\*\* Encomienda dirigida antiguamente a los jueces y otros funcionarios del rey facultándolos para oír y juzgar las acusaciones de traición, felonía, etc. (*N. del t.*)

cinco años que siguieron a la Restauración),<sup>58</sup> no cabe duda de que hubo un renacimiento general y a veces exuberante de las diversiones populares, los *wakes*, los *rush bearings* y los rituales. “¡Válgame Dios!”, exclamó el reverendo Oliver Heywood, el ministro expulsado, al contar las peleas de gallos, las carreras de caballos y los partidos de *stool-ball*\* que eran endémicos en el distrito de Halifax durante la década de 1680: “¡Oh, cuántos juramentos se sueltan! ¡Qué maldades se cometen!”. Y al relatar la celebración del primero de mayo de 1680 se había lamentado diciendo: “Nunca ha habido tanto trabajo en Halifax desde hace más de cincuenta años. El infierno se ha desatado”.<sup>59</sup>

Estamos más acostumbrados a analizar la época en términos de su historia intelectual y a pensar en la decadencia del infierno. Pero el desencadenamiento de este infierno en forma de cultura plebeya, una cultura que ellos no podían controlar, era la pesadilla de los puritanos que quedaban, tales como Heywood y Baxter. Fiestas paganas que la Iglesia había incorporado a su calendario en la Edad Media (aunque con éxito parcial) volvieron a ser festividades puramente seculares en el siglo XVIII. Las noches de *wake* terminaron; pero las fiestas del día o la semana siguiente se hicieron más fuertes a medida que iban transcurriendo las décadas. La ceremonia consistente en esparcir tallos de enea en las iglesias se conservó en algunos lugares; pero los festejos de los *rush bearings* siguieron una marcha ascendente. De nuevo cerca de Halifax, el rector (un tal reverendo Witter) intentó impedir estas fiestas en 1682, en las cuales (según se quejó Heywood) la gente hace gran provisión de carne y cerveza, llega de todas partes, “y come y bebe y desbarra de un modo bárbaro y pagano”. La gente echó abajo las puertas del señor Witter y éste se vio tildado de “remendón”.<sup>60</sup> La ceremonia del *rush bearing* continuó celebrándose en este distrito durante, como mínimo, otros ciento cincuenta años. Pero, como en la mayoría de los distritos, había perdido todo significado sagrado. Los símbolos en los carros

---

<sup>58</sup> Defoe, *op. cit.*, p. 62.

\* Antiguo juego campesino que se parecía un poco al críquet. Era un juego principalmente para mujeres jóvenes, aunque durante la Pascua lo jugaban entre hombres y mujeres. (*N. del t.*)

<sup>59</sup> J. Horsfall Turner, ed., *The rev. Oliver Heywood, B. A.*, vol. II, Brighouse, 1881, pp. 294, 271.

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 264, 294.

ricamente adornados se convirtieron en campanas y cacharros pintados. Los pintorescos disfraces de los hombres y los vestidos blancos y las guirnaldas de las mujeres aparecen cada vez más paganos. Sólo de paso las ceremonias tributan homenaje al simbolismo cristiano: Adán y Eva, San Jorge y el Dragón, las Virtudes, los Vicios, Robín de los Bosques y Lady Marian, caballos de juguete, carreras de cerdos, bailarines de *morris*. Las fiestas terminaban con juegos crueles con animales, lucha grecorromana, bailes y libaciones, y a veces se hacía el recorrido de las casas de la *gentry* y de los vecinos acaudalados pidiendo cosas de beber y de comer, así como dinero. “No pude suprimir estas bacanales”, escribió el reverendo John William de La Flechere refiriéndose a los *wakes* de Shropshire: “el inútil dique que opuse a ellas sólo sirvió para que el torrente creciese e hiciera espuma, sin detener su avance”. Además, el pueblo había encontrado patrones ajenos a la Iglesia: si La Flechere predicaba contra la ebriedad, los espectáculos y las luchas de perros y toros, “los taberneros y los preparadores de malta no me perdonarán. Piensan que predicar contra la ebriedad y perjudicar su bolsillo son la misma cosa”.<sup>61</sup>

Pero el resurgir de esta cultura no puede atribuirse solamente a la comercialización fomentada por los taberneros. De haberlo deseado, la *gentry* disponía de medios, recurriendo a las *Quarter Sessions*, para acosar a los taberneros en el capítulo de concesión de licencias. Esta eflorescencia de festividades difícilmente hubiera podido tener lugar sin una actitud tolerante por parte de muchos miembros de la *gentry*. En cierto sentido, esto no era más que la lógica de la época. Al materialismo de los ricos del siglo XVIII y al cristianismo de su Iglesia respondió el materialismo de los pobres. Las reuniones hípicas de los ricos se convirtieron en las fiestas populares de los pobres. La tolerancia de la *gentry* era buscada por las numerosas tabernas que –como todavía proclaman los rótulos de las posadas– procuraban ponerse bajo la protección de los grandes. La *gentry* no podía emprender expediciones convincentes para reformar los modales y la moral de los pobres si ella, por su parte, no se mostraba dispuesta a reformar sus propios vicios ostentosos y placenteros.

---

<sup>61</sup> 61. J. Benson, *Life of the reverend John William de la Flechere*, 1805, ed. de 1835, p. 78, en la que se describe Madeley Wake en 1761. (Mi agradecimiento a Barrie Trinder.)

Pero esto no acaba de ser convincente como explicación. Sólo una clase gobernante que se siente amenazada teme hacer alarde de un doble rasero. Mandeville sólo se sale de la norma al insistir, hasta rozar la sátira, en el argumento de que los vicios privados eran beneficios públicos. De modo más suavizado, el mismo argumento formaba parte de la jerga económica de la época cuando se hablaba de la función valiosa que cumplía el lujo porque proporcionaba empleo y espectáculo a los pobres. Henry Fielding pudo manifestar lo mismo sin intención satírica:

Nacer sin otro Propósito que consumir los Frutos de la Tierra es, el Privilegio... de muy pocos. La mayor Parte de la Humanidad tiene que sudar mucho para producirlos, o la Sociedad ya no cumplirá los Propósitos para los cuales fue instituida.<sup>62</sup>

En efecto, hemos visto que la ostentación de lujo y “liberalidad” formaba parte del teatro de los grandes. En algunos aspectos (la teoría salarial, las leyes de pobres, el código penal), el materialismo de los ricos se asociaba sin dificultad con un control disciplinario de los pobres. Pero en otros aspectos –la actitud de tolerancia ante la cultura popular, grosera y anticristiana, cierta prudencia e incluso delicadeza en el tratamiento de los desórdenes populares, incluso cierta lisonja en lo referente a las libertades y los derechos de los pobres– plantea un problema que exige un análisis más sutil. Induce a pensar en cierta reciprocidad en las relaciones entre los ricos y los pobres; una restricción en el uso de la fuerza contra la indisciplina y el desorden; una precaución (por parte de los ricos) contra la toma de medidas que les indispusieran demasiado con los pobres, y (por parte de aquel sector de los pobres que de vez en cuando respondía a la llamada de “la Iglesia y el rey”) la sensación de que podían obtenerse ventajas tangibles buscando el favor de los ricos. Hay aquí cierta mutualidad en la relación que es difícil no analizar en el nivel de la relación clasista.

Por supuesto, en el siglo XVIII a nadie se le hubiera ocurrido decir que la suya era una “sociedad de una sola clase”. Estaban los gober-

---

<sup>62</sup> *An enquiry into the causes of the late increase of robbers, 1751*, en Henry Fielding, *Complete works*, 1967, vol. XIII, p. 11. Cf. Bernard Mandeville, *The fable of the bees*, ed. Penguin, 1970, pp. 257, 292–293.

nantes y los gobernados, la gente alta y la gente baja, las personas de recursos y patrimonio independiente y las disolutas y levantiscas. Entre los dos extremos, donde deberían haber estado las clases profesionales y medias, así como la acomodada *yeomanry*, las relaciones de clientela y dependencia eran tan fuertes, que, al menos hasta la década de 1760, parece que estos grupos se desviaron poco de las polaridades esenciales. Sólo de alguien que fuera “independiente” de la necesidad de mostrar deferencia ante los protectores se podía pensar que estaba en posesión de una identidad política completa: esto es un punto a favor de la teoría de la “clase única”. Pero la clase social no se define exclusivamente en la identidad política. A ojos de Fielding, la evidente división entre los de arriba y los de abajo, la gente elegante y la no elegante, atravesaba el país como una fisura cultural:

mientras que la gente elegante disponía de varios lugares para uso propio, tales como tribunales, asambleas, óperas, bailes, etcétera, la gente no elegante, además de un único palacio real, llamado el *Bear-Garden*\* de Su Majestad, ha estado en constante posesión de todos los bailes, ferias, francachelas, etcétera... Así que lejos de mirarse los unos a los otros como hermanos en el sentido cristiano, parece que apenas se miran como miembros de la misma especie.<sup>63</sup>

Es este un mundo de patricios y de plebeyos; no es casualidad que los dominadores volvieran su mirada hacia la antigua Roma en busca de un modelo para su propio orden sociológico. Pero semejante polarización de las relaciones entre las clases no priva por esa razón a la plebe de toda existencia política. Los plebeyos se encuentran en un lado de la necesaria ecuación de la *res publica*.

Una plebe no es, quizá, una clase trabajadora. La plebe puede carecer de la consistencia de una autodefinición, de conciencia; de claridad de objetivos; de la estructuración de la organización de clase. Pero la presencia política de la plebe o “chusma” o, “multitud” es manifiesta; afectó a la alta política en multitud de ocasiones críticas: el motín de Sacheverell,\*\* la agitación contra los impuestos

---

\* Lugar destinado a la lucha de perros con oso. (*N. del t.*)

<sup>63</sup> Fielding, *op. cit.*, p. 164.

\*\* Henry Sacheverell, fanático predicador anglicano, atacó al poderoso ministro *whig* Sidney Godolphin y condenó los principios de la “gloriosa revolución” de 1688, a causa de lo cual la Cámara de los lores le juzgó por sedición, hecho que provocó un motín por parte de sus simpatizantes londinenses. (*N. del t.*)

indirectos, el impuesto sobre la sidra, las explosiones patrióticas y chauvinistas que apoyaron la carrera de Pitt el Viejo, y luego Wilkes y el motín de Gordon,\* etc. Incluso cuando la bestia parecía dormida, la susceptibilidad de una multitud libertaria definía, en el sentido más amplio, los límites de lo que era políticamente posible. En cierto sentido, los gobernantes y la multitud se necesitaban mutuamente, se vigilaban también mutuamente, hacían teatro y contra-teatro utilizándose los unos a los otros como espectadores, moderaban su respectivo comportamiento político. Esta es una relación más activa y recíproca que la que acude a nuestro pensamiento al oír hablar de la fórmula “paternalismo y deferencia”.

También es necesario ir más allá de la opinión de que los trabajadores de esta época se hallaban encerrados dentro de las lealtades fraternales y la conciencia “vertical” de determinados oficios; y que esto impedía solidaridades más amplias y la conciencia “horizontal” de clase. Hay algo de esto, desde luego. El artesano urbano conservaba algo de la perspectiva gremial; cada oficio tenía sus canciones (en las que se describían minuciosamente las herramientas del oficio), sus libritos de coplas y sus leyendas. Así, puede que el aprendiz de zapatero recibiese de su amo la obra *The delightful, princely and entertaining history of the gentle-craft* y que en ella leyera:

... jamás se ha sabido aún de un zapatero que mendigara. Buenos son los unos con los otros, y a todo extraño tratan como a un hermano.\*\*

Leía esto en 1725 y habría leído algo muy parecido en la época de Dekker. A veces las distinciones de los oficios continuaban en la vida festiva y social. A principios del siglo XVIII, todos los años, al llegar el miércoles de ceniza, se celebraba en Bristol un combate de boxeo entre los herreros, y los toneleros, carpinteros y marineros, y a veces los tejedores participaban en él al lado de los herreros. Y, lo

\* Capitanado por lord George Gordon, en 1780 estalló un motín cuyos protagonistas pretendían que el Parlamento derogase la Ley de 1778, promulgada para mejorar la situación de los católicos. (*N. del t.*)

\*\* [... never yet did any know / A Shoemaker a Begging go. / Kind they are one to another, / Using each Stranger as his Brother.]

que es más importante, cuando definían sus intereses económicos *como productores*, los artesanos y los obreros –cargadores de carbón de Thameside, mozos de cuerda de Londres, tejedores de seda de Spitalfields, trabajadores de la industria pañera del oeste de Inglaterra, tejedores de algodón de Lancashire, barqueros de Newcastle– se organizaban con fuerza en sus respectivos oficios y solicitaban los marchitos favores paternalistas de las autoridades estatales o municipales.

A decir verdad, hay muchos indicios por este lado; y los Webb no dieron la importancia debida a la medida en que la perspectiva gremial o “de oficio”, e incluso los vestigios de continuidad de organización, contribuyeron a las primeras *trade unions*. En 1870 Brentano había explorado la posibilidad de la continuidad de organización y de tradiciones entre los gremios y las compañías y las primeras *trade unions*.<sup>64</sup> Pero los Webb, en su voluminosa *History of trade unionism* (1894), decretaron de forma decisiva contra Brentano. En parte lo hicieron insistiendo en el carácter distintivamente nuevo del tradeunionismo (a consecuencia de una escisión acentuada entre los intereses de los maestros y los oficiales), y en parte imponiendo definiciones que hicieron que muchos datos del siglo XVIII parezcan sospechosos o ajenos a la cuestión: por ejemplo, la exigencia de que la organización sea continua y tenga dimensiones nacionales.<sup>65</sup> Durante mucho tiempo esas definiciones fueron la causa de que no se llevaran a cabo más investigaciones sistemáticas, ya fueran de la negociación colectiva mediante la acción directa,<sup>66</sup> o de la organización local y regional, como la de los barqueros de Newcastle o los trabajadores de la industria pañera del oeste de Inglaterra.

Los estudios de este tipo se han multiplicado en años recientes y ahora está claro que –si bien no hay constancia de organización continua de *unions* nacionales– hubo ciertamente una continua tradición de actividad sindical durante todo el siglo, y muy probablemente (en los distritos pañeros) una organización local continua y

---

<sup>64</sup> L. Brentano, *On the history and development of guilds and the origin of trade unions*, 1870.

<sup>65</sup> Sidney y Beatrice Webb, *The history of trade unionism*, 1894/1920, cap. 1.

<sup>66</sup> Esta cuestión la abordó de nuevo E. J. Hobsbawm, “The machine breakers”, en *Labouring men*, 1964, publicado por primera vez en *Past and Present* en 1952.



un liderazgo reconocido, para acciones que a veces se disfrazaban de “cencerradas”<sup>67</sup> y que a veces adoptaban las máscaras protectoras de sociedades de amigos. Semejantes tradiciones sindicales se remontan al siglo XVII y lamento que varios estudios recientes y muy útiles den una impresión contraria.<sup>68</sup> Hace unos años hallé en la Public Record Office algo que posiblemente es uno de los carnets de afiliación a una *trade union* más antiguos que se han encontrado (hasta ahora): corresponde a una filial de los oficiales peinadores de lana de la pequeña población de Alton (Hantsire) en 1725, aunque el carnet se imprimió en Londres, y se da el año 1700 como fecha de formación del club o “Charity–Stock”. (Véase la lámina I.) En aquellos momentos a los peinadores de lana se les seguía pleito (en el tribunal del *King's Bench*)\* a consecuencia de una larga disputa que duró varios años. Edward y Richard Palmer, pañeros, tenían empleados a 150 trabajadores en la manufactura de lana. Sus peinadores de lana habían formado un Woolcombers Club y quince o veinte de ellos se reunieron en una taberna, la “Five Bells”. Se había convocado una huelga (de siete peinadores) para hacer cumplir el reglamento sobre el aprendizaje y (en efecto también) para imponer la “afiliación obligatoria a la *trade union*”. Se importaron peinadores para romper la huelga y su taller fue invadido dos veces y les quemaron sus peines y materiales. Poco antes de estos acontecimientos el sello común que se había usado hasta entonces fue sus–

---

<sup>67</sup> Para la organización de las *trade unions* comunitaria, véase Adrian Randall, “The industrial moral economy of the Gloucestershire weavers in the eighteenth century”, en John G. Rule, ed., *British trade unionism, 1750–1850*, 1988, esp. pp. 29–35.

<sup>68</sup> Así, la útil colección de John Rule *British trade unionism: the formative years* toma 1750 como fecha de partida. C. R. Dobson, *Masters and journeymen: a prehistory of industrial relations*, 1980, abarca el periodo 1717–1800. Véase también el valioso ensayo de R. W. Malcolmson, “Workers' combinations in eighteenth-century England”, en M. y J. H. Jacob, eds., *The origins of an Anglo–American radicalism*, 1984, p. 160, nota 38, da una asociación de tejedores en Bristol en 1707. John Rule comenta el asunto más detenidamente en *The experience of labour in eighteenth-century industry*, 1981, esp. pp. 151–154. Ninguno de estos autores parece mencionar la extensa organización de los tejedores de Essex en Colchester y su región que tanto preocupaba al Consejo Privado en 1715. Cuando el alcalde de Colchester detuvo a algunos de sus portavoces, los compañeros de éstos los rescataron y “muchos cientos de ellos Entraron marchando en la Ciudad, todos armados con Pistolas, Espadas o Garrotes...” y también con una clara declaración de sus agravios y exigencias: véase documentación extensa en PRO, PC 1.14 101, partes II y III.

\* Antiguo tribunal judicial donde quedaban registradas todas las causas y procesos y tribunal supremo de derecho común del reino. (*N. del t.*)

tituido por una tarjeta o “tiquet” que daba al afiliado derecho “a empleo o a recibir beneficio en todas las Ciudades Pañeras donde los Peinadores de Lana habían formado Clubes”. La paga de huelga o el subsidio por dejar de trabajar para un patrono que pagase menos de lo estipulado (al amparo de los “Estatutos y las Órdenes” del Club) era de cinco chelines, con los cuales el afiliado debía trasladarse a otra población. Un peñador esquirolo que los Palmer importaron de Wokingham (Berkshire) declaró que al pasar por la calle de Alton “a menudo era Ultrajado e Insultado”, hasta que finalmente dejó de trabajar para los Palmer. Ocho de los peñadores fueron debidamente declarados culpables y el caso recibió un poco de publicidad a escala nacional.<sup>69</sup>

Esto parece desplazar la fecha del tradeunionismo hasta, como mínimo, 1700, y todos los rasgos reconocidos de la sociedad de artesanos ya aparecen en el asunto: el intento de imponer la afiliación obligatoria, el control del aprendizaje, el subsidio de huelga, el llamado “sistema de trabajo ambulante”. Después de todo, los complicados despliegues procesionales de los peñadores de lana, zapateros, sombrereros, tejedores, etc., en las grandes ocasiones cívicas (como la coronación de Jorge III) no surgieron de la nada. He aquí el orden de procesión correspondiente a Manchester:

*La procesión de los Peinadores de Lana* Dos Delegados con varas blancas. – Un hombre a caballo vestido de blanco con una peluca y un fajín de lana, golpeando un par de timbales. – Una banda de música. – Las Armas del Obispo Blaize mostradas en un estandarte. – El Tesorero y Secretario. – Un Paje Real, con una vara blanca. – El Obispo Blaize a caballo, acompañado de diez pajes a pie. – Los Miembros, dos y dos, con pelucas de lana, fajines, y escarapelas de lo mismo. – Dos Delegados Jóvenes con una vara blanca cada uno.

Se suponía que el obispo Blaize, santo patrón de los peñadores de lana, había inventado el peñado de la lana y había sido despedaza-

---

<sup>69</sup> 69. Depositiones e interrogatorios en PRO, KB 1.3. Los infractores, que debieron de pasar algunos meses en la cárcel, recibieron la orden de pagar 80 libras a su acusador (su amo): *British Journal*, 19 de febrero de 1726; *Newcastle Weekly Courant*, 19 de febrero de 1726; *Ipswich-Journal*, 7 de agosto de 1725, citados por Makolmson, *op. cit.*, p. 160 (nota 39), p. 157.

do por los afilados dientes de las “cardas”. He aquí los versos que la sociedad de peinadores recitó en esta ocasión:

Espectadores todos que ahora nos contempláis, ved una vez más a los hijos del obispo Blaize, que aquí se hallan reunidos en esta asociación, para celebrar del rey y la reina la coronación... ojalá la feliz Inglaterra disfrute pronto de la paz: ojalá aumenten el gozo y la abundancia y nuestro ramo; Dios guarde al rey Jorge Tercero; resplandezca la virtud por todas las ramas de su real linaje.<sup>70</sup>

La procesión del obispo Blaize todavía se celebraba vigorosamente en Bradford (Yorkshire) en 1825. El obispo Blaize aparece todavía en el centro del tiquet de Kidderminster de 1838 (lámina III).

Esta iconografía hace hincapié en la apelación de los primeros miembros de las *trade unions* a la tradición, y en un intento por parte del club o sindicato de oficiales de recoger del gremio o compañía de maestros la representación de los intereses del “Oficio”. A veces, los oficiales se escindían realmente de la compañía de los maestros, como los martilladores de Glasgow en 1748, que formaron su propia sociedad, recaudaron aportaciones y eligieron un deán y unos maestros siguiendo el modelo de la Compañía de Maestros. Existen también varios casos interesantes de organizaciones de trabajadores que aparecieron en relación estrecha —aunque antagónica— con compañías más antiguas. El grupo quizá más constantemente combativo de trabajadores del siglo XVIII —los barqueros de Newcastle— conocía indudablemente a la perfección las formas de la *Company of Hostmen*,\* con la cual, de hecho, habían luchado

---

<sup>70</sup> A particular account of the processions of the different trades, in Manchester, on the day of the coronation of their majesties, king George the Third and queen Charlotte (22 de septiembre de 1761), folio de una sola cara, Manchester Ref. Lib. [Spectators all that on us now do gaze, / Behold once more the sons of Bishop Blaze, / Who here are met in this association, / To celebrate the King and Queen's C'ronation... / May happy Britain soon enjoy a peace: / May joy and plenty and our trade increase; / God save King George the Third; let virtue shine / Through all the branches of his Royal line.]

\* Corporación o gremio de mercaderes de Newcastle-upon-Tyne, que en un principio cumplía la función de recibir a los forasteros que acudían a la ciudad a comprar carbón y otras mercancías, sobre las cuales la *Company of Hostmen* cobrara cierto derecho; en tiempos posteriores controlaría la venta y la exportación de carbón. (*N. del t.*)

por hacerse con el control de sus propias instituciones de caridad. En los barqueros se reunían dos rasgos que no suelen encontrarse juntos: por un lado, eran numerosos, estaban sometidos a un vínculo anual y bien situados para emplear la táctica de la acción de masas, la huelga y la intimidación. Por otro lado, como una gran proporción de sus miembros eran escoceses, y como el vínculo no les daba derecho a una liquidación en Newcastle, les interesaba prevenir sistemáticamente las posibles enfermedades, y lesiones, así como la vejez.<sup>71</sup>

Puede que los Webb tuvieran razón cuando demolieron algunos de los mitos románticos que circulaban durante las décadas de 1880 y 1890 –mitos que eran fomentados por algunos sindicalistas también– sobre el origen de las *trade unions* en los gremios. Pero lo que subestimaron fue el concepto de “el Oficio”; y también la forma en que, a partir de las postrimerías del siglo XVII, la exigencia de que se cumplieran las cláusulas sobre aprendizaje en el Estatuto de Artífices se convirtió en una exigencia que los oficiales trataron, de modo creciente, de aprovechar en beneficio propio y que, por lo tanto, hizo las veces de puente entre las formas antiguas y las nuevas. Quizá Brentano acertó al declarar: “Las *trade unions* tuvieron su origen en la no observancia de 5 Eliz. c. 4”. Desde el siglo XVI hasta principios del XIX hay indicios de la continuidad de estas tradiciones de artesanos y oficios en la alfarería, las insignias de las sociedades de amigos, los emblemas y los lemas de las primeras *unions*, así como en los libritos de coplas y los versos ideados para cada oficio. Esta apelación a la legitimidad y al precedente (en el Estatuto de Artífices) se encuentra en algunos versos de Essex que datan de finales del siglo XVII:

De aquellos que usurparían nuestros derechos, o se  
entremeterían en nuestro gremio, o infringirían la ley  
que la reina Betty hizo, libera nos Domine.<sup>72</sup>

---

<sup>71</sup> J. M. Fewster, “The keelmen of Tyneside in the eighteenth century”, *Durham University Journal*, sin especificar, vol. 19, 1957–1958.

<sup>72</sup> *HMC Var. Coll.* (1913), p. 581. [From such as would our rights invade, / Or would intrude into our trade, / Or break the law Queen Betty made, / Libera nos Domine.]

También se encuentran en una “Oda a la memoria de la Reina Isabel” que hace las veces de prólogo de un informe de la vista de una causa de aprendizaje relativa a los guarnicioneros de Londres en 1811:

Su recuerdo todavía es querido de los oficiales, porque, protegidos por sus leyes, resisten ahora las infracciones, que de lo contrario persistirían: amos tiránicos, necios innovadores frenan y atan sus gloriosas reglas.

De los derechos de los trabajadores todavía es garantía... Y los derechos de los artesanos protege y guarda, mientras nosotros, pobres e impotentes desgraciados, a menudo hemos de ir y recorrer de un lado a otro esta nación liberal.<sup>73</sup>

En efecto, puede que tengamos un solo documento del momento real de transición del gremio al sindicato, en el diario de un tejedor de Coggeshall, el cual contiene las reglas de la Compañía de Pañeros, Bataneros, Fabricantes de Bayetas y Fabricantes de Paños Nuevos de Coggeshall (¿1659–1698?), a las que siguen las transmitidas de la Compañía de una efímera “Bolsa de Peinadores”, obviamente un club local, formada “para que podamos mostrar ese amor que tenemos por nuestro oficio y los unos por los otros por razón del oficio”.<sup>74</sup>

Así pues, el sentido de la solidaridad de los oficios podía ser fuerte. Pero es muy falso suponer que semejante fraternidad estaba necesariamente reñida con objetivos o solidaridades más amplios. La conciencia profesional de los artesanos de Londres en la década de 1640 no les impidió apoyar a John Lilburne. Donde la conciencia profesional puede representar un obstáculo es en las solidarida-

---

<sup>73</sup> *Report of the trial of Alexander Wadsworth against Peter Laurie before lord Ellenborough, 18 May 1811*, 1811, en Columbia Univ. Lib., Seligman Collection, Place Vol. XII. [Her memory still is dear to journey men, / For sheiter'd by her laws, now they resist / Infringements, which would else persist: / Tyrannic mas-ters, innovating fools / Are check'd, and bounded by her glorious rules. / Of work-men's rights she's still a guarantee... / And rights of artizans, to fence and guard, / While we, poor helpless wretches, oft must go / And range this liberal nation to and fro.]

<sup>74</sup> *HMC Var. Coll.*, VIII (1913), pp. 578–584.

des económicas entre diferentes grupos de productores enfrentados a sus patronos; pero si dejamos a un lado esta proposición anacrónica, encontramos entre los trabajadores y las trabajadoras del siglo XVIII abundantes ejemplos de solidaridades y conciencia horizontales. En la multitud de listas que he examinado y que indican la ocupación de los participantes en motines de subsistencias, motines contra el pago de portazgos, motines por cuestiones libertarias o contra el cercamiento de tierras comunales en las ciudades resulta claro que las solidaridades no estaban segregadas por oficios; en una región donde predominen los trabajadores de la industria pañera, los estañeros o los mineros del carbón es obvio que estos trabajadores predominarán también en las listas de transgresores, pero sin excluir a los que tenían otras ocupaciones. Espero haber demostrado, en otro lugar, que todos estos grupos, durante los motines de subsistencias, compartían una conciencia común –ideología y objetivos– como pequeños consumidores de las cosas necesarias para la vida. Pero estas personas eran también consumidoras de valores culturales, de retórica libertaria, de prejuicios patrióticos y xenófobos; y también podían dar muestras de solidaridad sobre estas cosas. Cuando, en la tranquila década de 1750, la princesa Amelia intentó cerrar el acceso al New Park de Richmond se encontró con la oposición de una vigorosa conciencia horizontal que se extendía de John Lewis, acaudalado fabricante de cerveza de la localidad, a los folletistas de Grub Street, y que abarcaba a todo el “populacho” local (pp. 132–135). Cuando, en 1799, los magistrados intentaron impedir que se jugara al fútbol en las calles de Kingston el martes de carnaval fueron “el populacho” y “la chusma” los que se reunieron y desafiaron triunfalmente sus órdenes.<sup>75</sup> Puede que la chusma no destacara por una impecable conciencia de clase; pero los gobernantes de Inglaterra no albergaban la menor duda de que era una bestia horizontal.

---

<sup>75</sup> 75. De los señores Bytterwood, Cook y Bradshaw al duque de Portland, 24 de febrero de 1799, PRO, HO 42.46. Los magistrados se quejaron de que los militares (en Hampton Court) no les apoyaron en la supresión del fútbol ni en hacer que se cumpliera la Ley de Motines y que el oficial que los mandaba se ausentó (a pesar del previo aviso). El duque de Portland anotó lo siguiente en la queja: “Estos caballeros no parecen haber llevado este asunto tan bien como habrían podido llevarlo, pero su crédito, como Magistrados, hace necesario que se les atienda”.

## VI

Examinemos el argumento expuesto hasta aquí. Se sugiere que, en la práctica, el paternalismo tenía tanto de teatro y de gesto como de responsabilidad efectiva; que lejos de una relación cara a cara, doméstica y efusiva, podemos observar una técnica de gobierno estudiada. Si bien la existencia de una cultura plebeya definida no era ninguna novedad, una cultura con sus propios rituales, fiestas y supersticiones, hemos sugerido que en el siglo XVIII esta cultura era notablemente vigorosa, muy distanciada de la cultura política, y que ya no reconocía, excepto de forma superficial, la hegemonía de la Iglesia. Del mismo modo que el dialecto y el habla educada se separaron, también se amplió la distancia.

Por supuesto, esta cultura plebeya no era revolucionaria, ni siquiera protorrevolucionaria (en el sentido de fomentar objetivos ulteriores que pusieran en duda el orden social); pero tampoco debe calificarse de cultura deferente. Causaba motines, pero no rebeliones: acciones directas, pero no organizaciones democráticas. Llama la atención la rapidez con que cambia el estado anímico de la multitud, que salta de la pasividad al motín y de éste a la obediencia acobardada. Tenemos un ejemplo de ello en la balada satírica de los “Brave Dudley Boys”:

Hemos estado marchando arriba y abajo  
 so chicos, so  
 para derribar las casas y son los valientes chicos de  
 Doodley  
 so chicos, so  
 han sido los valientes chicos de Doodley, ¡so!

Algunos tienen bastones, algunos tienen palos  
 so chicos, so  
 para pegar a todos los bribones y bellacos...

Pero el motín llega a su límite señalado, y:

... llegaron los Dragones, y fue un sálvese quien pueda.

Todos bajamos corriendo a nuestros pozos  
 so chicos, so  
 todos bajamos corriendo a nuestros pozos  
 casi muertos de miedo  
 y son los valientes chicos de Doodley...

Y de allí a la reafirmación de deferencia:

Dios bendiga a lord Dudley Ward  
 so chicos, so  
 él sabía que los tiempos eran difíciles

ordenó que los soldados se retiraran  
 so chicos, so  
 y nunca volveremos a amotinarnos...<sup>76</sup>

Es fácil calificar este comportamiento de infantil. Sin duda, si insistimos en contemplar el siglo XVIII sólo a través de las lentes del movimiento obrero del XIX, veremos únicamente lo inmaduro, lo prepolítico, la infancia de la clase. Y en un aspecto esto no es falso: vemos repetidamente prefiguraciones de las actitudes y las organizaciones de clase del siglo XIX; fugaces expresiones de solidaridades, en motines, en huelgas, incluso ante el patíbulo; es tentador ver a los trabajadores del siglo XVIII como una clase obrera inmanente cuya evolución se ve retrasada por un sentido de la futilidad de trascender su situación. Pero el “servilismo alterno” de la multitud misma tiene una historia de gran antigüedad: los “rebeldes primitivos” de una época, vistos desde una época anterior, podían parecer los herederos decadentes de unos antepasados todavía más

---

<sup>76</sup> 76. He sacado impropriamente líneas de dos versiones diferentes: Jon Raven, *The urban and industrial songs of the Black Country and Birmingham*, Wolverhampton, 1977, versión (b), p. 50, y Roy Palmer, ed., *Songs of the Midlands*, Wakefield, 1972, p. 88. [We bin marchin' up and deown / Wo boys, wo / Fur to pulí the Housen deown / And its O the brave Doodley boys / Wo boys, wo / It bin O the brave Doodley boys, Wo! / Some gotten sticks, some gotten steavs / Wo boys, wo / Fur to beat all rogues and kne-avs... / ... the Dra-gunes they did come, / And twas devil take the hoindmost wum. / We all ran down our pits / Wo boys, wo / We all ran down our pits / Frietened a' most out of our wits / And its O the brave Doodley boys... / God Bless Lord Dudiey Ward / Wo boys, wo / He know'd as times been hard / He called back the sojermen / Wo boys, wo / And we'll never riot again...]



primitivos. Un exceso de retrospectiva histórica nos impide ver la multitud tal como era, *sui generis*, con sus propios objetivos, actuando dentro de la compleja y delicada polaridad de fuerzas de su propio contexto.

En el capítulo 4 intento reconstruir estos objetivos de la multitud, así como la lógica de su comportamiento, en un caso determinado: el motín de subsistencias. Creo que todos los demás tipos importantes de acción de la multitud revelarán una lógica parecida después de un análisis paciente: sólo el historiador corto de vista considera que los estallidos de la multitud son “ciegos.”. Aquí deseo comentar brevemente tres características de la acción popular y luego volver una vez más al contexto de las relaciones entre la *gentry* y la multitud en el cual todas tuvieron lugar.

La primera es la tradición anónima. La amenaza anónima, o incluso el acto terrorista singular, se encuentra a menudo en una sociedad de clientelismo y dependencia totales, en la otra cara de la medalla de deferencia simulada. Es exactamente en una sociedad rural, donde cualquier resistencia franca, identificada, al poder gobernante puede dar por resultado represalias inmediatas –pérdida del hogar, del empleo, del arrendamiento, cuando no el castigo de derecho– donde uno tiende a encontrar los actos tenebrosos: la carta anónima, el incendio provocado del almiar o la edificación aneja, el desjarrete del ganado, el disparo o el ladrillo a través de la ventana, la puerta arrancada de sus goznes, la tala de los árboles del huerto, la apertura de las compuertas del estanque de los peces durante la noche. El mismo hombre que de día saluda servilmente al hacendado –y que pasa a la historia como ejemplo de deferencia– puede que de noche mate sus ovejas, atrape sus faisanes o envenene a sus perros.

No presento la Inglaterra del siglo XVIII como teatro de terror cotidiano. Pero los historiadores apenas han empezado a tomar la medida del volumen de violencia anónima, normalmente acompañada por anónimas cartas amenazadoras.

Lo que estas cartas demuestran es que los trabajadores del siglo XVIII eran muy capaces, al amparo del anonimato de destruir toda ilusión de deferencia y de contemplar a sus gobernantes de un modo que no tenía un ápice de sentimental y filial. En 1767 un escritor de Witney instaba al receptor: “no permitas que estos condenados Bribones gordos y jadeantes Maten de Hambre a los Po–

bres mediante estos procedimientos Infernales a propósito para que ellos puedan seguir con sus cacerías, carreras de caballos, etcétera, y mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia”. Un habitante de Henley-on-Thames, que había visto a los voluntarios en acción contra la multitud, se dirigió a “vosotros caballeros, como gustáis llamaros a Vosotros mismos. Aunque ese es vuestro Error, pues sois una pandilla de los Bribones más Condenables que Jamás Hayan Existido”. (Un autor de Oldham, escribiendo sobre un tema parecido en 1800, comentó “nos importan un Pito estos sujetos que se Lllaman a Sí mismos Caballeros Soldados. Pero en nuestra opinión más Parecen Monos cabalgando en Osos”). A veces la falta de deferencia apropiada aparece meramente como un rápido aparte: “Lord Buckingham – comentaba el autor de una hoja suelta en Norwich en 1793– que murió el otro día, tenía Treinta Mil Libras, anuales Por sentar su culo en la Cámara de los Lores y no hacer nada”.<sup>77</sup>

Estas cartas demuestran –y aparecen dispersas por la mayor parte de Inglaterra, así como partes de Gales– que la deferencia podía ser muy quebradiza y constituida por una parte de egoísmo, una parte de disimulo y sólo una parte de temor reverencial ante la autoridad. Formaban parte del contrateatro de los pobres. Su finalidad era provocar escalofríos de temor en la *gentry*, los magistrados y los alcaldes, recordarles sus deberes, obtener de ellos caridad en tiempos de carestía.

Esto nos lleva a una segunda característica de la acción popular, a la que he llamado contrateatro. Del mismo modo que los gobernantes hacían valer su hegemonía mediante un estudiado estilo teatral, también la plebe hacía valer su presencia por medio de un teatro de amenazas y sedición. A partir de la época de Wilkes el lenguaje del simbolismo de la multitud es relativamente “moderno” y fácil de leer: la quema en efigie, el colgamiento de una bota en el patíbulo; la iluminación de ventanas (o la ruptura de las que no estuvieran iluminadas); el destejar una casa, lo cual, como señala Rude, tenía un significado casi ritual. En Londres el ministro impopular y el político popular no necesitaban la ayuda de encuestadores para conocer la opinión que la multitud tenía de ellos; eran bombardeados con obscenidades o llevados en triunfo sobre una silla por las calles. Cuando los condenados pisaban el cadalso en Tyburn, el público proclamaba a gritos su acuerdo o su desacuerdo.

---

<sup>77</sup> Véase mi ensayo “The crime on anonymity”, en Hay *et al*, *op. cit.*

Pero al retroceder a partir de 1760 entramos en un mundo de simbolismo teatral que es más difícil de interpretar; las simpatías políticas populares se expresan en un código que es muy diferente del de la década de 1640 o el de la década de 1790. Es un lenguaje de cintas, de hogueras, de juramentos y del rechazo de juramentos, de brindis, de acertijos sediciosos y antiguas profecías, de hojas de roble y de árboles de mayo, de baladas *con doble sentido* político, incluso de aires que se silban por las calles.<sup>78</sup> Todavía no sabemos lo suficiente sobre el jacobitismo popular para calibrar qué parte de él era sentimiento, qué parte era sustancia; pero, desde luego, podemos decir que la plebe en muchas ocasiones empleaba con fortuna el simbolismo jacobita como teatro, sabiendo muy bien que era el lenguaje que más enfurecería y alarmaría a sus gobernantes hannoverianos.<sup>79</sup> En la década de 1720, cuando una prensa intimidada oculta la opinión pública en vez de iluminarla, cabe detectar estados anímicos subterráneos en el vigor con el cual se celebraban los aniversarios rivales, es decir, hannoverianos y Estuardo. La *Normich Gazette* informó en mayo de 1723 de que el último martes, siendo el cumpleaños del rey Jorge, fue observado en la ciudad “con todas las habituales demostraciones de gozo y lealtad”:

Y siendo el miércoles el Aniversario de la Feliz Restauración del Rey Carlos II, y con él de la familia real, después de una usurpación demasiado larga y triunfal de tiranía santificada, se celebró en esta ciudad de una manera extraordinaria; pues además del repicar de campanas, las salvas de artillería y las hogueras, las calles estaban

---

<sup>78</sup> Para el calendario del simbolismo político popular (jacobita y hannoveriano), véase especialmente Rogers, *Whigs and cities*, pp. 354–358.

<sup>79</sup> A pesar de avances importantes en los estudios históricos jacobitas, los datos sobre las dimensiones del apoyo popular siguen siendo escurridizos. Una valoración excelente se encuentra en Nicholas Rogers, “Riot and popular Jacobitism in early Hanoverian England”, en Eveline Cruikshanks, ed., *Ideology and conspiracy: aspects of Jacobitism, 1689–1757*, Edimburgo, 1982. El profesor Rogers demuestra que el considerable volumen de manifestaciones antihannoverianas y jacobitas (especialmente entre 1714 y 1725) no puede tomarse como indicación de compromiso organizado o de intención insurreccional, sino que debe considerarse como una burla simbólica dirigida contra los gobernantes hannoverianos —“provocativa, desafiante, irónica”— y no por esa razón menos importante. Rogers ha desarrollado estas percepciones en *Whigs and cities, passim*, y especula (pp. 378–382) sobre las razones para el acentuado descenso de las simpatías jacobitas en las multitudes urbanas inglesas entre 1715 y 1745.

sembradas de juncias, ramas de roble colocadas en las puertas, y en algunas calles guirnaldas y cuadros colgados, y divisas danzas antiguas y cómicas... [con] brindis en Gloriosa Memoria de Carlos II.

Pese a ser esto manifiestamente desleal, no sólo al Rey sino también al Gran Hombre en su propio país, no proporcionó ningún pretexto a los agentes de la ley de la Corona.

Esta era una guerra de nervios, ora satírica, ora amenazadora. A veces las flechas daban en el blanco. En 1724 los ministros del rey estaban leyendo con atención deposiciones de Harwich, donde el leal comité hannoveriano había sido insultado por una cencerrada del peor gusto:

Mientras el Alcalde y otros Miembros de la Corporación se hallaban reunidos en el Ayuntamiento para Conmemorar la Felicísima subida de Su Majestad al Trono bebiendo a la Salud de Su Majestad y de otros Lealísimos, este Deponente... vio desde una Ventana... una *persona* disfrazada con cuernos en la cabeza acompañada de una chusma.

Esta “dicha Persona Infame”, John Hart, pescador, era paseada en triunfo sobre una silla por la ciudad por otros cien o doscientos de igual infamia. Iban “tocando una ridícula Tonada sobre Cabrones de Cabeza Redonda y compañía, y [Hart] llegó a la puerta del Alcalde y de este Deponente e hizo señales con las manos para indicar que podríamos besarle el Culo”.<sup>80</sup>

Si algunas de las acciones de la multitud pueden verse como contrateatro, en modo alguno puede decirse lo mismo de todas. Porque una tercera característica de la acción popular; era la capacidad de la multitud para la acción rápida y directa. Ser uno de la multitud, o de la chusma, era otra forma de ser anónimo, mientras que ser miembro de una organización continua forzosamente exponía a la detección y al castigo. La multitud del siglo XVIII comprendía bien sus capacidades para la acción y su propio arte de lo posible. Sus éxitos debían ser inmediatos o no lo eran en absoluto. Debía destruir esas máquinas, intimidar a esos patronos o comerciantes, causar desperfectos en aquella fábrica, arrancar de sus amos un sub-

---

<sup>80</sup> Interrogatorios y deposiciones en PRO, SP 44.124, fols. 116–132.

sidio de pan, destejar aquella casa, antes de que las tropas hicieran acto de presencia. El modo es tan conocido, que bastará con que lo recuerde por medio de una o dos citas de documentos del Estado. En Coventry, 1772:

La noche del martes... una gran Chusma en Número de cerca de 1.000 de la... clase inferior de Gente... se reunió al son del Pífano y el batir del Tambor por Causa, según dijeron, de una Reducción de salarios por parte de... uno de los principales Fabricantes de Cintas... Declararon su intención de... derribar su Casa; & destruirle, si lograban dar con él... Se usaron todos los Medios amables... para dispersarlos, pero sin Efecto, y arrojando Piedras y rompiendo sus Ventanas, empezaron a poner en Práctica su Propósito.<sup>81</sup>

En Newcastle-upon-Tyne en 1740, durante la fase triunfante de un motín de subsistencias:

Sobre las dos de la mañana del jueves gran número de Mineros del carbón y Carreteros, Herreros y otros trabajadores comunes [la bestia horizontal otra vez] vinieron por el Puente, liberaron a los prisioneros y procedieron en gran Orden a través de la Ciudad con las Gaitas sonando, los Tambores batiendo, y Ropa Sucia colocada en palos a modo de Banderas al viento. Luego aumentaron hasta ser varios miles y se apoderaron de las calles principales de la Ciudad. Los Magistrados se reunieron en la Casa del Ayuntamiento sin apenas saber qué hacer.

Al final fueron presa de pánico, forcejearon con la multitud en la escalera de la Casa del Ayuntamiento y dispararon una descarga contra la gente, matando a más de uno. A modo de venganza:

Volaron las piedras entre nosotros... a través de las ventanas como balas de cañón... al final la chusma cayó sobre nosotros con la más terrible furia. Nos perdonaron la vida, pero nos obligaron a abandonar el lugar, luego se pusieron a saquearlo y destruirlo todo. Los diversos bancos de justicia fueron inmediata y totalmente des-

---

<sup>81</sup> Del alcalde y la corporación a "milord", 7 de julio de 1772, PRO, WO 40.17.

truidos, forzaron la entrada del Despacho del Secretario Municipal, y todos los libros, escrituras y anales de la ciudad y sus tribunales fueron arrojados por la ventana.<sup>82</sup>

Abrieron el Arca y sacaron mil quinientas libras,... rompieron todo lo que era decorativo, dos excelentes Retratos del Rey Carlos segundo y Jacobo segundo... los rompieron, todo menos las caras... y después llevaron a los Magistrados a sus propias casas en una especie de Triunfo Fingido.<sup>83</sup>

Una vez más, llama la atención el sentido teatral incluso en plena furia: la destrucción simbólica de los bancos de la justicia, los libros del secretario, los retratos de los Estuardo del ayuntamiento *toy*, el triunfo fingido hasta los domicilios de los magistrados; y pese a ello, con esto, el orden de sus procesiones y la moderación que les impidió (incluso después de que hicieran fuego contra ellos) quitarle la vida a alguien.

Por supuesto, la multitud perdía la cabeza tan a menudo como los magistrados. Pero el detalle interesante es que ninguno de los dos bandos la perdía con frecuencia. Lejos de ser “ciega” la multitud solía ser disciplinada, tenía objetivos claros, sabía negociar con la autoridad y, sobre todo, aplicaba rápidamente su fuerza. Las autoridades tenían a menudo la sensación de encontrarse literalmente ante una multitud anónima. “Todos estos hombres son estañeros – escribió un vista de aduana desde Saint Austell en 1766 refiriéndose a las bandas de contrabandistas del lugar– a los que raramente se les ve en la superficie durante el día, y no temen que les conozcamos”.<sup>84</sup> Donde los “cabecillas” eran detectados, con frecuencia era imposible obtener deposiciones juradas. Pero la solidaridad raramente iba más allá de esto. Si eran apresados, los líderes de la multitud podían albergar la esperanza de un rescate inmediato, en el plazo de veinticuatro horas; si pasaba este momento, podían considerarse abandonados.

Cabría señalar otros rasgos, pero estos tres –la tradición anó–

---

<sup>82</sup> Del alcalde de Newcastle-upon-Tyne al duque de Newcastle, 27 de junio de 1740, PRO, SP 36.51.

<sup>83</sup> Concejal Ridley, “Account of the riots”, Northumberland CRO, 2 RI 27.28.

<sup>84</sup> PRO, WO 1.989.

nima; el contrateatro; y la acción directa, evanescente y rápida—parecen de importancia. Todos dirigen la atención al contexto unitario de la relación de clase. En cierto sentido, los gobernantes y la multitud se necesitaban mutuamente, se vigilaban mutuamente también, hacían teatro y contrateatro en sus respectivos auditorios, moderaban recíprocamente su comportamiento político. Pese a no tolerar la insubordinación del trabajo libre, los gobernantes de Inglaterra mostraron en la práctica un sorprendente grado de licencia ante la turbulencia de la multitud. ¿Hay aquí alguna reciprocidad “estructural” profundamente incrustada?

Encuentro que la idea de la reciprocidad *gentry*—multitud, el “equilibrio paternalismo—deferencia” en el cual ambas partes de la ecuación eran, hasta cierto punto, prisioneras de la contraria, es más útil que las nociones de “sociedad de una sola clase” o de consenso o de una pluralidad de clases e intereses. Lo que debe ocuparnos es la polarización de intereses antagónicos y su correspondiente dialéctica de la cultura. Existe una resistencia muy clara a las ideas e instituciones dominantes de la sociedad en los siglos XVII y XIX: de ahí que los historiadores crean poder analizar estas sociedades en términos de conflicto social. En el siglo XVIII la resistencia es menos clara, aunque a menudo muy específica, directa y turbulenta. Por ello debemos proporcionar parcialmente esta claridad descifrando la evidencia del comportamiento y en parte dando la vuelta a los blandos conceptos de las autoridades dirigentes para mirar su envés. Si no lo hacemos, corremos el peligro de convertirnos en prisioneros de los supuestos de la propia imagen de los gobernantes: los trabajadores libres se consideran de “tipo ocioso y levantisco”, los motines espontáneos y “ciegos”; y ciertas clases importantes de protesta social se pierden en la categoría de “delito”. Pero existen unos pocos fenómenos sociales que no revelan un significado distinto al ser sometidos a este examen dialéctico. La exhibición ostentosa, las pelucas empolvadas y el vestido de los grandes deben también considerarse —*como se quería que fueran considerados*— desde abajo, entre el auditorio del teatro de hegemonía y control clasista. Incluso la “liberalidad” y la “caridad” deben verse como actos premeditados de apaciguamiento de clase en momentos de escasez y extorsión premeditada (bajo la amenaza de motín) por parte de la multitud: lo que es (desde arriba) un “acto de concesión”, es (desde abajo) un “acto de consecución”. Una categoría tan sencilla

como la de “robo” puede resultar ser, en ciertas circunstancias, una prueba de los intentos prolongados, por parte de la comunidad agraria, de defender antiguos usos de derecho consuetudinario, o de los jornaleros de defender pequeños beneficios establecidos por la costumbre. Y siguiendo cada una de estas claves hasta su punto de intersección, se hace posible reconstruir una cultura popular establecida por la costumbre, alimentada por experiencias muy distintas de las de la cultura educada, transmitida por tradiciones orales, reproducida por ejemplos (quizás al avanzar el siglo, cada vez más por medios escritos), expresada en símbolos y ritos, y muy distante de la cultura de los que tienen el dominio de Inglaterra.

Yo dudaría antes de describir esto como cultura *de clase*, en el sentido de que se puede hablar de una cultura obrera, en la que los niños se incorporan a la sociedad con un sistema de valores con patentes marcas de clase, en el siglo XIX. Pero no puedo entender esta cultura, en su nivel experimental, en su resistencia a la homilía religiosa, en su picaresca mofa de las pródidas virtudes burguesas, en su fácil recurso al desorden y en sus actitudes irónicas hacia la ley, amenos que se utilice el concepto de antagonismos, adaptaciones y (en ocasiones) reconciliaciones dialécticas de clase. Al analizar las relaciones *gentry*–plebe, nos encontramos no tanto con una reñida e inflexible batallar entre antagonistas irreconciliables, como con un “campo de fuerza” social. Estoy pensando en un experimento escolar (que sin duda no he comprendido correctamente) en que una corriente eléctrica magnetizaba una placa cubierta de limaduras de hierro. Las limaduras, que estaban uniformemente distribuidas, se arremolinaban en un polo o en otro, mientras que en medio las limaduras que permanecían en su lugar tomaban el aspecto de alineaciones dirigidas hacia uno u otro polo opuesto. Así es prácticamente como veo yo la sociedad del siglo XVIII, con la multitud en un polo, la aristocracia y la *gentry* en otro, y en muchas cuestiones, y hasta finales del siglo, los grupos profesionales y comerciantes vinculados por líneas de dependencia magnética a los poderosos o, en ocasiones, escondiendo sus rostros en una acción común con la multitud. Esta metáfora permite entender no sólo la frecuencia de situaciones de amotinamiento (y su dirección), sino también gran parte de lo que era posible y los límites de lo posible más allá de los cuales el poder no se atrevía a ir.

Utilizo, por tanto, la terminología del conflicto de clases mien-



tras que me resisto a atribuir identidad a *una* clase. Me parece que la metáfora de un campo de fuerza puede coexistir fructíferamente con el comentario de Marx en los *Grundrisse* de que:

En toda forma de sociedad es una determinada producción y sus relaciones las que asignan a las demás producciones y sus relaciones rango e influencia. Es una iluminación general en la que se mezclan los restantes colores y que modifica sus tonalidades específicas. Es un éter especial que define la gravedad específica de todo lo que existe en él.<sup>85</sup>

Esta cultura plebeya está, finalmente, restringida a los parámetros de la hegemonía de la *gentry*: la plebe es siempre consciente de esta restricción, consciente de la reciprocidad de las relaciones *gentry*–plebe, vigilante para aprovechar los momentos en que pueda ejercer su propia ventaja. La plebe también adopta para su propio uso parte de la retórica de la *gentry*. Pues, otra vez, este es el siglo en que avanza el trabajo “libre”. Y el rasgo distintivo del sistema fabril era que, en muchos tipos de empleo, los trabajadores (incluyendo pequeños maestros junto con oficiales y sus familias) todavía controlaban en cierta medida sus propias relaciones inmediatas y sus modos de trabajo, mientras que tenían muy poco control sobre el mercado para sus productos o los precios de materias primas o alimentos. Esto explica parcialmente la estructura de las relaciones industriales y la protesta, así como los instrumentos de la cultura y de su cohesión e independencia de control.<sup>86</sup> Explica también en gran medida la conciencia del “inglés libre por nacimiento”, que sentía como propia cierta porción de la retórica constitucionalista de sus gobernantes, y defendía con tenacidad sus derechos ante la ley y su derecho al pan blanco y la cerveza barata. La plebe sabía que una clase dirigente cuyas pretensiones de legitimidad descansaban sobre prescripciones y leyes tenía poca autoridad para desestimar sus propias costumbres y leyes.

---

<sup>85</sup> Para una traducción ligeramente diferente, véase *Grundrisse*, Penguin, 1973, pp. 106–107 (hay trad. cast.: *Lineas fundamentales de la crítica de la economía política*, Crítica, Barcelona, 1978). Sin embargo, incluso aquí la metáfora de Marx no está relacionada con la clase ni la forma social, sino con relaciones económicas dominantes y subordinadas coexistentes.

<sup>86</sup> Apoyo aquí el argumento de Gerald M. Sider, “Christmas mumming and the New Year in Outport Newfoundland”, *Past and Present* (mayo de 1976).

La reciprocidad de estas relaciones subraya la importancia de las expresiones simbólicas de hegemonía y protesta en el siglo XVIII. Es por ello que, en mi trabajo previo, he dedicado tanta atención a la noción de teatro. Desde luego, cada sociedad tiene su propio estilo de teatro; gran parte de la vida política de nuestras propias sociedades puede entenderse sólo como una contienda por la autoridad simbólica. Pero lo que estoy diciendo no es solamente que las contiendas simbólicas del siglo XVIII eran peculiares de este siglo y exigen mayor estudio. Yo creo que el simbolismo, en este siglo, tenía una especial importancia debido a la debilidad de otros órganos de control: la autoridad de la Iglesia está en retirada y no ha llegado aún la autoridad de las escuelas y de los medios de comunicación de masas. La *gentry* tenía cuatro principales recursos de control: un sistema de influencias y promociones que difícilmente podía incluir a los desfavorecidos pobres; la majestad y el terror de la justicia; el ejercicio local de favores y la caridad, y el simbolismo de su hegemonía. Ésta era, en ocasiones, un delicado equilibrio social en el que los que ejercían el dominio se veían forzados a hacer concesiones. De ahí que la rivalidad por la autoridad simbólica pueda considerarse, no como una forma de representar ulteriores contiendas “reales”, sino como una verdadera contienda en sí misma. La protesta plebeya, a veces, no tenía más objetivo que desafiar la seguridad hegemónica de la *gentry*, quitar poder de sus mixtificaciones simbólicas, o incluso sólo blasfemar. Era una lucha de “apariencias”, pero el resultado de la misma podía tener consecuencias materiales: en el modo en que se aplicaban las leyes de pobres, en las medidas que la *gentry* creía necesarias en épocas de precios altos, en que se encaralara o se dejara en libertad a Wilkes. Al menos debemos retornar al siglo XVIII prestando tanta atención a la contienda simbólica en las calles como a los votos de la Cámara de los Comunes. Estas contiendas aparecen en todo tipo de formas y lugares inesperados. Algunas veces consistían en el uso jocoso de un simbolismo jacobita o antihannoveriano, un retorcer la cola de la *gentry*. El doctor Stratford escribió desde Berkshire en 1718:

Los rústicos de esta región son muy retozones y muy insolentes. Algunos honrados jueces se reunieron para asistir al día de la Coronación en Wattleton, y hacia el atardecer cuando sus mercedes estuvie-

ran tranquilos querían hacer una fogata campestre. Sabiéndolo algunos patanes tomaron un enorme nabo y le metieron tres velas colocándolo sobre la casa de Chetwynd... Fueron a decir a sus mercedes que para honrar la Coronación del Rey Jorge había aparecido una estrella fulgurante sobre el hogar del Sr. Chetwynd. Sus mercedes tuvieron el buen conocimiento de montar a caballo e ir a ver esta maravilla, y se encontraron, para su considerable decepción, que su estrella habíase quedado en nabo.<sup>87</sup>

El nabo era, por supuesto, el emblema particular de Jorge I elegido por la multitud jacobita cuando estaba de buen humor; cuando estaba de mal humor era el rey cornudo, y se empleaban los cuernos en lugar del nabo. Pero otros enfrentamientos simbólicos de estos años podían llegar a ser verdaderamente muy hirientes. En una aldea de Somerset, en 1724 tuvo lugar un oscuro enfrentamiento (uno entre varios del mismo tipo) por la erección de una “Vara de Mayo”.\* Un terrateniente de la localidad (William Churchey) parece haber derribado “la vieja Vara de Mayo”, recién adornada con flores y guirnaldas, y haber enviado después a dos hombres al correccional por cortar un olmo para hacer una nueva vara. Como respuesta se cortaron en su jardín manzanos y cerezos, se mató a un buey y se envenenaron perros. Al ser soltados los prisioneros, se reerigió la vara y se celebró el “Primero de Mayo” con baladas sediciosas y libelos burlescos contra el magistrado. Entre los que adornaban la vara había dos trabajadores, un preparador de malta, un carpintero, un herrero, un tejedor de lino, un carnicero, un molinero, un posadero, un mozo de cuadra y dos *gentlemen*.<sup>88</sup>

<sup>87</sup> HMC, *Portland MSS*, pp. vii, 245–246.

\* Un palo alto pintado con rayas espirales de distintos colores y coronado de flores, instalado en un espacio abierto, para que las gentes en fiestas bailen a su alrededor en la celebración del Primero de Mayo. (*N. del t.*)

<sup>88</sup> 88. PRO, KB 2 (1), Afidávits, Easter 10 G I, relativos a Henstridge, Somerset, 1724. Al subir Jorge al trono, el pueblo llano de Bedford “instaló el árbol de mayo en señal de duelo” y un oficial del ejército lo derribó. En agosto de 1725 hubo una reyerta en torno a un árbol de mayo en Barford (Wiltshire), entre los habitantes y un *gentleman* que sospechaba que el árbol lo habían robado de sus bosques (y proba blemente así era). El *gentleman* reunió una *posse* para que le ayudara, pero ganaron los habitantes: para Bedford, *An account of the riots, tumults and treasonable practices since His Majesty's accession ío the throne*, 1715, p. 12; para Barford, *Mist's Weekly Journal*, 28 de agosto de 1725.

Al traspasar la mitad del siglo, el simbolismo jacobita decae y el ocasional transgresor distinguido (quizás introduciendo sus propios intereses bajo la capa de la multitud) desaparece con él.<sup>89</sup> El simbolismo de la protesta popular después de 1760 es a veces un desafío a la autoridad de forma muy directa. Y no se empleaba el simbolismo sin cálculo o cuidadosa premeditación. En la gran huelga de marineros del Támesis de 1768, en que unos cuantos miles marcharon al Parlamento, la afortunada supervivencia de un documento nos permite observar este hecho en acción.<sup>90</sup> En el momento álgido de la huelga (7 de mayo 1768), en que los marineros no recibían satisfacción alguna, algunos de sus dirigentes se dirigieron a una taberna del muelle y pidieron al tabernero que les escribiera una proclama con buena letra y forma apropiada que tenían la intención de colocar en todos los muelles y escaleras del río. El tabernero leyó el papel y encontró “muchas Expresiones de Traición e Insubordinación” y al pie “Ni W..., ni R...” (esto es, “Ni Wilkes, ni Rey”). El tabernero (por propia iniciativa) reconvino con ellos:

*Tabernero:* Ruego a los Caballeros que no hablen de coacción o sean culpables de la menor Irregularidad.

*Marineros:* ¿Qué significa esto, Señor?, si no nos desagravian rápidamente hay Barcos y Grandes Cañones disponibles que utilizaremos como lo pida la ocasión para desagraviarnos y además estamos dispuestos a desarbolar todos los barcos del Río y luego le diremos adiós a usted y a la vieja Inglaterra y navegaremos hacia otro país...

Los marineros estaban sencillamente jugando el mismo juego que el cuerpo legislativo con sus repetidos decretos sobre delitos capitales y sus excesos legislativos; ambas partes de esta relación tendían a

---

<sup>89</sup> Sin embargo, como nos recuerdan los episodios del árbol de mayo, la tradición de paternalismo *tory*, que mira hacia atrás en dirección al *Book of Sports* de los Estuardo y que hace objeto de patronazgo o de una cálida tolerancia a las diversiones del pueblo, sigue siendo extremadamente vigorosa incluso ya bien entrado el siglo XIX. Este tema es demasiado extenso para tratarlo aquí, pero véanse R. W. Malcolmson, *Popular recreations in English society, 1700–1850*, Cambridge, 1973; Hugh Cunningham, *Leisure in the industrial revolution*, 1980, caps. 1 y 2.

<sup>90</sup> William L. Clement Library, Ann Arbor, Michigan, *Shelburne papers*, vol. 133, “Memorials of dialogues betwixt several seamen, a certain victualler, & a S–I master in the late riot”.

amenazar más que a realizar. Decepcionados por el tabernero, le llevaron su escrito a un maestro de escuela que hacía trabajos de este tipo. Nuevamente el escollo fue la terminación de la proclama: a la derecha “Marineros”, a la izquierda “Ni W..., ni R...”. El maestro tenía el suficiente aprecio a su cuello para no ser autor de tal escrito. Siguió entonces este diálogo, según su propio relato, aunque parece una conversación improbable para las escaleras de Shadwell:

*Marineros:* No eres Amigo de los Marineros.

*Maestro:* Señores, soy tan Amigo Suyo que de ningún modo quiero ser el Instrumento para causarles el mayor Daño cuando se les Proclame Traidores a nuestro Temido Soberano Señor el Rey y provocadores de Rebeldía y Sedición entre sus compañeros, y esto es lo que yo creo humildemente ser el Contenido de Su Escrito...

*Marineros:* La Mayoría de nosotros hemos arriesgado la vida en defensa de la Persona, la Corona y Dignidad de Su Majestad y por nuestro país hemos atacado al enemigo en todo momento con coraje y Resolución y hemos sido Victoriosos. Pero, desde el final de la Guerra, se nos ha despreciado a nosotros los Marineros y se han reducido tanto nuestros Salarios y siendo tan Caras las Provisiones se nos ha incapacitado para procurar las necesidades corrientes de la Vida a nosotros y nuestras Familias, y para hablarle claro si no nos Desagravian rápidamente hay suficientes Barcos y Cañones en Deptford y Woolwich y armaremos una Polvareda en la Laguna como nunca vieron los Londinenses así que cuando hayamos dado a los Comerciantes un *coup de grease* [sic] navegaremos hasta Francia donde estamos seguros de encontrar una cálida acogida.

Una vez más los marineros fueron decepcionados; y con las palabras, “¿crees que un Cuerpo de marineros Británicos va a recibir órdenes de un Maestro de Escuela viejo y Retrógrado?”, se despiden. En algún lugar lograron un escribano, pero incluso éste rehusó la totalidad del encargo. A la mañana siguiente apareció efectivamente la proclama en las escaleras del río, firmada a la derecha “Marineros” y a la izquierda... “¡Libertad y Wilkes por siempre!”.

El punto central de esta anécdota es que, en el clímax mismo de la huelga marinera, los dirigentes del movimiento pasaron varias horas de la taberna al maestro y de éste a un escribano, en busca de un escribiente dispuesto a estampar la mayor afrenta a la autoridad

que pudiera imaginarse: “Ni Rey”. Es posible que los marineros no fueran en ningún sentido reflexivo republicanos; pero era este el mayor “Cañón” simbólico que podían disparar y, si hubiera sido disparado con el aparente apoyo de unos cuantos miles de hombres de mar británicos, habría sido sin duda un gran cañonazo.<sup>91</sup>

Contrariamente a lo que dicen las leyendas queridas, Inglaterra no careció, por supuesto, de un ejército permanente en ningún momento del siglo XVIII.<sup>92</sup> El mantenimiento de este ejército, en los años de Walpole, fue una causa particular de los *whigs* hannoverianos. Pero a efectos de control interno a menudo se trataba de una fuerza reducida para casos de urgencia. Estaba, por ejemplo, demasiado extendido y fue inadecuado para las necesidades de la situación durante el tumultuoso año de 1766. El acuartelamiento permanente de tropas en distritos populosos fue siempre impolítico. Se producía siempre un retraso, que a veces era de varios días, entre el estallido de los disturbios y la llegada de los militares. La tropa, e igualmente sus oficiales (cuya facultad de actuar contra los civiles podía ser puesta en duda ante los tribunales), encontraba este servicio “odioso”.<sup>93</sup> Los celos de la Corona, secundados por la avaricia de la aristocracia, habían motivado el debilitamiento de todos los órganos efectivos para hacer cumplir la ley. La debilidad del Estado se expresaba en la incapacidad de utilizar la fuerza rápidamente, en una ternura ideológica ante las libertades de los súbditos y en una burocracia deficiente tan plagada de sinecurismo, parasitismo y cliente-lismo, que apenas ofrecía una presencia independiente.<sup>94</sup>

Así, el precio que la aristocracia y la *gentry* pagaban por una

---

<sup>91</sup> No está claro si los marineros que se hallaban preparando la hoja suelta eran auténticos portavoces de sus compañeros. Otro testigo presencial de las manifestaciones de los marineros dejó constancia de que “se jactaban de estar por el rey y el Parlamento”: P. D. G. Thomas, “The St. George's Fields “massacre” on 10 May 1768”, *London Journal*, vol. 4, n.º 2, 1978. Véanse también G. Rudé, *Wilkes and liberty*, Oxford, 1962, p. 50; Brewer, *op. cit.*, p. 190; W. J. Shelton, *English hunger and industrial disorders*, 1973, pp. 188, 190.

<sup>92</sup> Véase John Brewer, *The sinews of power*, *op. cit.*, pp. 44–55.

<sup>93</sup> Véase Tony Hayter, *The army and the crowd in eighteenth-century England*, 1978, capítulos 2 y 3: también pp. 52–53 y *passim*.

<sup>94</sup> A pesar de sus argumentos persuasivos sobre la fuerza del “Estado militar-fiscal inglés”, John Brewer reconoce que “la fuerza armada tenía un valor muy limitado para imponer la autoridad en Inglaterra”: Brewer, *op. cit.*, p. 63.

monarquía limitada y un Estado débil era forzosamente la licencia de la multitud. Este es el contexto estructural central de la reciprocidad de relaciones entre gobernantes y gobernados. Los gobernantes, desde luego, eran reacios a pagar dicho precio. Pero hubiera sido posible disciplinar a la multitud sólo si hubiese habido una clase gobernante coherente y unificada, cuyos miembros hubieran estado dispuestos a repartirse amigablemente el botín del poder, y a gobernar mediante su inmenso dominio de los medios de vida. Esta cohesión no existió en ningún momento anterior a la década de 1790, como se han esforzado en demostrar varias generaciones de distinguidos estudiosos de la historia.

Había tensiones profundas: entre la corte y el país, el dinero y la tierra, entre facciones y familias. Hasta 1750 o 1760 el término *gentry* discrimina demasiado poco a efectos de nuestro análisis. Hay una divergencia acentuada entre las tradiciones *whig* y *tory* de relaciones con la multitud. En aquellas décadas los *whigs* nunca fueron paternalistas convincentes.<sup>95</sup> Pero en las mismas décadas nació entre algunos *tories* y la multitud una alianza más activa y con más consenso. Muchos miembros de la pequeña *gentry*, víctimas de la contribución territorial y perdedores en la consolidación de las grandes propiedades contra las pequeñas, odiaban a los cortesanos y a los intereses tan ardientemente como los odiaba la plebe. Y a partir de esto vemos la consolidación de las tradiciones específicas del paternalismo *tory*; porque incluso en el siglo XIX, cuando pensamos en el paternalismo, tendemos a asociarlo con los *tories* en vez de con los *whigs*. En su apogeo, durante los reinados de los primeros dos Jorges, esta alianza consiguió una expresión ideológica en los efectos teatrales del jacobitismo popular.

Al llegar los años cincuenta, este momento ya está pasando y con la subida al trono de Jorge III entramos en un clima diferente. Ciertas clases de conflicto entre la corte y el país se habían suavizado tanto que es posible hablar del estilo paternalista calculado de

---

<sup>95</sup> 95. Aunque se tenía mucho cuidado en limitar los enfrentamientos con la multitud: véase la correspondencia de Townshend con Vaughan relativa a los motines de los tejedores del oeste de Inglaterra en enero de 1726–1727, en PRO, SP 44.81, fols: 454–458: “Su Majestad desea siempre que se usen los Medios Más Suaves para sofocar estos Disturbios”; el empleo de soldados contra los tejedores es “muy contrario a la inclinación del Rey”, “el Rey no quiere que se omitan los medios suaves... [para] apaciguar al pueblo”, etc.

la *gentry* en su conjunto. En lo que hace al trato dispensado a la multitud en tiempos de disturbios, ahora podemos olvidar la distinción entre los *whigs* y los *tories* –al menos en el nivel del juez de paz en ejercicio– y cabe ver a la magistratura en su conjunto actuando dentro de una tradición establecida. Para mantener su dominio sobre los pobres debían demostrar que no eran ni papistas ni puritanos. Al menos en sus gestos, debían ofrecerse como mediadores. Durante los episodios de motines, la mayoría de los jueces de paz, fuera cual fuese su credo, evitaban el enfrentamiento, preferían intervenir mediante la persuasión moral antes de recurrir a la fuerza. De hecho, el papel del juez de paz en época de motines casi podría reducirse a la fórmula: “Estaba seguro de que un Magistrado *firme* hubiera podido poner fin al Motín cualquier día”, escribió un comerciante cuáquero a un amigo refiriéndose a un motín de marineros en North Shields en 1792:

Hablando primero con los Marineros como un Magistrado debe hablar en una Ocasión semejante y luego adoptando la actitud del Hombre de sentimientos y Humanidad y prometiendo exponer todos sus agravios ante el Parlamento...<sup>96</sup>

Esta actitud nacía a veces de un elemento de simpatía activa por la multitud, especialmente allí donde la *gentry* se sintiera agraviada al ver los beneficios que los intermediarios obtenían de su trigo y del de sus arrendatarios. En 1753 había estallado un motín en Taunton (según comunicaron a Newcastle) a causa de “un tal Burcher, que tiene los molinos de la ciudad y que en vez de moler trigo muele a los pobres, en resumen, existe la creencia general de que se merece un castigo, de forma legal, por abusos de esta clase...”.<sup>97</sup> Está claro que los hombres como Burcher eran un fastidio para el conde de Poulett, el gobernador de Somerset. Daban trabajo, tanto a él como a los jueces; y, desde luego, había que mantener el orden. Un “levantamiento” general o un estado de motín traía otras consecuencias malas: la multitud se volvía grosera y era foco de discursos desleales y pensamientos sediciosos, “porque, una vez se han

---

<sup>96</sup> Friends House Library, Gibson MSS, vol. II, p. 113. Henry Taylor a James Phillips, 27 de noviembre de 1792. Mi agradecimiento a Malcolm Thomas.

<sup>97</sup> British Library, Newcastle MSS, Add. MSS 32, 732, Poulett a Newcastle, 11 de julio de 1753.



levantado, se siguen los unos a los otros antes que seguir a los *gentlemen*". De hecho, en esta ocasión "al final algunos de ellos dieron en hablar un lenguaje igualador, a saber: no veían por qué algunos tenían que ser ricos y otros pobres". (También corrieron rumores poco claros sobre ayuda procedente de Francia.) Pero mantener el orden no era sencillo:

La Impunidad de aquellos Amotinados alentó... a otros posteriores. Los *gentlemen* de la Comisión tienen miedo de actuar, y tampoco deja de ser peligroso para ellos porque no hay tropas en Taunton, Ilminster, etcétera, solamente una guardia de pastores... en Crewkerne sin ningún oficial. Pero parece que en general la inclinación de esas ciudades y estos *gentlemen* es a dejar que los ánimos se calmen y no provocarlos por temor a las consecuencias.

Las temidas consecuencias eran inmediatas: más daño a las propiedades, más desorden, quizá amenazas físicas a la magistratura. Es obvio que el propio conde de Poulett no sabía a qué carta quedarse en el asunto. Si así se lo aconsejaba su Excelencia, "haría condenar a algunos de los principales cabecillas", pero "la inclinación de la ciudad y de los *gentlemen* de los alrededores (era) contraria a ello". En cualquier caso, ni aquí ni en cientos de ejemplos parecidos en 1740, 1753, 1756, la década de 1760 y más adelante, hay sensación alguna de que el conjunto del orden social corriera peligro: lo que se temía era la "anarquía" local, la pérdida de prestigio y hegemonía en la localidad, la relajación de la disciplina social. Suele darse por sentado que al final el asunto perderá fuerza y el grado de severidad que debía mostrarse —si era o no aconsejable ahorcar a una o dos víctimas— era una cuestión de ejemplo y efecto calculados. Una vez más volvemos a estar en un teatro. Poulett pidió perdón a Newcastle por molestarle con estos "pequeños disturbios". Un pescador de Harwich había molestado con un obsceno gesto jacobita a los ministros del rey más que muchos cientos de hombres y mujeres recorriendo el país treinta años más tarde, demoliendo molinos y apoderándose del grano.

En semejantes situaciones había una técnica probada para apaciguar a la multitud. La chusma, escribió Poulett,

fue apaciguada... por *gentlemen* que salieron y desearon saber qué querían y qué tendrían, informándoles de las consecuencias, y pro—

metiéndoles que los molineros y los panaderos serían procesados, que comprarían el trigo y ellos mismos lo llevarían al mercado y que lo tendrían en cantidades pequeñas tal como lo querían.<sup>98</sup>

Pero allí donde la multitud representaba una amenaza más directa para la propia *gentry*, la reacción era más firme. En el mismo año, 1753, el Yorkshire occidental se vio trastornado por motines contra el portazgo. Henry Pelham escribió a su hermano que el señor Lascelles y su camino de portazgo habían sido atacados directamente: “a la cabeza de sus propios arrendatarios y seguidores solamente”. Lascelles había salido al paso de los amotinados y “los había batido valientemente y había hecho 10 prisioneros”. El juez municipal de Leeds había sido amenazado, “y toda la parte activa de los magistrados con el derribo de sus casas, e incluso con quitarles la vida”. Contra esto sólo el máximo despliegue de solidaridad de las clases altas sería suficiente:

Me he esforzado en persuadir a los pocos *gentlemen* que he visto a que ellos mismos sean más activos... Este asunto me parece de tanta importancia, que estoy persuadido de que nada puede vencerlo por completo salvo el que las primeras personas del país interpreten un papel activo en la defensa de las leyes; porque si a estas gentes sólo las dominan las tropas, sin que se las convenza de que su comportamiento es repugnante al sentir de la primera gente de este país, cuando las tropas se hayan ido volverán las hostilidades.<sup>99</sup>

Es un texto que merece examinarse. En primer lugar, es difícil recordar que quien escribe es el primer ministro de Inglaterra, y que escribe al “ministro del Interior”. Al parecer, de lo que están hablando es del estilo requerido de los hombres particulares dueños de grandes propiedades al tratar con una transgresión de su orden: el primer ministro se esfuerza por persuadir “a los pocos *gentlemen* que he visto” a ser más “activos”. En segundo lugar, el incidente ilustra de forma soberbia la supremacía del orden cultural sobre la hegemonía física. Las tropas ofrecen menos seguridad que la reafirmación de la autoridad paternalista. Sobre todo, la credibilidad de

---

<sup>98</sup> *Ibid.*

<sup>99</sup> *Ibid.* H. Pelma a Newcastle, 7 de julio de 1753.

la *gentry* y de la magistratura debe mantenerse. En una de las primeras etapas del disturbio hay que persuadir a la plebe, *sobre todo*, a que deponga su postura de insubordinación, a que exprese sus exigencias empleando términos legítimos y deferentes: deberían saber que probablemente sacarían más de una leal petición que de un motín. Pero si las autoridades no alcanzaban a persuadir a la multitud a deponer sus cachiporras y esperar que dieran satisfacción a sus peticiones, entonces a veces estaban dispuestas a negociar con ella bajo coacción; pero en tales casos resultaba mucho más probable que el total y terrible teatro de la ley interpretase más adelante sus horribles funciones matinales en el distrito amotinado. Había que dar ejemplos punitivos, con el fin de restaurar la credibilidad del orden. Luego, una vez más, se reanudaría la hegemonía cultural de la *gentry*.

## VII

La contienda simbólica adquiere su sentido sólo dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales. La cultura plebeya no puede ser analizada aisladamente de este equilibrio; sus definiciones son, en algunos aspectos, las antítesis de las de definiciones de la cultura educada. Lo que he intentado demostrar, quizá repetitivamente, es que es posible que cada uno de los elementos de esta sociedad, tomados por separado, tengan sus precedentes y sus sucesores, pero que, al tomarlos en su conjunto, forman una totalidad que es más que la simple suma de las partes: es un conjunto de relaciones estructurado, en el que el Estado, la ley, la ideología libertaria, las agitaciones y acciones directas de la multitud, cumplen papeles intrínsecos al sistema, y dentro de ciertos límites asignados por este sistema, límites que son a la vez los límites de lo que es políticamente “posible” y, hasta un grado extraordinario, también los límites de lo que es intelectualmente y culturalmente “posible”. La multitud incluso cuando es más avanzada, sólo raramente puede trascender la retórica libertaria de la tradición radical *whig*; los poetas no pueden trascender la sensibilidad del humano y generoso paternalista.<sup>100</sup> La furiosa carta anónima que surge de las más bajas profun-

---

<sup>100</sup> No dudo de que hubiera una auténtica y significativa tradición paternalista entre la *gentry* y los grupos profesionales. Pero ese es un tema diferente. El mío es aquí definir los límites del paternalismo y presentar objeciones a la idea de que las relaciones sociales (o de clase) en el siglo XVIII se veían mediadas por el paternalismo, según las condiciones impuestas por éste.

dades de la sociedad maldice contra la hegemonía de la *gentry*, pero no ofrece una estrategia para reemplazarla.

En cierto sentido esta es una conclusión bastante conservadora, pues estoy sancionando la imagen retórica que de sí misma tenía la sociedad del siglo XVIII, a saber, que el Pacto de 1688 definió su forma y sus relaciones características. Dado que el Pacto estableció la forma de gobierno de una burguesía agraria,<sup>101</sup> parece que era tanto la forma del poder estatal como el modo y las relaciones de producción los que determinaron las expresiones políticas y culturales de los cien años siguientes. Ciertamente el Estado, débil como era en sus funciones burocráticas y racionalizadoras, era inmensamente fuerte y efectivo como instrumento auxiliar de producción por derecho propio: al abrir las sendas del imperialismo comercial, al imponer el cercamiento de tierras al campo, al facilitar la acumulación y movimiento del capital, tanto mediante sus funciones bancadas y de emisión de títulos como, más abiertamente, mediante las extracciones parasitarias de sus propios funcionarios. Es esta com—

---

<sup>101</sup> 101. El profesor J. H. Hexter quedó atónito cuando pronuncié esta cópula impropia (“burguesía agraria”) en el seminario Davis Center en Princeton en 1976. Perry Anderson también quedó atónito diez años antes: “Socialism and pseudo-empiricism”, *New Left Review*, XXXV (enero-febrero de 1966), p. 8. “Una burguesía se basa en *ciudades*; eso es lo que significa la palabra.” Véanse también (en mi lado de la discusión) Genovese, *The world the slaveholders made*, p. 249; y un comentario juicioso sobre la discusión por parte de Richard Johnson, *Working papers in cultural studies*, XI, Birmingham, primavera de 1976. Mi reafirmación de este argumento marxista (un tanto convencional) tuvo lugar en “The peculiarities of the English”, *Socialist Register*, 1965, esp. p. 318. Aquí pongo de relieve, no sólo la lógica económica del capitalismo agrario, sino también la amalgama específica de atributos urbanos y rurales en el estilo de vida de la *gentry* del siglo XVIII; los balnearios; la temporada en Londres u otras ciudades; los periódicos ritos de paso urbanos, en la educación o en los diversos mercados matrimoniales; y los demás atributos específicos de una cultura mixta agrario-urbana. Los argumentos económicos (que Dobb ya presentó con acierto) se han visto reforzados por Brenner, “Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe”, *Past and Pre-present*, LXX (febrero de 1976), en esp. pp. 62–68. Datos complementarios sobre los servicios urbanos a disposición de la *gentry* se encuentran en Peter Borsay, “The English urban renaissance: the development of provincial urban culture, c. 1680–c. 1760”, *Social History*, V (mayo de 1977).

binación específica de debilidad y fuerza lo que proporciona la “iluminación general” en la que se mezclan todos los colores de la época; la que asignaba a jueces y magistrados sus papeles; la que hacía necesario el teatro de hegemonía cultural y la que escribía para el mismo el guión paternalista y libertario; la que otorgaba a la multitud su oportunidad de protesta y presión; la que establecía las condiciones de negociación entre autoridad y plebe y la que ponía los límites más allá de los cuales no podía aventurarse la negociación.

Finalmente ¿con qué alcance y en qué sentido utilizo el concepto de “hegemonía cultural”? Puede responderse a esto en los niveles práctico y teórico. En el práctico es evidente que la hegemonía de la *gentry* sobre la vida política de la nación se impuso de modo efectivo hasta los años 1790. Ni la blasfemia ni los episodios esporádicos de incendios premeditados ponen esto en duda; pues éstos no quieren desplazar el dominio de la *gentry* sino simplemente castigarla. Los límites de lo que era políticamente posible (hasta la Revolución francesa) se expresaban externamente en forma constitucional e, internamente, en el espíritu de los hombres, como tabúes, expectativas limitadas y una tendencia a formas tradicionales de protesta, destinadas a menudo a recordar a la *gentry* sus deberes paternalistas.

Pero también es necesario decir lo que *no* supone la hegemonía. No supone la admisión por parte de los pobres del paternalismo en los propios términos de la *gentry* o en la imagen ratificada que ésta tenía de sí misma. Es posible que los pobres estuvieran dispuestos a premiar con su deferencia a la *gentry*, pero sólo a un cierto precio. El precio era substancial. Y la deferencia estaba a menudo privada de toda ilusión: desde abajo podía considerarse en parte necesaria para la autoconservación, en parte como la extracción calculada de todo lo que pudiera extraerse. Visto desde esta perspectiva, los pobres impusieron a los ricos deberes y funciones paternalistas, tanto como se les imponía a ellos la deferencia. Ambas partes de la ecuación estaban restringidas a un mismo campo de fuerza.

En segundo lugar, debemos recordar otra vez la inmensa distancia que había entre las culturas refinada y plebeya; y la energía de la auténtica autoactivación de esta última. Sea lo que fuere esta hegemonía, no limitaba las vidas de los pobres y no les impedía defender sus propios medios de trabajo y descanso, formar sus propios ritos, sus propias satisfacciones y visión de la vida. De modo

que con ello quedamos prevenidos contra el intento de forzar la noción de hegemonía sobre una extensión excesiva y sobre zonas indebidas.<sup>102</sup> Esta hegemonía pudo haber definido los límites externos de lo que era políticamente y socialmente practicable, y por ello, influir sobre las formas de lo practicado: ofrecía el armazón desnudo de una estructura de relaciones de dominio y subordinación, pero dentro del trazado arquitectónico podían montarse muchas distintas escenas y desarrollarse dramas diversos. Con el tiempo, una cultura plebeya tan robusta como ésta pudo haber alimentado expectativas alternativas, que constituyeran un desafío a esta hegemonía. No es así como yo entiendo lo sucedido, pues cuando se produjo la ruptura ideológica con el paternalismo, en los años 1790, se produjo en primer lugar menos desde la cultura plebeya que desde la intelectual de las clases medias disidentes y desde allí fue extendida al artesanado urbano. Pero las ideas *painitas*, transportadas por los artesanos a una cultura plebeya más extensa, desarrollaron en ella raíces instantáneamente, y quizá la protección que les proporcionó esta cultura robusta e independiente les permitiera florecer y propagarse, hasta que se produjeron las grandes y nada deferentes agitaciones populares al término de las guerras francesas.

Digo esto teóricamente. El concepto de hegemonía es inmensamente valioso, y sin él no sabríamos entender la estructuración de las relaciones sociales del siglo XVIII. Pero mientras que esta hegemonía cultural pudo definir los límites de lo posible, e impedir el desarrollo de horizontes y expectativas alternativos, este proceso no tiene nada de determinado o automático. Una hegemonía tan sólo puede ser mantenida por los gobernantes mediante un constante y diestro ejercicio, de teatro y concesión. En segundo lugar, la hegemonía, incluso cuando se impone con fortuna, no impone una vi-

---

<sup>102</sup> En una crítica pertinente de ciertos usos del concepto de hegemonía, R. J. Morris indica que puede señalar implícitamente “la casi imposibilidad de la clase trabajadora o de secciones organizadas de la misma en lo que se refiere a generar ideas radicales... independientes de la ideología dominante”. El concepto da a entender la necesidad de recurrir a los intelectuales para encontrar esto, mientras el sistema de valores dominante se ve como “una variable exógena generada de forma independiente” de grupos o clases (“Bargaining with hegemony”, *Bulletin of the Society for the Study of Labour History* [otoño de 1977], pp. 62–63). Véanse también la aguda respuesta de Genovese a las críticas sobre esto en *Radical History Review* (invierno de 1976–1977), p. 98; y T. J. Jackson Lears, “The concept of cultural hegemony”, *American Hist. Rev.*, XC (1985).

sión total de la vida: más bien impone orejeras que impidan la visión en ciertas direcciones mientras la dejan libre en otras. Puede coexistir (como en efecto lo hizo en la Inglaterra del siglo XVII) con una cultura del pueblo vigorosa y autoactivante, derivada de sus propias experiencias y recursos. Esta cultura, que se resiste en muchos puntos a cualquier forma de dominio exterior, constituye una amenaza omnipresente a las descripciones oficiales de la realidad; dados los violentos traqueteos de la experiencia y la intromisión de propagandistas “sediciosos”, la multitud partidaria de Iglesia y Rey puede hacerse jacobina o ludita, la leal armada zarista puede convertirse en una flota bolchevique insurrecta.

De ello se desprende que no puedo aceptar la opinión, ampliamente difundida en algunos círculos estructuralistas y marxistas de Europa occidental, de que la hegemonía imponga un dominio total sobre los gobernados —o sobre todos aquellos que no son intelectuales— que alcanza hasta el umbral mismo de su experiencia, e implanta en sus espíritus desde su nacimiento categorías de subordinación de las cuales son incapaces de liberarse y para cuya corrección su experiencia resulta impotente. Pudo ocurrir esto, aquí y allá, pero no en Inglaterra, no en el siglo XVIII.

## VIII

Puede que ahora sea útil replantear y puntualizar también algunas partes de esta argumentación. Cuando la propuse por primera vez, en la década de 1970, algunos la interpretaron como si creara una dicotomía más absoluta entre patricios y plebeyos, sin ninguna fuerza intermedia que ejerciese una influencia seria, de lo que era mi intención. Y las críticas han girado en torno a la falta, en mi análisis, de un papel para la clase media. En semejante lectura, la aparición de una presencia de la clase media en la década de 1790 y la radicalización de un sector importante de la intelectualidad parecen inexplicables, un *deus ex machina*.<sup>103</sup> Y los críticos se han que—

---

<sup>103</sup> 103. Véase la útil crítica de Geoff Eley “Re-thinking the political: social history and political culture in 18th and 19th century Britain”, *Archiv für Sozialgeschichte*, Bonn, vol. XXI, 1981. También Eley, “Edward Thompson, social history and political culture”, en Harvey J. Kaye y Keith McClelland, eds., *E. P. Thompson: critical perspectives*, Oxford, 1990.

jado del “dualismo” y de la triste polarización resultante, de que no admitiera a las capas medias como actores históricos y “el olvido del papel de la cultura urbana y la disidencia burguesa”.<sup>104</sup>

Puedo estar de acuerdo en que mi modelo bipolar tal vez sea más pertinente en los distritos rurales, de ciudades pequeñas y, especialmente, manufactureros cuya expansión fuera más allá de los controles corporativos (el foco de la “protoindustrialización”) que en las ciudades mayores con municipio propio y, desde luego, que en Londres. No formaba parte de mi intención quitarle importancia al crecimiento durante todo el siglo, en número, riqueza y presencia cultural, de las capas medias que llegaron (como dice Jürgen Habermas)<sup>105</sup> a crear y ocupar una “esfera pública”. En ellas se incluyen los grupos que describe John Brewer:

... abogados, administradores de fincas rústicas, apotecarios y médicos; intermediarios en los comercios del carbón, textil y granos; carreteros, transportistas y posaderos; librerías, impresores, maestros de escuela, gentes del mundo del espectáculo y oficinistas; pañeros, abaceros, drogueros, vendedores de papelería, ferreteros, tenderos de todo tipo; los pequeños maestros en la fabricación de cuchillería y juguetes, o en todos los diversos comercios de lujo de la metrópoli.<sup>106</sup>

La lista podría ampliarse mucho y sin duda debería incluir a los acomodados *freeholders*\* y a los que tenían el derecho sobre importantes explotaciones agrícolas. Y es a partir de estos grupos medios de donde, según Eley, se producen “la aparición y la consolidación de un público burgués nuevo y consciente”:

Relacionado fundamentalmente con procesos de desarrollo capi–talista y transformación social... procesos de formación cultural urbana, con tendencia a sustentar una identidad política naciente y vinculados finalmente a redes políticas regionales; una nueva infraes–

---

<sup>104</sup> Linda Colley, “The politics of eighteenth–century British history”, *Journal of British Studies*, 24, 1986, O. 366.

<sup>105</sup> Jürgen Habermas, “The public sphere”, *New German Critique*, 3 (otoño de 1974).

<sup>106</sup> John Brewer, “English radicalism in the age of George III”, en J. G. A. Pocock, ed., *Three British revolutions*, Princeton, N. J., 1980, p. 333. \* *Freeholder*: propietario absoluto de una finca. (*N. del t.*)



estructura de comunicaciones, incluidas la prensa y otras formas de producción literaria... y un universo nuevo de asociación voluntaria; y finalmente, un parlamentarismo regenerado...<sup>107</sup>

Estoy de acuerdo con todo esto. Pero esta aparición y esta consolidación fueron un proceso complejo y muy lento que duró más de cien años. Tal como ha señalado el profesor Cannon:

Aunque hay muchos indicios de que los comerciantes y los financieros, los maestros y los periodistas, los abogados y los arquitectos, los tenderos y los industriales prosperaron en la Inglaterra hannoveriana, las cuestiones que deben explicarse me parecen casi lo contrario de la historiografía marxista: no cómo llegaron a controlar el gobierno, sino ¿por qué no lanzaron un desafío a la dominación aristocrática hasta finales de siglo?<sup>108</sup>

A mí me parece que las cuestiones se hallan situadas en la crónica histórica real y no en ninguna variedad de historiografía. Y continúan dejando perplejos a historiadores de muchas creencias. Hubo, desde luego, numerosas prefiguraciones de la “aparición” de una clase media en la política urbana. Pero, como arguye John Brewer, la independencia de la clase media se veía constantemente restringida y colocada de nuevo dentro de los canales de dependencia por los poderosos controles del clientelismo:

Los productores de artículos de lujo –de muebles, carrozas y prendas de vestir–, detallistas de toda suerte, aquellos, de las prostitutas a los maestros de danza, que prestaban servicios a los ricos, todas estas personas (y constituían una proporción considerable de la población activa metropolitana) dependían para vivir de una cultura centrada en la Corte, el Parlamento y la temporada de Londres.<sup>109</sup>

Esta situación no tiene por qué crear deferencia: podía generar resentimiento y hostilidad. Lo que no podía hacer, hasta que el campo del mercado se volvió más anónimo, era generar independencia.

<sup>107</sup> Eley, “Re-thinking the political”, *op. cit.*, p. 438.

<sup>108</sup> John Cannon, *Aristocratic century: the peerage of eighteenth-century England*, Cambridge, 1984, p. ix.

<sup>109</sup> Brewer, *op. cit.*, p. 339. Véase también Brewer, “Commercialization and politics”, en N. McKendrick, John Brewer y J. Plumb, *The birth of a consumer society*, Bloomington, 1982.

Si consideramos los omnipresentes controles del clientelismo, del patronazgo y del “interés”, nos vemos empujados de nuevo hacia el modelo de un campo bipolar de fuerza, justamente del mismo modo que semejante vocabulario bipolar se hallaba de forma continua en boca de los propios actores históricos. De hecho, semejante modelo del orden social y político era una fuerza ideológica por derecho propio. Una de las maneras en que los patricios repelían la admisión de la clase media en cualquier participación en el poder real consistía en negarle la entrada en el vocabulario del discurso político. La cultura patricia se resistió obstinadamente a cualquier concesión de vitalidad al concepto de “clase media” hasta finalizar el siglo.<sup>110</sup> Asimismo, es un error suponer que el crecimiento en número y riqueza de las “capas medias” necesariamente modificó y suavizó la polarización de las clases en el conjunto de la sociedad. En algunas circunstancias desvió las hostilidades; como hemos visto (pp. 58–62) los grupos medios podían servir para proteger al terrateniente o al gran pañero. Pero mientras tantas rutas de acceso a cargos, nombramientos y contratos estuvieron controladas por los antiguos y corruptos medios de patronazgo, el crecimiento numérico de los grupos medios sólo pudo intensificar la competencia entre ellos.<sup>111</sup>

Así pues, mi argumento no ha girado en torno al número, la riqueza o siquiera la presencia cultural de la clase media, sino en torno a su identidad como autor político autónomo y poseedor de sus propias motivaciones, su influencia electiva en el poder, su modificación de alguna manera sería del equilibrio entre los patricios y la plebe. No deseo retractarme de las proposiciones que hago en el presente capítulo, aunque saludo la importancia de los actuales estudios de las instituciones de clase media y de la vida política urbana.

---

<sup>110</sup> Paul Langford, *op. cit.*, p. 653, señala el retraso en la admisión de la expresión “clase media” para su uso general y comenta que la clase media “estaba unida sólo en la decisión de sus miembros de convertirse en *gentlemen* y *ladies*, identificándose así con la clase alta”. Agradezco a Dror Wahrman de la Universidad de Princeton que me permitiese ver parte de los resultados inéditos de su investigación sobre la resistencia explícita y motivada políticamente a la admisión del término “clase media” para su uso general.

<sup>111</sup> Véase Linda Colley, *op. cit.*, p. 371: “Si los antagonismos sociopolíticos se estaban agudizando a finales del siglo XVII (y creo que así era), cabría esperar ver tanto un incremento de la conciencia como de la amargura plebeyas, y un grupo dominante que se mostrara más ávido de cargos, honores, riqueza y una identidad cultural discreta”.

El argumento tiene que ver en parte con el poder, y en parte con la alienación cultural. (Véanse las pp. 17 y 18.) Algunos críticos han sugerido que yo y otros de la vieja generación de “historiadores de la multitud”, al ocuparnos principalmente de motines y protestas, hemos ocultado muchas otras manifestaciones populares, entre ellas el entusiasmo leal y patriótico, el partidismo electoral e indicios más desagradables de xenofobia o fanatismo religioso.<sup>112</sup> Estoy muy dispuesto a reconocer que estas cuestiones no me han preocupado y me siento feliz al ver que otros reparan estas faltas.<sup>113</sup> Ciertamente, poco a poco vamos disponiendo de una visión más redondeada de la multitud. Pero hay que esperar que la visión no se haga demasiado circular. Pocas generalizaciones sobre las actitudes políticas dominantes de la “plebe” a lo largo del siglo XVIII es probable que duren, excepto que la multitud era sumamente volátil. Las multitudes del siglo XVIII ofrecen una gran variedad de formas y tamaños. En los primeros años del siglo había bandas de taberna que los políticos podían utilizar contra sus adversarios. “Me encanta la chusma —dijo el duque de Newcastle en sus últimos años—. Yo mismo encabecé una en cierta ocasión. La sucesión hannoveriana se la debemos a una chusma”.<sup>114</sup> En ningún momento es esa volatilidad más manifiesta que a finales de siglo. Las generalizaciones sobre la inclinación política de la multitud nos dirán una cosa en tiempos de los motines de Priestley (1791);\* otra en el apogeo de la popularidad de Tom Paine y la Reforma dos o tres años después. Se encuentran sentimientos revolucionarios en la retórica de cervecería y en cartas anónimas de tono amenazador entre 1797 y 1801 (años de motines

---

<sup>112</sup> Para un estudio excelente, véase John Walsh, “Methodism and the mob in the eighteenth century”, en G. J. Cuming y D. Baker, *Studies in Church history*, Cambridge, 1971, vol. 8.

<sup>113</sup> Por ejemplo, Linda Colley, “The apotheosis of George III: loyalty, royalty and the British nation, 1760–1820”, *Past and Present*, 102 (febrero de 1984).

<sup>114</sup> James L. Fitts, “Newcastle's mob”, *Aibion*, vol. 5, n.º 1 (primavera de 1973).

\* Joseph Priestley, clérigo, teórico político y científico, defensor de los principios de la Revolución francesa y de la libertad civil y religiosa, despertó las iras del populacho antirrevolucionario al discrepar públicamente de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, de Edmund Burke. El 14 de julio de 1791, segundo aniversario de la toma de la Bastilla, estalló en Birmingham un motín durante el cual fueron destruidos la casa, la biblioteca y el laboratorio de Priestley, que abandonó la ciudad y nunca más volvió a ella. (*N. del t.*)

navales, la insurrección irlandesa, años de resistencia a los impuestos y de feroces motines relacionados con el pan) y se encuentra fervoroso legitimismo popular y antigalicanismo entre 1803 y 1805 (años de amenaza de invasión, de ira ante la expansión imperial de Napoleón, que despertó la hostilidad incluso de antiguos “jacobinos” ingleses, años de alistamiento en masa en los voluntarios y de la agri dulce victoria de Nelson en Trafalgar).

Estas transiciones rápidas tuvieron lugar, por supuesto, dentro de los individuos además de dentro del estado anímico de las multitudes. Alien Davenport, que procedía de una familia trabajadora de la frontera de Gloucestershire con Wiltshire, describió cómo llegó a Bristol en 1794, a la edad de 19 años:

Yo era patriota y pensaba, en aquel momento, que todo lo que emprendía Inglaterra estaba bien, era justo y apropiado; y que toda otra nación que se opusiera a ella estaba equivocada y merecía un castigo. Y que Francia, que acababa de matar a su rey, desterrar a sus nobles y ultrajar y profanar la religión cristiana, era muy mala en verdad; y grité “¡Por la Iglesia y el Rey!” tan fuerte y tanto tiempo como cualquier eclesiástico o lord del reino. ¡Y creí que Inglaterra no sólo estaba justificada, sino que tenía el deber de abatir y, si era posible, exterminar a tan desesperada nación de igualadores, blasfemos y regicidas! Y ese era el sentimiento de las nueve décimas partes del pueblo de Inglaterra en 1794.<sup>115</sup>

Con el tiempo, Davenport sería un destacado seguidor de Thomas Spence, republicano y cartista.

La multitud del siglo XVIII era proteica: ora empleaba el simbolismo jacobita, ora daba su apoyo total a Wilkes, ora atacaba las capillas disidentes, ora fijaba el precio del pan. Es verdad que ciertos temas se repiten: la xenofobia (especialmente el antigalicanismo), así como la afición a la retórica antipapista y libertaria (“el inglés libre por nacimiento”). Pero las generalizaciones fáciles no deben ir más allá de este punto. Quizá como reacción al exceso de simpatía y actitud defensiva que mostraban los historiadores de la multitud de mi generación, algunos historiadores más jóvenes están dispuestos a decirnos lo que creía la multitud, y (parece) era siempre nacionalista y generalmente de inclinación fiel e imperialista. Pero no

---

<sup>115</sup> *Life of Alien Davenport*, 1845, pp. 18–19.

todos estos historiadores han dedicado mucho tiempo a investigar en los archivos donde se encontrarán los datos enigmáticos y ambivalentes, y los que sí hemos investigado en ellos somos más cautos. Tampoco se puede leer la “opinión pública” directamente de la prensa, toda vez que esta era escrita por y para las capas medias; el entusiasmo por la expansión comercial entre estos lectores no era compartido necesariamente por los que servían en tierra o en el mar en las guerras que promovían dicha expansión. Contrastando con el tono populista de la década de 1960, en nuestro propio tiempo está muy de moda que los intelectuales descubran que la gente trabajadora era (y es) fanática, racista, sexista, pero en el fondo profundamente conservadora y leal a la Iglesia y al rey. Pero una conciencia tradicional (“conservadora”) y consuetudinaria puede en ciertas coyunturas aparecer como conciencia rebelde; puede tener su propia lógica y sus propias solidaridades, que no pueden tipificarse de forma simple. El propio “patriotismo” puede ser una estratagema retórica que la multitud emplea para lanzar un ataque contra la corrupción de los poderes hannoverianos gobernantes, del mismo modo que en el siglo siguiente la agitación en torno a la reina Carolina fue una estratagema para atacar al rey Jorge IV y su corte. Cuando la multitud aclamaba a los almirantes populares quizá era una forma de atacar a Walpole o a Pitt.<sup>116</sup>

Ni tan siquiera podemos decir hasta qué punto circulaban ideas republicanas explícitas, especialmente durante la turbulenta década de 1760. Es una cuestión que las más de las veces se rechaza con una negativa en lugar de investigarla. Pero tenemos la advertencia de sir John Plumb: “Pienso que los historiadores nunca dan suficiente importancia al predominio de intensos sentimientos antimonárquicos y pro republicanos de las décadas de 1760 y 1770”.<sup>117</sup> Un pensamiento parecido ha pasado por la mente de un historiador más excitable, el señor J. C. D. Clark, que ha citado a John Wesley en 1775, escribiendo al conde de Dartmouth sobre el estado “peligrosamente insatisfecho” del pueblo “en toda la nación”, “en cada ciu-

---

<sup>116</sup> Gerald Jordan y Nicholas Rogers, “Admirals as heroes: patriotism and liberty in Hanoverian England”, *Journal of British Studies*, vol. 28, n.º 3 (julio de 1989); Kathleen Wilson, “Empire, trade and popular politics in mid-Hanoverian Britain: the case of admiral Vernon”, *Past and Present*, 121 (1988).

<sup>117</sup> Plumb, “Political man”, *op. cit.*, p. 15.

dad, población y pueblo donde he estado”. El pueblo “apunta al” rey mismo: “desprecia de todo corazón a Su Majestad y le odia con perfecto odio. Desea mancharse las manos con su sangre; está lleno de espíritu asesino y rebelde...”.<sup>118</sup> Sospecho que durante las décadas de 1760 y 1770 hubo momentos en que una parte del pueblo inglés estaba más dispuesta a separarse de la Corona que los colonos norteamericanos, pero no tuvo la suerte de que el océano Atlántico la protegiera de ella.

Me atengo, pues, al modelo patricios/plebe y a la metáfora del campo de fuerza, tanto para la estructuración del poder como para el tira y afloja dialéctico de la ideología. A pesar de ello, no hay que suponer que estas fórmulas proporcionen un recurso analítico instantáneo que permita descifrar el significado de todos los actos de la multitud. Cada acto de la multitud tenía lugar en un contexto específico, se veía influido por el equilibrio local de fuerzas y a menudo encontraba su oportunidad y su guión en las facciones en que se dividían los grupos gobernantes o en los asuntos que planteaba el discurso político nacional. Esta cuestión la ha comentado de modo convincente Nicholas Rogers en *Whigs and cities*; sospecha de mí (quizá injustamente) que empleo procedimientos analíticos “esencialistas”. Si es así, Rogers tiene razón y yo estoy equivocado, toda vez que domina el material de forma soberbia y sus conclusiones se basan en años de estudio y análisis de la multitud urbana.<sup>119</sup> Según la opinión de Rogers, la mayoría de los actos de la multitud urbana deben verse como actos que tienen lugar en “un terreno en el cual la ideología, la cultura y el poder se cruzan”. A principios del siglo XVIII, los propios gobernantes, por sus propias razones, abrieron este espacio para la multitud, asignándole un papel de cliente y subalterno. El alto clero o sector conservador de la Iglesia anglicana y los faccionalistas cívicos ampliaron este espacio. El calendario de aniversarios y celebraciones políticos –procesiones, iluminaciones, elecciones, quemas en efigie, hervores carnavalescos–

---

<sup>118</sup> J. Telford, ed., *Letters to the rev. John Wesley*, 1931, vol. VI, p. 178, citado en J. C. D. Clark, *English society, 1688–1832*, Cambridge, 1985, p. 236. No está claro hasta qué punto el señor Clark hace suyo el alarmismo de Wesley.

<sup>119</sup> Espero con ilusión su próximo volumen, *Crowds, politics, and culture in eighteenth-century England*, que promete sustituir todos los estudios anteriores. También espero con ilusión la próxima obra de Kathleen Wilson, “*The sense of the people*”: *urban political culture in England, 1715–1785*.

asignaban papeles a la multitud y contaban con su participación. De esta manera en las cuatro décadas posteriores a 1680 “amplios sectores del populacho trabajador” fueron atraídos hacia el interior del discurso político nacional:

Años de aguda lucha partidista, en un contexto social que permitía al pueblo llano mayor espacio cultural, habían creado una cultura política dinámica y pugnaz, centrada en torno a los aniversarios reales y nacionales, en los cuales el populacho mismo participaba vigorosamente.

Sólo bajo esta tutela aprendió la multitud a hacer valer su propia autonomía y, a veces, a seleccionar sus propios objetivos. La multitud era ahora un fenómeno que “había que cultivar, nutrir y contener”, para que no se saliera de su papel subalterno.<sup>120</sup>

Puedo aceptar y aplaudir el enfoque del profesor Rogers y la ejecución del mismo en sus estudios urbanos. Es preferible a una sencilla reducción a una polaridad dual patricios/plebeyos y —si bien concede a la multitud menos autonomía de la que yo encuentro (por ejemplo, en los actos provinciales contra la escasez de alimentos, los portazgos, industriales, contra el reclutamiento forzoso, contra la milicia)—, sitúa de nuevo los actos de la multitud urbana dentro de un contexto político y cultural más complejo. Pero a través de todas estas complejidades todavía debo proponer la subyacente polaridad del poder: las fuerzas que presionaban por entrar y ocupar los espacios que quedaban abiertos cuando se producía un conflicto entre grupos dominantes. Incluso allí donde las multitudes fueran claramente dirigidas y subalternas, los que ejercían el dominio nunca dejaban de mirarlas sin ansiedad. Siempre podían ir más allá de lo que les estaba permitido y la multitud sin licencia caería de nuevo en la polaridad “esencialista”, “transformando el calendario oficial en un carnaval de sedición y motín”.<sup>121</sup> Debajo de todos los actos de la multitud se percibe la formación que ha sido objeto de mi análisis, el equilibrio patricios/plebeyos.

Un componente de esto, las antiguas pretensiones del paternalismo y la deferencia perdían fuerza incluso antes de la Revolución francesa, aunque vio una temporal reanimación en las muchedum—

---

<sup>120</sup> Rogers, *Whigs and cities*, esp. pp. 351, 368–372.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 372.

bres partidarias de la Iglesia y el rey de principios de los años 1790, el despliegue militar y el antigalicanismo de las guerras. Los motines de Gordon habían presenciado el clímax, y también la apoteosis, de la licencia plebeya; e infligieron un trauma a los gobernantes que puede ya observarse en el tono cada vez más disciplinario de los años 1780. Pero, por entonces, la relación recíproca entre *gentry* y plebe, inclinándose ora hacia un lado, ora hacia el otro, había durado un siglo. Por muy desigual que resultara esta relación, la *gentry* necesitaba a pesar de todo *cierta* clase de apoyo de “los pobres”, y éstos sentían que eran necesitados. Durante casi cien años los pobres no fueron los completos perdedores. Conservaron su cultura tradicional; lograron atajar parcialmente la disciplina laboral de los primeros tiempos del industrialismo; quizás ampliaron el alcance de las leyes de pobres; obligaron a que se ejerciera una caridad que pudo evitar que los años de escasez se convirtieran en crisis de subsistencias; y disfrutaron de las libertades de lanzarse a las calles, empujar, bostezar y dar hurras, tirar las casas de panaderos o disidentes detestables, y de una disposición bulliciosa y no vigilada que asombraba a los visitantes extranjeros y casi les indujo erróneamente a pensar que eran “libres”. Los años de la década de 1790 eliminaron tal ilusión y, a raíz de las experiencias de esos años, la relación de reciprocidad se rompió. Al romperse, en ese mismo momento, la *gentry* perdió su confiada hegemonía cultural. Pareció repentinamente que el mundo no estaba, después de todo, ligado en todo punto por sus reglas y vigilado por su poder. Un hombre era un hombre, “a pesar de todo”. Nos apartamos del campo de fuerza del siglo XVIII y entramos en un periodo en que se produce una reorganización estructural de relaciones de clase e ideología. Se hace posible, por primera vez, analizar el proceso histórico en los términos de notaciones de clase del siglo XIX.



## 4. LA ECONOMÍA “MORAL” DE LA MULTITUD EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII

Al que acapare el trigo el pueblo lo maldecirá;  
mas la bendición recaerá sobre quien lo venda.  
Proverbios XI, 26

### I

Hemos sido prevenidos, en los últimos años –por George Rude entre otros–, contra el uso impreciso del término “populacho”. Quisiera en este capítulo extender la advertencia al término “motín”, especialmente en lo que atañe a los motines de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII.

Esta simple palabra de cinco letras puede ocultar algo susceptible de describirse como una visión espasmódica de la historia popular. De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución francesa. Antes de este período la chusma se introduce, de manera ocasional y espasmódica, en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las exigencias de una explicación histórica queden satisfechas.

Desgraciadamente, aun entre aquellos pocos historiadores ingleses que han contribuido a nuestro conocimiento de estos movimientos populares, se cuentan varios partidarios de la imagen espasmódica.

No han reflexionado, sino de manera superficial, sobre los materiales que ellos mismos han descubierto. Así, Beloff comenta con respecto a los motines de subsistencias (*food riots*) de principios del siglo XVIII: “este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen”.<sup>1</sup> Sin embargo, registraremos inútilmente sus páginas en busca de los hechos que nos permita detectar la frecuencia de esta “degeneración”. Wearmouth, en su útil crónica de los disturbios, se permite enunciar una categoría explicatoria: la “misericordia”.<sup>2</sup> Ashton, en su estudio sobre los motines de subsistencias entre los mineros, formula el argumento propio del paternalista: “la turbulencia de los mineros debe, por supuesto, ser explicada por algo más elemental que la política: era la reacción instintiva de la virilidad ante el hambre”.<sup>3</sup> Los disturbios fueron “rebeliones del estómago”, y puede sugerirse que esto, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre–elemental–instintiva. Charles Wilson continúa la tradición: “Alzas espasmódicas en el precio de los alimentos incitaron al motín a los barqueros del Tyne en 1709 y a los mineros del estaño a saquear graneros en Falmouth en 1727”. Un espasmo condujo a otro: el resultado fue el “pillaje”.<sup>4</sup>

Durante décadas, la historia social sistemática ha quedado rezagada con respecto a la historia económica, hasta el momento actual en que se da por hecho que una especialización en la segunda disciplina

---

<sup>1</sup> M. Beloff, *Public order and popular disturbances, 1660–1714*, Oxford, 1938, p. 75.

<sup>2</sup> R. F. Wearmouth, *Methodism and the common people of the eighteenth century*, Londres, 1945, esp. caps. 1 y 2.

<sup>3</sup> T. S. Ashton y J. Sykes, *The coal industry of the eighteenth century*, Manchester, 1929, p. 131.

<sup>4</sup> Charles Wilson, *England's apprenticeship, 1603–1763*, Londres, 1965, p. 345. Es cierto que los magistrados de Falmouth informaron al duque de Newcastle (16 de noviembre de 1727) de que “los revoltosos mineros del estaño” habían “irrupido y saqueado varias despensas y graneros de cereal”. Su informe concluye con un comentario que sugiere que no fueron mucho más capaces que algunos historiadores modernos en comprender la racionalidad de la acción directa de los mineros: “la causa de estos atropellos, según pretendían los amotinados, era la escasez de grano en el condado, pero esta sugerencia es probablemente falsa, pues la mayoría de los que se llevaron el grano lo dieron o lo vendieron a un cuarto de su precio”. PRO, SP 36/4/22.

confiere, automáticamente, igual nivel de pericia en la primera. Uno no puede quejarse, por lo tanto, de que las recientes investigaciones hayan tendido a tergiversar y cuantificar testimonios que sólo se comprendían de manera imperfecta. El decano de la escuela espasmódica es, por supuesto, Rostow, cuyo tosco “gráfico de la tensión social” fue presentado en 1948 por primera vez.<sup>5</sup> De acuerdo con este gráfico, no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios de los alimentos para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad obvia (la gente protesta cuando tiene hambre); de igual manera que un “gráfico de la tensión sexual” mostraría que el comienzo de la madurez sexual puede correlacionarse con una mayor frecuencia en dicha actividad. La objeción es que este gráfico, si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta (o con apetito sexual), ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo modifican su conducta la costumbre, la cultura, y la razón? Y (habiendo convenido en que el estímulo primario de la “miseria” está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatizada, que –por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico– no puede retrotraerse de nuevo al estímulo? Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar. El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico. Lo que es quizá un motivo de sorpresa es el clima intelectual–esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reci–

---

<sup>5</sup> W. W. Rostow, *British economy in the nineteenth century*, Oxford, 1948, esp. pp. 122–125. Entre los más interesantes estudios que relacionan precios–cosechas y disturbios populares están: E. J. Hobsbawm, “Economic fluctuations and some social movements”, en *Labouring men*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979), y T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700–1800*, Oxford, 1959.

prociudades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.

A esta visión espasmódica opondré mi propio punto de vista.<sup>6</sup> Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimadora. Con el concepto de legitimación quiero decir que los hombres y las mujeres que constituían la multitud creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular se veía confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o deferencia.

El motín de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII fue una forma muy compleja de acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos. Hasta qué punto estos objetivos fueron alcanzados —esto es, hasta qué punto el motín de subsistencias fue una forma de acción coronada por el éxito— es una cuestión muy intrincada para abordarla dentro de los límites de un capítulo; pero puede al menos plantearse en vez de negarla y abandonarla sin examen, como de costumbre, y esto no se puede hacer hasta que sean identificados los objetivos propios de la multitud. Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una visión tradicional consecuente de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituyen la economía moral de los pobres.

---

<sup>6</sup> He encontrado de la máxima utilidad el estudio pionero de R. B. Rose, "Eighteenth century price riots and public policy in England", *International Review of Social History*, VI (1961), y G. Rudé, *The crowd in history*, Nueva York, 1964.

Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.

Aunque esta economía moral **no** puede ser descrita como “política” en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como apolítica, puesto que supone nociones del bien público categórica y apasionadamente sostenidas, que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades; nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneras. De aquí que esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII, en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios. La palabra “motín” es muy corta para abarcar todo esto.

## II

Así como hablamos del nexo del dinero en efectivo surgido de la Revolución industrial, existe un sentido en el que podemos hablar del nexo del pan en el siglo XVIII. El conflicto entre tradicionalismo y la nueva economía política pasó a depender de las leyes de cereales. El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII, la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de los precios.

Esta conciencia de consumidor altamente sensible coexistió con la gran era de mejoras agrícolas del cinturón cerealista del Este y del Sur. Esos años que llevaron la agricultura inglesa a una nueva cima en cuanto a calidad están jalonados de motines —o, como los contemporáneos a veces los describen, de “insurrecciones” o “levantamientos de los pobres”—: 1709, 1740, 1756–1757, 1766–1767, 1773, 1782, y, sobre todo, 1795 y 1800–1801. Esta industria capitalista boyante flotaba sobre un mercado irascible, que podía en cualquier momento desatarse en bandas de merodeadores, que recorrían el campo con cachiporras, o irrumpían en la plaza del mercado para “fijar el precio” de las provisiones a un nivel popular. Las fortunas de las clases capitalistas más fuertes descansaban, en último término, sobre la venta de cereales, carne, lana; y los dos primeros artículos debían ser vendidos, con poca intervención de los intermediarios, a

los millones de personas que componían la legión de los consumidores. De aquí que las fricciones del mercado nos lleven a una zona crucial de la vida nacional.

En el siglo XVIII la clase trabajadora no vivía sólo de pan, pero (como muestran los presupuestos reunidos por Eden y David Davies) muchos de ellos subsistían casi exclusivamente gracias al pan. Este pan no era todo de trigo, si bien el pan de trigo fue ganando terreno continuamente sobre otras variedades hasta principios de la década de 1790. Durante los años sesenta, Charles Smith calculó que de la supuesta población de alrededor de 6 millones de Inglaterra y Gales, 3.750.000 comían pan de trigo, 888.000 lo consumían de centeno, 739.000 de cebada y 623.000 de avena.<sup>7</sup> Hacia 1790 podemos calcular que por lo menos dos tercios de la población consumían trigo.<sup>8</sup> El esquema de consumo refleja, en parte, grados comparativos de pobreza y, en parte, condiciones ecológicas. Distritos con suelos pobres y distritos de tierras altas (como los Peninos) donde el trigo no maduraba, eran los bastiones del consumo de otros cereales. Aun en los años noventa, los trabajadores de las minas de estaño de Cornualles subsistían en su mayor parte gracias al pan de cebada. Se consumía mucha harina de avena en Lancashire y Yorkshire, y no sólo por parte de los pobres.<sup>9</sup> Los informes de Northumberland son contradictorios, pero parecería que Newcastle y muchas aldeas mineras de los alrededores se habían pasado por entonces al trigo, mientras que el campo y ciudades más pequeñas se alimentaban de pan de avena, de centeno, un pan mezcla de varios cereales<sup>10</sup> o una mezcla de cebada y “legumbres secas”.<sup>11</sup>

---

<sup>7</sup> C. Smith, *Three tracts on the corn-trade and corn-laws*, Londres, 1766<sup>2</sup>. pp. 140, 182–185.

<sup>8</sup> Fitzjohn Brand, *A determination of the average depression of wheat in war below that of the preceding peace...*, Londres, 1800, pp. 62–63, 96.

<sup>9</sup> Estas generalizaciones se ven corroboradas por las “respuestas de las ciudades sobre el consumo de pan”, presentadas al Consejo Privado en 1796, que se encuentran en PRO, PC 1/33/A.87 y A.88.

<sup>10</sup> Para *maslin* (un pan hecho de varios cereales), véase sir William Ashley, *The bread of our forefathers*, Oxford, 1928, pp. 16–19.

<sup>11</sup> C. Smith, *op. cit.*, p. 194 (para 1765). Pero el alcalde de Newcastle informaba (4 de mayo de 1796) que el pan de centeno era “muy usado por los trabajadores empleados en la Industria del Carbón”, y un informador de Hexham Abbey decía que cebada y legumbres secas, o alubias, “es el único pan de los trabajadores pobres y de los criados de los agricultores e incluso de muchos agricultores”, con centeno o *maslin* en las ciudades: PRO, PC 1/33/A.88.

A lo largo del siglo, nuevamente el pan blanco fue ganando terreno a variedades más oscuras de harina integral. Esto se debió en parte a una cuestión de valores de estatus, de posición relativa, que se asociaron al pan blanco, pero en modo alguno fue exclusivamente por eso. El problema es más complejo, y pueden mencionarse rápidamente varios de sus aspectos. Era productivo para los panaderos y molineros vender pan blanco o harinas finas, pues el beneficio que se podía obtener de esas ventas era, en general, mayor. (Irónicamente esto fue en parte consecuencia de la protección paternalista al consumidor, pues el Assize of Bread\* intentaba evitar que los panaderos obtuvieran sus ganancias del pan de los pobres; por lo tanto, iba en interés del panadero el hacer la menor cantidad posible para “uso doméstico”, y esta pequeña cantidad hacerla de pésima calidad.)<sup>12</sup> En las ciudades, que estaban alerta contra el peligro de la adulteración, el pan negro era sospechoso, pues podía ocultar fácilmente aditivos tóxicos. En las últimas décadas del siglo muchos molineros adaptaron sus maquinarias y sus tamices en tal forma que, de hecho, no servían para preparar la harina para la hogaza doméstica de tipo intermedio, produciendo sólo las mejores calidades para el pan blanco, y los desperdicios, el salvado, para un pan negro que un observador consideró “tan rancio, repulsivo y pernicioso como para poner en peligro la constitución física”.<sup>13</sup> Los intentos realizados por las autoridades, en épocas de escasez, para imponer la manufactura de calidades de harina más bastas (o, como en 1795, el uso general de la hogaza “doméstica”), encontraron muchas dificultades y con frecuencia resistencia, tanto por parte de los molineros como de los panaderos.<sup>14</sup>

---

\* Regulación o “Reglamento sobre el precio del pan”, de acuerdo con el precio del grano. (*N. de la t.*)

<sup>12</sup> Nathaniel Forster, *An enquiry into the cause of the high price of provisions*, Londres, 1767, pp. 144–147.

<sup>13</sup> J. S. Girdler, *Observations on the pernicious consequences of forestalling, regrating and ingrossing*, Londres, 1800, p. 88.

<sup>14</sup> El problema fue discutido con lucidez en [gobernador] Pownall, *Considerations on the scarcity and high prices of bread-corn and bread*, Cambridge, 1795, esp. pp. 25–27. Véase también lord John Sheffield, *Remarks on the deficiency of grain occasioned by the bad harvest of 1799*, Londres, 1800, esp. pp. 105–106, para la evidencia de que (1795) “no hay pan doméstico hecho en Londres”. Un corresponsal de Honiton describía en 1766 el pan doméstico como “una infame mezcla de salvado molido y cernido, al cual se añade la peor clase de harina inclasificable”: *Hist. MSS. Comm., City of Exeter*, serie LXXIII (1916), p. 255. Sobre esta compleja cuestión, véase además S. y B. Webb, “The Assize of Bread”, *Economic Journal*, XIV (1904), esp. pp. 203–206.

A finales de siglo, los sentimientos de estatus estaban profundamente arraigados dondequiera que prevaleciese el pan de trigo y éste fuese amenazado por la posibilidad de mezclas más bastas. Se insinúa que los trabajadores acostumbrados al pan de trigo no podían en verdad trabajar –sufrían de debilidad, indigestión, o náuseas– si les forzaban a cambiar al pan hecho con mezclas más bastas.<sup>15</sup> Aun frente a los atroces precios de 1795 y 1800–1801, la resistencia de gran parte de los trabajadores resultó invencible.<sup>16</sup> Los diputados del gremio en Calne informaron al Consejo Privado (Privy Council) en 1796 que gente “que merece confianza” estaba usando las mezclas de cebada y trigo requeridas por las autoridades, y que los artesanos y obreros pobres con familias numerosas

han usado en general solamente pan de cebada. El resto, que suman quizá alrededor de un tercio de los artesanos pobres, y otros, con familias más pequeñas (diciendo que ellos no podían obtener *más que pan*) han comido, como antes de la escasez, solamente pan de panadería hecho de trigo llamado de segunda.<sup>17</sup>

El alguacil de Reigate informaba en términos similares:

... en cuanto a los trabajadores pobres que apenas tienen otro sustento que el pan y que por la costumbre del vecindario siempre han comido pan hecho solamente con trigo; entre ellos, no he impuesto ni expresado el deseo de que consumiesen pan de mezcla, por miedo a que no estén suficientemente alimentados para poder con su trabajo.

---

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, lord Hawkesbury al duque de Portland, 19 de mayo de 1797, en PRO, HO 42/34.

<sup>16</sup> R. N. Salaman, *The history and social influence of the potato*, Cambridge, 1949, esp. pp. 493–517. La resistencia se extendía desde las regiones consumidoras de trigo del sur y del centro a las consumidoras de avena del norte; un corresponsal de Stockport en 1795 observó que “se ha hecho una muy generosa suscripción con el propósito de distribuir harina de avena u otras provisiones entre los pobres a precios reducidos. (Esta medida, sienta decirlo, da poca satisfacción al pueblo, que todavía clama e insiste en obtener pan de trigo)”: PRO, WO 1/1094. Véase también J. L. y B. Hammond, *The village labourer*, Londres, ed. 1966, pp. 119–123.

<sup>17</sup> PRO, PC 1/33/A.88. Compárese la respuesta de J. Boucher, párroco de Epsom, 8 de noviembre de 1800, en HO 42/54: “Nuestros pobres viven no sólo del mejor pan de trigo, sino casi sólo de pan”.



Los pocos trabajadores que habían probado pan hecho de mezclas, “se encontraron débiles, afiebrados, e incapaces para trabajar con un cierto grado de vigor”.<sup>18</sup> Cuando, en diciembre de 1800, el gobierno presentó un decreto (popularmente conocido como el Decreto del Pan Negro o “Decreto del Veneno”) que prohibía a los molineros elaborar otra harina que no fuera de trigo integral, la respuesta popular fue inmediata. En Horsham (Sussex),

Un grupo de mujeres ... fue al molino de viento de Gosden, donde, injuriando al molinero por haberles dado harina morena, se apoderaron del lienzo del tamiz con el que el molinero estaba preparando la harina de acuerdo con las normas del Decreto del Pan, y lo cortaron en mil pedazos; amenazando al mismo tiempo con tratar así todos los utensilios similares que intentase usar en el futuro de igual manera. La amazónica dirigente de esta cabalgata en sayas, ofreció después a sus colegas licor, por valor de una guinea, en la taberna de Crab Tree.

Como resultado de semejantes actitudes, el decreto fue revocado en menos de dos meses.<sup>19</sup>

Cuando los precios eran altos, más de la mitad de los ingresos semanales de la familia de un trabajador podía muy bien gastarse exclusivamente en pan.<sup>20</sup> ¿Cómo pasaban estos cereales desde la tierra a los hogares de los trabajadores? A simple vista parece sencillo. He aquí el grano: es cosechado, trillado, llevado al mercado, molido en el molino, cocido y comido. Pero en cada etapa de este proceso hay toda una irradiación de complejidades, de oportunidades para la extorsión, puntos álgidos alrededor de los cuales podían

---

<sup>18</sup> PRO, PC 1/33/A.88.

<sup>19</sup> PRO, PC 1/33/A.88; *Reading Mercury*, 16 de febrero de 1801. La hostilidad contra estos cambios en la molienda, que fueron impuestos por una ley de 1800 (41 Geo. III, c.16), fue especialmente fuerte en Surrey y en Sussex. Los demandantes presentaron muestras del nuevo pan a un juez de paz de Surrey: “Dijeron que era de sabor desagradable (y era cierto), que no podía mantenerles en su trabajo diario y que producía dolencias de los intestinos, a ellos y en particular a sus hijos”: Thomas Turton a Portland, 7 de febrero de 1801, HO 42/61. La ley fue abolida en 1801: 42 Geo. III, c.2.

<sup>20</sup> Véase especialmente los presupuestos en D. Davies, *The case of labourers in husbandry*, Bath, 1795, y en sir Frederick Edén, *The state of the poor*, Londres, 1797. También D. J. V. Jones, “The corn riots in Wales, 1793–1801”, *Welsh Hist. Rev.*, II, 4(1965), Ap. I, p. 347.

surgir los motines. Y apenas se puede proseguir sin esbozar, de manera esquemática, el modelo paternalista del proceso de elaboración y comercialización —el ideal platónico tradicional al que se apelaba en la ley, el panfleto, o el movimiento de protesta— y contra el que chocaban las embarazosas realidades del comercio y del consumo. El modelo paternalista existía en un cuerpo desgastado de ley estatuida, así como en la *common law* y las costumbres. Era el modelo que, muy frecuentemente, informaba las acciones del gobierno en tiempos de emergencia hasta los años setenta; y al cual muchos magistrados locales continuaron apelando. Según este modelo, la comercialización debía ser, en lo posible, *directa*, del agricultor al consumidor. Los agricultores habían de traer su cereal a granel al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las mieses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciarían a toque de campana; los pobres deberían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetescuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana, y los comerciantes al por mayor (con 1a oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio, codificadas durante el reinado de Eduardo VI. No debían comprar (y los agricultores no debían vender) por muestreo. No debían comprar el cereal en la mies ni adquirirlo para revender (dentro del plazo de tres meses) en el mismo mercado, con ganancias, o en mercados cercanos, etc. Ciertamente durante la mayor parte del siglo XVIII el intermediario siguió siendo legalmente sospechoso, y sus transacciones, en teoría, fueron severamente acotadas.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> El mejor estudio general de los mercados de grano del siglo XVIII es todavía R. B. Westerfield, *Middlemen in English business, 1660–1760*, New Haven, 1915, cap. 2. Véase también N. S. B. Gras, *The evolution of the English corn market from the twelfth to the eighteenth century*, Cambridge, Mass., 1915; D. G. Barnes, *A history of the English corn laws*, Londres, 1930; C. R. Fay, *The corn laws and social England*, Cambridge, 1932; E. Lipson, *Economic history of England*, Londres, 1956<sup>6</sup>, II, pp. 419–448; L. W. Moffitt, *England on the eve of the Industrial Revolution*, Londres, 1925, cap. 3; G. E. Fussell y C. Goodmen, “Traffic in farm produce in eighteenth century England”, *Agricultural History*, XII, 2 (1938); Janet Blackman, “The food supply of an industrial town (Sheffield)”, *Business History*, V (1963).

De la supervisión de los mercados pasamos a la protección del consumidor. Los molineros y –en mayor escala– los panaderos eran considerados servidores de la comunidad, que trabajaban, no para lucrarse, sino para lograr una ganancia razonable. Muchos de los pobres compraban su grano en el mercado directamente (o lo obtenían como suplemento del salario o espigando); lo llevaban al molino para ser molido, en cuyo caso el molinero podía cobrar la maquila acostumbrada, y ellos cocer después su propio pan. En Londres y en las grandes ciudades donde esto había dejado de ser la norma hacía mucho tiempo, el beneficio o ganancia del panadero se calculaba de acuerdo con el Assize of Bread, en el que, tanto el precio como el peso de la hogaza se fijaban con relación al precio vigente del trigo.<sup>22</sup>

Este modelo, por supuesto, se aleja en muchos puntos de las realidades del siglo XVIII. Lo más sorprendente es observar hasta qué punto todavía funcionaba en parte. Por ello, Aikin puede así describir en 1795 la ordenada regulación del mercado de Preston:

Los mercados semanales... están extremadamente bien regulados para evitar el acaparamiento y el regateo. Sólo a la gente del pueblo se le permite comprar a primera hora, de las ocho a las nueve de la mañana, a las nueve pueden comprar los demás; pero ninguna mercancía sin vender puede retirarse del mercado hasta la una en punto, exceptuado el pescado...<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> S. y B. Webb, “The Assize of Bread”.

<sup>23</sup> J. Aikin, *A description of the country from thirty to forty miles round Manchester*, Londres, 1795, p. 286. Uno de los mejores archivos de un bien regulado mercado señorial del siglo XVIII es el de Manchester. Aquí fueron nombrados durante todo el siglo vigilantes de mercado para el pescado y la carne, para pesos y medidas de grano, para carnes blancas, para el Assize of Bread, así como catadores de cerveza y agentes para impedir “monopolio, acaparamiento y regateo”, hasta los años 1750 fueron frecuentes las multas por peso o medida escasos, carnes invendibles, etc.; la supervisión fue después algo más ligera (aunque continuó), con un resurgimiento de la vigilancia en los años 1790. Se impusieron multas por vender cargas de grano antes de que sonara la campana del mercado en 1734, 1737 y 1748 (cuando William Wyat fue multado con 20 chelines “por vender antes de que sonara la campana y declarar que vendería a cualquier Hora del Día a pesar del Señor del Manor o de cualquier otra persona”), y otra vez en 1766. *The Court Leet records of the manor of Manchester*, ed. J. P. Earwaker, Manchester, 1888–1889, vols. VII, VIII, IX, *passim*. Para la regulación del acaparamiento en Manchester, véase más adelante nota 64 en p. 239.

En el mismo año, en el suroeste (otra de las zonas conocidas por su tradicionalismo), las autoridades municipales de Exeter intentaron controlar a los “revendedores, buhoneros y detallistas” excluyéndolos del mercado desde las ocho de la mañana hasta mediodía, hora en que sonaba la campana del ayuntamiento.<sup>24</sup> El Assize of Bread estaba aún vigente durante el siglo XVIII en Londres y en muchas ciudades con mercado.<sup>25</sup> En el caso de la venta por muestreo podemos observar el peligro de asumir prematuramente la disolución de las restricciones consagradas por la costumbre.

Se supone con frecuencia que la venta de grano por muestreo estaba generalizada a mediados del siglo XVII, cuando Best describe la práctica en el este de Yorkshire,<sup>26</sup> y con seguridad en 1725, cuando Defoe redactó su famoso informe sobre el comercio cerealista.<sup>27</sup> Pero, mientras muchos grandes agricultores vendían sin duda por muestreo en la mayoría de los condados, por aquellas fechas, los antiguos mercados de puestos eran corrientes todavía y sobrevivían aún en los alrededores de Londres. En 1718 el autor de un panfleto describía la decadencia de los mercados rurales como un hecho que había tenido lugar en años recientes:

Se pueden ver pocas cosas aparte de jugueterías y puestos de baratijas y chucherías... Los impuestos casi han desaparecido; y donde –según memoria de muchos de los habitantes– solían venir antes a la ciudad en un día, cien, doscientas, quizá trescientas cargas de grano, y en algunos municipios cuatrocientas, ahora crece la hierba en el emplazamiento del mercado.

Los agricultores (se lamentaba) habían llegado a esquivar el mercado y a operar con corredores y otros “contrabandistas” a las puertas de aquél. Otros agricultores traían todavía al mercado una única carga “para hacer un simulacro de mercado, y para que les fijaran el precio”, pero el verdadero negocio se hacía en “paquetes de

---

<sup>24</sup> Proclamación del secretario municipal de Exeter, 28 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34.

<sup>25</sup> S. y B. Weeb, *op. cit.*, *passim*, y J. Burnett, “The baking industry in the nineteenth century”, *Business History*, V (1963), pp. 98–99.

<sup>26</sup> *Rural economy in Yorkshire in 1641* (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 99–105.

<sup>27</sup> *The Complete English Tradesman*, Londres, 1727, II, parte 2.

grano en una bolsa o en un pañuelo que son llamados *muestras*”.<sup>28</sup> Esta era, en efecto, la tendencia; pero muchos pequeños agricultores continuaron vendiendo su grano en los puestos del mercado, como antes, y el viejo modelo quedó en la mente de los hombres como fuente de resentimiento. Una y otra vez fueron impugnados los nuevos procedimientos de comercialización. En 1710, una petición a favor de la gente pobre de Stony Stratford (Buckinghamshire) se lamenta de que los agricultores y comerciantes estaban “comprando y vendiendo en los corrales y en las puertas de sus Graneros, de tal manera que ahora los pobres habitantes no podemos conseguir una molienda en proporción razonable a nuestro dinero, lo cual es una gran calamidad”.<sup>29</sup> En 1733 varios municipios apelaron a la Cámara de los Comunes en contra de tal práctica. Haslemere (Surrey) se lamentaba de molineros y harineros que acaparaban el comercio; “compraban secretamente grandes cantidades de cereales de acuerdo con pequeñas muestras, y se negaban a comprar el que había sido expuesto en el mercado público”.<sup>30</sup> Esta práctica sugiere la existencia de una ocultación y pérdida de transparencia en los procedimientos de comercialización.

Con el transcurso del siglo no cesaron las quejas, aunque tendieron a trasladarse hacia el norte y el oeste. Con ocasión de la escasez de 1756, el Consejo Privado, además de poner en movimiento las viejas leyes contra el acaparamiento, promulgó una proclama ordenando a “todos los agricultores, bajo severas penas, traer sus cereales al mercado público, y no venderlo a muestreo en sus propios lares”.<sup>31</sup> Pero a las autoridades no les agradaba sentirse demasiado presionadas en este asunto; en 1766 (otro año de escasez) los magistrados de Surrey inquirieron si comprar por muestreo era, en efecto, un delito punible, y recibieron una respuesta prodigiosamente evasiva: el secretario de Su Majestad no está autorizado, en razón de su cargo, para interpretar las leyes.<sup>32</sup>

---

<sup>28</sup> Anónimo, *An Essay to Prove that Regrators, Engrossers, Forestallers, Hawkers, and Jobbers of Corn, Cattle, and other Marketable Goods are Destructive of Trade, Oppressors to the Poor, and a Common Nuisance to the Kingdom in General*, Londres, 1719, pp. 13, 18–20.

<sup>29</sup> Bucks, CRO, Quarter Sessions, día de San Miguel, 1710.

<sup>30</sup> Commons Journals, 2 de marzo de 1733.

<sup>31</sup> PRO, PC 1/6/63.

<sup>32</sup> *Calendar of Home Office Papers* (1879), 1766, pp. 92–94.

Dos cartas dan alguna idea del desarrollo de nuevas prácticas en el oeste. Un corresponsal que escribía a lord Shelbourne en 1776 acusaba a los comerciantes y molineros de Chippenham de “complot”:

Él mismo mandó comprar una arroba de trigo al mercado, y aunque había allí muchas cargas, y era inmediatamente después de haber sonado la campana del mercado, dondequiera que su agente solicitase, la respuesta era “Está vendido”. De forma que, aunque... para evitar el castigo de la ley, lo traen al mercado, el negocio se hace antes, y el mercado es sólo una farsa...<sup>33</sup>

(Estas prácticas podían dar ocasión a un motín; en junio de 1757, se informó de que “la población se sublevó en Oxford y en pocos minutos se apropió y dividió una carga de trigo que se sospechaba había sido vendida por muestra y traída al mercado solamente para salvar las apariencias”).<sup>34</sup> La segunda carta es de 1772, de un corresponsal en Dorchester, y describe una práctica diferente de tasa de mercado; sostiene que los grandes agricultores se reunían para fijar los precios antes de ir al mercado,

y muchos de estos hombres no venderán menos de cuarenta *bushels*, que los pobres no pueden comprar. Por esto el molinero, que no es enemigo del agricultor, da el precio que éste le pide y el pobre tiene que aceptarlo.<sup>35</sup>

Los paternalistas y los pobres continuaron lamentándose del desarrollo de estas prácticas de mercado que nosotros, en visión retrospectiva, tendemos a aceptar como inevitables y “naturales”.<sup>36</sup> Pero lo que puede parecer ahora como inevitable no era necesariamente, en el siglo XVIII, materia aprobable. Un panfleto característico (de

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 91–92.

<sup>34</sup> *Gentleman's Magazine*, XXVII (1757), p. 286.

<sup>35</sup> Carta anónima en PRO, SP 37/9.

<sup>36</sup> Pueden encontrarse ejemplos, dentro de una abundante literatura, en *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 534; anónimo [Ralph Courteville], *The Cries of the Public*, Londres, 1758, p. 25; Anon. [C. L.], *A Letter to a Member of Parliament proposing Amendments to the Laws against Forestallors, Ingrossers, and Re-graters*, Londres, 1757, pp. 5–8; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1765), p. 199; Forster, *op. cit.*, p. 97.

1768) clamaba indignado contra la supuesta libertad de cada agricultor para hacer lo que quisiera con sus cosas; esto sería libertad “natural”, pero no “civil”:

No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder de la Sociedad proporciona.

La asistencia del agricultor al mercado es “una parte material de su obligación; no se le debería permitir guardar sus mercancías o venderlas en otro lugar”.<sup>37</sup> Pero después de 1760, los mercados tuvieron tan poca función en la mayor parte de las tierras del sur y en las Midlands que, en dichos distritos, las quejas contra la venta por muestreo son menos frecuentes, a pesar de que, a finales de siglo, se protestaba todavía de que los pobres no pudiesen comprar pequeñas cantidades.<sup>38</sup> En algunos lugares del norte el asunto era distinto. Una petición de los trabajadores de Leeds en 1795 se queja de “los agentes de cereales y molineros y un grupo de gente que nosotros llamamos regatones y los harineros que tienen el grano en sus manos de manera que pueden retenerlo y venderlo al precio que quieran, o no venderlo”. “Los agricultores no llevan más grano al mercado que el que llevan en sus bolsillos como muestra... lo cual hace quejarse mucho a los pobres.”<sup>39</sup> Tanto fue el tiempo que tardó en abrirse camino y resolverse un proceso, que, muy a menudo, se documenta ya cien años antes.

Se ha seguido este ejemplo para ilustrar la densidad y particularidad del detalle, la variedad de las costumbres locales y el rumbo que el resentimiento popular podía tomar cuando cambiaban las

---

<sup>37</sup> Anónimo, *An Enquiry into the Price of Wheat, Malt...*, Londres, 1768, pp. 119–123.

<sup>38</sup> Véase, por ejemplo, Davies (*infra*, p. 245). Se informó desde Cornualles en 1795 que “muchos agricultores rehúsan vender [cebada] en pequeñas cantidades a los pobres, lo cual causa grandes murmuraciones”: PRO, HO 42/34, y desde Essex en 1800 que “en algunos lugares no se efectúan ventas excepto en los sitios ordinarios, donde compradores y vendedores (principalmente molineros y agentes) cenan juntos ... el beneficio del Mercado se ha perdido casi para el vecindario”; tales prácticas son mencionadas “con gran indignación por las clases más bajas”: PRO, HO 42/54.

<sup>39</sup> PRO, HO 42/35.

viejas prácticas de mercado. La misma densidad, la misma diversidad, existe en el área de comercialización, escasamente definida. El modelo paternalista se desmoronaba, por supuesto, en muchos otros puntos. El Assize of Bread, si bien efectivo para controlar las ganancias de los panaderos, se limitaba a reflejar el precio en curso del trigo o la harina y no podía de ninguna forma influir sobre los precios en sí. Los molineros eran ahora, en Hertfordshire y el valle del Támesis, empresarios acaudalados, y a veces comerciantes de grano o malta, así como grandes fabricantes de harina.<sup>40</sup> Fuera de los distritos cerealistas principales, los mercados urbanos no podían en modo alguno ser abastecidos sin las operaciones de agentes cuyas actividades hubieran quedado anuladas de haberse impuesto estrictamente la legislación contra los acaparadores.

¿Hasta qué punto reconocieron las autoridades que su modelo se alejaba de la realidad? La respuesta varía según las autoridades implicadas y con el correr del siglo. Pero se puede dar una respuesta general: los paternalistas en su práctica normal, aceptaban en gran parte el cambio, pero volvían a este modelo en cuanto surgía alguna situación de emergencia. En esto eran, en cierta medida, prisioneros del pueblo, que adoptaba partes del modelo como su derecho y patrimonio. Existe incluso la impresión de que, en realidad, se acogía bien esta ambigüedad. En distritos levantiscos, en época de escasez, daba a los magistrados cierta capacidad de maniobra, y prestaba cierta aprobación a sus intentos de reducir los precios empleando la persuasión. Cuando el Consejo Privado autorizó (como sucedió en 1709, 1740, 1756 y 1766) la emisión de proclamas en letra gótica ilegible amenazando con terribles castigos a acaparadores, buhoneros, trajineros, revendedores, mercachifles, etc., ayudó a los magistrados a inculcar el temor de Dios entre los molineros y comerciantes locales. Es cierto que la legislación contra el acaparamiento fue revocada en 1772, pero el Acta de revocación no fue bien redactada, y durante la gran escasez que siguió, en 1795, lord Kenyon, el justicia mayor, tomó la responsabilidad de anunciar que el acaparamiento continuaba siendo un delito procesable según la *common law*, “a pesar de que el decreto de Eduardo VI fue revocado (si lo fue acertada o desacertadamente no soy yo quien deba

---

<sup>40</sup> F. J. Fisher, “The development of the London food market, 1540–1640”, *Econ. Hist. Review*, V (1934–1935).



decidirlo) aún sigue siendo un delito de *common law*, coetáneo a la constitución”.<sup>41</sup> El reguero de procesos que puede observarse a lo largo del siglo –normalmente por delitos insignificantes y sólo en años de escasez– no se agotó; por el contrario, en 1795 y 1800–1801 hubo quizá más procesos que en cualquier otro período de los veinticinco años anteriores.<sup>42</sup> Pero está bien claro que estaban destinados a producir un efecto simbólico, con objeto de hacer ver a los pobres que las autoridades actuaban en vigilancia de sus intereses.

De aquí que el modelo paternalista tuviera una existencia ideal, pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el olvido. Pero si los precios subían y los pobres se mostraban levantiscos se lo reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico.

### III

Pocas victorias intelectuales han sido más arrolladoras que la que los exponentes de la nueva economía política obtuvieron en materia de regulación del comercio interno de cereales. A ciertos historiadores esta victoria les parece, en efecto, tan absoluta, que difícilmente pueden ocultar su malestar con respecto al partido derrotado.<sup>43</sup> Se puede considerar, por comodidad, que el modelo de la nueva economía política es el de Adam Smith, a pesar de que se pueda ver

---

<sup>41</sup> Cargo de lord Kenyon al *Grand Jury* del tribunal de Shropshire, *Annals of Agriculture*, XXV (1795), pp. 110–111. Pero no estaba proclamando una nueva visión de la ley: la edición de *Justice*, de Burns, correspondiente a 1780, II, pp. 213–214, ya había hecho hincapié en que (a pesar de las leyes de 1663 y 1772), “en la *common law*, todos los esfuerzos por subir el precio común de cualquier mercancía... ya sea propagando falsos rumores o comprando cosas en el mercado antes de la hora acostumbrada, o comprando y vendiendo otra vez la misma cosa en el mismo mercado” seguían siendo delitos.

<sup>42</sup> Girdler (*op. cit.*, pp. 212–260) da una lista de varias sentencias en 1795 y 1800. En varios condados se establecieron asociaciones privadas para juzgar a los acaparadores: Rev. J. Malham, *The scarcity of grain considered*, Salisbury, 1800, pp. 35–44. El acaparamiento, etc., siguieron siendo delitos de *common law* hasta 1844: W. Holdsworth, *History of English law*, Londres, ed. 1938, XI, p. 472. Véase también más adelante la nota 64.

<sup>43</sup> Véanse, por ejemplo, Gras, *op. cit.*, p. 241 (“... como ha demostrado Adam Smith ...”); M. Olson, *Economics of the wartime shortage* (Carolina del Norte, 1963), p. 53 (“La gente buscaba rápidamente una víctima propiciatoria”).

*La riqueza de las naciones*, no sólo como punto de partida, sino también como una gran terminal central en la que convergen, a mediados del siglo XVIII, muchas líneas importantes de discusión (algunas de ellas, cómo la lúcida obra de Charles Smith, *Tracts on the corn trade*, 1758–1759, apuntaban específicamente a demoler las viejas regulaciones paternalistas del mercado. El debate producido entre 1767 y 1772, que culminó con la revocación de la legislación contra el acaparamiento, señaló una victoria, en esta área, para el *laissez faire*, cuatro años antes de que se publicara la obra de Adam Smith. Esto significaba más un antimodelo que un nuevo modelo: una negativa directa a la desintegradora política de “previsión” de los Tudor. “Sea revocado todo decreto relacionado con las leyes de cereales –escribió Arbuthnot en 1773–; dejemos que el cereal corra como el agua, y encontrará su nivel”.<sup>44</sup> La “ilimitada, incontenida libertad del comercio de cereales” fue también la exigencia de Adam Smith.<sup>45</sup> La nueva economía suponía una “desmoralización” de la teoría del comercio y del consumo de tanto alcance como la derogación, ampliamente debatida, de las restricciones contra la usura.<sup>46</sup> Al decir “desmoralización” no se sugiere que Smith y sus colegas fuesen inmorales<sup>47</sup> o no se preocuparan por el bien público.<sup>48</sup> Antes bien, lo que se quiere decir es que la nueva economía política estaba libre de la intrusión de imperativos morales. Los antiguos folletistas eran, en primer lugar, moralistas y sólo en segundo economistas. En la nueva teoría económica no entran cuestiones relativas a la

---

<sup>44</sup> J. Arbuthnot (“Un agricultor”), *An Inquiry into the Connection Between the Present Price of Provisions and the Size of Farms*, Londres, 1773, p. 88.

<sup>45</sup> La “digresión con respecto al Comercio de Granos y a las Leyes de Cereales”, de Adam Smith, está en el libro IV, cap. 5 de *The wealth of nations*.

<sup>46</sup> R. H. Tawney discute el problema en *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, pero no es esencial para su tesis.

<sup>47</sup> La sugerencia fue hecha, sin embargo, por alguno de los oponentes de Smith. Un panfletista, que pretendía conocerle bien, sostenía que Adam Smith le había dicho que “la Religión Cristiana degradaba la mente humana”, y que la “Sodomía era una cosa en sí indiferente”. No sorprende que sostuviera puntos de vista inhumanos sobre el comercio de granos: Anónimo, *Thoughts of an Old Man of Independent Mind though Dependent Fortune on the Present High Prices of Corn*, Londres, 1800, p. 4.

<sup>48</sup> A nivel de intención no veo razón para discrepar del profesor A. W. Coats, “The classical economists and the labourer”, en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, labour and population*, Londres, 1967. Pero la intención es una mala medida del interés ideológico y de las consecuencias históricas.

constitución moral de la comercialización, a no ser como preámbulo y motivo de peroración.

En la práctica, el nuevo modelo funcionaba del siguiente modo. La operación natural de la oferta y la demanda en el mercado libre maximizaría la satisfacción de todos los sectores y establecería el bien común. El mercado no estaba nunca mejor regulado que cuando se le dejaba autorregularse. En el curso de un año normal, el precio del grano se ajustaría a través del mecanismo del mercado. Inmediatamente después de la cosecha, los pequeños agricultores y todos aquellos que tenían que pagar salarios por la recolección y rentas de la fiesta de San Miguel (correspondiente a los meses de octubre, noviembre y diciembre), trillarían su grano y lo traerían al mercado, o permitirían la salida de lo que habían contratado de antemano para ser vendido. Desde septiembre a Navidad se podían esperar precios bajos. Los agricultores de tipo medio retendrían sus cereales, con la esperanza de que subieran los precios en el mercado, hasta el comienzo de la primavera; mientras que los agricultores más opulentos y los pertenecientes a la *gentry* agrícola retendrían parte de su grano por más tiempo todavía – de mayo a agosto– con la expectativa de llegar al mercado cuando los precios alcanzaran su punto máximo. De esta manera se racionaban adecuadamente las reservas de cereales de la nación, a través del mecanismo del precio, durante cincuenta y dos semanas, sin ninguna intervención del Estado. En la medida en que los intermediarios intervenían y comprometían por adelantado el grano de los agricultores, realizaban, más eficientemente aún, este servicio de racionamiento. En años de escasez, el precio del grano podía subir hasta alturas peligrosas; pero esto era providencial, pues (además de suponer un incentivo para el importador) era otra nueva forma eficaz de racionar, sin la cual todas las existencias serían consumidas en los nueve primeros meses del año, y en los tres meses restantes la escasez se convertiría en auténtica hambre.

Las únicas vías por las que se podía romper esta economía autorregulable eran las entrometidas interferencias del Estado y del prejuicio popular.<sup>49</sup> Había que dejar fluir libremente el cereal desde

---

<sup>49</sup> Smith opinaba que las dos iban a la par: “Las leyes concernientes al grano pueden compararse en todas partes a las leyes concernientes a la religión. La gente se siente tan interesada en lo que se refiere, bien a su subsistencia en esta vida, bien a su felicidad en la vida futura, que el gobierno debe ceder ante sus prejuicios...”.

las áreas de superabundancia a las zonas de escasez. Por lo tanto el intermediario representaba un papel necesario, productivo y loable. Los prejuicios contra los acaparadores fueron rechazados tajantemente por Smith como supersticiones equiparables a la brujería. La interferencia con el modelo natural de comercio podía producir hambres locales o desalentar a los agricultores en el aumento de su producción. Si se obligaba a ventas prematuras o se restringían los precios en épocas de escasez, podrían consumirse con exceso las existencias. Si los agricultores retenían su grano mucho tiempo, saldrían probablemente perjudicados al caer los precios. La misma lógica puede aplicarse a los demás culpables a ojos del pueblo: molineros, harineros, comerciantes y panaderos. Sus comercios respectivos eran competitivos. Como mucho, sólo podían distorsionar el nivel natural de los precios en periodos cortos, y a menudo para su propio perjuicio en última instancia. A finales de siglo, cuando los precios comenzaron a dispararse, el remedio se buscó, no en una vuelta a la regulación del comercio, sino en mejoras tales como el incremento de los cercamientos y el cultivo de terrenos baldíos.

No debería ser necesario discutir que el modelo de una economía natural y autorregulable, que labora providencialmente para el bien de todos, es una superstición del mismo orden que las teorías que sustentaba el modelo paternalista; a pesar de que, curiosamente, es esta una superstición que algunos historiadores de la economía han sido los últimos en abandonar. En ciertos aspectos, el modelo de Smith se adapta mejor a las realidades del siglo XVIII que el paternalista, y era superior en simetría y envergadura de construcción intelectual. Pero no deberíamos pasar por alto el aparente aire de validez empírica que tiene el modelo. Mientras que el primero invoca una norma moral —lo que *deben* ser las obligaciones recíprocas de los hombres—, el segundo parece decir: “este es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese” Y sin embargo, si se consideran esas partes de *La riqueza de las naciones*, impresionan menos como ensayo de investigación empírica que como un soberbio ensayo de lógica válido en sí mismo.

Cuando consideramos la organización real del comercio de cereales en el siglo XVIII no disponemos de verificación empírica para ninguno de los dos modelos. Ha habido poca investigación detalla—

da sobre la comercialización;<sup>50</sup> ningún estudio importante de una figura clave; el molinero.<sup>51</sup> Aun la primera letra del alfabeto de Smith –el supuesto de que los precios altos eran una forma efectiva de racionamiento– sigue siendo una mera afirmación. Es notorio que la demanda de grano, o pan, es muy poco flexible. Cuando el pan es caro, los pobres –como le recordaron a un observador de alta posición– no se pasan a los pasteles. Según algunos observadores, cuando los precios subían los trabajadores podían comer la misma cantidad de pan, pero era porque eliminaban otros productos de su presupuesto; podían incluso comer más pan para compensar la pérdida de otros artículos. De un chelín, en un año normal, seis peniques se destinarían a pan, seis a “carne de mala calidad y muchos productos de huerta”; pero en un año de precios altos, todo el chelín se gastaría en pan.<sup>52</sup>

De cualquier manera, es bien sabido que los movimientos de los precios del grano no pueden ser explicados por simples mecanismos de precio, de oferta y demanda; y la prima pagada para alentar a la exportación cerealista distorsionaba aún más las cosas. Junto con el aire y el agua, el grano era un artículo de primera necesidad, extraordinariamente sensible a cualquier deficiencia en el abastecimiento. En 1796, Arthur Young calculó que el déficit total de la cosecha

---

<sup>50</sup> Véase, sin embargo, A. Everitt, “The marketing of agricultural produce”, en Joan Thirsk, ed., *The agrarian history of England and Wales*, vol. IV: 1500–1640, Cambridge, 1967, y D. Baker, “The marketing of corn in the first half of the eighteenth-century: North-east Kent”, *Agric. Hist. Rev.*, XVIII (1970).

<sup>51</sup> Hay alguna información útil en R. Bennett y J. Elton, *History of corn milling*, Liverpool, 1898, 4 vols.

<sup>52</sup> Emanuel Collins, *Lying Detected*, Bristol, 1758, pp. 66–67. Esto parece confirmado por los presupuestos de Davies y Edén (véase nota 20), y por los observadores del siglo xrx: véase E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The unknown mayhew*, Londres, 1971, Ap. II. E. H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, “Seven centuries of the prices of consumables compared with builders' wage rates”, *Económica*, XXII (1956), pp. 297–298, conceden que sólo un 20 por 100 del presupuesto total doméstico se gastaba en aumentos harinosos, aunque los presupuestos de Davies y de Edén (tomados en años de precios altos) muestran un término medio del 53 por 100. Esto sugiere nuevamente que en tales años el consumo de pan permaneció estable, pero otros artículos alimenticios fueron suprimidos por completo. Es posible que en Londres hubiera ya una mayor diversificación de la dieta hacia la década de 1790. P. Colquhoun escribió a Portland, 9 de julio de 1795, que había abundancia de verduras en el mercado de Spitalfields, especialmente patatas, “ese gran sustituto del Pan”, zanahorias y nabos: PRO, PC 1/27/A.54

de trigo fue inferior al 25 por 100; pero el precio subió un 81 por 100; proporcionando, por tanto, según sus cálculos, a la comunidad agrícola un beneficio de 20 millones de libras más que en un año normal.<sup>53</sup> Los escritores tradicionalistas se lamentaban de que los agricultores y comerciantes actuaban por la fuerza del “monopolio”; su punto de vista fue rebatido, en un escrito tras otro, como “demasiado absurdo para ser tratado seriamente: ¡vamos!, ¡más de doscientas mil personas...!”.<sup>54</sup> El asunto a tratar, sin embargo, no era si este agricultor o aquel comerciante podía actuar como un “monopolista”, sino si los intereses de producción y de comercio en su conjunto eran capaces, en una larga y continuada sucesión de circunstancias favorables, de aprovechar su dominio sobre un artículo de primera necesidad y elevar el precio para el consumidor, de igual manera que las naciones desarrolladas e industrializadas de hoy han podido aumentar el precio de ciertos artículos manufacturados con destino a las naciones menos desarrolladas.

Al avanzar el siglo, los procedimientos de mercado se volvieron menos claros, pues el grano pasaba a través de una red más compleja de intermediarios. Los agricultores ya no vendían en un mercado competitivo y libre (que en un sentido local y regional, constituía la meta del modelo paternalista y no la del modelo del *laissez-faire*—

---

<sup>53</sup> *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), pp. 470, 473. Davenant había estimado en 1699 que una deficiencia de un décimo en la cosecha subía el precio tres décimos: sir C. Whitworth, *The political and commercial works of Charles Davenant*, Londres, 1771, II, p. 224. El problema está tratado en el artículo de W. M. Stern, “The bread crisis in Britain, 1795–1796”, *Economica*, nueva ser., XXXI (1964), y J. D. Gould, “Agricultural fluctuations and the English economy in the eighteenth century”, *Jl. Ec. Hist.*, XXII (1926). Gould hace hincapié sobre un punto mencionado a menudo en justificaciones contemporáneas de los precios altos (p. ej., *Farmer's Magazine*, II, 1801, p. 81), según el cual los pequeños agricultores en años de escasez necesitaban toda la cosecha para simiente y para su propio consumo: en factores como este ve él “la principal explicación teórica de la extrema volatilidad de los precios de granos en los comienzos de la época moderna”. Se requeriría más investigación del funcionamiento real del mercado antes de que tales explicaciones fueran convincentes.

<sup>54</sup> Anónimo [“Un agricultor”], *Three Letters to a Member of the House of Commons ... Concerning the Prices of Provisions*, Londres, 1766, pp. 18–19. Para otros ejemplos, véase lord John Sheffield, *Observations on the Corn Bill* (1791), p. 43; Anón., *Inquiry into the Causes and Remedies of the late and Present Scarcity and high Price of Provisions*, Londres, 1800, p. 33; J. S. Fry, *Letters on the Corn-Trade*, Bristol, 1816, pp. 10–11.

*faire*), sino a comerciantes o molineros que estaban en mejor situación para retener las existencias y mantener altos los precios en el mercado. En las últimas décadas del siglo, al crecer la población, el consumo presionó continuamente sobre la producción, y los productores pudieron dominar, de forma más general, un mercado de ventas. Las condiciones de las épocas de guerra, que en realidad no inhibieron demasiado la importación de grano durante los periodos de escasez, sin embargo acentuaron en esos años las tensiones psicológicas.<sup>55</sup> Lo que importaba para fijar el precio posterior a la cosecha era la expectativa del rendimiento de ésta, y en las últimas décadas del siglo hay pruebas del desarrollo de grupos de presión de agricultores, que conocían muy bien los efectos psicológicos involucrados en el nivel de los precios posteriores a la cosecha, y fomentaban asiduamente expectativas de escasez.<sup>56</sup> Notoriamente, en años de escasez, los agricultores ostentaban una faz sonriente,<sup>57</sup> mientras que en años de cosechas abundantes el premio inconsiderado de la Señora Naturaleza provocaba gritos de “¡desastre!” en los agricultores. Y por muy abundante que pudiera aparecer la cosecha ante los ojos del ciudadano, en cada caso iba acompañada de comentarios sobre el mildiu, las inundaciones, las espigas atizonadas que se convertían en polvo cuando comenzaba la trilla, etc.

El modelo de libre mercado supone una secuencia de pequeños a grandes agricultores que traen su grano al mercado durante el año; pero a fines de siglo, al sucederse los altos precios un año tras otro, un mayor número de pequeños agricultores podían retener sus provisiones hasta que el mercado subiera a satisfacción suya. (Después de todo, para ellos no era un asunto de comercialización rutinaria, sino de intenso, de vital interés: su ganancia anual podía depender, en gran medida, del precio al que tres o cuatro montones de grano pudieran llegar a venderse.) Si tenían que pagar rentas, el

---

<sup>55</sup> Olson, *Economics of the wartime shortage*, cap. 3; W. F. Galpin, *The grain supply of England during the Napoleonic period*, Nueva York, 1925.

<sup>56</sup> Véase, p. ej., Anónimo [“Un preparador de malta del Oeste”], *Considerations on the present High Prices of Provisions, and the Necessities of Life*, Londres, 1764, p. 10.

<sup>57</sup> “Espero –escribía un terrateniente de Yorkshire en 1708– que la escasez de grano que probablemente continuará bastantes años, hará la agricultura muy rentable para nosotros, roturando y mejorando toda nuestra nueva tierra”, citado por Beloff, *op. cit.*, p. 57.

desarrollo bancario rural facilitó al agricultor la obtención de préstamos.<sup>58</sup> El motín de septiembre u octubre se desencadenaba muy a menudo porque no se producía la caída de los precios después de una cosecha aparentemente abundante, y ello indicaba una confrontación consciente entre el productor relucante y el consumidor furioso.

Traemos a colación estos comentarios, no para refutar a Adam Smith, sino simplemente para indicar los puntos donde hay que tener precaución hasta que nuestros conocimientos se amplíen. Con respecto al modelo del *laissez-faire* no hay que decir sino que no se ha demostrado empíricamente; que es intrínsecamente improbable, y que existen ciertas pruebas en contra. Nos han recordado recientemente que “los comerciantes ganaban dinero en el siglo XVIII”, y que los comerciantes de grano lo deben haber ganado “manipulando el mercado”.<sup>59</sup> Estas manipulaciones se registran ocasionalmente, si bien raramente de manera tan franca como fue anotado por un agricultor y comerciante de granos de Whittlesford (Cambridgeshire), en su diario, en 1802:

Yo compré Centeno hace Doce Meses a cincuenta chelines la arroba. Podría haberlo vendido a 122 chelines la arroba. Los pobres consiguieron su harina, buen centeno, a 2 chelines 6 peniques el celemín. La Parroquia me pagó la diferencia que fue 1 chelín 9 peniques por celemín. Fue una bendición para los Pobres y bueno para mí. Compré 320 arrobas.<sup>60</sup>

En esta transacción la ganancia fue superior a mil libras.

---

<sup>58</sup> El hecho es observado en Anónimo, A Letter to the Rt. Hon. William Pitt... on the Causes of the High Price of Provisions, Hereford, 1795, p. 9; Anónimo [“Una Sociedad de Agricultores Prácticos”], A Letter to the Rt. Hon. Lord Somerville, Londres, 1800, p. 49. Cf. L. S. Pressnell, Country banking in the Industrial Revolution, Oxford, 1956, pp. 346–348.

<sup>59</sup> C. W. J. Grainger y C. M. Elliott, “A fresh look at wheat prices and markets in the eighteenth century”, *Econ. Hist. Rev.*, 2.<sup>a</sup> ser., XX (1967), p. 252.

<sup>60</sup> E. M. Hampson, *The treatment of poverty in Cambridgeshire, 1597–1834*, Cambridge, 1934, p. 211.



Si se pueden reconstruir modelos alternativos claros tras la política de tradicionalistas y economistas políticos, ¿podría hacerse lo mismo con la economía “moral” de la multitud? Esto es menos sencillo. Nos enfrentamos con un complejo de análisis racional, prejuicio y modelos tradicionales de respuesta a la escasez. Tampoco es posible, en un momento dado, identificar claramente a los grupos que respaldaban las teorías de la multitud. Éstos abarcan realidades articuladas e inarticuladas e incluyen hombres con educación y elocuencia. Después de 1750, todo año de escasez fue acompañado de un torrente de escritos y cartas a la prensa de valor desigual. Era una queja común a todos los protagonistas del libre comercio de granos la de que la *gentry* ilusa agregaba combustible a las llamas del descontento del populacho.

Hay cierta verdad en esto. La multitud dedujo su sentimiento de legitimidad, en realidad, del modelo paternalista. A muchos *gentlemen* aún les molestaban los intermediarios, a quienes consideraban como intrusos. Allí donde los señores de los *manors* conservaban aún derechos de mercado, se sentían molestos por la pérdida (a través de la venta por muestreo, etc.) de tales impuestos. Si eran agricultores propietarios, que presenciaban cómo se vendía la harina o la carne a precios desproporcionadamente altos en relación a lo que ellos recibían de los tratantes, les molestaban aún más las ganancias de estos vulgares comerciantes. El autor del ensayo de 1718 nos presenta un título que es un resumen de su tema: *Un ensayo para demostrar que los Regatones, Monopolistas, Acaparadores, Trajineros e Intermediarios de Granos, Ganado y otros bienes comerciales... son destructores del Comercio, Opresores de los Pobres y un Perjuicio Común para el Reino en General*. Todos los comerciantes (a menos que fueran simples boyeros o carreteros que transportasen provisiones de un sitio a otro) le parecen a este escritor, que no deja de ser observador, “un grupo de hombres viles y perniciosos”, y, en los clásicos términos de condena que los campesinos arraigados a la tierra adoptan con respecto al burgués, dice:

son una clase de gente vagabunda ... llevan todas sus pertenencias consigo, y sus... existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias y mercados, y una cantidad

prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él vagan de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor.<sup>61</sup>

Esta hostilidad hacia el comerciante se daba aun entre muchos magistrados rurales, cuya inactividad se hacía notar, en algunos casos, cuando los disturbios populares arrasaban zonas bajo su jurisdicción. No les disgustaban los ataques contra los disidentes o los agentes de granos cuáqueros. El autor de un escrito de Bristol, que es claramente un agente de cereales, se quejaba amargamente en 1758, ante los jueces de paz, de “su populacho que impone leyes”, el cual había impedido, el año anterior, la exportación de cereales de los valles del Severn y Wye, y de “muchas solicitudes infructuosas hechas a varios Jueces de Paz”,<sup>62</sup> Ciertamente, crece la convicción de que un alboroto popular contra los acaparadores no era mal acogido por algunas autoridades; distraía la atención puesta en agricultores y rentistas, mientras que vagas amenazas del *Quarter Sessional\** contra los acaparadores daban a los pobres la idea de que las autoridades se ocupaban de sus intereses. Las viejas leyes contra los acaparadores, se lamentaba un comerciante en 1766,

se publican en todos los periódicos y están pegadas en todos los rincones por orden de los jueces, para intimidar a los monopolistas, contra los cuales se propagan muchos rumores. Se enseña al pueblo a abrigar una muy alta opinión y un respeto hacia estas leyes...

---

<sup>61</sup> Adam Smith observó casi sesenta años después que “el odio popular... que afecta al comercio del grano en los años de escasez, únicos años en que puede ser muy rentable, induce a gente de carácter y fortuna adversos a tomar parte en él. Se abandona a un grupo inferior de comerciantes”. Veinticinco años más tarde el conde Fitzwilliam escribía: “Los comerciantes de grano se están retirando del comercio, temerosos de traficar con un artículo comercial que les ha convertido en merecedores de tanta injuria y calumnia, dirigida por un populacho ignorante, sin poder confiar en la protección de aquellos que deben ser más ilustrados”: Fitzwilliam a Portland, .3 septiembre 1800, PRO, HO 42/51. Pero un examen de las fortunas de familias tales como los Howards, Frys y Gurneys podría poner en duda tal prueba literaria.

<sup>62</sup> Collins, *op. cit.*, pp. 67–74. En 1756 varias capillas de los cuáqueros fueron atacadas durante motines de subsistencias en las Midlands: *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 408.

\* Órgano informativo de los tribunales llamados *Quarter Sessions* (véase la nota de p. 31). (*N. del t.*)

Ciertamente, acusaba a los jueces de alentar “la extraordinaria pretensión de que la fuerza y el espíritu del populacho son necesarios para hacer cumplir las leyes”.<sup>63</sup> Pero si realmente se ponían en marcha las leyes, se aplicaban, sin excepción, contra pequeños delincuentes –pícaros locales o placeros que se embolsaban pequeños beneficios en transacciones sin importancia– mientras que no afectaban a los grandes comerciantes y molineros.<sup>64</sup>

---

<sup>63</sup> Anónimo, *Reflections on the present high price of provisions, and the complaints and disturbances arising therefrom* (1766), pp. 26–27, 31.

<sup>64</sup> Contrariamente a la suposición común, la legislación sobre acaparamiento no había caído en desuso en la primera mitad del siglo XVIII. Los juicios eran poco frecuentes, pero suficientes para sugerir que tenían algún efecto en regular el pequeño comercio en el mercado abierto. En Manchester (véase nota 23) se impusieron multas por acaparamiento o regateo a veces anualmente, a veces cada dos o tres años, desde 1731 a 1759 (siete multas). Los productos implicados incluían mantequilla, queso, leche, ostras, pescado, carne, zanahorias, guisantes, patatas, nabos, pepinos, manzanas, alubias, uvas, pasas de Corinto, cerezas, pichones, aves de corral, pero muy raramente avena y trigo. Después de 1760 ¡as multas son menos frecuentes pero incluyen 1766 (trigo y mantequilla), 1780 (avena y anguilas), 1785 (carne) y 1796, 1797 y 1799 (en todos, patatas). Simbólicamente, el número de agentes de *Court Leet* nombrados anualmente para impedir el acaparamiento subió de 3 o 4 (1730–1795) a 7 en 1795, 15 en 1796, 16 en 1797. Además, los transgresores fueron juzgados ocasionalmente (como en 1757) en *Quarter Sessions*. Véase Earwaker, *Court Leet Records* (citado en nota 23), vols. VII, VIII y IX, y *Constables' Accounts* (nota 68), II, p. 94. Para otros ejemplos de delitos, véanse *Quarter Sessions* de Essex, acusaciones, 2 de septiembre de 1709, 9 de julio de 1711 (acaparamiento de avena), y también 1711 para casos de especuladores de pescado, trigo, centeno, mantequilla y, de nuevo, 13 de enero 1729/1730: Essex CRO, Calendario de Acusaciones, Q/SR 541, Q/SR 548, Q/SPb b 3; denuncias de los alguaciles por especular con cerdos, octubre de 1735 y octubre de 1746: Bury St. Edmunds y West Suffolk CRO, DB/1/8 (5); *idem* para la especulación con mantequilla, Nottingham, 6 de enero de 1745/5, *Records of the Borough of Nottingham* (Nottingham, 1914), VI, p. 209; condena por especular con aves de corral (multa 13 chelines y 4 peniques) en Atherstone Court Leet y Court Barón, 18 de octubre de 1748: Warwicks. CRO, 12/24, 23; amonestaciones contra la especulación de mantequilla, etc., mercado de Woodbridge, 30 de agosto de 1756: Ipswich y East Suffolk CRO, V 5/9/6–3. En la mayoría de los registros de *Quarter Sessions* o mercados se encuentra algún procesamiento, antes de 1757. El autor de *Reflections* (citado en la nota anterior), escribiendo en 1766, dice que estos “estatutos casi olvidados y pasados por alto” se empleaban para el procesamiento de “algunos traficantes sumisos y agiotistas indigentes o aterrorizados”, y da a entender que ¡os “factores principales” han despreciado “estas amenazas”, creyendo que eran una ley mala (p. 37). Para 1795 y 1800, véase la nota 42, p. 229: los casos más importantes de procesamiento de grandes comerciantes fueron los de Rushby, por especular con avena (1799): véase Barnes, op. cit., pp. 81–83; y de Waddington, condenado por especulación con lúpulo en el tribunal de Worcester: véase Times, 4 de agosto de 1800 y (para la confirmación de la condena al ser apelada) I East 143 en ER, CII, pp. 56–68.

Así, tomando un ejemplo tardío, un juez de paz anticuado y malhumorado de Middlesex, J. S. Girdler, inició una campaña general de procesos contra esos transgresores en 1796 y 1800, con octavillas ofreciendo recompensa por información, cartas a la prensa, etc. Se impusieron condenas en varios *Quarter Sessions*, pero la cantidad ganada por los especuladores no sumaba más que diez o quince chelines. Podemos adivinar a qué tipo de culpables afectaban los procesos del juez por el estilo literario de una carta anónima que recibió:

Savemos que eres enemigo de Agricultores, Molineros, Arineros y Panaderos y de nuestro Comercio si no avria sido por mí y por otro tú hijo de perra uvieras sido asesinado hace mucho por ofrecer tus condenadas recompensas y perseguir Nuestro Comercio Dios te maldiga y arruine tú no bivrás para ver otra cosecha...<sup>65</sup>

A tradicionalistas compasivos como Girdler se unieron ciudadanos de variados rangos. Para la mayoría de los londinenses, cualquier persona que tuviera algo que ver con el comercio de granos, harina o pan, resultaba sospechosa de todo tipo de extorsiones. Los grupos urbanos de presión eran, por supuesto, especialmente poderosos a mediados de siglo y presionaban en pro de que terminaran las primas a la exportación, o de la prohibición de toda exportación en épocas de escasez. Pero Londres y las ciudades grandes abrigaban inmensas reservas de resentimiento, y algunas de las acusaciones más violentas vinieron de ese medio ambiente. Un cierto doctor Manning, en la década de 1750, publicó alegatos de que el pan era adulterado no sólo con alumbre, tiza, blanqueadores y harina de fréjoles, sino también con cal muerta y albayalde. Más sensacional fue su afirmación de que los molineros mezclaban en la harina “bolsas de huesos viejos molidos”: “los osarios de los muertos son hurgados, para agregar inmundicias a la comida de los vivos”, o, como comentaba otro panfletista, “la época actual se está comiendo vorazmente los huesos de la anterior”.

Las acusaciones de Manning fueron mucho más allá de los límites de la credibilidad. (Un crítico calculó que si se hubiera usado cal en la escala de sus alegatos, se hubiera utilizado más en los hornos

---

<sup>65</sup> Girdler, *op. cit.*, pp. 295–296.

de pan de Londres que en la industria de la construcción.)<sup>66</sup> Además de alumbre, que se usaba en profusión para blanquear el pan, la manera más común de adulteración era probablemente una mezcla de harina rancia y estropeada con harina nueva.<sup>67</sup> Pero la población urbana tendía a creer que se practicaban adulteraciones aún más nocivas, y esta creencia contribuyó a una pelea, la “Shudehill Fight” en Manchester, en 1757, donde se creía que uno de los molinos atacados mezclaba “Cereal, Habichuelas, Huesos, Blanqueador, Paja Picada, incluso Estiércol de Caballo” en sus harinas, mientras que en otro molino la presencia de adulterantes peligrosos cerca de las tolvas (descubierta por la muchedumbre) produjo la quema de cribas y cedazos, y la destrucción de las piedras de molino y las ruedas.<sup>68</sup>

Había otras áreas igualmente sensibles, donde las quejas de la multitud eran alimentadas por las de los tradicionalistas o por las de profesionales urbanos. Ciertamente, se puede sugerir que si los motines o la fijación de precios por la muchedumbre actuaban de acuerdo a un modelo teórico consistente, este modelo era una reconstrucción selectiva del modelo paternalista, que tomaba de él todas aquellas características que más favorecían a los pobres y que ofrecían una perspectiva de grano barato. Sin embargo, era menos generalizador que el punto de vista de los paternalistas. Los datos conservados en relación con los pobres muestran un mayor particularismo: son este molinero, aquel comerciante, esos agricultores que retienen el cereal, los que provocan la indignación y la acción. Sin embargo, este particularismo estaba animado por nociones generales de derechos que se nos revelan de forma más clara únicamente cuando examinamos la muchedumbre en acción; porque, en un sentido, la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas, puesto que la ética popular sancionaba la acción directa de la muchedumbre, mien-

---

<sup>66</sup> Emanuel Collins, *op. cit.*, pp. 16–37; P. Markham, *Syhoroc*, Londres, 1758, I, pp. 11–31; *Poison Detected: or Frightful Truths... in a Treatise on Bread*, Londres, 1757, esp. pp. 16–38.

<sup>67</sup> Véase, por ejemplo, John Smith, *An Impartial Relation of Facts Concerning the Malepractices of Bakers*, Londres, s.f., ¿1740?

<sup>68</sup> J. P. Earwaker, *The Constables' Accounts of the Manor of Manchester*, Manchester, 1891, III, pp. 359–361; F. Nicholson y E. Axon, “The Hatfield family of Manchester, and the food riots of 1757 and 1812”, *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, XXVIII (1910–1911), pp. 83–90.

tras que los valores de orden que apuntalaban el modelo paternalista se oponían a ella categóricamente.

La economía de los pobres era todavía local y regional, derivada de una economía de subsistencia. El grano debía ser consumido en la región en la cual se cultivaba, especialmente en épocas de escasez. La exportación en épocas de escasez suscitó un profundo malestar durante varias centurias. Un magistrado escribió lo siguiente en 1631, sobre un motín debido a la exportación, en Suffolk: “ver cómo les es arrebatado su pan y enviado a extraños ha convertido la impaciencia de los pobres en furia y desesperación desenfrenadas”.<sup>69</sup> En un informe muy gráfico sobre un motín en el mismo condado setenta y ocho años después (1709), un comerciante describió cómo “el Populacho se alzó, él cree que eran unos cientos, y dijo que el grano no se debía sacar fuera de la ciudad”: “de entre el Populacho algunos tenían alabardas, otros palos y otros cachiporras...”. Viajando hacia Norwich, en varios lugares de la ruta:

el Populacho, sabiendo que él iba a cruzar cargado con grano, le dijo que no debería pasar por la Ciudad, porque era un Canalla, y un Traficante de grano, y algunos gritaron: Tiradle piedras, otros Tiradlo del caballo, otros Golpeadlo, y aseguraos de que le habéis dado; que él ... les preguntó qué les hacía sublevarse de ese modo inhumano para el perjuicio de ellos y del país, pero ellos seguían gritando que era un Canalla y que iba a llevarse el grano a Francia...<sup>70</sup>

Exceptuando Westminster, las montañas, o los grandes distritos de pastoreo, los hombres nunca estaban lejos del grano. La industria fabril estaba dispersa por el campo: los mineros del carbón marchaban a su trabajo junto a los campos de cereales; los trabajadores domésticos dejaban sus telares y talleres para recoger la cosecha. La susceptibilidad no se limitaba sólo a las exportaciones al extranjero. Las áreas de exportación marginales eran especialmente sensibles, pues en ellas se exportaba poco cereal en años normales, pero, en épocas de escasez, los traficantes podían esperar un precio de ganga en Londres, que, en consecuencia agravaba la escasez local.<sup>71</sup>

---

<sup>69</sup> Calendar State Papers, Domestic, 1631, p. 545.

<sup>70</sup> PRO, PC 1/2/165.

<sup>71</sup> D. G. D. Isaac, “A study of popular disturbance in Britain, 1714–1754”, Universidad de Edimburgo, tesis doctoral, 1953, cap. 1.

Los hulleros –de Kingswood, del bosque de Dean, de Shropshire, del Noroeste– eran especialmente propensos a la acción en aquellos tiempos. Notoriamente los mineros del estaño de Cornualles poseían una irascible conciencia de consumidores, y una decidida inclinación a recurrir a la fuerza. “Nosotros tuvimos al demonio y todo lo demás que trae un motín en Padstow”, escribió un gentleman de Bodmin en 1773, con una admiración mal disimulada:

Algunas personas han ido muy lejos en la exportación de grano... Setecientos u ochocientos mineros del estaño se unieron, y primero ofrecieron a los agentes de grano diez y siete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero como les dijeran que no les darían nada, ellos inmediatamente rompieron y abrieron las puertas de la bodega y se llevaron todo lo que había allí sin dinero ni precio.<sup>72</sup>

El resentimiento más grande lo provocaron a mediados de siglo las exportaciones al exterior, por las que se pagaron primas. Se consideraba al extranjero como una persona que recibía cereal a precios a veces por debajo de los del mercado inglés, con la ayuda de subvenciones extraídas de los impuestos ingleses. De aquí que el rencor máximo recayese a veces sobre el exportador, que era visto como el hombre que busca ganancias privadas –y deshonestas– a expensas de sus compatriotas. A un agente de North Yorkshire, a quien dieron un chapuzón en el río en 1740, le dijeron que “no era mejor que un rebelde”.<sup>73</sup> En 1783 se colocó un cartel en la cruz del mercado en Carlisle, que comenzaba así:

Peter Clemeson y Moses Luthart esto es para daros una Advertencia de que debéis Abandonar vuestro Comercio ilegal o Morir y Maldita sea vuestra compra de grano para matar de hambre a los Pobres Habitantes de la Ciudad y Suburbios de Carlisle para mandarlo a Francia y recibir la Prima que Da la Ley por llevar el Grano fuera del País, pero por el Señor Dios Todopoderoso nosotros os daremos la Prima a Expensas de Vuestras Vidas, Malditos Canallas... “Y si Alguna Taverna en Carlisle [continuaba el cartel] Te permite a ti o a Luthart guardar... en sus casas el Grano sufrirán por ello.”<sup>74</sup>

---

<sup>72</sup> Calendar of Home Office Papers, 1773, p. 30.

<sup>73</sup> PRO, SP 36/50.

<sup>74</sup> London Gazette, marzo de 1783, n.º 12.422.

Este sentimiento renació en los últimos años del siglo, especialmente en 1795, cuando circulaban rumores por el país de exportaciones secretas a Francia. Por otra parte, los años 1795 y 1800 conocieron de nuevo el renacer de una conciencia regional, tan vivida como la de cien años antes. Las carreteras fueron bloqueadas para impedir las exportaciones de la parroquia. Se detuvo a los carros y se descargaron en las ciudades por donde pasaban. El movimiento de grano en convoyes nocturnos asumió las proporciones de una operación militar:

Los carros crujen profundamente bajo sus pesadas cargas,  
mientras siguen su oscuro curso por los caminos;  
una rueda tras otra, en una temerosa procesión lenta,  
con media cosecha, a sus destinos van...  
La expedición secreta, como la noche  
que cubre sus intenciones, aún rehuye la luz...  
mientras que el pobre labrador, cuando deja su lecho,  
ve el inmenso granero tan vacío como su cobertizo.<sup>75</sup>

Se amenazó con destruir los canales.<sup>76</sup> Se asaltaron barcos en los puertos. Los mineros de la mina de carbón de Nook, cerca de Haverfordwest, amenazaron con cerrar el estuario en un punto angosto. Ni las gabarras de los ríos Severa y Wye se libraron del ataque.<sup>77</sup> La indignación podía inflamarse también contra un comerciante cuyas obligaciones con un mercado foráneo interrumpían los suministros regulares de la comunidad local. En 1795, un agricultor y tabernero acaudalado, próximo a Tiverton, se quejó al Ministerio de la Guerra de asambleas desordenadas “que amenazan con tirar

---

<sup>75</sup> S. J. Pratt, *Sympathy and Other Poems*, Londres, 1807, pp. 222-223. [Deep groan the waggons with their pond'rous loads, / As their dark course they bend along the roads; / Wheel following wheel, in dread procession slow, / With half a harvest, to their points they go... / The secret expedition, like the night / That covers its intents, still shuns the light... / While the poor ploughman, when he leaves his bed, / Sees the huge barn as empty as his shed.]

<sup>76</sup> Algunos años antes Wedgwood había oído «amenazar... con destruir nuestros canales y dejar salir el agua», porque las provisiones pasaban por Staffordshire camino de Manchester desde East Anglia: J. Wedgwood, *Address to the young inhabitants of the Pottery* (Newcastle, 1783).

<sup>77</sup> PRO, PC 1/27/A.54; A.55-7; HO 42/34; 42/35; 42/36; véase también Stern, op. cit., y E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Pen guin, ed., 1968, pp. 70-73.



abajo o quemar su casa porque recibe mantequilla de sus vecinos Agricultores y Lecheros, para enviarla con el carro por el camino vecinal, que pasa por su puerta, a ... Londres".<sup>78</sup> En Chudleigh (Devon), en el mismo año, la muchedumbre destruyó la maquinaria de un molinero que dejó de suministrar harina a la comunidad local porque había sido contratado por el Departamento de Avituallamiento de la Armada para hacer galletas para los barcos: esto originó (dice el interesado en una frase reveladora) "la Idea de que a echo [sic] mucho daño a la Comunidad".<sup>79</sup> Treinta años antes un grupo de comerciantes londinenses necesitó de la protección del ejército para sus depósitos de queso situados a lo largo del río Trent:

Los depósitos... en peligro por los mineros amotinados no son propiedad de ningún monopolizador, sino de un numeroso cuerpo de traficantes de queso, y absolutamente necesarios para la recepción del queso, para transportarlo a Hull, y que desde allí se flete para Londres.<sup>80</sup>

Estos agravios se relacionan con la queja, ya observada, con respecto a la retirada de mercancías del mercado público. A medida que los comerciantes se alejaban de Londres y concurrían con mayor frecuencia a los mercados provinciales, podían ofrecer precios y comprar en grandes cantidades que provocaban en los agricultores un sentimiento de molestia al tener que atender los pequeños pedidos de los pobres. "Ahora no es negocio para el agricultor –escribía Davies en 1795– vender grano por bushel al por menor a este o aquel pobre; excepto en algunos lugares determinados, y como favor, a sus propios trabajadores." Y donde los pobres cambiaban su demanda de grano por la de harina, la historia era muy parecida:

Ni el molinero ni el harinero venderán al trabajador una cantidad menor a un saco de harina por debajo del precio al por menor a que se vende en las tiendas, y el bolsillo del pobre pocas veces podrá permitirle comprar todo un saco de una sola vez.<sup>81</sup>

---

<sup>78</sup> PRO, WO 1/1082, John Ashley, 24 de junio de 1795.

<sup>79</sup> PRO, HO 42/34.

<sup>80</sup> PRO, WO 1/986 fo. 69.

<sup>81</sup> Davies, op. cit., pp. 33-34.

De aquí que el trabajador se viese empujado a la pequeña tienda al por menor, donde los precios eran más elevados.<sup>82</sup> Los viejos mercados decayeron, o, donde se mantuvieron, cambiaron sus funciones. Si un cliente intentaba comprar un solo queso o un pedazo de tocino –escribía Girdler en 1800– “está seguro de que le contestan con un insulto, y le comunican que todo el lote ha sido comprado por algún contratista londinense”.<sup>83</sup>

Como expresiva de estos agravios –que algunas veces ocasionaron un motín– podemos tomar una carta anónima dejada en 1795 a la puerta del alcalde de Salisbury:

Caballeros de la Corporación yo les ruego pongan fin a esta práctica que se utilizan Rook y otros trajinantes en nuestros Mercados al darles la Libertad de Entrometerse en el Mercado en todo de tal manera que los Habitantes no pueden comprar un solo Artículo sin ir a parar para ello al Comerciante y Pagar precios Extorsionantes que ellos creen apropiados y aun avasallar a la Gente como si esta no mereciera ser tenida en consideración. Pero pronto les llegará su Fin, tan pronto como los Soldados hayan salido de la ciudad.

Se pidió a la corporación que ordenara a los trajinantes que salieran del mercado hasta que la gente del pueblo hubiera sido atendida, “y no permitáis a los Carniceros mandar la carne fuera en reses enteras sino obligadlos a cortarla en el Mercado y atender a la Ciudad primero”. La carta informa al alcalde de que más de trescientos ciudadanos han “jurado positivamente ser fieles los unos a los otros para la Destrucción de los Trajinantes”.<sup>84</sup>

Donde los trabajadores podían comprar cereales en pequeñas cantidades podían surgir graves problemas sobre pesos y medidas. “Somos exhortados en el Evangelio de San Lucas: Dad y se os dará, buena medida, apretada, remecida, desbordante será la que os echarán en vuestro seno.” Esto no era, desgraciadamente, la práctica que seguían todos los agricultores y comerciantes en la Inglaterra

---

<sup>82</sup> «El primer principio que deja sentado un panadero, cuando viene a una parroquia, es hacer a todos los pobres deudores suyos; luego hace el pan del peso y calidad que le place ...», *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 557.

<sup>83</sup> Girdler, op. cit., p. 147.

<sup>84</sup> PRO, HO 42/34.

protestante. Un decreto de Carlos II había incluso dado a los pobres el derecho de sacudir la medida de harina; tan valioso era el grano del pobre que una pérdida en la medida podía significar la diferencia de pasar un día sin hogaza. El mismo decreto intentó, con una total falta de éxito, imponer la medida de Winchester, como patrón nacional. Una gran diversidad de medidas, que variaban incluso dentro de los límites de un mismo condado de un mercado ciudadano a otro, daba abundantes oportunidades para pequeñas ganancias. Las antiguas medidas eran generalmente mayores —algunas veces mucho mayores— que la de Winchester; a veces eran preferidas por los agricultores o comerciantes, pero más a menudo lo eran por los clientes. Un observador comentó que “las clases más bajas la detestaban [la medida de Winchester], por lo pequeño de su contenido, y los comerciantes... los instigaban a ello, siendo su interés mantener toda aquella incertidumbre con respecto a los pesos y las medidas”.<sup>85</sup>

Los intentos de cambiar la medida encontraron muchas veces resistencia y, ocasionalmente, dieron lugar a motines. Una carta de un minero de Clee Hill (Shropshire) a un “Compañero de Infortunio” declaraba:

El Parlamento para nuestro alivio para ayudarnos a morir de hambre va a reducir nuestras Medidas y Pesos al Nivel más bajo. Somos alrededor de Diez mil personas conjuradas y listas en todo momento. Y queremos que toméis las Armas y Chafarotes y juréis ser fieles los unos a los otros... No tenemos más que una Vida que Perder y no vamos a morir de hambre...<sup>86</sup>

Unas cartas a agricultores de Northiam (Sussex) advertían:

Caballeros todo lo que deseo es que toméis esto como una advertencia a todos vosotros para que dejéis los pequeños bushels y toméis la antigua medida nuevamente porque si no lo hacéis habrá una gran compañía que quemará la medida pequeña cuando vosotros estéis en

---

<sup>85</sup> *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 327; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1756), p. 198. La diferencia entre bushels podía ser muy considerable: frente al bushel de Winchester de 8 galones, el de Stamford tenía 16, el de Carlisle, 24 y el de Chester, 32; véase J. Houghton, *A Collection for Improvement of Husbandry and Trade*, Londres, 1727, n.º XLVI, 23 de junio de 1693.

<sup>86</sup> *London Gazette*, marzo de 1767, n.º 10.710.

la cama y dormidos y vuestros graneros y almiarses y a vosotros también con ellos...<sup>87</sup>

Un colaborador de los *Annals of Agriculture* de Hampshire explicó en 1795 que los pobres

han concebido erróneamente la idea de que el precio del grano ha aumentado por la última reforma del bushel de nueve galones a la medida de Winchester, habiendo pasado esto en un momento en que subían los precios en el mercado, por lo cual se pagó igual cantidad de dinero por ocho galones que la que se solía pagar por nueve... Confieso –continúa– que tengo una predilección indudable por la medida de nueve galones, porque es la medida más aproximada a un bushel de harina; y por consiguiente, el pobre es capaz de juzgar qué es lo que debe pagar por un bushel de harina, lo cual, en la medida presente, requiere más aritmética de la que él puede conocer.<sup>88</sup>

Aun así, las nociones aritméticas del pobre podían no haber sido tan erróneas. Los cambios en las medidas como los cambios en la moneda decimal tendían por arte de magia a desfavorecer al consumidor.

Si los pobres compraban (a fines de siglo) menos cantidad de grano en el mercado público, esto indicaba también el ascenso hacia una condición de mayor importancia del molinero. El molinero ocupó, durante muchos siglos, un lugar en el folclore popular tan pronto envidiable como lo contrario. Por un lado, se le consideraba un libertino fabulosamente afortunado, cuyas proezas se perpetúan aún quizá en el sentido vernáculo de la palabra “moler”. Quizá lo adecuado del molino de pueblo, oculto en un lugar apartado del río, al cual las mujeres y doncellas del pueblo traían su grano para molerlo; quizá también su poder sobre los medios de subsistencia; quizá su condición social en el pueblo, que le convertía en un buen partido; todo pudo haber contribuido a la leyenda:

---

<sup>87</sup> Noviembre de 1793, en PRO, HO 42/27. Las medidas en cuestión eran para malta.

<sup>88</sup> *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), pp. 51-52.

una joven moza vigorosa tan vigorosa y alegre fue al  
 molino un día... Traigo un celemín de grano para  
 moler sólo puedo quedarme un momento.  
 Ven siéntate, dulce y hermosa querida mía no puedo  
 moler tu grano, me lo temo, mis piedras están altas y el  
 agua baja no puedo moler pues el molino no anda.  
 Entonces ella se sentó sobre un saco  
 hablaron de esto y aquello  
 hablaron de amor, y de que era agradable.  
 Ella pronto descubrió que el molino molería...<sup>89\*</sup>

Por otro lado, la reputación del molinero era menos envidiable. “¡Amar!”, exclama Nellie Dean en Cumbres borrascosas: “¡Amar! ¿Oyó alguien alguna vez cosa parecida? Podía también hablar de amar al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano”. Si creemos todo lo que se ha escrito sobre él en estos años, la historia del molinero ha cambiado poco desde el “Cuento de Reeves”, de Chaucer. Pero mientras que al pequeño molinero rural se le acusaba de costumbres típicamente medievales –recipientes excesivamente grandes para recolectar el impuesto en especie, harina oculta en las cajas de las piedras, etc.–, a su duplicado, el molinero

---

<sup>89</sup> 89. James Reeves, *The idiom of the people* (1958), p. 156. Véase también Brit. Lib. Place MSS, Add MSS 27.825 para «A pretty maid she to the miller would go», segunda estrofa:

Entonces el molinero la acorraló contra la tolva  
 gozosa el alma retozonamente  
 le levantó la ropa, y le puso el tapón  
 porque dice ella que el trigo me molerán fino y gratis.

[Then the miller he laid her against the mili hopper / Merry a soul so wantonly / He pulled up her cloaths, and he put in the stopper / For says she I'll have my corn ground small and free.]

\* [A brisk young lass so brisk and gay / She went unto the mil one day ... / There's a peck of corn all for to grind / I can but stay a little time. // Come sit you down my sweet pretty dear / I cannot grind your corn I fear / My stones is high and my water low / I cannot grind for the mill won't go. // Then she sat down all on a sack / They talked of this and they talked of that / They talked of love, of love proved kind / She soon found out the mili would grind ...]

más importante, se le acusaba de agregar nuevos y mucho más osados desfalcos:

Antes robaba con discreción,  
pero ahora es un ladrón escandaloso.\*

En un extremo aún tenemos el pequeño molino rural exigiendo impuestos de acuerdo a su propia costumbre. El impuesto se podía cobrar en harina (siempre de “la mejor de las harinas, y de la harina más fina que está en el centro de la tolva”), y como la proporción no variaba con las fluctuaciones de precios, era una ventaja para el molinero si los precios eran altos. Alrededor de los pequeños molinos que exigían impuestos (aun donde el impuesto había sido conmutado por pagos en dinero) las injusticias se multiplicaban, y había intentos espasmódicos de regulación.<sup>90</sup> Desde que los molineros se dedicaron con mayor intensidad al comercio, y a moler el grano por su propia cuenta para los panaderos, tenían poco tiempo para los pequeños clientes (con un saco o dos de grano espigado); de aquí tardanzas sin fin, y de aquí también que, cuando se devolvía el harina al cliente, podía ser el producto de otro grano de calidad inferior. (Hubo quejas de que algunos molineros compraban a mitad de precio grano dañado y que lo mezclaban con el grano de sus clientes.)<sup>91</sup> Al transcurrir el siglo, el paso de muchos molinos a fines industriales colocó a los pequeños molinos de trigo supervivientes en una posición más ventajosa. Y en 1796 estas injusticias se hicieron sentir con suficiente fuerza como para permitir a sir Francis Bassett presentar la Miller's Toll Bill (Ley de Impuestos del Molinero), que intentaba regular más estrictamente sus prácticas de pesos y medidas.<sup>92</sup>

Sin embargo, estos molineros eran, por supuesto, la genticilla del siglo XVIII. Los grandes molineros del valle del Támesis y de las grandes ciudades respondían a un tipo diferente de empresarios que

---

\* [For ther-biforn he stal but curteisly, / But now he was a thief outrageously.]

<sup>90</sup> Véanse Markham, Syhoroc, II, p. 15; Bennett y Elton, op. cit., III, pp. 150-165; información de John Spyrý contra el molinero de Millbrig Mill, 1740, por tomar a veces una sexta parte, a veces una séptima parte y a veces una octava parte en pago: papeles de las West Riding Sessions, County Hall, Wakefield.

<sup>91</sup> Véase Girdler, op. cit., pp. 102-106, 212.

<sup>92</sup> Annals of Agriculture, XXIII (1795), pp. 179-191; Bennett y Elton, op. cit., III, p. 166; 36: Geo III, c.85.

comerciaban ampliamente en harina y malta. A los molineros no les afectaba la Tasa del Pan (Assize of Bread), y podían hacer repercutir inmediatamente sobre el consumidor cualquier alza en el precio del grano. Inglaterra tenía también, en el siglo XVIII, sus banalités menos conocidas, incluyendo esos vestigios extraordinarios, los molinos con derechos señoriales, que ejercían un monopolio absoluto en el molino de grano (y venta de harina) en centros fabriles importantes, entre ellos Manchester, Bradford y Leeds.<sup>93</sup> En la mayoría de los casos los feudatarios que poseían los derechos señoriales por la utilización del molino, los vendían o arrendaban a especuladores privados. Más tormentosa aún fue la historia de los Molinos–Escuela en Manchester, cuyos derechos señoriales eran destinados a dotación caritativa para mantener la escuela secundaria. Dos arrendatarios de estos derechos, poco populares, inspiraron en 1737 los versos del doctor Byrom:

Huesos y Piel, eran dos molineros flacos,  
que mataban de hambre a la ciudad, o andaban cerca  
de ello; pero sepan, Piel y Huesos,  
que Carne y Sangre no pueden soportarlo.\*

Cuando, en 1757, los nuevos arrendatarios quisieron prohibir la importación de harina a la ciudad en desarrollo, mientras que al mismo tiempo manejaban sus molinos (se alegaba) con extorsión y demora, la carne y la sangre no pudieron realmente soportarlo por más tiempo. En la famosa “pelea de la colina Shud” de ese año, por lo menos cuatro hombres fueron muertos a tiros de mosquete, pero finalmente se abolieron los derechos de molienda.<sup>94</sup> E incluso en donde no obtenían este tipo de derechos, un molino podía igualmente dominar a una populosa comunidad, y podía provocar la furia popular por un aumento repentino en el precio de la harina o un deterioro evidente de su calidad. Los molinos fueron el blanco visible y tangible de algunos de los motines urbanos más serios del siglo. Los molinos de Albion en el puente de Blackfriars (los prime–

---

<sup>93</sup> Véanse Bennett y Elton, op. cit., III, pp. 204 y ss.; W. Cudworth, «The Bradford Soke», *The Bradford Antiquary* (Bradford, 1888), I, pp. 74 ss.

\* [Bone and Skin, two millers thin, / Would starve the town, or near it; / But be it known, to Skin and Bone, / That Flesh and Blood can't bear it.]

<sup>94</sup> Véase la nota 68, p. 241, y Bennet y Elton, op. cit., pp. 274 ss.

ros molinos de vapor de Londres) eran gobernados por un sindicato cuasifilantrópico; sin embargo, cuando se quemaron en 1791, los londinenses bailaron y cantaron baladas de júbilo en las calles.<sup>95</sup> El primer molino de vapor de Birmingham (Snow Hill) no lo pasó mejor, pues fue blanco de un ataque masivo en 1795.

Puede parecer a primera vista muy curioso que tanto los comerciantes como los molineros continuaran figurando entre los objetivos de los motines de fines de siglo, cuando en muchos puntos de las Midlands y del Sur (y seguramente en áreas urbanas) la clase obrera se había acostumbrado a comprar pan en las panaderías, mas que grano o harina en los mercados. No sabemos lo bastante para hacer un gráfico del cambio con exactitud, y seguramente se siguió cociendo el pan en las casas en gran medida.<sup>96</sup> Pero aun donde el cambio fue completo, no se debe subestimar la complejidad de la situación ni los objetivos de la multitud. Hubo, por supuesto, muchísimos pequeños motines frente a las panaderías, y muchas veces la multitud “fijaba el precio” del pan. Pero el panadero (cuyo trabajo en tiempos de precios altos puede haber sido muy poco envidiable) era el único que, entre todos los que bregaban con las necesidades de la gente (terratenientes, agricultores, arrieros y molineros), se hallaba en contacto diario con el consumidor, y se encontraba más protegido que cualquiera de los demás por la visible insignia del paternalismo. El Assize of Bread limitó clara y públicamente sus beneficios legítimos (tendiendo también de este modo a dejar el comercio de panadería en manos de numerosos pequeños comerciantes con poco capital) protegiéndolos así, hasta cierto punto, de la cólera popular. Incluso Charles Smith, el hábil exponente del libre comercio, pensaba que la continuación del Assize era oportuna: “En Pueblos y Ciudades grandes siempre será necesario estable—

---

<sup>95</sup> 95. Ibid., III, pp. 204-206.

<sup>96</sup> 96. Respuestas de las ciudades a las preguntas del Consejo Privado, 1796, en PRO, PC 1/33/A.88: por ejemplo, el alcalde de York, 16 de abril de 1796, «los pobres pueden hacerse cocer el pan en los hornos comunes ...»; alcalde de Lancaster, 10 de abril, «cada familia compra su propia harina y elabora su propio pan»; alcalde de Leeds, 4 de abril, es costumbre «comprar trigo o harina y elaborar el pan propio y cocerlo uno mismo o pagar para que te lo cuezan». Un estudio de los panaderos en el hundred de Corby (Northamptonshire) en 1757 indica que de 31 parroquias, una (la de Wilbarston) tenía cuatro panaderos, otra tenía tres, tres tenían dos, ocho tenían uno, y catorce no tenían ningún panadero residente (cuatro no respondieron): Northants. CRO, H (K) 170.



cer el Assize, para convencer al pueblo de que el precio que exigen los Panaderos no es más que lo que creen razonable los Magistrados”.<sup>97</sup>

Elefecto psicológico del Assize fue, por ello, considerable. El panadero no podía tener esperanza de aumentar sus beneficios por encima de la cantidad calculada en el Assize más que con pequeñas estratagemas, algunas de las cuales –como el pan de peso escaso, adulteración, mezcla de harinas baratas y dañadas– estaban sujetas a rectificaciones legales o a recibir represalias instantáneas de la multitud. El panadero, ciertamente, tenía a veces que atender a sus propias relaciones públicas, incluso hasta el extremo de tener que poner a la multitud a su favor: cuando Hannah Pain de Kettering se quejó a los alguaciles sobre la escasez de peso del pan, el panadero “levantó al populacho contra ella... y dijo que merecía ser azotada, pues ya había suficientes heces de la sociedad de este tipo”.<sup>98</sup> Muchas corporaciones, a lo largo del siglo, hicieron un gran espectáculo de la supervisión de pesos y medidas, y del castigo de los transgresores.<sup>99</sup> El “Justice Overdo” de Ben Jonson estaba todavía ocupado en las calles de Reading, Conventry o Londres:

Alegre, entra en todas las cervecerías y baja a todos los sótanos; mide las tortas... pesa las hogazas de pan en su dedo corazón... da las tortas a los pobres, el pan al hambriento, las natillas a sus niños.

Dentro de esta tradición encontramos a un magistrado de Londres, en 1795, que, llegando al escenario de un motín en Seven Dials, donde la multitud estaba ya demoliendo una panadería acusada de

---

<sup>97</sup> Smith, *Three tracts on the corn-trade*, p. 30.

<sup>98</sup> Interrogatorio de Hannah Pain, 12 de agosto de 1757, Northants. CRO, H(K) 167 (I).

<sup>99</sup> Llama la atención que los castigos de estos delitos tuvieran fuerza simbólica: así, 6 acusaciones por peso falso o insuficiente en los tribunales de Bury St. Edmunds, mayo de 1740: Bury St. Edmunds y West Suffolk CRO, D8/1/8(5); 6 multados por peso deficiente en Maidenhead, octubre de 1766: Berks. CRO, M/JMI. En Reading, sin embargo, parece que la vigilancia era bastante constante, en los años buenos tanto como en los malos: Central Public Library, Reading, R/MJ Acc. 167, Court Leet y Visión de Frankpledge. En Manchester los funcionarios del mercado vigilaron hasta la década de 1750, fueron más despreocupados a partir de la citada fecha, pero se mostraron muy activos en abril de 1796: Earwaker, Court Leet Records, IX, pp. 113-114.

vender pan de peso escaso, intervino, se apoderó de las mercancías del panadero, pesó las hogazas y, encontrándolas realmente deficientes de peso, las distribuyó entre la multitud.<sup>100</sup>

Sin duda los panaderos, que conocían a sus clientes, se quejaban a veces de su impotencia para reducir los precios, y dirigían a la multitud hacia el molino o el mercado de granos. “Después de vaciar muchas panaderías –relataba el molinero de Snow Hill, Birmingham, refiriéndose al ataque de 1795–, vinieron en grandes grupos contra nosotros...”<sup>101</sup> Pero en muchos casos la multitud elegía claramente sus propios blancos, eludiendo deliberadamente a los panaderos. Así en 1740 en Norwich la gente “fue a casa de cada uno de los Panaderos de la Ciudad, y fijó una Nota en su Puerta con estas palabras: "Trigo a Diez y Seis Chelines la Rastra”<sup>102</sup>. En el mismo año en Wisbeach obligaron a “los Comerciantes a vender Trigo a cuatro peniques el bushel... no sólo a ellos, sino también a los Panaderos, donde ellos regulaban los Pesos y Precios del Pan”.<sup>102</sup>

Pero a esta altura está claro que estamos tratando con un modelo de acción mucho más complejo que el que se puede explicar satisfactoriamente por un encuentro cara a cara entre el populacho y molineros determinados, comerciantes o panaderos. Es necesario dibujar una imagen más amplia de las acciones de la multitud.

## V

Se ha sugerido que el término “motín” representa un instrumento de análisis tosco para muchos de los agravios y circunstancias concretos. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la ac-

<sup>100</sup> Gentleman's Magazine, LXV (1795), p. 697.

<sup>101</sup> Cuaderno manuscrito de Edward Pickering, Birmingham City Ref. Lib. M 22.11.

<sup>102</sup> Ipswich Journal, 12 y 26 de julio de 1740. (Debo estas referencias al doctor R. W. Malcolmson, de la Queen's University, Ontario.) En modo alguno creía la multitud que los panaderos eran sus principales adversarios, y con frecuencia las formas de presión eran de una complejidad considerable; así, papeles «incendiarios» colocados en los alrededores de Tenterden (1768) incitaban a la gente a alzarse y obligar a los agricultores a vender su trigo a los molineros o a los pobres por 10 libras el cargamento, y amenazaban con destruir a los molineros que dieran un precio más elevado a los agricultores: Shelburne, 25 de mayo de 1768, PRO, SP 44/199.

ción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los “levantamientos populares” (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800) en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarios de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario en estas “insurrecciones” es, en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien gana complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina, sino el acto de “fijar el precio”.

Lo extraordinario de este modelo es que reproduce, a veces con gran precisión, las medidas de emergencia en épocas de escasez, cuya función, entre los años 1580 y 1630, fue “codificada en el Book of Orders. Estas medidas de emergencia se emplearon en épocas de escasez en los últimos años del reinado de Isabel I, y se pusieron en vigor, en forma un tanto revisada, durante el reinado de Carlos I, en 1630. Durante el reinado de Isabel I se exigía a los magistrados la asistencia a los mercados locales,

y donde encuentre que es insuficiente la cantidad traída para abastecer y atender a dichos mercados y especialmente a las clases más pobres, se dirigirá a las casas de los Agricultores y otros dedicados a la labranza... y verá qué depósitos y provisiones de grano han retenido tanto trillado como no trillado...

Podían entonces ordenar a los agricultores mandar “cantidades convenientes” al mercado, para ser vendidas, “y esto a precio razonable”. Los alguaciles adquirieron luego autoridad para “establecer un cierto precio por bushel de toda clase de grano”.<sup>103</sup> La reina y su Consejo opinaban que los altos precios se debían en parte a los monopolistas, y en parte a la “avaricia” de los cultivadores de grano, quienes “no están satisfechos con ninguna ganancia moderada, sino que buscan y proyectan medios de mantener altos los precios con la consiguiente

---

<sup>103</sup> «A coppie of the Councells her[e] for graine delyvrd at Bodmyn the xith of May 1586»: Bodleian Library, Rawlinson MSS B 285, fols. 66-67.

manifiesta opresión de la clase más pobre”. Las órdenes se deben imponer “sin ninguna parcialidad que perdone a ningún hombre”.<sup>104</sup> En esencia, pues, el Book of Orders otorgaba a los magistrados el poder (con la ayuda de tribunales locales) de inspeccionar las existencias de cereales en cámaras y graneros;<sup>105</sup> de ordenar el envío de ciertas cantidades al mercado; y de imponer con severidad todas las normas de la legislación sobre licencias y acaparamiento. No se podía vender grano fuera del mercado público, “salvo a algunos pobres artesanos, o Jornaleros de la parroquia en que viven, que no pueden llegar convenientemente a las Ciudades con Mercado”. Las Ordenanzas de 1630 no facultaban explícitamente a los alguaciles para fijar el precio, pero les ordenaban asistir al mercado y asegurarse de que “se proveía a los pobres de los Granos necesarios... con tanta conveniencia en los Precios, como se pudiera obtener por medio de la Persuasión más enérgica de los alguaciles”. El poder de fijar el precio del grano o la harina quedaba, en casos de emergencia, a mitad de camino entre la imposición y la persuasión.<sup>106</sup>

---

<sup>104</sup> 104. Hay algún informe sobre el funcionamiento del Book of Orders en E. M. Leonard, *Early history of English poor relief*, Cambridge, 1900; Gras, *op. cit.*, pp. 236-242; Lipson, *op. cit.*, III, pp. 440-450; B. E. Supple, *Commercial crisis and change in England, 1600-1642*, Cambridge, 1964, p. 117. Hay documentos que ilustran su funcionamiento en *Official Papers of Nathaniel Bacon of Stiffkey, Norfolk* (Camden Society, 3.a ser., XXVI, 1915), pp. 130-157.

<sup>105</sup> 105. Para un ejemplo, véase *Victoria County history, Oxfordshire*, ed. de W. Page (1907), II, pp. 193-194.

<sup>106</sup> 106. Por un Acta de 1534 (25 Henry VIII, c. 2), el Consejo Privado tenía poder para tasar los precios del grano en caso de emergencia. En una nota más bien confusa, Gras (*op. cit.*, pp. 132-133) opina que, después de 1550, dicho poder no se usó nunca. En cualquier caso no fue olvidado; una proclama de 1603 aparece para fijar los precios (Seligman Collection, Columbia Univ. Lib., *Proclamations, James I, 1603*); el Book of Orders de 1630 concluye con la advertencia de que, «si los dueños de grano y otros propietarios de Víveres ... no cumplen voluntariamente estas órdenes», Su Majestad «dará Orden de que sean fijados Precios razonables»; el Consejo Privado intentó controlar los precios por medio de una proclama en 1709, *Liverpool Papers, Brit. Mus., add. MS. 38.353, fol. 195*, y el asunto fue activamente discutido en 1757; véase Smith, *Three tracts on the corn trade*, pp. 29, 35. Y (aparte del Assize of Bread) subsistieron otros poderes de tasa de precios. En 1681 en el mercado de Oxford (controlado por la Universidad) se fijaron precios para la mantequilla, queso, aves, carne, tocino, velas, avena y alubias: «The Oxford Market», *Collectanea*, 2.a ser., Oxford, 1890, pp. 127-128. Parece que el Assize of Ale desapareció en Middlesex en 1692 (Lipson, *op. cit.*, II, p. 501) y en 1762 se autorizó a los cerveceros a subir el precio de una forma razonable (por 2 Geo. III, c. 14); pero cuando en 1762 se propuso elevar el precio en medio penique el cuartillo, sir John Fielding escribió al conde de Suffolk que el aumento «no puede considerarse razonable; ni se someterán a él los subditos»: *Calendar of Home Office Papers, 1773*, pp. 9-14; P., Mathias, *The brewing industry in England, 1700-1830*, Cambridge, 1959, p. 360.

Esta legislación de emergencia se fue desmoronando durante las guerras civiles.<sup>107</sup> Pero la memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta, es extraordinariamente larga. Poca duda cabe de que hay una tradición directa que se extiende desde el Book of Orders de 1630 a los movimientos de los trabajadores pañeros en el este y oeste de Inglaterra durante el siglo XVIII. (La persona instruida también tiene recuerdos muy profundos: el propio Book of Orders se volvió a publicar, extraoficialmente, en 1662, y nuevamente en 1758, con un discurso preliminar para el lector que se refería a la actual “alianza perversa para producir la escasez”.)<sup>108</sup>

Las ordenanzas mismas eran en parte una respuesta a las presiones de los pobres:

El Grano es tan caro  
Que no dudo que muchos morirán de hambre este  
año.

Así decía una copla fijada a la entrada de la iglesia en la parroquia de Wye (Kent) en 1630:

Si no os ocupáis de esto  
algunos de vosotros vais a pasarlo mal.  
Nuestras almas nos son caras,  
de nuestro cuerpo tenemos algún cuidado.  
Antes de levantarnos  
menos cantidad será suficiente...  
Vosotros que estáis establecidos  
mirad de no deshonorar vuestras profesiones...<sup>109</sup>

---

<sup>107</sup> G. D. Ramsay, «Industrial laisser-faire and the policy of Cromwell», *Econ. Hist. Rev.*, 1.a ser., XVI (1946), esp. pp. 103-104; M. James, *Social problems and policy during the Puritan Revolution*, Londres, 1930, pp. 264-271.

<sup>108</sup> *Seasonable orders offered from former precedents whereby the price of corn... may be much abated* (1662), reimpresión de las Elizabethan Orders; J. Massie, *Orders appointed by His Majestie King Charles I* (1758).

<sup>109</sup> *Calendar State Papers, Domestic*, 1630, p. 387. [If you see not to this / Sum of you will speed amis. / Our souls they are dear. / For our bodys have sume ceare / Before we arise / Less will safise... / You that are set in place / See that youre profesion you doe not disgrace...]

Ciento treinta años después (1768) se clavaron nuevamente hojas incendiarias en las puertas de las iglesias (así como en las enseñas de las posadas) de parroquias dentro del mismo contorno de Scray, en Kent, incitando a los pobres a sublevarse.<sup>110</sup> Pueden observarse muchas continuidades semejantes, aunque sin duda el modelo de acción directa se extendió a nuestros distritos en el siglo XVIII. En muchas ocasiones, en las antiguas regiones fabriles del Este y el Oeste, la multitud sostuvo que, puesto que las autoridades se negaban a imponer “las leyes”, tenían que imponerlas por sí mismos. En 1693, en Banbury y Chipping Norton la multitud “sacó el grano a la fuerza de los carros, cuando se lo llevaban los acaparadores, diciendo que estaban resueltos a ejecutar las leyes, ya que los magistrados no se ocupaban de hacerlo”.<sup>111</sup> Durante los desórdenes que se extendieron por el Oeste en 1766 el sheriff de Gloucestershire, un pañero, no pudo ocultar su respeto por los amotinados, los cuales

fueron... a una casa de labranza y atentamente expresaron su deseo de que se trillara y llevara al mercado el trigo y se vendiera en cinco chelines por bushel, prometido lo cual y habiéndoles dado algunas provisiones sin solicitarlas, se marcharon sin la menor violencia u ofensa.

Si seguimos otros pasajes del relato del sheriff podemos encontrar la mayor parte de las características que presentan estas acciones:

El Viernes pasado, al toque de trompeta, se puso en pie una muchedumbre compuesta toda ella de la gente más baja, como tejedores, menestrales, labradores, aprendices y chicos, etc.

“Se dirigieron a un molino harinero que está cerca del pueblo... abrieron los costales de Harina y la repartieron y se la llevaron y destruyeron el grano, etc.” Tres días después envió otro informe:

Visitaron a Agricultores, Molineros, Panaderos y tiendas de buhoneros, vendiendo grano, harina, pan, queso, mantequilla y tocino a sus propios precios. En general devolvieron el producto (es decir, el dinero) a los propietarios o en ausencia de ellos dejaron el dinero;

---

<sup>110</sup> Calendar of Home Office Papers, 1768, p. 342.

<sup>111</sup> Westerfield, op. cit., p. 148.

y se comportaron con gran regularidad y decencia donde no encontraron oposición, con desenfreno y violencia donde la encontraron; pero saquearon muy poco, para evitar lo cual no permiten ahora a las Mujeres y a los muchachos que les acompañen.

Después de visitar los molinos y mercados en los alrededores de Gloucester, Stroud y Cirencester, se dividieron en grupos de cincuenta y cien, y visitaron las aldeas y fincas pidiendo que se llevara el grano al mercado a precios justos, y entrando a la fuerza en los graneros. Un grupo grande visitó al sheriff en persona, soltaron sus porras mientras les hablaba de sus delitos, escucharon con paciencia, “gritaron alegremente Dios Salve al Rey” y después recogieron sus porras y volvieron a la buena labor de fijar el precio. El movimiento tuvo en parte el carácter de huelga general de todo el distrito textil: “los amotinados entraron en nuestros talleres... y forzaron a salir a todos los hombres quisieran o no unirse a ellos”.<sup>112</sup> Fue este un movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como en el *Book of Orders*) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar el grano al mercado al precio dictado por la multitud: todo esto se encuentra habitualmente. Ello iba a veces acompañado de la tradicional ronda de visitas a las residencias de las personas importantes para pedir contribuciones, forzadas o voluntarias. En Norwich en 1740, la multitud, después de obligar a la baja de precios en la ciudad, y de apoderarse, en el río, de una barcaza cargada de trigo y centeno, pidió contribuciones a los ricos de la ciudad:

El martes por la Mañana temprano, se reunieron nuevamente, al toque de los Cuernos; y después de una breve Confabulación, se dividieron en grupos y salieron del Pueblo por diferentes Puertas, llevando delante de ellos un largo cartel que proponía visitar a los Caballeros y Agricultores de las aldeas vecinas, para exigirles Dinero, Cerveza Fuerte, etc. En muchos lugares, donde la Generosidad de la Gente no respondía a sus Expectaciones, se dice que mostraron su resentimiento pisoteando el Grano de los Campos...

---

<sup>112</sup> Cartas de W. Dalloway, Brimscomb, 17 y 20 de septiembre de 1766, en PRO, PC 1/8/41.

Las multitudes, en su deambular con el propósito de inspeccionar, se mostraron muy activas durante este año, especialmente en Durham y Northumberland, el West Riding y varias zonas del norte de Gales. Los manifestantes en contra de la exportación, que salieron de Dewsbury (abril de 1740), iban encabezados por un tamborilero y “algo parecido a una enseña o bandera”; realizaron un recorrido regular por los molinos locales, destruyendo maquinaria, cortando sacos y llevándose grano y harina. En 1766, la multitud que recorría el valle del Támesis en acto de inspeccionar, se bautizó a sí misma con el nombre de “los Reguladores”; un agricultor aterrorizado les permitió dormir en la paja de su corral y “pudo oír desde su Aposento que hablaban entre sí sobre a quién habían asustado más, y dónde habían tenido mejor fortuna”. El modelo continúa en la década de 1790: en Ellesmere (Shropshire) la multitud detuvo el grano que era conducido a los molinos y amenazó individualmente a los agricultores; en el bosque de Dean los mineros visitaron los molinos y las viviendas de los agricultores, exigiendo dinero “a las personas que encontraban en la carretera”; en el oeste de Cornualles los mineros del estaño visitaron las fincas con un dogal en una mano y en la otra un acuerdo escrito de llevar el grano a precios reducidos al mercado.<sup>113</sup>

Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios deben ser regulados en épocas de escasez, y de que los explotadores se excluyen a sí mismos de la sociedad. En ocasiones, la multitud intentaba por persuasión o por fuerza atraerse a un magistrado, jefe de la policía de la parroquia, o a algún otro representante de la autoridad, para presidir la *taxation populaire*. En 1766 en Drayton (Oxfordshire) miembros de un tropel fueron a casa de John Lyford “y le preguntaron si era Jefe de Policía; al contestar ‘sí’

---

<sup>113</sup> Norwich, 1740: Ipswich Journal, 26 de julio de 1740; Dewsbury, 1740: J. L. Kaye y cinco magistrados, Wakefield, 30 de abril de 1740, en PRO, SP 36/50; Thames Valley, 1766, testimonio de Bartholomew Freeman de Bisham Farm, 2 de octubre de 1766, en PRO, TS 11/995/3707; Ellesmere, 1795: PRO, WO 1/1089, fol. 359; Bosque de Dean: John Turner, alcalde de Gloucester 24 de junio de 1795, PRO, WO 1/1087; Cornualles: véase John G. Rule, «Some social aspects of the Comish industrial revolution», en Roger Burt, ed., *Industry and society in the Southwest*, Exeter, 1970, pp. 90-91.



Cheer le dijo que debía acompañarlos a la Cruz y recibir el dinero de tres sacos de harina que habían tomado de una tal Betty Smith y que venderían a cinco chelines el bushel”; la misma muchedumbre se agenció al jefe de policía de Abingdon para el mismo servicio. El jefe de policía de Handborough (también en Oxfordshire) fue requerido de manera similar, en 1795; la multitud fijó un precio –y un precio considerable– de 40 chelines el saco de un carro de harina que había sido interceptado, y le fue entregado el dinero correspondiente a no menos de quince sacos. En la isla de Ely, en el mismo año, “el populacho insistió en comprar carne a 4 peniques la libra, y pidieron al Sr. Gardner, un Magistrado, que supervisara la venta, como había hecho el Alcalde en Cambridge el Sábado por la noche”. Y también en 1795 hubo un cierto número de ocasiones en que la milicia o las tropas regulares supervisaron ventas forzadas, algunas veces a punta de bayoneta, mientras sus oficiales miraban resueltamente hacia otro lado. Una operación combinada de soldados y muchedumbre forzó al alcalde de Chichester a acceder a fijar el precio del pan. En Wells, miembros del 122 regimiento empezaron

por abuchear a los que ellos denominaban acaparadores o traficantes de mantequilla, a quienes persiguieron en distintas partes del pueblo; se apoderaron de la mantequilla; la reunieron toda; le pusieron centinelas; y después la echaron, y la mezclaron en una cuba; y después la vendieron al por menor, pesándola en balanzas y vendiéndola al precio de 8 peniques la libra ... aunque el precio normal que le daban los intermediarios era algo más de 10 peniques.<sup>114</sup>

Sería absurdo sugerir que, cuando se abría una brecha tan grande en los muros del respeto, muchos no aprovecharan la oportunidad para llevarse mercancías sin pagar. Pero existen abundantes testimonios de lo contrario, y algunos son impresionantes. Está el caso

---

<sup>114</sup> Drayton, Oxon, relación contra Wm. Denley y otros tres, en PRO, TS 11/995/3707; Handborough, información de Robert Prior, alguacil, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Isla de Ely, lord Hardwicke, Wimpole, 27 de julio de 1795, PRO, HO 43/35 y H. Gunning, *Reminiscences of Cambridge* (1854), II, pp. 5-7; Chichester: duque de Richmond, Goodwood, 14 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Wells: «Verax», 28 de abril de 1795, PRO, WO 1/1082 y rev. J. Turner, 28 de abril, HO 42/34. Para el ejemplo de un alguacil que fue ejecutado por su participación en un motín de estañeros en Saint Austell, 1729, véase Rule, op. cit.,

de los encajeros de Honiton que, en 1766, quitaron el grano a los agricultores, lo vendieron en el mercado a precio popular y devolvieron a los agricultores, no sólo el dinero, sino también los sacos; la muchedumbre de Oldham, en 1800, que racionó a cada comprador a dos celemines por cabeza, y las muchas ocasiones en que se detenían los carros en la carretera, se vendía su contenido y se confiaba el dinero al carretero.<sup>115</sup>

Más aún, en aquellos casos en que se tomaban las mercancías sin pagarlas, o en que se cometían actos de violencia, sería prudente averiguar si el caso presenta alguna circunstancia particular agravante. Esta distinción se hace en el informe de una acción llevada a cabo en Portsea (Hampshire) en 1795. Los panaderos y carniceros fueron los primeros a quienes la multitud ofreció los precios por ella fijados: “a los que se amoldaron a estas exigencias se les pagó con exactitud”, pero los que se negaron vieron sus tiendas desvalijadas, “sin recibir más dinero que el que quiso dejar el populacho”. Los canteros de Port Isaac (Cornualles), en el mismo año, se apoderaron de la cebada almacenada para la exportación, pagando un precio razonablemente alto de 11 peniques el bushel, advirtiendo al mismo tiempo al propietario que “si pretendía transportar el Remanente vendrían y lo tomarían sin compensación alguna”. Con frecuencia aparecen motivaciones de castigo o venganza. El gran motín de Newcastle de 1740, en que los mineros y los bateleros irrumpieron en el ayuntamiento, destruyeron los libros, se repartieron el contenido de las arcas municipales y arrojaron barro y piedra a los concejales, se produjo tan sólo a consecuencia de dos provocaciones: primero, tras romperse un acuerdo entre los dirigentes de los mineros y los comerciantes (en el que actuó un concejal como árbitro), acuerdo que fijaba los precios del grano; segundo, cuando representantes de la autoridad, aterrorizados, dispararon contra la multitud desde las escaleras del ayuntamiento. En 1766, en Gloucestershire, se dispararon tiros contra la multitud desde una casa, lo cual, escribe el sheriff,

les molestó tanto que entraron por la fuerza en la casa, y destruyeron todos los muebles, ventanas, etc., y quitaron parte de las tejas;

---

<sup>115</sup> R. B. Rose, op. cit., p. 435; Edwin Butterworth, *Históric sketches of Oldham, Oldham*, 1856, pp. 137-139, 144-145.

después reconocieron que se arrepentían mucho de este acto porque no era el dueño de la casa (que estaba fuera) el que había disparado contra ellos.

En 1795 los mineros del estaño organizaron un ataque contra un comerciante de Penryn (Cornualles) que había sido contratado para enviarles cebada, pero que les había mandado grano estropeado y en germinación. Cuando se atacaba a los molinos y se estropeaba la maquinaria, era a menudo como consecuencia de una advertencia prolongada que no había sido escuchada, o como castigo a alguna práctica escandalosa.<sup>116</sup>

Realmente, si deseamos poner en duda la visión no lineal y espasmódica del motín de subsistencias, no tenemos más que apuntar hacia este tema continuado de la intimidación popular, en el que hombres y mujeres a punto de morir de inanición atacaban no obstante molinos y graneros, no para robar el alimento, sino para castigar a los propietarios. Repetidamente, se derramaban el grano o la harina a lo largo de carreteras y setos, se arrojaban al río, se estropeaba la maquinaria y se abrían las compuertas del molino. Ante ejemplos de un comportamiento tal, las autoridades reaccionaban tanto con indignación como con asombro. Era un comportamiento (en su opinión) sintomático del estado de ánimo “frenético” y destemplado de una gente cuyo cerebro estaba excitado por el hambre. En 1795, tanto el justicia mayor como Arthur Young, dirigieron discursos a los pobres en los que se destacaba que la destrucción del grano no era el mejor medio de mejorar el suministro de pan. Hannah More añadió una “Homilía de Medio Penique”. Un versificador de 1800 nos da un ejemplo bastante más vivo de estas amonestaciones a las clases bajas:

Cuando pasas las horas con tus Amigos del campo,  
y tomas, con la abundancia que quieras, el vaso  
desbordante,  
cuando todo se vuelve tranquilo, si oyes por casualidad  
“que son los Acaparadores los que encarecen tanto el  
grano;

---

<sup>116</sup> Portsea: Gentleman's Magazine, LXV (1795), p. 343; Port Isaac, sir W. Molesworth, 23 de marzo de 1795, PRO, HO 42/34; Newcastle, Gentleman's Magazine, X (1740), p. 355, y varias fuentes en PRO, SP 36/51, en Northumberland CRO y Newcastle City Archive Office; Gloucestershire, 1766: PRO, PC 1/8/41; Penryn, 1795: PRO, HO 42/34.

que necesitan y conseguirán pan: ya han comido bastante  
 arroz y Sopa, y engrudos por el estilo:  
 lo tomarán sin pedirlo y se esforzarán por la fuerza y la  
 violencia  
 en vengarse de estos ladrones de granos”:  
 John jura que luchará mientras le quede aliento,  
 “es mejor ser colgado que morir de hambre:  
 quemará el granero del Señor Hoardum, eso hará,  
 sofocará al viejo Filchbag, y destruirá su molino”.  
 Y cuando preparen la Púa y la Horca  
 y todos los útiles de la guerra rústica ...  
 háblales de los males que acompañan los actos ilegales,  
 acciones que, comenzadas en la ira, terminan en dolor,  
 que quemar pajares, y destruir molinos,  
 no producirá grano ni llenará los estómagos.<sup>117</sup>

¿Pero eran realmente tan ignorantes los pobres? Uno sospecha que los molineros y comerciantes que estaban ojo avizor con respecto a la gente y al tiempo procuraban elevar al máximo sus beneficios, conocían mejor las circunstancias que los poetastros sentados en sus escritorios. Pues los pobres tenían sus propias fuentes de información. Trabajaban en los puertos. Transportaban las barcazas a lo largo de los canales. Conducían los carros y manejaban las barreras de peaje. Trabajaban en los graneros y molinos... Con frecuencia conocía los hechos locales mucho mejor que la gentry; en muchas acciones fueron derechos a las provisiones de grano escondidas cuya existencia habían negado, de buena fe, los jueces de paz. Si es cierto que los rumores iban muchas veces más allá de todo límite, tenían siempre al menos su raíz en una ligera base de realidad. Los pobres sabían que la única forma de someter a los ricos era retorcerles el brazo.

---

<sup>117</sup> Anónimo, *Contentment: or Hints to servants, on the present scarcity* (hoja suelta, 1800). [When with your country Friends your hours you pass, / And take, as oft you're wont, the copious glass, / When all grow meliow, if perchance you hear / «That 'tis th' Engrossers make the corn so dear; / »They must and will have bread; they've had enough / »Of Rice and Soup, and all such squashy stuff: / »They'll help themselves: and strive by might and main / »To be reveng'd on all such rogues in grain»: / John swears he'll fight as long as he has breath, / «'Twere better to be hang'd than starv'd to death: / »He'll burn Squire Hoardum's garner, so he will, / »Tuck up old Filchbag, and pull down his mill». / Now when the Prong and Pitchfork they prepare / And all the implements of rustick war ... / Tell them what ills unlawful deeds attend, / Deeds, which in wrath begun, and sorrow end, / That burning barns, and pulling down a mill, / Will neither corn produce, nor bellies fill.]

## VI

Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres. Sabemos que en 1693 una gran cantidad de mujeres se dirigieron al mercado de Northampton, con “cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación”. En un motín contra la exportación en 1737, en Poole (Dorset), se informó que “los Grupos se componen de muchas Mujeres, y los Hombres las apoyan, y Juran que si alguien se atreve a molestar a alguna de las Mujeres en sus Acciones, ellas pueden levantar un Gran Número de Hombres y destruir tanto Barcos como Cargamentos”. El populacho fue alzado, en Stockton (Furham) en 1740, por una “Señora con un palo y un cuerno”. En Haverfordwest (Pembroke), en 1795, un anticuado juez de paz que intentó, con ayuda de un subalterno, luchar con los mineros del carbón, se quejó de que “las mujeres incitaban a los Hombres a la pelea, y eran perfectas furias. Recibí algunos golpes de alguna de ellas sobre mis Espaldas...”. Un periódico de Birmingham describía los motines de Snow Hill como obra de “una chusma, incitada por furiosas mujeres”. En docenas de casos ocurre lo mismo: las mujeres apedreando a un comerciante poco popular con sus propias patatas, o combinando astutamente la furia con el cálculo de que eran algo más inmunes que los hombres a las represalias de las autoridades; “las mujeres dijeron a los hombres del vulgo –dijo el magistrado de Haverfordwest refiriéndose a los soldados– que ellas sabían que las tenían en sus Corazones y que no les harían ningún daño”.<sup>118</sup>

Estas mujeres parecen haber pertenecido a una prehistoria de su sexo anterior a la Caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos doscientos años para su liberación. (Southey

---

<sup>118</sup> Northampton: Calendar State Papers, Domestic, 1693, p. 397; Poole, memorial de Chitty y Lefebare, mercaderes, incluido en Holles, Newcastle, 26 de mayo de 1737, PRO, SP 41/10; Stockton, Edward Goddard, 24 de mayo de 1740, PRO, SP 36/50 («Encontramos una Señora con un palo y un cuerno que iba camino de Norton para sublevar a la gente ... le quitamos el cuerno mientras ella nos colmaba de improperios y la seguimos hasta la ciudad, donde sublevó a tanta gente como pudo ... Ordenamos que la mujer fuera apresada ... Ella no paraba de gritar: ¡Malditos seáis todos! ¿Dejaréis que sufra o vaya a la cárcel?»); Haverfordwest: PRO, HO 42/35; Birmingham: J. A. Langford, *A century of Birmingham life*, Birmingham, 1868, II, p. 52.

podía escribir, como lugar común, en 1807: “Las mujeres están más dispuestas a amotinarse: tienen menos temor a la ley, en parte por ignorancia, y en parte porque abusan del privilegio de su sexo, y por consiguiente en todo tumulto público sobresalen en violencia y ferocidad”.)<sup>119</sup> Eran también, por supuesto, las más involucradas en la compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, pero otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado. Algunas veces se clavaban carteles en las puertas de iglesias o posadas. En 1740 “se pregonó en Ketring un Partido de Fútbol de Quinientos Hombres de un lugar, pero la intención era Destruir los Molinos de la Señora Betey Jesmaine”. Es posible que a finales de siglo se hiciera más corriente la distribución de avisos escritos a mano. Proveniente de Wakefield (Yorkshire), 1795:

Para avisar

A todas las Mujeres domiciliadas en Wakefield que se desea se reúnan en la Iglesia Nueva... el próximo Viernes a las Nueve... para fijar el precio del trigo...

Por deseo de los habitantes de Halifax que se reunirán con ellas allí.

De Stratton (Cornualles), 1801:

A todos los Hombres trabajadores y Comerciantes en la Centena de Stratton que están dispuestos a salvar a sus Mujeres e Hijos de la Terrible condición de ser llevados a la Muerte por Hambre por el agricultor insensible y acaparador ... Reunios todos inmediatamente y marchad en temeroso Orden de Batalla hacia las Viviendas de los agricultores usureros, y Obligadlos a Vender el Grano en el Mercado, a un precio justo y razonable...<sup>120</sup>

<sup>119</sup> Letters from England, Londres, 1814, II, p. 47. Las mujeres tenían otros recursos además de la ferocidad: un coronel de Voluntarios se lamentaba de que «el Diablo en forma de Mujeres está ahora usando toda su influencia para inducir a la tropa a romper su lealtad a sus Oficiales»: Lt.-Col. J. Entwisle, Rochdale, 5 de agosto de 1795, PRO, WO 1/1086.

<sup>120</sup> Kettering: PRO, SP 36/50: para otros ejemplos del uso del fútbol para congregarse a las masas, véase R. M. Malcolmson, «Popular Recreations in English Society, 1700-1850», tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1970, pp. 89-90. Wakefield: PRO, HO 42/35; Stratton: aviso manuscrito, fechado el 8 de abril y firmado «Cato», en PRO, HO 42/61 fol. 718.

La acción espontánea en pequeña escala podía derivarse de una especie de abucheo o griterío ritual frente a la tienda del vendedor al por menor,<sup>121</sup> de la interceptación de carros de grano o harina al pasar por un centro populoso, o de la simple congregación de una multitud amenazante. Con gran rapidez se desarrollaba una situación de negociación: el propietario de las provisiones sabía muy bien que si no aceptaba voluntariamente el precio impuesto por la multitud (y su conformidad hacía muy difícil cualquier prosecución subsiguiente) corría el peligro de perder todas sus mercancías. Cuando fue interceptado un carro con sacos de trigo y harina en Handborough (Oxfordshire), en 1795, unas mujeres se subieron al carro y tiraron los sacos a los lados de la carretera. “Algunas de las personas allí reunidas dijeron que darían Cuarenta Chelines por el Saco de Harina, y que pagarían eso, y no darían más, y que si eso no era bastante, lo tomarían por la fuerza.” El propietario (un yeoman) lo aceptó finalmente: “Si tiene que ser ese el precio, que lo sea”. El procedimiento de forzar la negociación se puede ver con igual claridad en la declaración de Thomas Smith, un panadero, que fue a Hadstock (Essex) con pan en sus alforjas (1795). Fue detenido en la calle de la aldea por un grupo de cuarenta o más mujeres y niños. Una de las mujeres (esposa de un trabajador) detuvo su caballo

y habiéndole preguntado si había rebajado el precio del Pan, él le dijo que no tenía Órdenes de los Molineros de rebajarlo, y ella dijo entonces “Por Dios que si no lo rebajas no dejarás ningún Pan en este Pueblo”...

Varias personas entre la multitud ofrecieron entonces 9 peniques por un pan de 4 libras, mientras que él pedía 19 peniques. Entonces “juraron que si no se lo daba a 9 peniques la Hogaza se lo quitarían, y antes de que pudiera dar otra respuesta, varias Personas que estaban a su alrededor sacaron varias Hogazas de sus Cestas ...”. Sólo al llegar a este punto aceptó Smith vender a 9 peniques la

---

<sup>121</sup> Un corresponsal de Rosemary Lane (Londres), 2 de julio de 1795, se quejó de que le despertara a las cinco de la madrugada «un espantoso quejido (como lo llama la Chusma), pero yo lo llamaría chillidos»: PRO, WO I/1089, fol. 719.

hogaza. La negociación fue bien entendida por ambas partes, y los vendedores al por menor, que tenían que contar con sus clientes tanto en los años buenos como en los malos, capitulaban con frecuencia ante las primeras señales de turbulencia por parte de la multitud.

En disturbios a gran escala, una vez formado el núcleo del motín, el resto de la muchedumbre era a menudo levantado a toque de trompeta y tambores. “El lunes pasado –comenzaba una carta de un magistrado de Shropshire en 1756–, los mineros de Broseley se reunieron al son de las trompetas, y se dirigieron al Mercado de Wenlock...” El punto crítico era la reunión de un núcleo determinado. El destacado papel de los mineros no se explica por su “virilidad” y por el hecho de estar particularmente expuestos a la explotación del consumidor, sino también por su número y por la natural disciplina de una comunidad minera. “El jueves por la mañana –declaró John Todd– un minero de la mina de carbón de Heaton, Gateshead (1740)–, en el momento en que empezaba la ronda de noche”, sus compañeros de mina, “en número de 60 u 80 detuvieron la bomba de agua de la mina ... y se propuso venir a Newcastle para fijar los precios del grano ...”. Cuando vinieron desde la mina de carbón de Nook a Haverfordwest, en 1795 (el magistrado relata que su ayudante dijo: “Doctor, aquí vienen los mineros... yo levanté la vista y vi una gran multitud de hombres, mujeres y niños con porras de roble que bajaban por la calle gritando “todos a una, todos a una””), los mineros explicaron más tarde que habían venido a petición de los pobres de la ciudad, que no tenían el ánimo necesario para fijar el precio por su cuenta.<sup>122</sup>

La composición de la multitud en cuanto a profesiones nos proporciona pocas sorpresas. Era (al parecer) bastante representativa de las ocupaciones de las “clases más bajas” en las zonas de motines. En Witney (Oxfordshire) encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador del estambre, y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire (Sampford Peverell, Burlescomb, Culmstock)

---

<sup>122</sup> Broseley, T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Gateshead, información de John Todd en Newcastle City Archives; Haverfordwest, PRO, HO 42/35.



encontramos con que se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; en el suceso de Handborough se habló en una información de un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores.<sup>123</sup> Había menos acusaciones en relación a la supuesta instigación por parte de personas con una posición superior en la vida de las que Rude y otros han observado en Francia,<sup>124</sup> a pesar de que se sugería con frecuencia que los trabajadores eran alentados por sus superiores a adoptar un tono hostil hacia agricultores e intermediarios. Un observador del suroeste sostenía en 1801 que los motines estaban “ciertamente dirigidos por comerciantes inferiores, cardadores, y disidentes, que se mantenían apartados pero, por su lenguaje e inmediata influencia, gobernaban a las clases bajas”.<sup>125</sup> Ocasionalmente, se adujo que personas que empleaban muchos trabajadores habían animado a sus propios obreros a actuar.<sup>126</sup> Otra diferencia importante, en comparación con Francia, era la relativa inactividad de los braceros agrícolas de Inglaterra en contraste con la actividad de los vigneron y el pequeño campesinado francés. Muchos productores de cereal, por supuesto, continuaron con la costumbre de vender grano barato a sus propios braceros. Pero esto se aplicaba sólo a los braceros regulares, con contratos anuales, y a ciertos distritos. Por otra parte, los trabajadores rurales sí que participaban en los motines cuando otro grupo (como los

---

<sup>123</sup> Witney, información de Thomas Hudson, 10 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116; Saffron Walden, acusaciones por delitos el 27 de julio 1795, PRO, tribunal 35/236; Devonshire, calendario para el Circuito de Verano, 1795, PRO, tribunal 24/43; Handborough, información de James Stevens, cabeza de decena de vecinos, 6 de agosto de 1795, PRO, tribunal 5/116. Los trece amotinados de Berkshire en 1766 juzgados por la encomienda especial fueron calificados de «braceros»; de las 66 personas que comparecieron ante la encomienda especial en Gloucester en 1766, 51 fueron calificadas de «braceros», 10 eran esposas de «braceros», 3 eran solteras: las calificaciones revelan poco: G. B. Deputy Keeper of Public Records, 5th Report (1844), II, pp. 198-199, 202-204. Para el País de Gales, 1793-1801, véase Jones, «Corn riots in Wales», App. III, p. 350. Para Dundee, 1772, véase S. G. E. Lythe, «The Tayside meal mobs», Scot. Hist. Rev., XLVI (1967), p. 34: un portero, un cantero, tres tejedores y un marinero fueron acusados.

<sup>124</sup> Véase Rudé, *The crowd in history*, p. 38.

<sup>125</sup> Teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61.

<sup>126</sup> Así, en un motín provocado por la exportación en Flint (1740) hubo alegaciones de que el mayordomo de sir Thomas Mostyn había encontrado armas para sus propios mineros: diversas deposiciones en PRO, SP 36/51.

mineros) formaba el núcleo original, o cuando una cierta actividad los reunía en número suficiente. Cuando un grupo grande de braceros recorrió el valle del Támesis en 1766, la acción había comenzado entre cuadrillas que trabajaban en la barrera de portazgo de una carretera, quienes dijeron “con una sola voz: Vamos todos a una a Newbury en una corporación para Poner más Barato el Pan”. Una vez en el pueblo, lograron más apoyos, desfilando por la plaza y dando tres vítores. En East Anglia, en 1795, se creó un núcleo similar entre los bankers (cuadrillas “empleadas para limpiar Zanjales de Drenaje y en la presa”). Los bankers estaban también menos sujetos a la identificación inmediata y al castigo, o a las venganzas del paternalismo rural, que los trabajadores de la tierra, puesto que eran, “en su mayor parte, extranjeros de diferentes comarcas los cuales no son tan fácilmente apaciguados como los que viven en el lugar”.<sup>127</sup>

En realidad, el motín de subsistencias no precisaba de un alto grado de organización. Necesitaba un consenso de apoyo en la comunidad, y un modelo de acción heredado, con sus propios objetivos y restricciones. La persistencia de esta forma de acción suscita una cuestión interesante: ¿hasta qué punto tuvo, en cualquier sentido, éxito? ¿Hubiera continuado durante tantos años –realmente cientos de años– si hubiera fracasado decididamente en lograr sus objetivos, y no hubiera dejado tras de sí más que unos pocos molinos destruidos y víctimas en las horcas? Es una pregunta especialmente difícil de contestar; pero que debe ser planteada.

## VII

A corto plazo, parece probable que el motín y la fijación de precios frustraran sus propios objetivos. Los agricultores se veían a veces intimidados hasta tal punto que se negaban después, durante varias semanas, a llevar sus productos al mercado. Es probable que la interdicción del movimiento del grano dentro de la región no hiciera más que agravar la escasez en otras. Aunque pueden encontrarse ejemplos en que el motín parece producir una caída de los

---

<sup>127</sup> Newbury: escrito en PRO, TS 11/995/3707; East Anglia: B. Clayton, Boston, 11 de agosto de 1795, PRO, HO 42/35.

precios, y ejemplos también de lo contrario, e incluso otros en los que parece haber poca diferencia en el movimiento de precios en mercados donde hubo y no hubo motín, ninguno de esos ejemplos –sean calculados por agregación o por término medio– tiene por qué revelar necesariamente el efecto que la expectación del motín producía sobre la situación total del mercado.<sup>128</sup>

Podemos tomar una analogía de la guerra. Los beneficios reales inmediatos de la guerra rara vez son significativos, ni para vencedores ni para vencidos, pero los beneficios que se pueden obtener de la amenaza de guerra pueden ser considerables y, sin embargo, la amenaza de guerra no comporta terror alguno si no se llega nunca a la sanción de la guerra. Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la Revolución industrial, entonces la amenaza del motín afectaría la situación total del mercado, no sólo en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no sólo en pueblos destacados por su susceptibilidad al motín, sino también en aldeas donde las autoridades deseaban preservar una tradición de paz. Por muy meticulosamente que cuantifiquemos los datos disponibles, éstos no pueden mostrarnos a qué nivel habrían subido los precios si se hubiera eliminado totalmente la amenaza del motín.

Las autoridades de zonas propensas al motín dominaban a menudo los disturbios de manera equilibrada y competente. Esto nos permite a veces olvidar que el motín era una calamidad que producía con frecuencia una profunda dislocación de las relaciones sociales de la comunidad, cuyos efectos podían perdurar durante años. Los magistrados provinciales se encontraban muchas veces en un extremado aislamiento. Las tropas, si es que se las llamaba, podían tardar dos, tres o más días en llegar, y la multitud lo sabía muy bien. El sheriff de Gloucestershire, en los primeros días del “levantamiento” de 1766, no pudo sino acudir al mercado de Stroud con sus “hombres de jabalina”. Un magistrado de Suffolk, en 1709, se

---

<sup>128</sup> Indudablemente, investigaciones pormenorizadas de movimientos de precios a corto plazo en relación con los motines, que varios investigadores desarrollan ahora con ayuda de ordenadores, ayudará a afinar la cuestión; pero las variables son muchas, y la evidencia con respecto a algunas (anticipación de motín, persuasión ejercida sobre arrendatarios, comerciantes, etc., suscripciones caritativas, aplicación de precios para pobres, etc.) es a menudo difícil de encontrar y de cuantificar.

abstuvo de encarcelar a los dirigentes de la muchedumbre porque “el Populacho amenazó con destruir tanto su casa como el Calabozo si castigaba a cualquiera de sus compañeros”. Otro magistrado que, en 1740, dirigió un harapiento y nada marcial posse commitatus a través del Yorkshire del norte hasta Durham, haciendo prisioneros por el camino, quedó desalentado al ver a los ciudadanos de Durham darse la vuelta y liberar a dos de los presos a la puerta de la cárcel. (Tales rescates eran normales.) Un exportador de grano, de Flint, tuvo una experiencia aún más desagradable en el mismo año: los amotinados entraron en su casa, se bebieron la cerveza y el vino de su bodega, y permanecieron

con una Espada Desnuda apuntando al pecho de mi  
Nuera... Tienen muchas Armas de Fuego, Picas y  
Espadas. Cinco de ellos con Picas declaran que cuatro  
son suficientes para llevar mis Cuatro Cuartos y el otro  
mi cabeza en triunfo con ellos...

La cuestión del orden no era ni mucho menos sencilla. La insuficiencia de las fuerzas civiles se combinaba con la repugnancia a emplear la fuerza militar. Los funcionarios mismos tenían la suficiente humanidad y estaban acorralados por ambigüedades suficientes, en cuanto a sus poderes en caso de disturbios civiles, como para mostrar una marcada falta de entusiasmo por ser empleados en este “Servicio Odioso”.<sup>129</sup> Si los magistrados locales llamaban a las tropas, o autorizaban el uso de armas de fuego, tenían que seguir viviendo en el distrito después de la marcha de las tropas, incurriendo en el odio de la población local, quizá recibiendo cartas amenazadoras o siendo víctimas de rupturas de ventanas e incluso de incendios. Las tropas alojadas en un pueblo se hacían rápidamente impopulares incluso entre aquellos que al principio las habían llamado. Con extraña regularidad las peticiones para recibir ayuda de tropas son seguidas, en los documentos del Ministerio del Interior o del Ministerio de la Guerra, tras un intervalo de cinco o seis semanas, por peticiones para su retirada. Una lastimosa súplica de los habitantes de Sunderland, encabezada por su rector, pedía, en 1800, la retirada del 68 regimiento:

---

<sup>129</sup> 129. «... un Servicio de lo más Odioso que nada salvo la Necesidad puede justificar», vizconde Barrington a Weymouth, 18 de abril de 1768, PRO, WO 4/3, fols. 316-317.

Su principal objetivo es el robo. Varias personas han sido golpeadas y despojadas de sus relojes, y siempre se ha hecho de la manera más violenta y brutal.

A un joven le fracturaron el cráneo, a otro le cortaron el labio superior. Los habitantes de Wantage, Farnngdon y Abingdon pidieron

en nombre de Dio ... que se lleven de este lugar la sección del Regimiento de Lord Landaff o si no el Asesinato será forzosamente la consecuencia, pues un grupo de Villanos como este no ha entrado nunca en este pueblo.

Un magistrado local, que apoyaba esta petición, añadía que el “salvaje comportamiento de los soldados... exaspera a la población hasta lo indecible. El trato normal de los campesinos en ferias y mercados se ha deteriorado mucho”.<sup>130</sup>

El motín era una calamidad. El “orden” que podía seguir tras el motín, podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones. En una carta de 1763 el alcalde de Penryn, sitiado por iracundos mineros del estaño, escribe que el pueblo fue visitado por trescientos “de aquellos bandidos, con los cuales nos vimos forzados a parlamentar y llegar a un acuerdo por el cual les permitimos que obtuvieran el grano a un tercio menos de lo que había costado a los propietarios”. Tales acuerdos, más o menos forzados, eran corrientes. Un experimentado magistrado de Warwickshire, sir Richard Newdigate, anotó en su diario del 27 de septiembre de 1766:

A las once cabalgué a Nuneaton ... y con las personas principales del pueblo me entrevisté con los mineros y el populacho de Bedworth que vinieron vociferando y armados con palos, pidieron lo que querían, prometí satisfacer todas sus peticiones razonables si se apaciguaban y tiraban sus palos lo cual hicieron todos en el prado; después fui con ellos a todas las casas en que creían se había acaparado y permití a 5 o 6 entrar para registrar y persuadir a los dueños de vender el queso que se encontrase...

---

<sup>130</sup> Sunderland: petición en PRO, WO 40/17; Wantage y Abingdon: petición a sir G. Young y C. Dundas, 6 de abril de 1795, *ibid.*

Entonces los mineros abandonaron en orden el pueblo, después de que sir Richard Newdigate y otros dos les hubieran dado cada uno media guinea. Habían actuado, en efecto, de acuerdo con el Book of Orders.<sup>131</sup>

Este tipo de negociación, en los comienzos del motín, solía garantizar concesiones a la multitud. Pero debemos también observar los esfuerzos de los magistrados y terratenientes para prevenir el motín. Así, un magistrado de Shropshire en 1756 describe cómo los mineros “dicen que si los agricultores no traen su grano a los mercados, irán ellos a sus casas para trillarlos ellos mismos”:

Yo he enviado orden a mis arrendatarios para que cada uno lleve cierta cantidad de grano al mercado los Sábados como único medio de prevenir mayores daños.

En el mismo año se puede ver a los magistrados de Devon realizando esfuerzos similares. Se habían producido motines en Ottery, el grano de los agricultores había sido arrebatado y vendido a 5 chelines un bushel y varios molinos habían sido atacados. Sir George Yonge envió a su criado a fijar un pasquín admonitorio y conciliador en el mercado:

El populacho se congregó, insultó a mi Criado e intimidó al Pregonero... al leer el pasquín declararon que no servía, no necesitaban molestarse los Caballeros porque Ellos fijarían el precio a 4 chelines 9 peniques en el próximo Día de Mercado: en vista de esto fui ayer al Pueblo y dije tanto a la Gente Común como a los de mejor clase, que si la situación no permanecía tranquila habría de llamar al ejército...

Él y dos miembros de la gentry de la vecindad enviaron su propio grano a los mercados locales:

He ordenado que el mío se venda a 5 chelines 3 peniques y 5 chelines 6 peniques por bushel a la gente más pobre, puesto que hemos decidido mantenerlo algo por encima del precio dictado por el populacho. Consultaré con los molineros para saber si pueden darnos algo de Harina...

---

<sup>131</sup> Penryn: PRO, WO 40/17; Warwickshire: H. C. Wood, «The diaries of sir Roger Newdigate, 1751-1806», Trans. Birmingham Archaeological Soc, LXXVIII (1962), p. 43.

El alcalde de Exeter contestó a Yonge que las autoridades de la ciudad habían ordenado que se vendiera el grano a 5 chelines 6 peniques: “Todo quedó tranquilo en cuanto los agricultores bajaron el precio...”. Medidas similares se tomaban todavía en Devon en 1801, “ciertos caballeros entre los más respetables de la vecindad de Exeter... ordenaron... a sus Arrendatarios llevar el Grano al Mercado bajo pena de no renovarles los arrendamientos”. En 1795 y 1800–1801, órdenes como estas de los terratenientes tradicionalistas a sus arrendatarios eran frecuentes en otros condados. El conde de Warwick (un archipaternalista y un defensor de la legislación contra los acaparadores con el máximo rigor) recorrió en persona sus propiedades dando órdenes como estas a sus arrendatarios.<sup>132</sup>

Presiones tales, en prevención de un motín, pueden haber sido más eficaces de lo que se ha supuesto en cuanto a llevar grano al mercado, frenar la subida de precios e impedir cierto tipo de lucro. Más aún, una predisposición al motín era ciertamente efectiva como advertencia a los ricos de que debían poner la organización de la beneficencia parroquial y de la caridad –grano y pan subvencionado para los pobres– en buenas condiciones. En enero de 1757, la corporación de Reading acordó:

que se organizara una suscripción para reunir dinero para comprar Pan que será distribuido entre los Pobres... a un precio que se fijará muy por debajo del precio actual del Pan...

La corporación misma donó 21 libras.<sup>133</sup> Tales medidas se adoptaban con mucha frecuencia, por iniciativa unas veces de una corporación, otras de un individuo de la gentry, algunas de las Quarter Sessions, otras de las autoridades parroquiales, o de los patronos, especialmente de aquellos que empleaban un número considerable de trabajadores (como los mineros del plomo) en distritos aislados.

---

<sup>132</sup> Shropshire: T. Whitmore, 11 de noviembre de 1756, PRO, SP 36/136; Devon: HMC, City of Exeter, serie LXXIII (1916), pp. 255-257; Devon, 1801: teniente general J. G. Simcoe, 27 de marzo de 1801, PRO, HO 42/61; Warwick: T. W. Whitley, *The parliamentary representation of the city of Coventry* (Coventry, 1894), p. 214.

<sup>133</sup> Diario manuscrito del ayuntamiento de Reading, Central Public Library, Reading: anotación del 24 de enero de 1757. Se desembolsaron 30 libras «para el actual precio elevado del Pan» el 12 de julio de 1795.

Las medidas tomadas en 1795 fueron especialmente amplias, variadas y bien documentadas. Iban desde suscripciones directas para reducir el precio del pan (las parroquias enviaban a veces sus propios agentes directamente a los puertos a comprar grano importado), pasando por precios subvencionados para los pobres, hasta el sistema Speenhamland.\* El examen de dichas medidas nos adentraría más profundamente en la historia de las leyes de pobres de lo que es nuestra intención,<sup>134</sup> pero los efectos eran en ocasiones curiosos. Las suscripciones, aunque tranquilizaban una zona, podían provocar un motín en otra adyacente al despertar un agudo sentimiento de desigualdad. En 1740, un acuerdo concertado en Newcastle para reducir los precios entre los comerciantes y una delegación de una manifestación de mineros (actuando concejales como mediadores), tuvo como consecuencia que la ciudad se viera inundada por “gente del campo” de las aldeas de los alrededores; se intentó sin éxito limitar la venta a personas con un certificado escrito de un “Ajustador, un Encargado del Depósito del Carbón, un Medidor o un Capillero”. La participación de soldados en motines encaminados a fijar el precio fue explicada por el duque de Richmond como producto de una desigualdad similar: alegaban los soldados que “mientras la Gente del Campo es socorrida por sus Parroquias y Suscripciones, los Soldados no reciben ningún Beneficio similar”. Además, tales suscripciones, aunque su intención era “sobornar” al motín (real o potencial), podían a menudo producir el efecto de elevar el precio del pan para los que no participaban del beneficio de la suscripción.<sup>135</sup> Este proceso puede observarse en Devon del sur, donde las autoridades actuaban todavía en 1801 dentro de la tradición de 1757. Una multitud se manifestó en Exeter, en el mercado, pidiendo trigo a 10 chelines el bushel:

---

\* Sistema de ayuda a los pobres adoptado en 1795 por los magistrados del Berkshire y que se mantuvo en gran parte de Inglaterra incluso hasta principios del siglo xix. (N. del t.)

<sup>134</sup> Especialmente útiles son las respuestas de los corresponsales en *Annals of Agriculture*, XXIV y XXV (1795). Véase también S. y B. Webb, «The Assize of Bread», op. cit., pp. 208-209; J. L. y B. Hammond, op. cit., cap. VI; W. M. Stern, op. cit., pp. 181-186.

<sup>135</sup> Un punto que debe ser considerado en todo análisis cuantificado: el precio que quedaba en el mercado después de un motín podía subir, aunque, a consecuencia del motín o de la amenaza de motín, el pobre pudiese recibir grano a precios subvencionados.



Los Caballeros y los Agricultores se reunieron y el Pueblo esperó su decisión... fueron informados de que no se aceptaría ningún Precio que ellos propusieran o fijaran, y principalmente porque el principio de Fijar un Precio encontraría su oposición. Los Agricultores después acordaron el de 12 chelines y que cada Habitante lo obtuviera en proporción a su Familia...

Los Argumentos de los descontentos en Exmouth son muy contundentes. “Dadnos cualquier cantidad que permitan las Existencias Disponibles, y a un precio por el cual podamos obtenerla, y estaremos satisfechos; no aceptaremos ninguna Suscripción de la Gentry porque aumenta el precio, y supone una privación para ellos.”<sup>136</sup>

Lo que importa aquí no es solamente que los precios, en momentos de escasez, estuvieran determinados por muchos otros factores además de las simples fuerzas del mercado: cualquiera con un conocimiento, incluso pequeño, de las muy difamadas fuentes “literarias” tiene que ser consciente de ello. Es más importante observar todo el contexto socioeconómico dentro del cual operaba el mercado, y la lógica de la presión popular. Otro ejemplo, esta vez de un mercado libre de motines hasta el momento, puede demostrarnos esta lógica en acción. El relato proviene de un agricultor acomodado, John Toogood en Sherborne (Dorset). El año 1757 comenzó con una “queja general” contra los precios altos, y frecuentes informes de motines en otros lugares:

El 30 de abril, siendo Día de Mercado, muchos de nuestros ociosos e insolentes Hombres y Mujeres Pobres se reunieron y empezaron un Motín en la Plaza del Mercado, fueron al Molino de Oborn y trajeron muchos Sacos de Harina y dividieron el Botín aquí en Triunfo.

El lunes siguiente se encontró en la abadía una carta anónima, dirigida al hermano de Toogood (que acababa de vender 10 bushels de trigo a 14 chelines 10 peniques –“verdaderamente un precio alto”– a un molinero): “Señor, si no traéis vuestro Trigo al Mercado, y lo vendéis a un precio razonable, serán destruidos vuestros graneros...”.

---

<sup>136</sup> Newcastle: anuncio del 24 de junio de 1740 en City Archives Office; duque de Richmond, 13 de abril de 1795, PRO, WO 1/1092; Devon: James Coleridge, 29 de marzo de 1801, HO 42/61.

Puesto que los motines son una Cosa muy nueva en Sherborne... y puesto que las Parroquias vecinas parecían estar a punto de participar en este Deporte pensé que no había Tiempo que perder, y que era conveniente aplastar este Mal de Raíz, para lo cual tomamos las siguientes Medidas.

Habiendo convocado una Reunión en el Hospicio, se acordó que el señor Jeffrey y yo hiciéramos un Informe de todas las Familias del Pueblo más necesitadas, hecho esto, reunimos alrededor de 100 libras por Suscripciones y, antes del Siguiete Día de Mercado, nuestro Juez de Paz y otros habitantes principales hicieron una Procesión a través de todo el Pueblo y publicaron por medio del Pregonero del Pueblo el siguiente Aviso:

“Que se entregará a las Familias Pobres de este Pueblo una Cantidad de Trigo suficiente para su Mantenimiento todas las Semanas hasta la Cosecha al Precio de 8 chelines por bushel y que si cualquier persona después de este aviso público utiliza cualquier expresión amenazadora o cometiera cualquier motín o Desorden en este Pueblo, será el culpable condenado a Prisión en el acto”.

Después contrataron la compra de trigo a 10 chelines y 12 peniques el bushel, suministrándolo a la “Lista de Pobres” a 8 chelines hasta la cosecha. (60 bushels a la semana en este periodo supondrían un subsidio de entre 100 y 200 libras.) “Por estos medios restauramos la Paz, y desilusionamos a muchos Sujetos vagos y desordenados de las Parroquias Vecinas, que aparecieron en el Mercado con los Sacos vacíos, esperando haber obtenido Grano sin Dinero.” John Toogood, escribiendo este relato para guía de sus hijos, concluía con el consejo:

Si circunstancias como estas concurren en el futuro en vuestra Vida y alguno se dedica a los Negocios de la Agricultura, no dejéis que os tiente un ojo Codicioso a ser los primeros en aumentar el Precio del Grano, sino dejad mejor que vuestra Conducta muestre alguna Compasión y Caridad hacia la Condición del Pobre...<sup>137</sup>

Es dentro de un contexto como este donde se puede descubrir la función del motín. Éste pudo ser contraproducente a corto plazo, aunque no se haya demostrado todavía. Pero, repetimos, el motín era una calamidad social, que debía evitarse a cualquier coste. Po—

<sup>137</sup> Diario manuscrito de John Toogood, Dorset CRO, D 170/1.

día consistir éste en lograr un término medio entre un precio “económico” muy alto en el mercado y un precio “moral” tradicional determinado por la multitud. Este término se podía alcanzar por medio de la intervención de los paternalistas, por la automoderación de agricultores y comerciantes, o conquistando una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios. Como cantaba alegremente Hannah More, en el personaje del sentencioso Jack Anvil al intentar disuadir éste a Tom Hood de unirse al motín:

Así, trabajaré todo el día, y el Domingo buscaré en la Iglesia cómo soportar todas las necesidades de la semana. Las gentes de bien, también, nos proporcionarán provisiones, Harán suscripciones... y renunciarán a sus bizcochos y pasteles.

Derry down<sup>138</sup>

Sí, Derry down y ¡tra-lará-lará! Sin embargo, siendo como era el carácter de las gentes de bien, era más probable que un motín ruidoso en la parroquia vecina engrasara las ruedas de la caridad que la imagen de Jack Anvil arrodillado en la iglesia. Como lo expresaron sucintamente las coplas colocadas fuera de las puertas de la iglesia en Kent en 1630:

Cuanto antes nos levantemos menos sufriremos.\*

## VIII

Hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez. Normalmente no es útil examinarlo con relación a intenciones políticas claras y articuladas, a pesar de que éstas surgieran a veces por coincidencia casual. Pueden encontrarse a menudo frases de rebelión, normalmente destinadas

---

<sup>138</sup> «The Riot: or, half a loaf is better than no bread, &c», 1795, en Hannah More, Works (1830), II, pp. 86-88. [So I'll work the whole day, and on Sundays I'll seek / At Church how to bear all the wants of the week. / The gentlefolks, too, will afford us supplies, / They'll subscribe — and they'll give up their puddings and pies. / Derry down.]

\* [Before we arise / Less will safise.]

(sospecho) a helar la sangre de los ricos con su efecto teatral. Se decía que los mineros de Newcastle, animados por el éxito de la toma del ayuntamiento, “eran partidarios de poner en práctica los antiguos principios niveladores”; al menos desgarraron los retratos de Carlos II y Jacobo II e hicieron pedazos sus marcos. En contraste, los barqueros de Henley (Oxfordshire) gritaron “Viva el Pretendiente”, en 1743, y alguien en Woodbridge (Suffolk) clavó un aviso en el mercado, en 1766, que el magistrado local consideró “particularmente descarado y sedicioso y de alta y delicada significación”: “Deseamos –decía– que nuestro exiliado Rey pueda venir o enviar algunos funcionarios”. Es posible que esa misma intención amenazante tuvieran en el Suroeste, en 1753, las amenazas de que “los Franceses estarán aquí pronto”.<sup>139</sup>

Más habituales son las amenazas generales de “nivelación”, e imprecaciones contra los ricos. En Witney (1767) una carta aseguraba a los alguaciles de la ciudad que la gente no permitiría a “estos malditos pillos resollantes y cebados que Maten de Hambre a los Pobres de Manera tan Endemoniada para que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia”. Una carta dirigida al Gold Cross de Snow Hill en Birmingham (1766), firmada por “Kidderminster y Stourbridge”, se acerca más al tipo de la copla

... tenemos un Ejército de más de tres mil todos  
 dispuestos a luchar  
 y maldito sea si no hacemos polvo el ejército del Rey  
 si resulta que el Rey y el Parlamento no lo remedian  
 convertiremos Inglaterra en Basura  
 y si incluso así no abaratan las cosas  
 maldito sea si no quemamos el Parlamento y lo  
 arreglamos todo...\*

---

<sup>139</sup> Newcastle: crónica manuscrita de los motines en City Archives; Henley. Isaac, op. cit., p. 186; Woodbridge: PRO, WO 1/873: 1753; manuscrito de Newcastle, Brit. Lib. Add MS 32732, fol. 343. El conde de Poulet, gobernador de Somerset, informó en otra carta al duque de Newcastle de que algunos miembros de la chusma «vinieron a hablar un lenguaje leveller, es decir, no comprendían por qué algunos eran ricos y otros, pobres»: ibid., fols. 214-215.

\* [... there is a small Army of us upwards of three thousand all ready to fight / & I'll be dam'd if we don't make the King's Army to shite / If so be the King & Parliament don't order better / we will turn England into a Litter / & if so be as things don't get cheaper / I'll be damd if we don't burn down the Parliament House & make all better ...]

En 1772, una carta de Colchester, dirigida a todos los agricultores, molineros, carniceros, tenderos y comerciantes de granos, advertía a todos los “Malditos Pillos” que tuvieran cuidado,

porque estamos en noviembre y tenemos unas  
doscientas o trescientas bombas listas para los  
Molineros y para todos, y no habrá ni rey ni  
parlamento sólo una maraña de pólvora por toda la  
nación.

En 1766, se advirtió a los gentleman de Fareham (Hampshire) que se prepararan “para una guerra del Populacho o Civil” que “arrancaría a Jorge de su trono y derrumbaría las casas de los pillos y destruiría los sitios de los Legisladores”. “Es mejor Soportar un Yugo Extranjero que ser maltratados de esta forma”, escribía un aldeano de cerca de Hereford al año siguiente. Y casos similares se encuentran en casi todos los lugares de Inglaterra. Es principalmente, retórica, aunque una retórica que deshace la retórica de los historiadores respecto a la deferencia y solidaridad social en la Inglaterra de Jorge III.<sup>140</sup>

Únicamente en 1795 y 1800–1801, cuando es frecuente encontrar un matiz jacobino en estas cartas y volantes, tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas. Un tajante ejemplo de ellas es cierta copla dirigida a “los que hacen los caldos y los Amasadores” que alarmó a un magistrado de Maldon (Essex):

Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y  
granos y bajo la guillotina querriámos ver vuestras  
cabezas porque creo que es una vergüenza atender a  
los pobres así, y creo que algunas de vuestras cabezas  
serán un buen espectáculo.\*

Cientos y cientos de cartas como estas circularon en estos años. De Uley (Gloucestershire), “no el Rey sino una Constitución abajo abajo oh caed altos gorros y orgullosos sombreros por siempre

---

<sup>140</sup> Witney: London Gazette, noviembre de 1767, n.º 10.779; Birmingham: PRO, WO 1/873; Colchester: London Gazette, noviembre de 1772, n.º 11.304; Fareham: *ibid.*, enero de 1767, n.º 10.690; Hereford: *ibid.*, abril de 1,767, n.º 10.717.

\* [On Swill & Grains you wish the poor to be fed / And underneath the Guillintine we could wish to see your heads / For I think it is a great shame to serve the poor so — / And I think a few of your heads will make a pretty show.]

abajo abajo...”. En Lewes (Sussex), después de haber sido ejecutados varios hombres de la milicia por su participación en la fijación de precios, fue colocado un cartel: “¡A las armas, soldados!”

levantaos y vengad vuestra causa  
 contra esos malditos bestias, Pitt y Jorge,  
 porque ya que no pueden mandaros a Francia  
 a ser asesinados como Cerdos, o atravesados por una  
 Lanza,  
 sois requeridos urgentemente para que volváis  
 rápidamente  
 y os maten como Cuervos, o colgados por turno...\*

En Ramsbury (Wiltshire), en 1800, se fijó un cartel en un árbol:

Terminad con vuestro Lujurioso Gobierno tanto  
 espiritual como temporal o os Moriréis de Hambre.  
 Os han quitado el pan, Queso, Carne, etc., etc., etc.,  
 etc., y hasta vuestras vidas os han quitado a miles en  
 sus Expediciones que la Familia Borbónica defienda su  
 propia causa y volvamos nuestra vista, los verdaderos  
 ingleses, hacia nosotros devolvamos a algunos a  
 Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra  
 Constitución. Erigid una república o vosotros y  
 vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros  
 días. Queridos Hermanos, reclinareis vuestras cabezas  
 y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y  
 dejaréis a vuestros hijos bajo el peso del Gobierno de  
 Pillos que os está devorando.

Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III.<sup>141</sup>

Pero estos años de crisis bélicas (1800–1801) necesitarían un estudio aparte. Estamos llegando al fin de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica –presión sobre los salarios– se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los sombríos “Ingleses unidos”. En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coinciden con el ludismo. En 1816, los Trabajadores de East Anglia no solamente

---

\* [Arise and revenge your cause / On those bloody numskulls, Pitt and George, / For since they no longer can send you to France / To be murdered like Swine, or pierc'd by the Lance, / You are sent for by Express to make a speedy Return / To be shot like a Crow, or hang'd in your Turn...]

<sup>141</sup> Maldon: PRO, WO 40/17; Uley: W. G. Baker, octubre de 1795, HO 42/36; Lewes: HO 42/35; Ramsbury: adjunto en rev. E. Meyrick, 12 de junio de 1800, HO 42/50.

fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Estos motines se acercan a la revuelta de los jornaleros, muy diferente, de 1830. La antigua forma de acción subsiste en los años 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el suroeste.<sup>142</sup> Pero en las nuevas zonas de la Revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. La ruptura en los precios del trigo después de las guerras facilitó la transición. En las ciudades del Norte, la lucha contra los agiotistas de grano dio paso a la lucha contra las leyes de cereales.

Hay otra razón por la cual los años 1795 y 1800–1801 nos sitúan en un terreno histórico distinto. Las formas de acción que hemos examinado dependen de un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre. Este equilibrio se dislocó con las guerras, por dos motivos. En primer lugar, el antijacobinismo de la gentry produjo un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular; los magistrados estaban dispuestos a ver señales de sedición en las acciones encaminadas a la fijación de precios, incluso cuando no existía tal sedición; el temor a la invasión levantó a los Voluntarios, dando de esta forma a los poderes civiles medios mucho más inmediatos para enfrentarse a la muchedumbre, no parlamentando y con concesiones, sino con la represión.<sup>143</sup> En segundo lugar, esta represión, resultaba legitimada, en opinión de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de una nueva ideología de economía política.

El secretario del Interior, duque de Portland, sirvió como diputado temporal de este triunfo celestial. Hizo gala, en 1800–1801, de una firmeza completamente nueva, no solamente en su manera de tratar los desórdenes, sino en anular y reconvenir a las autoridades locales que todavía apoyaban el viejo paternalismo. En septiembre de 1800 tuvo lugar en Oxford un episodio significativo. Por un cierto asunto relacionado con la determinación del precio de la mantequilla en el mercado, la caballería hizo su aparición en la ciudad (a petición –se descubrió– del subsecretario). El secretario del Ayun–

---

<sup>142</sup> Véase A. Rowe, «The food riots of the forties in Cornwall», Report of Royal Cornwall Polytechnic Society (1942), pp. 51-67. Hubo motines de subsistencias en las Tierras Altas de Escocia en 1847; en Teignmouth y Exeter en noviembre de 1867; y en Norwich un episodio curioso (la «Batalla de Ham Run») todavía en 1886.

<sup>143</sup> J. R. Western, «The Volunteer movement as an anti-revolutionary force, 1793-1801», Eng. Hist. Rev., LXXI (1956).

tamiento, por indicación del alcalde y los magistrados, escribió al secretario de la Guerra, expresando su “sorpresa porque un cuerpo del ejército de soldados de caballería haya aparecido esta mañana temprano”:

Tengo el placer de informarle que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción...

“No obstante la extrema tensión de los tiempos”, las autoridades de la ciudad eran de “la decidida opinión” de que no había “lugar en esta ciudad para la presencia del Ejército regular”, especialmente porque los magistrados estaban desplegando la mayor actividad para reprimir “lo que ellos creen que es una de las causas principales de la carestía, los delitos de acaparamiento, monopolio y reventa...”. La carta del secretario del Ayuntamiento fue enviada al duque de Portland, de quien recibió una grave reprimenda:

Su Excelencia ... desea que informe al Alcalde y Magistrados, que, puesto que su situación oficial le permite apreciar de manera muy especial el alcance del daño público que se seguirá inevitablemente de la continuación de los sucesos tumultuosos que han tenido lugar en varias partes del Reino como consecuencia de la actual escasez de provisiones, se considera más inmediatamente obligado a ejercer su propio juicio y discreción en ordenar que se tomen las medidas adecuadas para la eliminación inmediata y efectiva de tan peligrosas acciones. Porque lamentando mucho Su Excelencia la causa de estos Motines, nada es más cierto que estos no pueden producir otro efecto que el de aumentar el mal más allá de todo posible cálculo. Su Excelencia, por tanto, no puede permitirse pasar en silencio la parte de su carta que afirma “que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción”.

Lejos de considerar esta circunstancia desde el punto de vista trivial en que aparece en su carta (incluso suponiendo que no esté conectada con otras de naturaleza similar y aún más peligrosas, que esperamos no sea el caso), Su Excelencia lo ve desde el punto de



vista de un ataque violento e injustificado a la propiedad, preñado de las más fatales consecuencias para la Ciudad de Oxford y sus habitantes de cualquier clase; lo cual, Su Excelencia da por supuesto que el Alcalde y Magistrados debían haber pensado que era su obligación deber suprimir y castigar mediante el inmediato apresamiento y condena de los transgresores.<sup>144</sup>

A lo largo de 1800 y 1801, el duque de Portland se ocupó de imponer las mismas doctrinas. El remedio contra los desórdenes era el ejército o los voluntarios; incluso las generosas suscripciones para conseguir grano barato debían ser desaconsejadas, porque agotaban las existencias; la persuasión ejercida sobre agricultores o comerciantes para reducir los precios era delito contra la economía política. En abril de 1801 escribía al conde Mount Edgcumbe,

Su Señoría debe excusar la libertad que me tomo de no dejar pasar desapercibido el acuerdo al cual, según menciona, han llegado voluntariamente los Agricultores de Cornualles para proveer a los Mercados de Grano y otros Artículos de Provisión a Precios reducidos...

El duque había recibido información de que los agricultores habían sido objeto de presiones por parte de las autoridades del condado:

... mi experiencia... me obliga a decir que toda empresa de este tipo no se puede justificar por la naturaleza de las cosas y tiene inevitablemente, y pronto, que aumentar y agravar la desgracia que pretende aliviar, y me atreveré incluso a afirmar que cuanto más general se haga más perjudiciales serán las consecuencias que a la fuerza la acompañarán, porque necesariamente impide el Empleo de Capital en la Agricultura...<sup>145</sup>

---

<sup>144</sup> W. Taunton, 6 de septiembre de 1800; I. King a Taunton, 7 de septiembre de 1800, PRO, WO 40/17 y HO 43/12. En sus cartas privadas, Portland se esforzó todavía más y escribió al doctor Hughes del Jesus College, Oxford (12 de septiembre) sobre el «injusto y poco juicioso proceder de nuestro necio ayuntamiento»: Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.

<sup>145</sup> Portland, 25 de abril de 1801, PRO, HO 43/13, pp. 24-27. El 4 de octubre de 1800, Portland escribió al vicerrector de la Universidad de Oxford (el doctor Marlow) sobre los peligros de que el pueblo «se abandonara a la idea de que sus dificultades eran imputables a la avaricia y la rapacidad de aquellos que, en lugar de ser denominados acaparadores, son, hablando correctamente, los abastecedores y providentes Mayordomos del Público»: Universidad de Nottingham, Portland MSS, PwV III.

La “naturaleza de las cosas” que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y “el Empleo de Capital”. Es, quizás, adecuado que el ideólogo que sintetizó un antijacobinismo histérico con la nueva economía política fuese quien firmase la sentencia de muerte de aquel paternalismo que, en sus más sustanciosos pasajes de retórica, había celebrado. “El Pobre Trabajador –exclamó Bur–ke–, dejemos que la compasión se muestre en la acción”,

pero que nadie se lamente por su condición. No es un alivio para sus míseras circunstancias; es sólo un insulto para su mísero entendimiento... Paciencia, trabajo, sobriedad, frugalidad y religión le deben ser recomendados; todo lo demás es un fraude total.<sup>146</sup>

Contra un tono como este, el cartel de Ramsbury era la única respuesta posible.

## IX

Espero que de este relato haya surgido un cuadro algo diferente del acostumbrado. He intentado describir, no un espasmo involuntario, sino un modelo de comportamiento del cual no tendría por qué avergonzarse un isleño de Trobriand.

Es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y más integrada, en que parecía “antinatural” que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro, y cuando se daba por supuesto que, en momentos de escasez, los precios de estas “necesidades” debían permanecer al nivel acostumbrado, incluso aunque pudiera haber menos.

“La economía del municipio medieval –escribió R. H. Tawney– era tal, que el consumo ostentaba, en cierta medida, la misma primacía en la mentalidad pública, como árbitro indiscutido del

---

<sup>146</sup> E. Burke, *Thoughts and Details on Scarcity*, originally presented to the Rt. Hon. William Pitt in... November, 1795, Londres, 1800, p. 4. Indudablemente, este panfleto tuvo influencia sobre Pitt y Portland, y puede haber contribuido a las más duras disposiciones de 1800.

esfuerzo económico, que el siglo XIX atribuía a los beneficios.”<sup>147</sup> Estos supuestos se encontraban, naturalmente, fuertemente amenazados mucho antes del siglo XVIII. Pero en nuestras historias se abrevian con demasiada frecuencia las grandes transiciones. Abandonamos el acaparamiento y la doctrina del precio justo en el siglo XVII y empezamos la historia de la economía de libre mercado en el siglo XIX. Pero la muerte de la antigua economía moral de abastecimiento tardó tanto en consumarse como la muerte de la intervención paternalista en la industria y el comercio. El consumidor defendió sus viejas nociones de derecho con la misma tenacidad que (quizás el mismo hombre en otro papel) defendió su situación profesional como artesano.

Estas nociones de derecho estaban claramente articuladas y llevaron durante mucho tiempo el imprimatur de la Iglesia. El *Book of Orders* de 1630 consideraba el precepto moral y el ejemplo como una parte integral de las medidas de emergencia:

Que todas las buenas Medidas y Persuaciones sean utilizadas por los Justicias en sus distintas Divisiones, y por Admoniciones y Exhortaciones en Sermones en las Iglesias... que los Pobres sean provistos de Grano a Precios convenientes y caritativos. Y además de esto, que las clases más ricas sean seriamente movidas por la caridad cristiana, a hacer que su grano se venda al Precio común del Mercado a las clases más pobres: Una acción piadosa, que será sin duda recompensada por Dios Todopoderoso.

Por lo menos uno de estos sermones, predicado en Bodmin y Fowey (Cornualles) (antes de reunirse la Quarter Session), en 1630, por el reverendo Charles Fitz–Geffrey, era todavía conocido por los lectores del siglo XVIII. Los acaparadores de trigo eran denunciados como

esos que odian al Hombre, contrarios al bien Común, como si el mundo se hubiera hecho sólo para ellos, que se apropiarían de la tierra, y de sus frutos, exclusivamente para ellos ... como las Codornices engordan con Cicuta, que es un veneno para otras criaturas, así ellos se alimentan de la escasez...

Son “enemigos de Dios y del Hombre, opuestos tanto a la Gracia como a la Naturaleza”. Por lo que respecta al comerciante, que

---

<sup>147</sup> R. H. Tawney, *Religion and the rise of capitalism*, Londres, 1926, p. 33.

exporta grano en momentos de escasez, “el sabor del lucro le es dulce, a pesar de haberlo sacado hurgando en el charco de la más sucia profesión de Europa...”<sup>148</sup>

Al avanzar el siglo XVII enmudeció este tipo de exhortación, especialmente entre los puritanos. En Baxter, una parte del precepto moral se diluye en una parte de casuística y otra de prudencia comercial: “debe ejercerse la caridad así como la justicia”, si bien los productos podían ser retenidos en espera de la subida de precios, esto no debía hacerse “en perjuicio de la nación, como si... el retenerlos fuera la causa de la escasez”.<sup>149</sup> Las antiguas enseñanzas morales se dividieron, progresivamente, entre la gentry paternalista por un lado, y la plebe rebelde por otro. Hay un epitafio en la iglesia de Stoneleigh (Warwickshire) dedicado a Humphrey How, portero de lady Leigh, que murió en 1688:

Aquí Yace un Fiel Amigo del Pobre  
que repartió Abundantes Limosnas de la Despensa de  
su señor  
no Lloréis Pobre gente aunque haya Muerto Vuestro  
Servidor  
el Señor en persona Os Dará Pan a Diario  
si el Mercado Sube no Protestéis Amargamente Contra  
Sus Precios  
el Precio es Siempre el Mismo a las Puertas de Stone  
Leigh.<sup>150</sup>

Los antiguos preceptos resonaron a todo lo largo del siglo XVIII y ocasionalmente podían todavía oírse desde el púlpito:

La Exacción de cualquier tipo es vil; pero en lo que se refiere al grano es del tipo más vil. Recae con más peso sobre los Pobres, es robarles por que lo son... es asesinar abiertamente a aquellos que se encuentran medio muertos y saquear el Barco naufragado... estos son los Asesinos acusados por el Hijo de Sirach, cuando dijo: El Pan del Pobre es su vida: aquel que se lo robare es por ello un Hombre Sanguinario... Con justicia se puede llamar a tales opresores

---

<sup>148</sup> C. Fitz-Geffrey, *God's Blessing upon the Providers of Come: and God's Curse upon the Hoarders*, Londres, 1631; repr. 1648, pp. 7, 8, 13.

<sup>149</sup> Tawney, *op. cit.*, p. 222. Véase también C. Hill, *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Londres, 1964, esp. pp. 277-278.

<sup>150</sup> Debo esta información al profesor David Montgomery. [Here Lyes a Faithful Friend unto the Poore / Who deak Large Almes out of his Lordps Store / Weepe Not Poore People Tho' Ye Servat's Dead / The Lord himselve Will Give You Dayly Breade / If Markets Rise Raile Not Against Their Rates / The Price is Stil the Same at Stone Leigh Gates.]

“Hombres Sanguinarios”; y con seguridad que de la Sangre de aquellos que mueren por su culpa se les tomará cuenta.<sup>151</sup>

Se encontraban con más frecuencia en folletos o periódicos:

Mantener alto el Precio del Sostén mismo de la vida en una Venta tan extravagante, que el Pobre... no puede comprarlo es la mayor iniquidad de que cualquier hombre puede ser culpable; no es menos que el Asesinato, no, el más Cruel Asesinato.<sup>152</sup>

A veces en hojas sueltas impresas y baladas:

idos ahora hombres ricos de corazón duro,  
llorad y gritad en vuestra desgracia, vuestro oro  
corrupto se levantará contra vosotros,  
y será Testigo contra vuestras almas...<sup>153</sup>

y frecuentemente en cartas anónimas. “No hagáis del dinero vuestro dios”, se advertía a los gentlemen de Newbury en 1772:

sino pensad en los pobres, vosotros grandes hombres pensáis ir al cielo o al infierno, pensad en el sermón que se predicó el 15 de marzo porque malditos seamos si no os obligamos pensáis matar de hambre a los pobres vosotros malditos hijos de puta...<sup>154</sup>

“¡Mujer Avariciosa!”, decían los mineros del estaño dirigiéndose a una acaparadora de trigo de Cornualles, en 1795: “Estamos... decididos a reunimos y marchar inmediatamente hasta llegar a tu ídolo o tu Dios o tu Moisés [?], a quien consideras como tal y destruirlo y lo mismo tu Casa ...”<sup>155</sup>

<sup>151</sup> Anónimo [«A clergyman in the country»], *Artificial dearth: or, the iniquity and danger of withholding corn* (1756), pp. 20-21.

<sup>152</sup> Carta al *Sherborne Mercury*, 5 de septiembre de 1757.

<sup>153</sup> «A serious cali to the Gentlemen Farmers, on the present exorbitant Prices of Provisions», hoja suelta, sin fecha, en la colección Seligman (Hojas sueltas, Precios), Universidad de Columbia. [Go now you hard-hearted rich men, / In your miseries, weep and howl, / Your canker'd gold will rise against you, / And Witness be against your souls ...]

<sup>154</sup> *London Gazette*, marzo de 1772, n.º 11.233.

<sup>155</sup> Carta de «Captins Audacious, Fortitude, Presumption and dread not», fechada el 28 de diciembre de 1795, «Polgooth and other mines», y dirigida a Mrs. Herring, *ibid.*, 1796, p. 45.

Hoy no damos importancia a los mecanismos extorsionadores de una economía de mercado no regulado porque a la mayoría de nosotros nos causan sólo inconvenientes y perjuicios de poca monta. En el siglo XVIII no era este el caso. Las escaseces eran verdaderas escaseces. Los precios altos significaban vientres hinchados y niños enfermos cuyo alimento consistía en un pan basto hecho con harina rancia. No se ha publicado todavía ningún testimonio que muestre algo parecido a la clásica crisis de subsistencias francesa en la Inglaterra del siglo XVIII:<sup>156</sup> es verdad que la mortalidad de 1795 no se aproximó a la de Francia en el mismo año, pero hubo lo que la clase acomodada describió como una desgracia “verdaderamente penosa”; la subida de precios, escribió uno, “les ha despojado de las Ropas que cubrían sus hombros, les ha arrancado los zapatos y las medias de los pies, y arrebatado la comida de la boca”.<sup>157</sup> El levantamiento de los mineros del estaño en Cornualles fue precedido de escenas angustiosas: los hombres se desmayaban en el trabajo y tenían que ser llevados a sus casas por sus compañeros, que no estaban en mucho mejor estado. La escasez fue acompañada por una epidemia de “Fiebre Amarilla”, muy probablemente la ictericia que acompañaba a la inanición.<sup>158</sup> En un año como este, el “buhonero” de Wordsworth deambulaba entre las cabañas y vio

Las desgracias de aquella estación; muchos ricos se hundían como en un sueño entre los pobres, y muchos pobres dejaron de vivir, y sus lugares no les reconocieron...<sup>159</sup>

Ahora bien, si el mercado era el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar —especialmente en distritos rurales o

---

<sup>156</sup> Esto no equivale a argüir que tales datos no vayan a obtenerse pronto en relación con las crisis demográficas locales o regionales.

<sup>157</sup> *Annals of Agriculture*, XXIV (1795), p. 159 (datos procedentes de Dunmow, Essex).

<sup>158</sup> Carta de 24 de junio de 1795 en PRO, PC 1/27/A.54; varias cartas, esp. 29 de marzo de 1795, HO 42/34.

<sup>159</sup> W. Wordsworth, *Poetical works*, ed. de E. de Selincourt y Helen Darbishire (Oxford, 1959), V, p. 391. [The hardships of that season; many rich / Sank down as in a dream among the poor, / And of the poor did many cease to be, / And their place knew them not...]

en distritos fabriles dispersos— donde podían llegar a organizarse con más facilidad. La comercialización (o la “compra”) se hace progresivamente más impersonal en una sociedad industrial madura. En la Inglaterra o la Francia del siglo XVIII (en regiones del sur de Italia, o de Haití, o de la India rural, o del África de hoy) el mercado permaneció como nexo social como económico. Era el lugar donde se llevaban a cabo cientos de transacciones sociales y personales, donde se comunicaban las noticias, circulaban el rumor y la murmuración y se discutía de política (cuando se hacía) en las posadas o bodegas que rodeaban la plaza del mercado. Era el lugar donde la gente, por razón de su número, sentía por un momento que era fuerte.<sup>160</sup>

Las confrontaciones en el mercado, en una sociedad “preindustrial”, son, por supuesto, más universales que cualquier experiencia nacional, y los preceptos morales elementales del “precio razonable” son igualmente universales. Se puede sugerir, en verdad, la supervivencia en Inglaterra de una imaginería pagana que alcanza niveles más oscuros que el simbolismo cristiano. Pocos rituales folclóricos han sobrevivido con tanto vigor hasta fines del siglo XVIII como toda la parafernalia hogareña durante la cosecha, con sus encantos, sus cenas, sus ferias y festivales; incluso en áreas fabriles el año transcurría todavía al ritmo de las estaciones y no al de los bancos. La escasez representa siempre para tales comunidades un profundo impacto psíquico que, cuando va acompañado del conocimiento de injusticias, y la sospecha de escasez es manipulada, el choque se convierte en furia.

Impresiona, al abrirse el nuevo siglo, el creciente simbolismo de la sangre, y su asimilación a la demanda de pan. En Nottingham en 1812, las mujeres marcharon con una hogaza en lo alto de un palo, listada de rojo y atada con un crespón negro, representando el “hambre sangrienta, engalanada de arpillera”. En Yeovil (Somerset), en 1816, apareció una carta anónima, “Sangre y Sangre y Sangre, tiene que haber una Revolución General...”, firmada con un tocos corazón sangrante. En los motines de East Anglia, en el

---

<sup>160</sup> Sidney Mintz, «Internal market systems as mechanisms of social articulation», *Intermediate societies, social mobility and communication*, American Ethno-logical Society, 1959, y del mismo autor «Peasant markets», *Scientific American*, CCIII (1960), pp. 112-122.

mismo año, frases como “Tomaremos sangre antes de cenar”. En Plymouth, “una Hogaza que ha sido bañada en sangre, con un corazón a su lado, fue encontrada en las calles”. En los grandes motines de Merthyr, de 1831, se sacrificó un ternero y una hogaza empapada en su sangre, clavada en el asta de una bandera, sirvió como emblema de la revuelta.<sup>161</sup>

Esta furia en relación con el grano es una culminación curiosa de la época de los adelantos agrícolas. En la década de 1790, la gentry misma estaba algo perpleja. Paralizados a veces por un exceso de alimentos nutritivos,<sup>162</sup> los magistrados, de vez en cuando, abandonaban su industriosa compilación de archivos para los discípulos de sir Lewis Namier, y miraban desde las alturas de sus parques a los campos de cereales donde sus labriegos pasaban hambre. (Más de un magistrado escribió al Home Office, en coyuntura tan crítica, describiendo las medidas que tomaría contra los amotinados si no estuviera confinado en su casa por la gota.) El condado no estará seguro durante la cosecha, escribió el señor lugarteniente de Cambridgeshire, “sin algunos soldados, pues había oído que el Pueblo tenía la intención de llevarse el trigo sin pedirlo cuando estuviera maduro”. Consideraba esto como “verdaderamente un asunto muy serio” y “en este campo abierto, muy fácil de que se haga, por lo menos a hurtadillas”.<sup>163</sup>

“No pondrás freno al buey que trilla el grano.” El avance de la nueva economía política de libre mercado supuso también el desmoronamiento de la antigua economía moral de aprovisionamiento. Después de las guerras lo único que quedaba de ella era la caridad, y el Speenhamland. La economía “moral” de la multitud tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros coo—

---

<sup>161</sup> Nottingham: J. F. Sutton, *The date-book of Nottingham* (Nottingham, 1880), p. 286; Yeovil: PRO, HO 42/150; East Anglia: A. J. Peacock, *Bread or blood* (1965), passim; Merthyr: G. A. Williams, «The insurrection at Merthyr Tydfil in 1831», *Trans. Hon. Soc. of Cymmrodorion*, 2, (Session, 1965), pp. 227-228.

<sup>162</sup> En 1795, cuando entregaba a los pobres pan negro subvencionado de su propia parroquia, el párroco Woodforde no dejó de cumplir con la obligación de su propia cena: 6 de marzo, «... para cenar Un Par de Pollos hervidos y Cabeza de Cerdo, muy buena sopa de Guisantes, un excelente filete de Vaca hervido, un prodigiosamente bueno, grande y muy gordo Pavo asado, Macarrones, Tarta de crema», etc.: James Woodforde, *Diary of a country parson*, ed. J. Beresford, *World's Classics*, Londres, 1963, pp. 483, 485.

<sup>163</sup> Lord Hardwicke, 27 de julio de 1795, PRO, HO 42/35.



perativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista. Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado y “economicista” del motín de Subsistencias, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre; un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial. Más generosa, pero también más autoritaria, fue la afirmación del sheriff de Gloucestershire en 1766. Las masas de aquel año, escribió, habían cometido muchos actos de violencia,

algunos de desenfreno y excesos; y en algunas ocasiones algunos actos de valor, prudencia, justicia y consecuencia con aquello que pretendían obtener.<sup>164</sup>

---

<sup>164</sup> W. Dalloway, 20 de septiembre de 1766, PRO, PC 1/8/41.